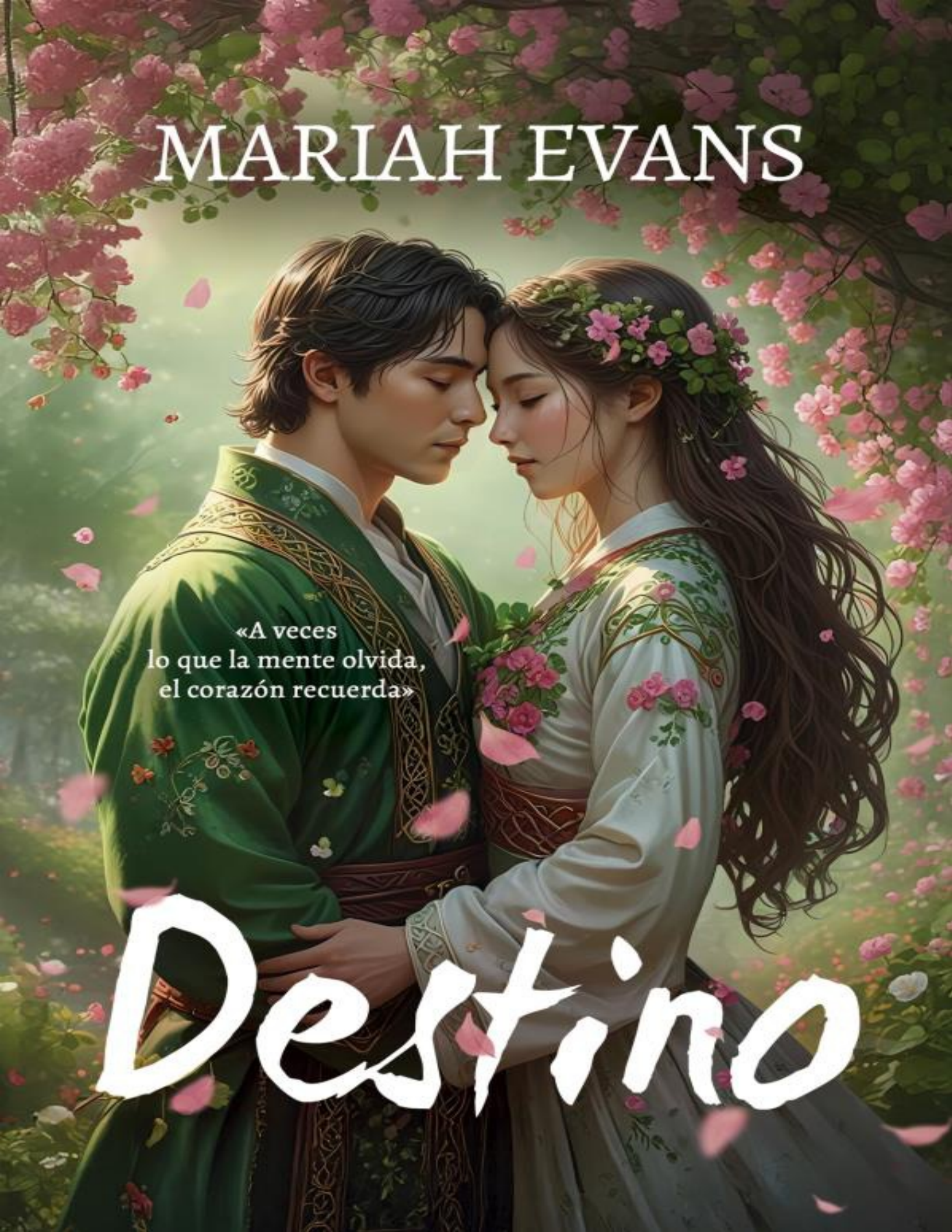
MARIAH EVANS



«A veces
lo que la mente olvida,
el corazón recuerda»

# Destino

MARIAH EVANS

# Destino

«A veces
lo que la mente olvida,
el corazón recuerda»

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Destino.
©Mariah Evans, marzo 2025.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño y amor a mi padre, Diego.

Después de cuatro años luchando contra el cáncer, el día 18 de enero a las 14:45 horas mi padre falleció... Y una parte de mi corazón se ha ido con él.

Durante un tiempo me enfadé con el mundo, el Universo e incluso con Dios por lo que le estaba ocurriendo a mi padre, no comprendía cómo a una persona tan buena podía estar ocurriéndole esto. Me enfadé, me enfadé muchísimo... hasta que una gran amiga me dijo las siguientes palabras: enfádate y grítale a Dios todo lo que necesites, repróchale, él no te lo va a tener en cuenta porque sabe que lo haces desde el amor y el dolor. Esas palabras me calmaron, me hicieron comprender que, aunque me lo hubiesen arrebatado, también me habían dado durante 42 años el mejor regalo del mundo: un padre maravilloso.

Se ha ido una de las personas más importantes de mi vida, mi padre, mi mejor amigo, mi confidente... Y ahora tengo que aprender a vivir sin él y, sinceramente, no sé cómo hacerlo.

Hasta luego, papá. Sé que cuando llegue mi momento, porque a todos nos llegará, estarás esperándome con los brazos abiertos, como siempre has hecho.

Has sido el mejor padre, mejor esposo, mejor suegro y mejor abuelo que podríamos haber tenido. Gracias por todo lo que has hecho por mí, por las grandes lecciones de vida que nos has brindado, por tu fortaleza y por tu saber estar hasta tu último suspiro.

Te voy a querer siempre y te voy a echar de menos cada día de mi vida.

Tu hija, María.

# ÍNDICE

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
Epílogo
Agradecimientos

# PRÓLOGO

## Joon

Año 2905 d.C.

Miré al horizonte, allá donde el mar se confundía con el cielo, y di unos pasos hasta la orilla para mojar mis pies. Aquella sensación me calmó. Tenía una corazonada. Aquel era el año que tanto había esperado.

Diez años visitando aquella playa, siempre el día uno de enero.

Me levantaba bien temprano y recorría las dos horas en coche que separaban aquella playa de Seúl, mi ciudad, donde había vivido desde que tenía uso de razón.

Cerré los ojos y dejé que la brisa marina echase atrás mis cabellos cortos y negros mientras el agua helada mojaba mis pies.

La playa se situaba entre la costa este del mar de Japón y el lago Gyengpoho. Era un lugar conocido, dado que cientos de personas acudían durante todo el año a admirar el pintoresco amanecer o la luna sobre el océano. Había encontrado en aquel lugar la paz y la calma que tanto buscaba.

La primera vez que había acudido a aquella playa tenía dieciséis años y, ahora, a mis veintiséis, podía decir con orgullo que ya había cumplido todas mis metas en esta vida… o casi todas.

Un doctorado en robótica me había consolidado como uno de los ingenieros con más porvenir de Corea, trabajando en un centro de investigación que se encargaba de construir nanorobots que se usaban en las intervenciones quirúrgicas. Mis inventos habían salvado miles de vidas. Aquella idea, en parte, suplía la soledad que siempre había sentido.

Sentía que me faltaba algo, algo que había estado buscando desde mi nacimiento y que solo podía encontrar allí. Aquella playa era mi lugar de descanso, un lugar para evadirme de mi ajetreada vida en la ciudad. Aquella playa lo representaba todo para mí.

Al principio no lo había comprendido. ¿Cómo un lugar podía transmitir tanto? ¿Cómo el pisar aquella arena podía darme aquella paz y sosiego que no encontraba en ningún otro lugar? Era una locura, pero solo allí me sentía completo.

A medida que había adquirido más uso de razón y experiencia, había sido consciente de que cada gesto, cada palabra, cada decisión tomada en un pasado, aunque hubiese ocurrido más de mil años atrás, podían influir en mi futuro. Todo lo que hacíamos en nuestra vida tenía un eco en la eternidad. Todo estaba conectado: tristeza, amor, dolor… sentimientos que nos unían a todos como humanos. Un tejido que se entrelazaba entre cada una de las personas que habían vivido en un pasado y que llegaba hasta nuestro futuro.

No había querido comprenderlo, me había negado a mí mismo todo aquello pensando que era una locura, que estaba perdiendo la cordura… pero era cierto, aquella idea, con el paso de los años, iba adoptando más forma e importancia en mi mente.

A veces, lo que la mente olvida, el corazón recuerda, y este te guía hasta lugares como aquella playa. Todo me había llevado hasta allí. Aquel era mi sitio, mi lugar, adonde el corazón me llevaba cada año manteniendo viva la esperanza en mí.

Miré hacia el horizonte mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de mi ser y contemplé el mar en calma.

Mi nombre es Son Joon, y esta es la historia y la razón por la que me encuentro aquí.

# 1

## Baek

Año 1392 d.C.

Changgyeonggung era el palacio donde residía el emperador de la dinastía Goryeo, el rey Gongyang, ubicado en *Hanyang*[1].

El origen de la ciudad se remontaba a los tiempos del reino de Baekie, uno de los Tres Reinos de Corea. La capital de este reino, llamada Wirye-seong, comenzó a colonizarse en el año 17 antes de Cristo y esta había ido creciendo. El control de esta ciudad había pasado por diferentes dinastías, cambiando de nombre como el de Hanseong, durante la dinastía de Goguryeo. En ese momento, recibía el nombre de Hanyang.

La dinastía Goryeo o Koryo se había iniciado en el año 918 d.C., fundada por el rey Wang Geon (conocido como el rey Taejo), un general que había servido a un príncipe de Silla, uno de los reinos de Corea. Wang Geon había unificado los Tres Reinos Tardíos en el año 936 d.C. y había expandido sus fronteras.

La corte real de Goryeo adoptó el budismo como la religión oficial del estado, estimulando la construcción de templos y el tallado de imágenes de Buda, pero este hecho no había comportado más que problemas. Con el paso de los años y de los siglos, los templos y los monjes llegaron a tener un excesivo poder, provocando conflictos entre funcionarios letrados y guerreros que debilitaban el país lentamente. Además, las incursiones de los mongoles en territorio coreano durante el último siglo habían debilitado la dinastía.

*Changgyeonggung*[2] era la fortaleza de aquella dinastía que se tambaleaba cada vez más, que parecía a punto de extinguirse. Había sido considerado uno de los grandes palacios de verano donde el rey pasaba los períodos más calurosos. Sus grandes salas permitían la afluencia de invitados y, además, poseía enormes jardines y plazas por donde paseaba todas las tardes. Construido originalmente en el año 1104 d.C. por el rey Sejong para su padre, Taejong, era uno de los palacios favoritos de la realeza, no solo por su ubicación, sino por la frescura del ambiente en comparación con los otros palacios que poseía.

En el interior del salón que recibía el nombre de Myeongjeongjeon se ubicaba el trono del rey en el centro, rodeado de paredes con frescos del sol, la luna y los cinco picos más altos. El techo estaba decorado con el ave fénix de oro, rodeado por nubes.

*Kang Baek* [3]subió los escalones en dirección a ese salón. Al menos, el sol se ponía por el horizonte a esa hora y ya no le cegaba. Era agotador pasar horas en la plaza frente al salón Myeongjeongjeon vigilando el trono y a su rey, Gonyang.

Las circunstancias que habían precedido su coronación no habían sido del agrado de ninguno de sus guardias reales. Él, como coronel de la guardia real, se había manifestado en contra de la rebelión acontecida, pero había tenido que soportar y sobrellevar lo mejor posible la situación

para que no desembocase en una guerra civil.

Al establecerse la dinastía que en ese momento gobernaba, la dinastía Goryeo, en el año 918 d.C., y tras varias guerras sucesivas y la ocupación del decadente Imperio mogol, la legitimidad del régimen estaba cuestionada. Durante los siguientes siglos, esta legitimidad había sido puesta en entredicho continuamente. Además, los matrimonios forzados entre miembros de la familia real con los nobles mongoles no habían ayudado.

Los aristócratas influyentes, generales e incluso primeros ministros, luchaban por obtener el favor real y el control de la corte creando varias facciones que generaban división y desconfianza. En los últimos años, el incremento de incursiones por parte de los piratas japoneses, los llamados *wako,* y la invasión de los Turbantes Rojos contra la península, habían provocado que la aristocracia Sinjin se hiciese con la corte, con una tendencia reformadora. Ese había sido el momento en que el General Yi Seong-gye había ganado poder y respeto, empujando fuera del territorio a las fuerzas mongolas, repeliendo a los piratas japoneses e incluso saliendo victorioso frente a los Turbantes Rojos. Así pues, cuando el rey Goryeo decidió invadir la península de Liadong, el general Yi se mostró contrario a ello, dado que el rey argumentaba que él era el sucesor de esa parte del territorio, el antiguo reino de Goguryeo. Pese a la insistencia del rey para que el general Yi fuese el encargado de llevar a cabo su conquista y la negación de este para materializarla, el general partió con su ejército para luchar contra las fuerzas leales al rey, dirigidas por el general Choe, y contra las tropas del rey U en un golpe de Estado. Pese a ganar, el general Yi no había subido al trono, sino que había desterrado al rey U y puesto en el trono al hijo de este, el rey Chang, pero tras una restauración fallida del ex monarca, este último fue condenado a muerte. Posteriormente, y pese a que el general Yi era el dueño indiscutible del trono, continuó apostando por la dinastía Goryeo, ascendiendo al trono el rey que ahora los gobernaba, el rey Gongyang. Aunque la dinastía seguía gobernando, el general Yi se había situado en una posición predominante en la corte, de hecho, era sabido por todos que Gongyang no era más que un rey títere a las órdenes del general Yi. De eso, hacía ya cuatro años, y pese a que Gongyang seguía en el trono, entre la guardia comenzaban a escucharse rumores de una nueva rebelión, sin duda, auspiciada por el general Yi.

Baek miró de reojo a su acompañante mientras subía las escaleras. Jeong Mong-Ju era un buen hombre. Con tan solo veintitrés años, Jeong había aprobado los tres exámenes para el servicio civil nacional con la mayor nota posible. Poco después había sido ordenado instructor del neoconfucianismo en la mayor institución educativa del momento y mantenía una posición en el gobierno. Había sido un fiel servidor del rey destituido, el rey U de Goryeo. La confianza era tal entre los dos que Jeong Mong-Ju había sido enviado como delegado a Kyushu para pedir ayuda a los japoneses con las invasiones piratas y, en el año 1384 d.C., había viajado a la capital china para entablar unas negociaciones con la dinastía Ming que habían conducido a la paz con China en el año 1385 d.C. Pese a que el rey al que había servido tantos años, el rey U, había sido destituido por el general Yi, ahora servía al rey Gongyang de Goryeo, con el que mantenía muy buena relación.

Baek hizo una reverencia a cinco metros del trono. No pronunció nada, simplemente se quedó en esa posición mientras el rey Gongyang se ponía en pie.

Gongyang vestía con un *Gonryongpo*[4] color amarillo, con bordados en oro representando a dragones, el cual le llegaba hasta los pies. Un cinturón color rojo daba una nota distintiva de color a todo el atuendo.

—Jeong Mong-Ju, mi gran amigo —comentó el rey alzando un brazo hacia él en señal de afecto. Jeong Mong-Ju dio unos pasos en su dirección, todavía con la cabeza agachada, hasta que

se colocó frente a él y la alzó—. Me alegro de verte —continuó bajando los escalones que elevaban el trono del suelo—. ¿Qué nuevas me traes?

Jeong Mong-Ju esperó a que su rey se situase a su lado y lo acompañó comenzando a caminar.

—¿Va bien el instituto de confucianismo? —preguntó el rey.

Tras las negociaciones realizadas por Jeong Mong-Ju con los japoneses para derrotar a los piratas y las negociaciones llevadas a cabo con la dinastía Ming que los llevó a la paz en 1385 d.C., Jeong Mong-Ju había fundado un instituto dedicado a las teorías del confucianismo, un sistema de pensamiento y comportamiento originario de la antigua China que había aprendido durante el año que había pasado con la dinastía Ming. Tradiciones, filosofía, religión, religión humanista o racionalista, forma de gobernar o simplemente forma de vida, el confucianismo se había desarrollado a partir de las enseñanzas del filósofo chino Confucio.

Kang Baek se giró y abandonó el salón dirigiéndose de nuevo a la plaza que precedía al enorme salón. Bajó los escalones mientras la suave brisa estival echaba hacia atrás sus cabellos negros.

Vestía un hanbok color azul oscuro hasta los pies, con un cinturón grueso atado a la cintura. Una cinta de color negro atravesaba su frente y evitaba que el sudor molestase a sus ojos. Su cabello negro y largo recogido en una *trenza*[5] atada por una fina cuerda bajaba por su espalda. Sus ojos negros contrastaban con la blancura de su piel, aunque últimamente, y dadas sus largas horas en la plaza, estaba adoptando un tono más bronceado.

Volvió a su puesto, frente al salón principal donde seguramente, en poco menos de una hora, su rey y el invitado cenarían. Tras esto, revisó con un movimiento de cabeza que todos sus hombres guardasen correctamente la posición.

A lo lejos, en el siguiente pabellón al que se accedía a través de unas columnas al final de la plaza, pudo ver a los cuatro hijos y a la hija de Jeong Mong-Ju siendo acompañados hasta los aposentos que usarían durante los días que estuviesen allí.

Su mirada voló directamente hasta Jeong Mi Suk, la hija de Mong-Ju. Podía intuir su silueta a lo lejos. Una figura delgada con su hanbok en color rosado y unas flores bordadas. La parte alta del vestido, el jeogori, era de un color rosa pálido con unas flores bordadas blancas y amarillas y la chima, la falda, era de un color blanco.

Su corazón latió con más fuerza mientras la observaba alejarse, encaminándose directamente a los aposentos donde se hospedaría.

Sabía que debía mantenerse firme, que nada podía distraerle de su misión, que era la de procurar la seguridad de su rey y la de aquel palacio, pero no pudo evitar seguirla con la mirada hasta que la vio entrar en uno de los pasillos y la perdió de vista.

Kang Baek caminó en la oscuridad únicamente rota por las antorchas lejanas que iluminaban cada diez metros. Elevó la mirada y observó la gran cantidad de estrellas que salpicaban el cielo. En poco menos de una hora sería el cambio de turno y podría descansar. Odiaba los periodos de verano, cuando el rey residía en aquel palacio. Prefería más cuando realizaban algún viaje y había movimiento.

La guardia imperial consistía en los mejores soldados, un grupo de elite, encargado estrechamente de la protección del emperador, por eso, allá donde iba Gongyang, iba él.

Se giró y estuvo a punto de extraer su *Kom*[6] del cinturón y desenfundarlo.

Afinó la vista sujetando el kom cuando una silueta apareció por el final del pasillo. Aunque la lejanía aún no le permitía ver bien sus rasgos supo de quién se trataba.

La luz de las antorchas iluminó su cabello negro, sujeto por una larga trenza que caía sobre su pecho. Sus facciones delicadas, incluso angelicales, provocaron que un suspiro saliese de sus labios.

Miró directamente hacia los lados, asegurándose de que no había nadie más en aquel pasillo mientras Jeong Mi Suk se acercaba a él caminando despacio.

Baek situó de nuevo el kom en su kaya, soltándolo, y dio un paso al frente. La contempló, ella parecía estar esperando alguna palabra por su parte.

—Es tarde —susurró Baek—, no deberías estar aquí.

Ella ladeó su cabeza sin apartar la mirada de él.

—Tampoco tú deberías estar aquí —le devolvió el susurro.

Hacía mucho tiempo que no la veía, cerca de seis meses, y durante todo ese tiempo no había logrado quitársela de la cabeza. No era la primera vez que se veían a solas, pero hacía ya tanto tiempo que su corazón latía como si fuese la primera vez.

Llevó su mano hasta la de Mi Suk, sujetándola con delicadeza, y la hizo acercarse.

La reacción de ambos no se hizo esperar. Baek descendió sus labios hasta los de ella con suavidad, intentando controlarse. La necesidad había crecido durante los últimos meses sin verla. Durante el resto del año era mucho más frecuente que Jeong Mong-Ju y su familia visitasen el palacio o al rey, pero durante los meses de verano se distanciaban más.

La besó con suavidad mientras sentía cómo Mi Suk llevaba su mano hasta su mejilla, acariciándolo. Había esperado muchos meses para eso.

De su primer encuentro hacía ya dos años, cuando en una de las visitas de su padre al rey ella había permanecido esperando en uno de los jardines. Baek se había acercado a ella. La primera vez que ella lo había visto se había fijado en él. Era un hombre joven, atractivo, y sabía por la trenza que estaba soltero. Por su condición de guardia imperial sería un gran soldado y luchador, sin embargo, cuando hablaba con ella no transmitía agresividad ni peligrosidad, sino todo lo contrario. La forma en que la miraba había captado su atención.

Solo habían intercambiado unas cuantas palabras.

—¿Tiene permiso para estar aquí?

Ella había asentido, pero al ver que el guardia esperaba una respuesta, le explicó.

—Soy la hija de Jeong Mong-Ju.

Baek la había mirado de la cabeza a los pies y, posteriormente, se había distanciado.

Habían bastado esas palabras para que en los posteriores días ella lo buscase con la mirada.

Durante las sucesivas semanas se había sentado en el mismo banco del jardín esperando a que él apareciese y, poco a poco, habían intercambiado palabras, miradas…

Él no podía entretenerse en mantener una conversación, pues su vigilancia era muy importante, pero aquellos momentos en los que se encontraban y podían verse se habían convertido en el mejor momento del día.

La primera vez que la había besado había sido al salir de una de las cenas que el emperador había organizado para festejar la inauguración del instituto de confucianismo.

Se había dirigido a su habitación cuando había sido interceptada en uno de los pasillos. No se había asustado, pero si la había cogido de improviso. La luz de las antorchas los había iluminado igual que en ese momento. El silencio les hacía ser más conscientes de su proximidad y soledad. No había tardado en besar sus labios y, desde ese momento, no había una noche en que ambos no buscasen su encuentro. Se había convertido en algo especial para ellos y, por más que pasase el tiempo, no podían olvidarse.

Mi Suk se separó de sus labios y le sonrió con ternura. Cada día que pasaba lejos de él era

una tortura.

—Te he echado de menos —susurró contra sus labios.

—Y yo a ti —se apremió a contestar Baek antes de volver a sus labios.

Mi Suk cerró los ojos mientras sentía los labios de Baek sobre los suyos. Iba a abrazarlo, pero se contuvo. Había pasado aquellas últimas semanas casi sin dormir, nerviosa, ansiando de forma desesperada su encuentro con Baek, pero no solo eran las ganas de verlo y besarlo, había algo más.

Se separó de él y, esta vez, Baek contempló una chispa de dolor en los ojos de la mujer que amaba.

—¿Ocurre algo, Mi Suk? —preguntó en un susurro, sin alejarse de ella.

Mi Suk tragó saliva y suspiró. Llevaba semanas con aquella inquietud, pensando en cómo iba a reaccionar él ante lo que tenía que decirle.

Sus manos temblaron y Baek se las sujetó intentando calmarla.

—Quieren… quieren comprometerme —susurró al borde del llanto.

Aquel dato cogió de improviso a Baek. Durante los segundos en los que había notado su nerviosismo se había preguntado si aquello sería producto de que sus padres estuviesen enterados de sus encuentros, pero no era así, era peor aún.

—¿Con quién?

—Con un primo —sollozó. No pudo reprimir las lágrimas.

Los matrimonios siempre se hacían sobre la base de la consideración política y económica, al menos, entre la aristocracia. Si hubiese sido la hija de un simple trabajador no tendrían ese problema.

—Mi… mi padre —continuó explicando con la voz entrecortada por el llanto—, se reunió con su hermano hace unas semanas. Lo tienen ya acordado. Quieren que la boda se celebre la próxima primavera —sollozó—. Aún no es oficial, pero mi madre me lo comentó.

Baek apretó los labios conmocionado por lo que ella decía. Jamás había sentido algo así por una mujer, ella había sido la primera, y dudaba que pudiese haber otra. Sabía que aquello era una posibilidad, Mi Suk pertenecía a la aristocracia, y sabía que los matrimonios concertados con familiares cercanos, ya fuesen medio hermanos, primos o tíos, estaban a la orden del día. Sabía que, pese a que él fuese un soldado de la guardia real y contase con más privilegios y derechos que un soldado raso, aquello no sería suficiente para que su padre aceptase entregarle la mano de Mi Suk.

Baek cogió a Mi Suk por los brazos y la introdujo dentro de una de las habitaciones que sabía que estaba vacía, pues podía escuchar los pasos de alguien acercándose.

Entornó la puerta mientras le hacía una señal a la muchacha para que guardase silencio.

Por la rendija puedo observar cómo uno de los eunucos caminaba por el pasillo rumbo a la plaza. A diferencia de ellos, él no vivía en el palacio. Los eunucos residían allí mientras que la guardia real residía en casas cercanas.

Ambos aguantaron la respiración hasta que los pasos del eunuco desaparecieron en la lejanía.

Baek se giró hacia ella y la observó. ¿Qué iba a hacer si ella se casaba con otro hombre? Estaba enamorado de ella desde el primer día que la había visto.

Cogió su mano e inspiró con fuerza.

—Pediré tu mano —comentó—. Seguramente tu padre la rechazará, pero debo intentarlo.

Mi Suk lo observó con amor y acarició su mano. Sabía que sus intenciones eran buenas, que ambos se amaban, pero Baek tenía razón en lo que había dicho. Dudaba que su padre aceptase

otra petición de mano. El matrimonio que pretendía celebrar con su primo era un matrimonio concertado y ventajoso para la familia. Obviamente, no sería un buen negocio patrimonial para la familia de la novia que ella se casase con un guardia real, por mucho prestigio que estos tuviesen.

—Mi padre no lo aceptará —susurró sin soltar su mano.

Baek se removió nervioso, pensativo.

—¿Y si se lo pido al rey? Me tiene en alta estima.

Ella negó.

—El rey jamás osaría involucrarse en algo así, y mucho menos si tiene que ver con mi padre —explicó.

Mi Suk tenía razón, pero se le acababan las opciones. La miró fijamente y apretó los labios unos segundos. Sí, sabía que era descabellado, una locura, pero haría cualquier cosa por estar con ella. La amaba de verdad.

—¿Cuántos días os quedáis en palacio?

—Tres días —contestó Mi Suk.

Baek miró a través de la rendija de la puerta para asegurarse de que no había nadie cerca y volvió a mirarla.

—Ven conmigo —dijo él convencido.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Contigo? —preguntó boquiabierta—. ¿Adónde? —exclamó esta vez más alto.

—Lejos —continuó—. Marchémonos los dos, juntos.

Ella sopesó la idea.

—¿Huir? —preguntó asustada.

—¿Por qué no? —continuó él—. Pese a que no tengo un estatus aristocrático poseo un gran patrimonio. Podríamos irnos los dos, iniciar una vida juntos lejos de aquí.

Ella le sonrió con tristeza.

—Baek… —sollozó ella—, no hay nada que desee más, pero… mi familia…

—Formaremos una familia tú y yo —comentó rápidamente.

—Me buscarán —acabó la frase ella.

Baek se quedó pensativo.

—Podemos ir a China —indicó él.

—¿A China? Sabes que mi padre…

—Shhh… escucha —la apremió en un susurro—. En una de las reuniones que tu padre tuvo con el rey hará cerca de dos años habló de la orden de los *franciscanos*[7].

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Franciscanos?

Él asintió.

—Son una orden religiosa, creo que… del cristianismo. Se dedican a predicar y a ayudar —explicó—. Por lo que escuché decir a tu padre, estaban dando a conocer en Europa el Imperio chino. Sé que hacen obras de caridad. Podrían ayudarnos a viajar a Occidente.

—¿A Occidente? —preguntó sobresaltada.

—Nadie nos buscaría allí.

—Y… ¿qué haríamos allí? ¿De qué viviríamos? —preguntó cada vez más alterada. Aquello no tenía lógica, solo era fruto de la desesperación de Baek por tenerla a su lado.

—No creo que tuviésemos muchos problemas —continuó Baek—. Europa quiere conocer sobre nuestro país e historia. Tu padre trabajó en la traducción de textos con China. Occidente

quiere saber sobre nosotros, estarían encantados de recibirnos.

—Es una locura —susurró ella soltándose de él.

Baek la miró y cerró los ojos intentando mantener la calma.

—Lo que es una locura es que vaya a perderte —susurró con dolor.

El dolor con el que impregnó aquellas palabras hizo que Mi Suk se detuviese y lo contemplase. Sí, aquello le producía a ella el mismo dolor que a él. Se vería abocada a una vida en pareja en la que no sentiría amor, en la que debería vivir con el recuerdo de él para siempre. Acabaría enloqueciendo de amor y sería una desdichada toda su vida, pero ¿escapar? Aquello ni siquiera lo tenía en mente. Era una locura. Sabía que Baek poseía patrimonio, que tendrían suficiente para iniciar una vida juntos en cualquier parte del mundo, pero ella no quería eso. Pese a que su padre la conducía a un matrimonio de conveniencia sin tener en cuenta sus sentimientos, ella lo quería. Quería a su padre, a su madre y a sus cuatro hermanos. Ellos no merecían aquello, no merecían vivir sin saber nada de ella, qué habría sido de su vida o si seguiría viva siquiera.

Miró a Baek con lágrimas en los ojos y acarició su mano.

—Hablaré con mi madre, quizá ella pueda hacer algo.

—¿Hablar con tu madre? —preguntó él. Luego negó—. No servirá de nada. —Inspiró con fuerza y se puso erguido—. Yo hablaré con tu padre.

—No, no… —lo disuadió ella—. Deja… deja que hable primero con mi madre —gimió—, y… según lo que me diga podrás hablar con mi padre. Mañana el rey organiza un banquete en honor a mi padre. Cuando mi madre acuda a mi alcoba para ayudarme con la vestimenta hablaré con ella —pronunció.

Baek suspiró y asintió. De todas formas, otra cosa no podía hacer. Debía respetar su decisión, pese a que no era lo que más le gustaba. Si por él fuese, la cogería y en ese mismo momento la subiría a su caballo y se marcharían lejos de allí. Compartir una vida juntos era lo que más deseaba en el mundo, pero debía esperar, ella quería hacer las cosas bien, no quería perder a su familia pese a todo y, eso, debía respetarlo.

—De acuerdo.

Baek se acercó a ella y le dio otro beso. Pasó su mano por la mejilla de Mi Suk, acariciándola.

—Estaremos juntos —sentenció él—. No te dejaré.

Ella le sonrió con tristeza, como si sus ojos no quisiesen discutir aquello, aunque supiese que era una promesa difícil de cumplir.

Se acercó a la puerta y observó que no hubiese nadie. La abrió y dejó que Mi Suk volviese a su alcoba.

Cuando la vio alejarse notó cómo el corazón se le encogía. Quería estar con ella, la amaba más que a nada, pero los planes de matrimonio de su familia lo iban a complicar todo.

Había pensado en pedir su mano tantas veces… Aunque fuese difícil, se había dicho a sí mismo que debía intentarlo, que la negativa ya la tenía. Ahora, notaba cómo algo en su interior se encogía al pensar que ella se distanciaría de él para siempre, que jamás podría ser suya en cuerpo, aunque sí lo fuese de corazón.

# 2

## Hanah

Año 1932 d. C.

¿Qué había hecho?

Había sido engañada, humillada… su familia no tenía ni idea de lo que iban a hacer con ella. Tembló mientras los soldados japoneses la obligaban a apoyarse contra la pared formando una línea con sus compañeras. Algunas de ellas lloraban, otras gemían, lo que estaba claro era que todas estaban asustadas.

¿Cómo había llegado a eso? A su mente volvió el momento en el que había aceptado ir. ¡Qué ilusa había sido al fiarse de los japoneses! Aquello no era lo que le habían explicado.

Su mente recreó de nuevo aquel momento mientras intentaba contener las lágrimas.

El soldado japonés elevó su rifle hacia su padre, amenazándolo con dispararle.

—¡Papeles! —ordenó.

Los tres elevaron sus manos en señal de rendición.

Hanah miró de reojo a su madre mientras su labio inferior temblaba.

—No, no los tengo… —tartamudeó su padre—. Hay mucho trabajo para recolectar el arroz y no hemos tenido tiempo ni de…

—¡Silencio! —lo cortó el soldado japonés con un grito, provocando que su padre se callase. El soldado miró a su madre y a ella, luego se volvió hacia su compañero que también mantenía el rifle en alto. Entre ellos comenzaron a hablar en japonés impidiendo que su padre, su madre o ella comprendiesen lo que esos soldados hablaban.

El *soshi-kaime* era una política de opresión establecida a los coreanos bajo el dominio japonés para que todos los coreanos adoptasen nombres japoneses, abandonando los suyos.

Aquella no era la única medida de represión.

La ocupación japonesa de Corea se había iniciado con la intrusión de Japón en los asuntos internos de Corea en 1876 con el tratado de *Kanghwa* firmado por la dinastía de Joseon tras el asesinato de la reina Myeongseong en 1895, conocida como la Reina Min, y, posteriormente, con el tratado de *Portsmouth* firmado en 1905, lo que supuso el fin de la guerra ruso-japonesa. Tras esto, la península de Corea había sido ocupada y declarada protectorado japonés mediante el tratado de *Eulsa* y, finalmente, fue anexada a Japón en 1910, estableciendo la hegemonía japonesa sobre la política doméstica coreana.

El tratado de anexión estipulaba que Su Majestad, el Emperador de Corea, concedía completa y definitivamente toda su soberanía sobre todo el territorio coreano a Su Majestad el Emperador de Japón.

A partir de ese momento, los comerciantes japoneses comenzaron a establecerse en pueblos y ciudades de Corea en busca de oportunidades económicas, adquiriendo tierras agrícolas. Para seguir siendo poseedor de la tierra hacía falta una prueba, una escritura que te corroborase como

propietario, pero muchos eran los que habían adquirido aquellas tierras de forma verbal, así que se veían obligados a entregar sus tierras a los japoneses. Ese no era su caso, por suerte, su padre, Sagong Bae, había podido demostrar gracias a la escritura de aquellas tierras que las había adquirido por herencia de su padre. Muchos otros habían perdido sus tierras y ahora las trabajaban sin ser propietarios, siendo estos los japoneses.

La escasez de arroz de Japón provocaba el aumento del cultivo de arroz en Corea, sin embargo, a medida que los campesinos coreanos producían más cantidad para Japón, ellos debían quedarse con una menor cantidad de su cultivo, debiendo entregar más de la mitad de sus cosechas a Japón, hecho que causaba un resentimiento hacia los japoneses.

—Prometo que cambiaremos nuestros nombres esta misma semana —interrumpió su padre tembloroso—. Debíamos entregar el arroz y no hemos podido…

—¡Silencio! —repitió el japonés que intercambió de nuevo unas palabras con su compañero. Los tres guardaron silencio hasta que el soldado volvió a mirarlos—. Ya es demasiado tarde —pronunció.

El corazón de los tres saltó por los aires.

Lo primero era que realmente no gozaban de tiempo para cambiar su nombre tal y como ordenaban los japoneses, pues debían entregar el cargamento de arroz a finales de semana; en segundo lugar, su honor no se lo permitía, algo que no iban a decir a los japoneses. Ahora bien, la pena por no cambiar el nombre podía ser la muerte.

—Por favor… —suplicó su madre.

El japonés la miró con odio. ¿Cómo se atrevía a hablarle aquella mujer? La apuntó con el fusil provocando que su marido se colocase ante ella para protegerla.

—No, no, por favor… —suplicó—. Os… os daremos nuestra parte de la cosecha.

—Esa no es la solución —respondió, y su mirada recayó directamente en Hanah que se removió nerviosa. El soldado inspiró y volvió a mirar al padre—. Necesitamos mujeres jóvenes en el frente como enfermeras y para trabajar en industrias. —Señaló a Hanah con la cabeza.

Algunas de sus compañeras de colegio habían aceptado ir al frente, pues eran muy populares los anuncios donde el ejército japonés solicitaba ayuda. Muchas familias habían aceptado que sus hijas marchasen a cambio de una gran suma de dinero. Lo que ofrecían era trabajar como enfermera al cuidado de los soldados, trabajar en la industria alimentaria, suponía que limpiando el arroz, o bien en el sector textil cosiendo los uniformes del ejército japonés.

—Si queréis vivir… ella debe ir —pronunció el soldado como única opción. Su padre miró hacia Hanah—. Es la única solución.

Su padre iba a hablar, pero Hanah se adelantó.

—No les haga daño —suplicó—. Iré —se ofreció.

Tres días después un carro japonés había pasado a buscarla. Se había sorprendido cuando Sook, una amiga de la escuela, también viajaba en ese carro.

La despedida con sus padres había sido triste, si bien, de aquella forma, ellos seguirían vivos, de lo contrario, si no hubiese aceptado, seguramente habría tenido que enterrar sus cuerpos en aquellas tierras.

Una maleta con tres vestidos y un peine era lo único que llevaba.

Hanah había subido al carro sin contener las lágrimas, con la incertidumbre de cuándo volvería a verlos. La silueta de sus padres se fue difuminando a medida que se alejaban, internándose por los caminos de tierra entre las plantaciones de arroz.

Suncheon era un humilde pueblo dedicado a la agricultura donde uno podía encontrarse plantaciones de arroz y patata, sobre todo.

Se giró hacia su amiga Sook, sorprendida de verla allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mientras colocaba su mechón de cabello negro tras su oreja.

Sook sonrió abiertamente.

—Me he ofrecido como enfermera para estar en el frente —pronunció emocionada—. Ya va siendo hora de labrarse un futuro —indicó—. Les ofrecieron a mis padres una suma de dinero a cambio de dejarme marchar. —Se la notaba feliz por iniciar aquel viaje—. Le pedí a mis padres que me dejasen ir. ¿Y tú?

Hanah tragó saliva y asintió.

—Lo mismo —mintió sin querer dar explicaciones a su amiga. Miró al hombre que conducía el carro tirado por un caballo—. ¿Sabes a dónde nos llevan?

Ella negó con la cabeza.

—Yo, al ir como enfermera, iré a uno de los frentes —informó ella—, aunque no sé a cuál. ¿Qué trabajo te ofrecieron a ti?

Hanah negó.

—Solo me ofrecí voluntaria. —Se encogió de hombros—. Supongo que me llevarán donde más me necesiten.

Tres horas después se encontraban a bordo de un barco, sin saber realmente a dónde las enviaban.

—¿Un barco? —volvió a preguntar Hanah a su amiga mientras les indicaban que entrasen en uno de los camarotes.

A lo largo de ese pasillo había muchos más camarotes donde había muchas muchachas más.

De un empujón las hicieron entrar en el camarote donde había cuatro muchachas. El camarote era francamente pequeño, con una pequeña ventana por donde podían ver el puerto marítimo. No había nada, solo un pequeño cubo donde suponía que debían hacer sus necesidades.

El japonés cerró la puerta y las seis pudieron escuchar cómo echaba la llave sin darles opción a preguntar nada.

Los dos días de travesía habían sido horribles. Mareos, náuseas y un solo cubo que usar entre las seis y cuyo contenido debían arrojar ellas mismas por la pequeña ventana. Las alimentaban dos veces al día con un poco de arroz.

El puerto de Qingdao era un importante puerto marítimo en China, base naval y centro industrial, perteneciente en esos momentos al Imperio de Japón. Entre 1898 y 1914 había sido capital de la concesión alemana de Jiaozhou, posteriormente Japón se había apropiado de él.

El recibimiento no había sido mejor que la travesía. Decenas de carros esperaban para llevarlas hasta un alto edificio situado en medio de un barrio llamado Ba Da Guan. La ciudad era espectacular, con grandes mansiones cerca de la costa. Había sido construida como zona residencial para los alemanes. Sin duda, en esa zona vivían los altos cargos japoneses. Las calles estaban limpias, con árboles plantados cada pocos metros.

Una momentánea calma se apoderó de todas ellas al encontrarse en aquel lugar. Seguramente, allí habría alguna industria en la que poder trabajar o bien trabajar en casa de uno de los militares de alto rango japonés.

¡Qué lejos había estado de la realidad! Las habían hecho bajar del carro y entrar en un edificio donde diez soldados japoneses de alto rango las observaban.

Aquello no le gustaba. Uno de los soldados se aproximó a su amiga y colocó la mano en su barbilla haciendo que elevase su rostro para mirarla. Sook era bonita, con su largo cabello negro

y sus enormes ojos marrones, y así le debió parecer al soldado que las inspeccionaba porque sonrió y se giró hacia sus colegas japoneses que observaban de brazos cruzados a todas las muchachas coreanas, con miradas lascivas.

Miró a Sook y sonrió.

—Mujer de confort —comentó cogiéndola del brazo y tirando de ella hacia otro de los soldados.

Sook gritó al caer en los brazos del soldado japonés e intentó rehuir de su abrazo, pero lo único que consiguió fue que el soldado elevase la palma de su mano y la golpease lanzándola al suelo.

Hanah miró a su amiga con lágrimas en los ojos, temblando de miedo mientras el soldado la cogía de nuevo y la arrinconaba junto a otras chicas que había seleccionado.

Cuando el soldado se puso frente a ella, Hanah bajó instintivamente la cabeza, temblorosa. El soldado hizo el mismo gesto que había hecho con Sook, colocó la mano en su barbilla y elevó su cabeza.

Hanah tenía el cabello un poco por debajo del hombro, con un flequillo que cubría parte de su frente. Sus ojos almendrados y marrones eran llamativos sobre su tez blanca.

El soldado sonrió y miró sus labios durante unos segundos.

—Mujer de confort —repitió cogiéndola del brazo y tirando de ella hacia otro soldado que la recibió con risas.

Ni siquiera supo cómo reaccionar mientras el soldado la abrazaba y la llevaba junto a su amiga. Prefirió no resistirse, pues ya había visto lo que habían hecho con su amiga que se limpiaba disimuladamente la sangre que emanaba de su labio.

Se colocó a su lado y el soldado que las mantenía contra la pared les dio la espalda mientras observaba a las otras muchachas. Estaba claro que ahí ocurría algo, no parecía que las seleccionasen para ir al frente como enfermeras o a industrias como habían informado a sus padres. Aquello era algo más oscuro y tenebroso.

Se sujetó con fuerza a la mano de Sook cuando sintió que esta buscaba su contacto. Se cogieron de la mano asustadas y se miraron durante unos segundos con lágrimas en los ojos. Aquello no podía estar ocurriéndole. Ella había acudido allí para salvar a sus padres de una muerte segura a manos de los japoneses, para trabajar en la industria, sin embargo, lo que daba a entender todo aquello era muy diferente.

Tras escoger a doce mujeres, a ellas dos entre ellas, el soldado miró al resto y señaló a un soldado para que se las llevase. Todas caminaban en fila, con sus cabezas echadas hacia abajo, sin atreverse a elevar sus miradas. Las que lloraban recibían algún golpe para que guardasen silencio. Se fijó en una niña a la que conocía. Debía de haber ido en otro camarote durante el trayecto porque no la había visto antes. No sabía cómo se llamaba, pero sabía que vivía en su pueblo, ya que la había visto en la escuela. Tenía solo once años.

No pudo evitar que una lágrima resbalase por su mejilla cuando el soldado de mayor graduación y que se había encargado de seleccionarlas se dirigió hacia ellas. Se secó la lágrima rápidamente y tomó con más fuerza la mano de su amiga, muerta de miedo.

El militar comenzó a señalarlas.

—Ellas tres a Taiwán. —Dio un paso al lado y señaló a cuatro de ellas—. Hong Kong —indicó. Señaló a las dos siguientes—. Indonesia. —Finalmente se colocó ante su amiga y ella y las miró de la cabeza a los pies—. Shanghái —ordenó mientras ellas se cogían con fuerza de la mano.

Habían pasado toda la noche en el vagón del ferrocarril. El vagón era de madera, sin nada más, y, a diferencia del barco, se encontraban a solas. La puerta corredera del vagón no cerraba bien, por lo que el frío entraba y hacía que de sus bocas saliese vaho.

De vez en cuando, escuchaban a los soldados japoneses reírse en el vagón contiguo. Se habían dejado caer en una esquina, la más alejada de aquella puerta corredera, y se habían abrazado intentando entrar en calor.

No había podido pegar ojo en toda la noche, pero tales eran sus nervios que ni tenía sueño.

La puerta corredera se abrió de forma brusca y un soldado miró a las dos muchachas.

—¡Bajad! ¡Ahora! —ordenó.

Se pusieron en pie y fueron al final del vagón donde dos soldados las bajaron.

El soldado no dijo nada más, solo señaló un vehículo que esperaba a pocos metros de allí. Otro de los soldados cogió a cada una por el brazo y comenzó a arrastrarlas hasta el vehículo. Hanah miró asustada a Sook, ambas se encontraban muy lejos de su hogar, sin poder pedir ayuda, sin saber realmente dónde se encontraban. Intuía que la ciudad que veía al fondo debía de ser Shanghái, aunque en esos momentos era una ciudad prácticamente en ruinas.

Mientras las conducían al coche se fijó en que las vías del ferrocarril estaban destrozadas.

El 27 de enero de 1932, Japón había concentrado cerca de treinta buques, cuarenta aviones y unos siete mil soldados en las costas de Shanghái con el objetivo de *neutralizar cualquier foco de resistencia*[8] china y defender así los intereses japoneses.

Aunque los primeros combates tuvieron lugar en el distrito de Hongkew, el conflicto se extendió rápidamente por todo Shanghái. El 12 de febrero, Japón envió un ultimátum exigiendo la retirada inmediata del ejército chino, demanda que fue rechazada por las fuerzas chinas. Lo único que se consiguió fue intensificar los combates alrededor de Hongkew y Japón dobló sus efectivos elevándolos a cerca de noventa mil, con la llegada de la 9ª División de infantería y la 24ª Brigada Mixta.

El 20 de febrero, Japón intensificó los bombardeos para obligar a las tropas chinas a salir de sus posiciones defensivas y prendieron fuego a todos los distritos comerciales y residenciales de la ciudad, lo que provocó que, poco a poco, las posiciones defensivas chinas fuesen debilitándose.

El 29 de febrero, la 11ª División de infantería desembarcó tras las líneas chinas cerca de Liuhe. Los ataques se sucedieron hasta que, finalmente, el 3 de marzo el ejército chino se retiró de Shanghái ante la falta de suministros y efectivos.

La ciudad estaba totalmente destruida, pocos edificios se encontraban en pie.

Las pasearon con el coche por una ciudad totalmente en ruinas. Había escuchado que Shanghái era una ciudad hermosa, sin embargo, ante ella solo veía pobreza y desolación.

A esa hora de la mañana, y con el sol que comenzaba a lucir, la temperatura iba mejorando.

El vehículo se detuvo ante una vivienda de dos plantas pintada de un color verde.

—¿Esto es una industria? —pregunto Sook a su amiga.

—¡Abajo! —gritó el soldado japonés abriendo la puerta del vehículo.

Las dos bajaron y el soldado las llevó hacia la puerta.

La vivienda, a cuatro vientos y de color verde, estaba rodeada por un pequeño jardín. Había varias puertas. El soldado atravesó el portal sujetándolas aún y rodearon la vivienda por un lateral, aunque no pasó desapercibido para ambas la larga cola de soldados que esperaba en la otra puerta.

—¿Qué… qué lugar es este? —preguntó Hanah al soldado que las conducía a gran velocidad por el jardín.

El soldado la miró de reojo, pero no dijo nada. Las hizo girar la esquina y golpeó con fuerza la puerta trasera. No tardó en abrir una mujer japonesa de mediana edad. Debía de rondar los cincuenta años. Tenía el pelo canoso recogido en un alto moño y vestía un vestido largo color rojo.

—Traigo dos más —dijo empujando a las dos muchachas hacia delante.

La mujer las miró de arriba abajo y luego asintió hacia el soldado. Abrió la puerta y les indicó que pasasen.

En cuanto las dos entraron el olor las echó hacia atrás. ¿Qué lugar era aquel?

Hanah miró hacia los lados, se trataba de una pequeña cocina donde dos mujeres preparaban bebidas y platos de caldo.

La mujer cerró la puerta y volvió a situarse ante ellas.

—¿Qué edad tenéis? —Miró primero a Hanah.

—Veinte.

—¿Esa es tu *edad coreana*[9]? —preguntó la mujer cruzándose de brazos. No parecía muy amistosa. Hanah asintió—. Así que diecinueve años, ¿no? —La muchacha volvió a asentir—. ¿Y tú? —Miró a Sook.

—Mi edad coreana es veintiuno. —Luego bajó su cabeza—. Tengo veinte años.

—De acuerdo —comentó la mujer aún cruzada de brazos.

Hanah miró hacia las mujeres que preparaban la comida y las observaban también de reojo.

—¿Es… es un restaurante? —preguntó tímida.

La mujer la miró y observó hacia la puerta.

—Acompañadme —dijo sin responder a su pregunta. Salieron de la cocina y se dirigieron por un pasillo—. Soy la señora Kondo, a partir de este momento estáis a mi cargo. ¿Os ha visitado algún médico? —preguntó girándose hacia ellas.

Ambas se detuvieron y negaron con su cabeza. La señora Kondo resopló. Hanah aprovechó para mirar. La base de la vivienda era cuadrada. Al lado de la cocina le parecía intuir un pequeño aseo, en medio había una gran escalera que subía a la segunda planta y enfrente un almacén de donde una mujer sacaba ropa de cama limpia y otro con comida. Al final de ese suntuoso recibidor había un enorme comedor de donde provenía música. Por lo que podía adivinar a través de la puerta entreabierta le parecía ver a mujeres sirviendo copas a soldados.

—Esta tarde os visitará el médico —indicó mientras las conducía hacia las escaleras—. Si el examen médico es bueno mañana mismo podéis comenzar vuestro trabajo.

Ambas se miraron de reojo. ¿Se trataba de un restaurante donde los soldados pasaban sus ratos libres?

La mujer las guio por las escaleras hasta la segunda planta.

Aquella planta era muy diferente. Había infinidad de puertas.

Entraron a un largo pasillo donde podía contar al menos quince puertas a cada lado, muy juntas. Las habitaciones debían de ser muy pequeñas. Al final el pasillo se dividía en dos más, uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha.

En ese momento, ambas se sobresaltaron cuando escucharon unos gritos. Miraron hacia todos lados sin saber de qué habitación provenían.

Atravesaron todo el pasillo y giraron a la derecha mientras la mujer sacaba de su bolsillo infinidad de llaves. Se detuvieron ante una puerta y la abrió.

—Tú… aquí —indicó a Sook.

Su amiga entró en la habitación. La mujer abrió la siguiente puerta y le señaló con un movimiento de cabeza que entrase.

Hanah entró. La habitación era extremadamente pequeña. Únicamente había un *futón*[10] y una mesita de noche con una jarra de agua.

Se giró hacia ella con el corazón compungido. Aquello no le gustaba nada. Quería volver a casa.

—¿En qué consiste el trabajo? —preguntó con temblor en la voz cuando otro grito le hizo erizar la piel.

La mujer suspiró como si le molestase aquella pregunta y señaló hacia la cama. Luego miró a la habitación de al lado, donde Sook permanecía igual de asustada que ella.

—Vestíos y bajad a la planta baja. —Hanah miró sobre el futón observando un kimono de color rojo—. Hoy serviréis copas a los soldados. Tú —señaló a Sook—, harás el horario de mañana y tú —señaló a Hanah—, el de tarde. —Hanah miró a su amiga, la cual tenía la misma mirada perdida que ella—. Es una *Estación del Confort*[11] para los soldados japoneses —explicó la mujer sin darle importancia.

—¿Qué… qué es…? —comenzó a preguntar Sook, pero la mujer se acercó a ella con un gesto amenazante.

—¡No quiero preguntas! —la cortó con un grito que hizo que ambas diesen un brinco hacia atrás—. Haréis todo lo que se os ordene y sin protestar —las amenazó—. Ahora, vestíos y bajad a la planta baja.

Dicho esto, se encaminó hacia las escaleras y descendió a la planta baja mientras ambas se observaban de reojo.

El grito de otra mujer hizo que se le paralizase el corazón.

—Quiero volver a casa —susurró Sook.

Hanah se giró hacia ella con lágrimas en los ojos y asintió, sin comprender aún qué hacían allí ni cuáles eran sus funciones.

—Yo también —le devolvió el susurro.

# 3

## Baek

Año 1392 d.C.

Jeong Mi Suk se apoyó en la silla mientras su madre anudaba la parte trasera del hanbok. Había escogido uno realmente hermoso para la ocasión. La parte alta, el jeogori, era de un color rosa pálido con unas finas líneas azul claro alrededor del cuello. La chima, es decir, la falda, era del mismo color azul. Aquel vestido realzaba su figura al estrecharse en su cintura para luego ensancharse en la falda.

Su madre acabó de hacer un bonito lazo en la parte trasera que hacía las veces de cinturón y le indicó que se sentase en el taburete frente al espejo.

Cogió el cepillo y lo pasó por su largo cabello negro que le llegaba hasta el final de la espalda. Vio a su madre en el reflejo del espejo, cómo la cepillaba cuidadosamente. Había heredado sus rasgos dulces. Tragó saliva y apartó la mirada de ella. Había pasado toda la noche y parte del día pensando en la conversación que había mantenido con Kang Baek, en su propuesta de marcharse lejos con él. Su madre solo le había nombrado una vez que su padre estaba en trámites de concertar su matrimonio, ella ni siquiera se había atrevido a preguntar por temor.

—*Eomma*[12] —pronunció en un susurro, sin atreverse a mirarla, aun así, observó de reojo cómo su madre alzaba la mirada hacia ella.

—Dime —comentó pasando el cepillo por el largo cabello de su hija. Lo dejó sobre la mesita y dividió su cabello en tres partes para realizarle una larga trenza.

Mi Suk guardó unos segundos de silencio, sin saber cómo afrontar correctamente el tema que quería abordar con su madre.

Se removió un poco nerviosa en el taburete, lo que no pasó desapercibido para su madre.

—¿Qué ocurre, Mi Suk?

Finalmente, elevó la mirada hacia su madre, una mirada tímida.

—¿Recuerdas el día en que me explicaste que *Appa*[13] quería concertar mi matrimonio?

Su madre le sonrió a través del reflejo.

—Claro, cariño —pronunció con una sonrisa.

Mi Suk apretó los labios, nerviosa.

—Appa lo… ¿lo ha hecho?

Su madre dejó de trenzar su cabello y la observó con ternura a través del espejo.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó con delicadeza—. Es normal estar nerviosa.

Ella negó.

—No, no es eso —continuó bajando la mirada y finalmente suspiró. Volvió a mirar a su madre—. No quiero casarme con Chul-moo Shin —admitió acongojada.

Su madre cogió una cinta y anudó el final de la trenza. Colocó las manos en sus hombros

como si así la reconfortase y miró a su hija en el reflejo del espejo.

—Mi dulce hija… —pronunció con ternura. La rodeó y se sentó a su lado mientras cogía su mano—. Yo tampoco quería casarme con tu padre —se sinceró—, pero… —se quedó pensativa —, el amor surge poco a poco, con el paso de los días, las semanas, meses e incluso años. —Dio unos golpecitos en su mano, reconfortándola—. Tu padre sabe lo que hace, y Chul-moo Shin es un buen hombre. —Chasqueó la lengua y miró divertida a su hija—. Quizá no es tan atractivo como querríamos, pero te tratará bien, será un buen marido.

Mi Suk sintió cómo su labio inferior temblaba. Aquella conversación no iba bien. Su madre era una mujer comprensiva, siempre lo había sido, por eso mismo le había dicho a Baek que hablaría con ella. Si alguien podía convencer a su padre era ella. Aunque le costase, debía intentarlo, debía sincerarse con su madre y pedirle su ayuda.

—No estoy enamorada de Chul-moo Shin —confesó.

Su madre suspiró.

—Date tiempo.

Mi Suk tragó saliva y miró a su madre con intensidad.

—Estoy enamorada de otro hombre —gimió al final. Su madre se quedó paralizada, observándola fijamente, sin pronunciar nada. De hecho, hasta ese momento su gesto había sido tierno, de comprensión, ahora, sus facciones se habían endurecido—. ¿Eomma?

Su madre inspiró con fuerza y se puso en pie. Fue hasta su espalda y miró la trenza de su hija sin decir nada.

—Debes olvidarlo —susurró en un tono bajo, como si aquella conversación no les estuviese permitida.

—Pero —dijo desesperada y al borde del llanto—, yo amo a…

—No —la cortó su madre.

—Si pudieses hablar con…

—No —volvió a cortarla esta vez con un tono más duro. Apretó los labios y miró a su hija a través del reflejo del espejo—. A nosotras no se nos permite amar, hija mía. —Esta vez lo pronunció con dolor—. Por eso sé que, al menos, con Chul-moo Shin serás feliz, él te tratará bien. —Mi Suk iba a volver a hablar, pero su madre no se lo permitió—. Tu padre ha sopesado a muchos miembros de nuestra familia y a amigos cercanos, y es el que más te conviene.

Mi Suk se giró en un acto desesperado. Sentía una impotencia tan grande en ese momento que no sabía cómo expresarlo. Había pensado equivocadamente que su madre la comprendería, que intentaría ayudarla, que tendría su apoyo, pero no era así, se encontraba sola, totalmente sola… precipitándose hacia un matrimonio que ella no deseaba. Sentía como si estuviese al borde de un abismo.

—¿Me conviene a mí o a aboji? —preguntó en un tono más alto de lo que pretendía, sin poder controlarse.

La reacción de su madre no se hizo esperar.

El golpe no fue fuerte, pero llegó sin avisar. Su madre golpeó su mejilla derecha con la palma abierta, provocando que Mi Suk girase su cabeza. Sabía que se había excedido en el tono, que no le estaba permitido hablar así a sus progenitores, pero la sensación de impotencia era tal que había perdido la compostura.

Se quedó en shock tras recibir el golpe, su madre jamás había tenido un gesto así con ella.

Se llevó la mano a la mejilla y la frotó sin elevar la mirada, aunque se sentó correctamente en el taburete mirando al frente, dándole la espalda a su madre. En el reflejo del espejo pudo ver el gesto arrepentido de ella. Una lágrima comenzó a descender por su mejilla. La causa no era el

dolor, sino la sensación de desamparo, de abandono. Nadie la ayudaría a ser feliz, todo se resumía en un matrimonio ventajoso para las dos familias y que garantizase que ninguna de las dos perdiese patrimonio.

Lo peor de todo era que no tenía derecho a réplica, ni siquiera a poder quejarse. La forzarían a vivir una vida junto a una persona a la que había visto pocas veces en su vida y de la que se veía incapaz de enamorarse.

—Lo siento —comentó su madre situando la mano en su hombro. Mi Suk ni siquiera se movió, continuó con su gesto cabizbajo, ocultando sus lágrimas—. Pero tanto tu padre como yo estamos de acuerdo con este matrimonio. Es lo mejor para las dos familias. —Dio unos pasos atrás—. Con el tiempo, tú también te darás cuenta —susurró dirigiéndose a la puerta. Abrió y la observó unos segundos. Se sentía mal al haber golpeado a su hija, pero lo mejor era quitarle aquella idea de la cabeza lo antes posible. Aquel había sido un golpe de realidad que con el tiempo agradecería—. Recomponte. Cuando estés lista, sal. Te esperamos fuera —pronunció.

Mi Suk ni siquiera alzó la mirada cuando escuchó que la puerta de su alcoba se cerraba. Aún notaba cómo su cuerpo temblaba ante lo sucedido.

Aquella era su única baza, la única esperanza que tenía de poder librarse de un matrimonio que no la conduciría a ninguna parte más que al sufrimiento.

Elevó la mirada y se observó en el espejo. Su madre la había maquillado realzando sus rasgos. Se observó e intentó controlar la siguiente lágrima, si no se estropearía todo el maquillaje.

Inspiró con fuerza y se puso en pie. Sí, ella era la hija de un ministro, de uno de los hombres más importantes del reino y la mano derecha del rey, de la aristocracia, y como tal debía cumplir las órdenes de su familia y aceptar la situación… pero su corazón se negaba. ¿Cómo imaginarse una vida sin Baek a su lado?

En los períodos donde no se veían soñaba con él, con que un día podrían ser felices juntos. Ahora se daba cuenta de que aquello solo eran sueños, sueños que jamás se cumplirían.

Se giró y observó la puerta por donde debía salir.

A su mente volvió la conversación que había mantenido la noche anterior con Baek. Huir. Huir los dos juntos de allí. Iniciar una vida los dos en un lugar diferente a todo lo que conocían, un nuevo comienzo, juntos. Aquella idea le atraía ahora más que nunca. Sabía que su matrimonio se fijaría en las próximas semanas y que ya no habría vuelta atrás, que sus progenitores se encargarían de encauzar su vida y su destino sin tener en cuenta sus deseos, pero ella sí podía hacerlo, por una vez en su vida podía ser egoísta. Baek le daba una oportunidad, ¿por qué no aprovecharla? Sabía que sería difícil, pero juntos podían lograr lo que se propusiesen.

La idea de Baek comenzó a tomar forma en su mente. Era una locura, si bien aquella fantasía la mantenía viva.

Inspiró con fuerza y fue hacia la puerta. Cuando abrió, sus padres y sus cuatro hermanos esperaban en el pasillo.

—Estás preciosa —comentó uno de sus hermanos al verla.

Ella sonrió mientras cerraba la puerta, intentando aparentar normalidad.

Todos marcharon rumbo al salón donde una copiosa cena los esperaba. Sería una velada agradable, acompañada de bailes y música que seguramente proporcionarían distracción para todos. No para ella. Instintivamente, buscó con la mirada a Baek, pero no lo encontró. Ahora, más que nunca, necesitaba hablar con él.

Mi Suk se quedó observando el cielo. Desde allí podía escuchar el sonido de la música que

llegaba desde el salón donde habían cenado. Hubiese disfrutado de aquella fiesta si no fuese por la conversación que había mantenido con su madre.

Había permanecido gran parte de la velada en silencio, dándole vueltas una vez tras otra a lo mismo. Allá donde antes había luz, ahora reinaba la oscuridad, era como si se encontrase en un túnel oscuro y no lograse encontrar la salida.

El sonido de la *sugonghu*[14] acompañado de la voz armoniosa de la doncella que cantaba provocaron que se le erizase la piel.

En aquel momento todos bebían *soju*, la bebida tradicional originada durante la guerra de los mongoles contra Corea, una bebida alcohólica que solo podían beber los hombres, la cual provocaba que todos riesen y estuviesen de buen humor.

Argumentando el calor que hacía en el interior del salón, Mi Suk había salido a tomar el aire ante la supervisión de su madre que la observaba a través de la puerta entreabierta. En otra situación su madre no lo hubiese permitido, pero suponía que la conversación mantenida y la reacción de ella justificaban que, en esos momentos, le permitiese estar sola.

Se había apoyado contra una columna y mirado alrededor. Las antorchas, de nuevo, iluminaban la plaza y los jardines cercanos y, a pocos metros de ella, la guardia real vigilaba.

Había mirado fijamente a Kang Baek, situado a pocos metros de ella. Él no podía moverse de su posición hasta que acabase su turno de vigilancia y tuviese que hacer la ronda, pero ella sí podía. Había rodeado la columna para así poder observar la espalda de Baek por delante de ella. Él sabía que ella estaba allí, pues había girado levemente su cabeza para observarla.

Había sentido deseos de llorar, era lo único que le apetecía desde que había salido de su alcoba, pero debía mantener la compostura.

Miró hacia los lados, asegurándose de que ningún guardia mantenía una cercanía suficiente para escuchar su voz y miró la espalda de Baek.

Durante las siguientes horas el pánico se había apoderado de ella y la idea de huir con él había ido tomando forma en su mente.

—¿Hablabas en serio cuando me propusiste huir? —susurró mirando hacia el cielo.

Supo que Baek la había escuchado, pues una sutil tensión se apoderó de los músculos de su espalda.

Su voz también llegó en forma de susurró.

—Jamás he hablado más en serio —escuchó.

Mi Suk apretó los labios para contener el llanto y suspiró. Cerró los ojos intentando hallar las fuerzas suficientes y la valentía necesaria para lo que iba a decir.

—Mi madre aprueba el matrimonio —explicó con un hilo de voz. Baek llevó su mano hacia el Kon atado a su cinturón, sujetando con fuerza el mango de madera e intentando controlar los nervios—. No echarán atrás el matrimonio concertado.

Baek tuvo que valerse de todas sus fuerzas para no girarse y mirarla, pues sabía que ella estaba llorando. El hecho de no poder consolarla en ese momento era peor aún que saber que iba a perderla.

—Mi Suk… —susurró él afligido.

—Me iré contigo —le cortó ella provocando que él se callase. La espalda de Baek se puso firme al escuchar aquello. ¿Era eso posible? ¿Mi Suk aceptaba marcharse con él?

En ese momento, su corazón quiso escapar de su pecho, incluso sintió cómo sus ojos se humedecían por la alegría que aquellas palabras le brindaban. Ella lo quería, lo quería muchísimo, tanto como para abandonarlo todo e irse con él. Él también la amaba, más que a nada en el mundo. Sabía que los perseguirían, que sería muy difícil, pero todo aquello valdría la pena

si podía tener una vida con ella. Marcharían a China y allí pedirían ayuda a los franciscanos para llegar a Occidente.

—Mi guardia acaba en dos horas. Nos marcharemos esta noche en cuanto…

—No —lo interrumpió. Miró hacia atrás asegurándose de que nadie los escuchaba y observó que su madre hablaba con uno de sus hermanos—. Si nos marchamos hoy sospecharán de ti. Mañana partiré hacia Kaesong, se tarda un día en llegar.

—Iré a buscarte —susurró él.

Ella se mojó los labios, pues su boca estaba seca por los nervios.

—Cada miércoles por la noche mi padre acude a la reunión en el instituto de confucianismo. Se reúne con ministros y eruditos. Mi madre lo acompaña.

—El próximo miércoles —susurró él comprendiendo el plan de huida, con la voz cargada de esperanza e ilusión.

—A las nueve de la noche en el puente Sonjukkyo —indicó ella.

—Allí estaré —contestó con voz firme.

Mi Suk cerró los ojos y sonrió para sí misma. En aquel momento sintió una liberación como jamás había sentido, sería libre, libre para amar sin restricciones, sin obligaciones. Sería difícil, pero solo de aquella forma sería feliz. Sabía que juntos lo conseguirían.

Se giró de golpe al escuchar unos pasos cercanos.

—Mi Suk —dijo uno de sus hermanos mayores saliendo, acercándose a ella. Ella se giró y le sonrió con ternura. Su hermano llegó hasta ella y la observó—, ¿te encuentras mejor?

Ella asintió débilmente.

—La comida es deliciosa. —Colocó la mano en su estómago—. He comido demasiado.

Su hermano la miró de la cabeza a los pies y se fijó en su rostro.

—¿Has llorado?

Baek, a escasos metros de ellos, escuchaba la conversación y sintió un nudo en la garganta al escuchar aquella pregunta. Ya lo había intuido por su tono de voz, pero aquella era la confirmación que necesitaba.

Ella negó y volvió a sonreírle débilmente.

—Ahora ya me encuentro mejor —contestó ella como si el malestar que sentía fuese la causa de su demacrado rostro.

Su hermano pareció conforme con la respuesta que le dio y miró al cielo. Las estrellas y la luna iluminaban el firmamento.

—Es una bonita noche —comentó. Miró a su hermana y le tendió su mano—. Vamos dentro. Eomoni está preocupada por ti.

—¿Por mí? —preguntó ella tomando su mano.

—Digámosle que estás mejor —comentó su hermano con una sonrisa mientras tomaba la mano de su hermana con delicadeza y caminaban rumbo al interior del salón.

Baek se giró levemente observando que ella entraba de nuevo.

Debía preparar muchas cosas. Disponía de ahorros que le permitirían iniciar una nueva vida sin ningún problema en cualquier parte del mundo. Durante los días restantes se encargaría de prepararlo todo. Necesitaría caballos, ropa, comida e incluso se informaría sobre los franciscanos y dónde encontrarlos.

Sería toda una aventura, pero la más deseada y esperada de su vida. No le importaba dejar todo cuanto conocía atrás. Era un buen soldado, no le costaría encontrar trabajo en cualquier ejército o estar al servicio de algún caballero de Occidente. En cuanto a ella, a su Mi Suk, la convertiría en su esposa en cuanto se asentasen.

Solo seis días lo separaban de la felicidad absoluta.

# 4

## Hanah

Año 1932 d. C.

Hanah sirvió una copa de sake a uno de los soldados.

Tras la inspección del médico y de que este confirmase que ambas estaban sanas, habían bajado a lo que llamaban el salón de baile, una enorme sala donde había una barra y desde donde servían sake, té verde y soju.

Aquello no le gustaba nada, muchos de los soldados se acercaban indecorosamente a las mujeres que servían copas y se las llevaban de la mano o bien la señora Kondo se acercaba a alguna de las chicas y le decía que se marchase a su habitación.

Por otro lado, había una larga cola que en vez de dirigirse al salón subía las escaleras con decenas de soldados.

Podía llegar a imaginarse lo que ocurría, sobre todo después de que su amiga Sook hiciese el horario de mañana. No había salido de su habitación, sentía pánico ante los gritos que escuchaba. Se había acercado a la pared y situado la mano sobre ella, en la pared que separaba su habitación de la de Sook.

Cuando llevaba un rato sin escuchar sonido alguno había salido de la habitación y llamado a la de Sook, pero no contestaba nadie.

—¿Sook? —preguntó entre lágrimas—. ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó temblorosa.

No había sabido nada de ella, no le había abierto la puerta, solo había escuchado gemidos y lamentos dentro de la habitación.

Poco después, la señora Kondo había ido a buscarla. Le había hecho ponerse el kimono color rojo y la había mandado bajar al salón de baile.

La mayoría de las muchachas que se encontraban allí no tendrían más de veinte años, incluso alguna debía de tener once o doce como mucho.

Había llegado a la conclusión de que lo mejor era pasar lo más desapercibida posible. Se limitaba a poner las bebidas que le pedían sin mirar a ningún soldado a los ojos. Pedían, servía y se marchaba a la otra punta de la barra, aunque no hubiese nadie.

La música sonaba en aquel salón a través de altavoces. Los sillones y las mesas se distribuían por toda la estancia. Muchos soldados permanecían sentados en compañía de alguna muchacha que, obviamente, no se sentía cómoda cuando uno de los soldados colocaba una mano en su pierna o besaba su cuello. Otros, sin embargo, obligaban a algunas mujeres a bailar en la pista con ellos.

—Un sake —dijo uno de los soldados acercándose a la barra. Reaccionó rápidamente. Cogió de la vitrina un pequeño vasito, sirvió la bebida caliente con mano temblorosa y la dejó sobre la barra. Antes de que pudiese alejarse el soldado cogió su mano—. Eres muy bonita, no te había

visto nunca por aquí —comentó —. ¿Eres nueva?

Hanah se fijó en sus ojos negros, en su cabello negro mal cortado, en la cicatriz que tenía en su cuello y que cogía parte de su cara, sin duda, provocada por una herida de metralla.

Asintió con su cabeza sin decir nada y se soltó asustada de él, lo que provocó que aquel soldado sonriese.

—Un sake —dijo otro soldado acercándose a la barra. Reaccionó rápida y fue hasta este colocando otro pequeño vaso frente a él y llenándolo con la bebida, aunque parte de esta se derramó un poco sobre la barra por el temblor de su mano.

El soldado lo cogió y Hanah aprovechó para limpiar rápidamente la bebida que había vertido sobre la barra.

—Hola —dijo el soldado con una sonrisa, buscando con la mirada a Hanah, aunque ella lo evitaba. El soldado se puso firme de repente y saludó llevándose la mano a la frente, en posición militar—. General —comentó totalmente erguido.

El general se situó a su lado y asintió.

—Descanse, soldado —pronunció mientras se apoyaba en la barra.

Hanah se fijó en aquel hombre. No debía de ser mucho más mayor que ella, quizá tres o cuatro años más. Vestía un uniforme militar con muchos más galones que el resto. Era un hombre alto, de complexión fuerte. Se notaba que era de un grado mayor al de los demás por el porte que tenía.

Miró a Hanah y le señaló con la mano.

—Sake —pronunció.

Ella asintió y se giró para coger de la vitrina otro pequeño vaso.

—Hemos conseguido disuadir a los insurgentes —explicaba un soldado que acompañaba al general.

—¿De cuántos hablamos? —preguntó este.

—Debían de ser unos cincuenta. Una concentración pequeña —explicó el soldado mientras Hanah servía la bebida frente a él.

El general miró el vaso que llenaba y luego la observó a ella unos segundos. Volvió su atención al soldado.

—¿Están detenidos?

—Sí, general.

El general asintió mientras cogía el vasito y daba un sorbo.

Hanah se alejó unos pasos hacia atrás con la mirada fija en el suelo, esperando a que otro soldado la llamase.

—Eh, bonita… —insistió el primero—, entonces, ¿eres nueva o no?

Ella miró de reojo al soldado y asintió débilmente provocando la risa de este por su timidez.

El general cogió un cigarrillo y lo llevó a su boca, lo encendió y aspiró el humo lentamente.

—Buen trabajo —felicitó a su hombre. Señaló con un movimiento de cabeza que se alejase —. Descanse, soldado.

El soldado asintió y se despidió del general correspondiéndole con un saludo militar.

El general se giró de nuevo hacia la barra mientras volvía a aspirar el aire de su cigarro, impregnando de aquel aroma esa zona. Observó a Hanah y luego miró al soldado que intentaba llamar su atención.

—¿Dónde está la señora Kondo? —rio el soldado mirando a Hanah—. Voy a tener que hablar con ella. —Se puso en pie y echó parte de su cuerpo sobre la barra, intentando acercarse a ella, aunque Hanah dio un paso atrás, alejándose—. Eres muy bonita —repitió. Hasta ella llegó

el desagradable olor de su aliento, una mezcla de alcohol y tabaco. El soldado se dio la vuelta y comenzó a buscar. Su sonrisa se ensanchó cuando vio a la señora Kondo al final de la estancia hablando con un soldado—. Ah, ahí está. —Sonrió a la muchacha—. Ahora nos vemos.

El general observó al soldado ir hacia la señora Kondo y luego contempló a la muchacha. No solía frecuentar mucho el lugar, quizá una vez por semana, siempre para intentar relajarse tras una dura semana combatiendo contra la resistencia china que se negaba a aceptar su derrota. Ahora, ese territorio pertenecía al imperio japonés, aunque eran muchos los que luchaban contra ellos. Los comprendía en cierto modo, pero lo mejor que podían hacer era aceptar la realidad del momento y la superioridad de Japón sobre ellos.

Dio un sorbo final a su sake y depositó el pequeño vaso en la barra. Miró de nuevo a Hanah y le sorprendió ver que en ese momento ella lo estaba mirando de forma asustadiza, aunque apartó rápidamente la mirada de él.

Hanah lo vio alejarse y buscó rápidamente al soldado que había ido a hablar con la señora Kondo. Los gritos de su amiga Sook volvieron a su mente. No, ella no quería subir a su habitación, no quería ir por nada del mundo.

Miró de un lado a otro, desesperada, observando cómo muchas compañeras suyas aguantaban el llanto mientras algún soldado nipón jugaba con ellas.

—Un sake —pidió otro soldado que se había acercado a la barra.

Inspiró y se giró para coger otro vasito. Lo llenó y lo colocó frente al soldado que la miraba fijamente. Se apartó de inmediato justo cuando la señora Kondo apareció a su lado.

—Ven —ordenó. Hanah se quedó paralizada mientras soltaba la botella de sake en la barra, sin poder moverse—. ¿No me has oído? —le gritó la mujer—. ¡Acércate!

Aquel grito la hizo reaccionar y dio unos pasos hacia ella, aunque antes incluso de que la señora Kondo dijese algo, la cogió del brazo tirando de ella y sacándola de la barra.

Comenzó a caminar con ella entre todos los soldados mientras Hanah sentía su corazón latir con fuerza en su pecho. Miró a todos lados, asustada. Sus compañeras permanecían cabizbajas, los soldados se acercaban a ellas de forma indecorosa, de hecho, algunos de ellos las mantenían presas contra la pared intentando forzarlas mientras el humo del tabaco invadía el ambiente creando una tenue neblina…

Salió del salón y fue hacia las escaleras. Sabía lo que ocurriría.

—¡No! —gritó ella soltándose de la mano de la señora Kondo.

Esta se giró hacia ella, situada en el primer escalón, y la miró de la cabeza a los pies. Sus mujeres no acostumbraban a negarse, ni siquiera se atrevían a protestar, pues sabía que no les convenía hacerlo.

Hanah fue consciente de ello en ese momento.

La señora Kondo elevó su mano y abofeteó la mejilla de Hanah provocando que su cabeza girase. Aquel golpe cogió desprevenida a Hanah. Jamás la habían golpeado de aquella forma, los dedos de aquella mujer se habían quedado marcados en su piel y esta quemaba. Se llevó la mano a la mejilla mientras sentía cómo sus ojos se humedecían. Ni siquiera sus padres la habían golpeado así en la vida, ellos siempre la habían tratado con amor.

Durante unos segundos su mente dibujó las praderas de su amado pueblo, las plantaciones de arroz donde ayudaba a sus padres por las tardes cuando salía de la escuela… Era una vida dura, más con la amenaza japonesa rondando sobre ellos, pero era feliz. Había sido una chica feliz… hasta ese momento.

La señora Kondo cogió su brazo y la atrajo hacia ella con un gesto amenazante.

—Jamás vuelvas a desobedecerme —rugió.

El tono de voz hizo que el temblor de Hanah aumentase. Volvió a coger su brazo y tiró de ella escaleras arriba. No se atrevió a decir nada más ni a protestar, sabía que de esa forma solo conseguiría que la volviese a golpear.

Llegó hasta su habitación y de un empujón la metió en su interior.

—Sé buena —pronunció con una mirada cargada de lascivia—. Kane Nakamura es uno de nuestros mejores clientes. —Dicho esto, cerró la puerta con un portazo.

Hanah se removió nerviosa mirando hacia la puerta. Su respiración se aceleró al punto de estar hiperventilando. La habitación comenzó a darle vueltas y tuvo que colocar la mano en la pared para hallar la estabilidad necesaria para no caer.

Las lágrimas comenzaron a bañar su rostro cuando escuchó unos pasos acercarse y se detuvieron tras la puerta.

—No, no… —sollozó dando pasos hacia atrás hasta tocar la pared con la espalda. Quería escapar de allí, alejarse, pero no había escapatoria posible, ninguna ventana, una única puerta de salida de esa habitación y nada con lo que defenderse.

Contuvo la respiración cuando la puerta se abrió, pero para sorpresa de ella no se trataba del soldado que la molestaba en la barra, sino del general que le había pedido el sake hacía pocos minutos.

Se quedó apoyada contra la pared mientras él entraba.

Lo primero que hizo Kane fue mirar la habitación mientras cerraba la puerta hasta encontrarse con los ojos de ella. Aquella muchacha no había pasado desapercibida para él ni para ninguno de los soldados que había en el salón de baile, los cuales no dejaban de acercarse para tomar sake.

Cerró la puerta y se colocó frente a ella, observándola. Era una muchacha joven, preciosa, aunque llamó su atención que tenía la mejilla amoratada, seguramente habría recibido un golpe por oponerse a subir a la habitación.

Inspiró y directamente comenzó a desabrocharse la camisa del uniforme.

Hanah gimió y cerró los ojos, girándose hacia la pared, queriendo escapar desesperadamente de allí.

—Desnúdate. —Escuchó que decía con voz grave el general.

Ella tragó saliva y se giró levemente para observarlo mientras lloraba. Negó con su cabeza, compungida y con miedo.

Él ladeó su cabeza mientras tiraba la camisa al suelo, sin importarle cómo cayese.

—Desnúdate —ordenó de nuevo mientras se desabrochaba el botón de su pantalón.

Hanah seguía sin moverse, paralizada por el miedo. Jamás había sentido un miedo así en toda su vida. Notaba todos sus músculos en tensión, tan engarrotados que ni siquiera podía moverse.

El general se quitó los pantalones y se quedó en ropa interior.

—No dispongo de mucho tiempo —comentó él alejando los pantalones con una patada. Dio un paso hacia ella, colocándose a su lado, y se percató de su temblor. Aquella muchacha estaba realmente asustada.

Se fijó en su cabello liso y negro, largo hasta por debajo de los hombros, y en su piel blanca. No era una chica muy alta, pues le sacaba más de una cabeza, pero sus rasgos eran muy delicados y era muy esbelta, seguramente de trabajar en el campo.

Colocó la mano en su hombro y la obligó a girarse hacia él, aunque lo hizo con bastante delicadeza.

—Desnúdate —insistió. Ella lo miró y negó mientras lloraba—. Si no lo hago yo serán otros,

y te aseguro que no serán tan delicados.

Aquello acabó de derrumbarla. Su vida desde hacía dos días se había vuelto una pesadilla. Sabía lo que le había ocurrido a Sook, y sabía lo que le ocurriría a ella. Lo miró a los ojos sin contener ya las lágrimas.

Lo que aquel general le había dicho la angustiaba, pero sabía que tenía razón. Cualquiera de los soldados que se encontraban en la planta baja o cualquiera de los que hacían cola para acceder directamente a las habitaciones podía ir a su habitación y tener sexo con ella. Sabía que lo harían, al menos, aquel hombre parecía un poco más considerado y menos bruto que el que había acabado con la inocencia de su amiga Sook, a la cual había escuchado llorar y gritar.

Tragó saliva e inspiró con fuerza. Debía pasar por eso, no había vuelta atrás ni escapatoria.

Se llevó la mano temblorosa al cinturón negro sobre su kimono rojo y lo desabrochó despacio mientras inundaba su mente con imágenes de su poblado, de su infancia, de momentos felices que había vivido junto a su familia. Parecía que hubiesen pasado siglos de todo aquello, ahora se encontraba en un mundo más oscuro y tenebroso del que no podía escapar.

Dejó caer el cinturón, pero el general no parecía de acuerdo con la velocidad tan lenta que llevaba la muchacha para desnudarse y él mismo llevó sus manos hacia los botones del kimono y comenzó a desabrocharlo.

Aquello no era lo que quería. Ella siempre había pensado que su primera vez sería con su marido. Su padre la casaría y ella tendría una familia con él. Aquello no se parecía en nada a lo que su mente había imaginado tantas y tantas veces.

El general desabrochó el kimono y lo dejó caer al suelo. Hanah no llevaba nada debajo. Instintivamente se tapó los pechos, avergonzada. Era la primera vez que se desnudaba delante de un hombre.

El general llevó su mano hasta el brazo de ella y se lo apartó para observarla. Ella apretó los labios y cerró los ojos con fuerza. La muchacha era exquisita, tenía unos pechos pequeños que parecían no haberse desarrollado aún del todo, su vientre plano y sus caderas estrechas. Era una verdadera delicia. Llevó su mano hasta la mejilla de ella y le hizo elevar la cabeza para observarla. Tenía los rasgos más hermosos que jamás había visto. Hanah apartó instintivamente la mejilla de su mano con un movimiento brusco, repudiándolo.

Kane se quitó los calzoncillos y pudo ver cómo ella apartaba la mirada de él. Obviamente era virgen, por esa misma razón la señora Kondo le había hecho pagar una tasa mayor por estar con ella.

La observó y, sin decir nada más, se distanció de ella unos pasos y se dirigió a la mesita de noche. Ella lo siguió con la mirada. Aquel hombre era corpulento, seguramente un gran luchador. Kane abrió la mesita de noche y extrajo un preservativo y un bote con lubricante, colocándolo sobre la mesita. Ella volvió a gemir al ver lo que hacía, lo que provocó que él se girase hacia ella.

En ese momento, los sonidos de la habitación de al lado llegaron hasta ellos, los gritos de una mujer desgarraron el alma de Hanah. Si sus padres supiesen lo que iban a hacer con ella no lo consentirían, jamás habrían dado su beneplácito para que ella se marchase. Su padre habría preferido morir antes que verla así, pero por eso mismo estaba ella allí, para salvar la vida de su familia.

Kane se acercó a ella y la cogió de la mano llevándola hacia el futón. La hizo ponerse de rodillas sobre el pequeño colchón y él se arrodilló a su lado. La miró a los ojos mientras ella repelía su mirada y seguía llorando. No acostumbraba a frecuentar las mujeres de confort, solo cuando había tenido un día muy duro y, a diferencia de muchos soldados, no disfrutaba haciéndolas sufrir. Sabía que muchos de sus compañeros usaban a aquellas mujeres para

desahogarse, y más que tener sexo con ellas, era la forma que tenían de quitarse su frustración de aquella guerra. Las golpeaban, las maltrataban para desahogarse…, sin embargo, él no era así. Sí, era cierto que de vez en cuando cualquier soldado, tras un duro día de batalla, necesitaba compañía femenina, olvidar de aquella forma su triste vida. No las frecuentaba mucho, pero cuando lo había hecho era simplemente para eso, para sentir el contacto femenino, la delicadeza de una mujer en medio de aquella guerra.

Llevó su mano hasta su pecho y lo acarició. El lamento de Hanah se hizo más fuerte y pudo ver cómo su mandíbula se apretaba. No hizo caso de eso, aquella muchacha le parecía preciosa y sabía que sería el objeto de muchos hombres, pero, tal y como había intuido, era su primera vez. Por suerte, gracias a su alta graduación militar, la señora Kondo le había concedido la muchacha a él antes que al otro soldado que la había solicitado.

Colocó la mano en su estómago y la reclinó sobre el futón. Cogió el preservativo y comenzó a ponérselo. Hanah giró su cuello mirando hacia la pared, totalmente estática, sin moverse, aterrorizada ante lo que estaba viviendo.

Kane cogió lubricante y lo extendió por todo el preservativo para facilitar la entrada. Se reclinó sobre ella situándose entre sus piernas.

Hanah se resistió colocando las manos en su pecho y empujando levemente, pero no tenía la suficiente fuerza como para quitárselo de encima. Kane cogió sus manos y las colocó por encima de su cabeza, dejándola inmóvil. Entendía que la situación para esa joven no era fácil.

Hanah no se dignó a mirarlo, giró su cabeza mirando fijamente un punto de la pared blanca mientras sentía cómo aquel general se situaba entre sus piernas. Sujetó con una sola mano sus pequeñas muñecas y comenzó a entrar en ella.

Hanah gimió cuando lo sintió entrar en su interior, abriéndose paso. Suponía que el lubricante ayudaba, pero igualmente sentía cómo sus músculos se forzaban a dilatarse.

Gritó cuando una punzada de dolor la atravesó y Kane se quedó inmóvil. La miró sin decir nada. Había intuido bien, era la primera vez que estaba con un hombre. Al menos, de aquella forma, había contribuido a que su primera vez no fuese tan horrible.

Se quedó observándola, Hanah ni siquiera lo miraba, tenía la vista fija en un punto, inmóvil, sin pestañear siquiera mientras su labio inferior temblaba.

Kane comenzó a moverse despacio, calmado, mientras observaba cómo ella cerraba los ojos con fuerza y se mordía el labio para reprimir los gritos. Pese a que usaba lubricante, podía notar cómo estaba en tensión.

Continuó moviéndose, intentando calmar sus ganas de aumentar la velocidad de sus embestidas, solo al final, cuando no pudo reprimir más su placer, aceleró un poco.

Hanah cogió con fuerza el futón y se mordió el labio para reprimir otro grito hasta que él cayó sobre ella.

Kane permanecía exhausto, con la respiración acelerada, igual que ella, aunque claro estaba que la experiencia no había sido igual para ambos. Él había encontrado placer, una forma de aliviar su frustración y evadirse de las duras horas entre bombas y balas. Ella, todo lo contrario, en aquella habitación había iniciado su guerra, uno de los episodios más desagradables de su vida.

Se incorporó levemente para observarla, aún seguía sin mirarle.

Salió de ella y se puso en pie. Hanah se hizo un ovillo y comenzó a llorar más fuerte, sin poder remediarlo. ¿Aquello era lo que le esperaba el resto de sus días? ¿Ser abusada por hombres? Ella no quería eso, no quería estar allí. Se agarró con fuerza al futón, reclinándose hacia un lado, dándole la espalda y sin querer mirarlo.

Kane se puso en pie y fue hacia la mesita de noche para coger los pañuelos de papel y limpiarse. Se vistió lentamente, observándola. Ni siquiera se movía, solo permanecía reclinada sobre el futón mirando un punto de la pared, aunque desde allí, con la poca luz emitida por una bombilla que a veces parpadeaba amenazando con fundirse, observó cómo temblaba por el llanto.

Acabó de vestirse y se dirigió hacia la puerta. Aquella mujer era realmente exquisita, muchos hombres querrían estar con ella. Sintió una punzada de culpabilidad y remordimiento por lo que había hecho, pero sabía que realmente era lo mejor para ella.

No dijo nada, simplemente salió por la puerta sin pronunciar palabra y cerró con cuidado.

Se detuvo en el pasillo y se colocó bien las mangas de su uniforme de color verde anudado por un cinturón de cuero marrón. Se pasó la mano por la cabeza, despeinando su cabello negro, y se alejó por el pasillo mientras escuchaba los gemidos de muchos de sus hombres y los gritos de las mujeres.

Iba a bajar las escaleras cuando se encontró de bruces con la señora Kondo que lo miró de arriba abajo.

—¿Está satisfecho, general? —preguntó con voz sensual.

Kane asintió y miró hacia el final del pasillo, a aquella puerta que acababa de cerrar. Luego miró a la parte baja donde decenas de soldados hacían cola esperando a que la señora Kondo les diese permiso para subir cuando uno de los hombres saliese de la habitación.

La señora Kondo sonrió y elevó la mano hacia el siguiente soldado que subió los escalones rápidamente. Kane sujetó su mano de inmediato, lo que provocó que ella lo mirase enarcando una ceja.

—La chica con la que acabo de estar —pronunció.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Sí? —preguntó para que él siguiese hablando.

—No quiero que ningún otro hombre la visite.

Ella rio divertida por la ocurrencia del general.

—No puedo hacer eso, hay cientos de soldados que…

—No la visitarán —sentenció—. Pagaré un precio más alto si hace falta.

Ella se cruzó de brazos, estudiando su oferta.

—¿La quiere solo para usted? —preguntó provocadora. Kane no respondió, solo la miró fijamente. La mujer se encogió de hombros. Aquello no era un buen negocio, pero tampoco quería enfurecer a un general, pues sabía que de él dependía que su burdel se llenase de soldados. Bien podría prohibirles que fuesen a ese y buscasen otro—. Deberá pagar la tasa diaria, aunque no venga.

Kane asintió y miró al soldado que subía las escaleras.

—Ningún hombre —repitió hacia ella.

La señora Kondo asintió y Kane bajó las escaleras mientras escuchaba cómo la señora Kondo le pedía al soldado que acababa de subir que esperase al siguiente turno.

Kane salió del *Salón del Novato* y enfiló calle arriba, caminando pensativo. Se fijó en las casas destruidas de la calle, en el asfalto quebrado por las balas y los bombardeos.

Se dirigió directamente a su barricada, a pocas manzanas de allí, donde muchos de sus hombres esperaban su llegada para recibir órdenes.

# 5

## Suni

Año 2025 d. C.

Suni abrió los ojos asustada. La misma pesadilla de siempre que hacía que despertase con el corazón compungido y la respiración acelerada.

Miró hacia el lado donde un hombre de mediana edad leía un libro. Suspiró y se apoyó de nuevo sobre el respaldo de su mullido asiento.

—Les habla su capitán. En una media hora aproximadamente aterrizaremos en el aeropuerto de Seúl, a las siete cuarenta y cinco de la mañana. La temperatura es de dieciocho grados y gozamos de un cielo despejado…

Suni suspiró y cerró los ojos. Casi quince horas de vuelo para llegar desde Nueva York hasta Seúl. No era la primera vez que viajaba. Siempre se había sentido atraída por Corea, por su gente, su cultura, sus tradiciones… También era normal, teniendo en cuenta que sus abuelos eran coreanos. Habían emigrado a Estados Unidos para buscar una nueva vida. Su abuelo había encontrado trabajo en una industria textil. Poco después, había nacido su madre.

Su madre le había inculcado siempre la cultura coreana y le había hecho amar a su país materno. Hija de madre coreana y de padre americano se había criado siempre en Nueva York, aunque había viajado varias veces a Corea, en especial a Seúl. Gracias a su madre, dominaba el coreano como su lengua materna y el inglés como su lengua paterna.

Tras estudiar dirección de empresas, se había decidido por realizar un máster: *"Euroasian International Business"*.

Dominando perfectamente el coreano, el inglés y el francés, no había tardado en encontrar trabajo en una empresa coreana llamada *Samsung*, concretamente en el departamento de dirección, como secretaria ejecutiva.

Estaba emocionada por ello. Ya había trabajado anteriormente para otras empresas.

Los dos últimos años había trabajado como economista en una empresa que montaba aseos. Estaba cómoda, a gusto, y cobraba un buen sueldo, pero no había podido resistirse a enviar el currículum a *Samsung* cuando había leído la oferta de trabajo.

Un puesto de secretaria de dirección en aquella empresa consolidaría su currículum.

Con veintiséis años podía presumir de haber entrado en una de las empresas más económicas y solventes a nivel mundial. Estaba nerviosa por iniciar su nueva vida allí.

Por suerte, en el máster había conocido a estudiantes que vivían en Corea y había entablado una buena amistad con ellos, concretamente con Jun Woo, una joven que residía en Seúl y que se había convertido en su amiga inseparable mientras realizaban el máster en la Universidad de Yale.

Al menos, durante los primeros días de estancia en Seúl, tendría un lugar donde alojarse hasta que le diesen las llaves de su nuevo piso. Serían pocos días, solo tres, hasta que quedase

con la propietaria del piso que había alquilado para la entrega de llaves. Jun Woo se había encargado de visitar el piso y, aunque no era muy grande, tenía todo lo que necesitaba. Un comedor-cocina compartido, un aseo y dos habitaciones. No necesitaba nada más. Por suerte, el piso estaba amueblado, así que no debería gastarse una suma de dinero en hacerlo. Estaría el primer año allí y, una vez estuviese segura en su puesto de trabajo, quizá se comprase un piso. Además, su familia estaba en Nueva York, así que era una decisión que debía meditar bien antes de llevarla a cabo.

El *Aeropuerto Internacional de Incheon*[15], era el mayor aeropuerto de Corea del Sur y uno de los más importante de Asia.

Notó cómo el vello se le erizaba cuando el avión tocaba tierra. Ahí estaba, en su nuevo país con un visado para trabajar, lejos de su hogar y dispuesta a iniciar una nueva vida.

La emocionaba y aterrorizaba a partes iguales.

Descendió del avión y fue directa a la zona de recogida de equipajes.

El último mes se había encargado de ir enviando todos sus objetos más preciados a casa de su amiga Woo. No eran muchos, pero sí a los que tenía más cariño. Una fotografía de su abuela, libros de historia de Corea, libros de lectura con los que disfrutaba mucho…

Cogió la pesada maleta de color rojo y se dirigió a la puerta de salida, donde le sorprendió el recibimiento de su amiga. Sabía que iría a buscarla, habían quedado en eso, lo que no esperaba era que Woo estuviese con una enorme pancarta gritando su nombre.

Suni se detuvo y miró a su amiga con gesto de sorpresa mientras enarcaba una ceja. La pancarta era de color amarillo fosforescente, ideal para pasar desapercibida, y en letras color rosa había escrito: *"Bienvenida, Barnes Suni"*. Las letras estaban rodeadas de corazones rojos, naranjas y verdes.

—¡Al fin! —gritó Woo alzando más la pancarta, moviéndola de un lado a otro. La bajó y corrió hacia ella—. ¡Qué alegría!

Suni abrazó a su amiga con una sonrisa. Desde que habían acabado el máster hacía dos años, cada semana se enviaban correos electrónicos y, al menos una vez al mes, se conectaban por *Skype*.

—¡Hola! —exclamó Suni aún abrazada a ella. Se separó y la cogió de las manos—. ¡Cuánto tiempo!

—Demasiado —respondió Woo.

Suni la miró sonriente y desvió su atención hacia la pancarta.

—¿Era necesario? —bromeó.

Woo le hizo un gesto gracioso con la lengua.

—De esta forma me aseguraba de que me vieses. A veces es difícil encontrarse aquí. —Ahí tuvo que darle la razón. El aeropuerto estaba repleto de gente y podía ser difícil encontrar a una persona, aunque se la esperase en la puerta de salida—. ¿Es tu maleta? —preguntó cogiéndosela.

—Sí, pero no te preocupes… —comentó Suni al ver que Woo se la cogía—, ya la llevo yo.

—Ni hablar. Eres mi invitada —respondió mientras comenzaba a arrastrarla—. Ohhh Suni… —dijo mientras agarraba uno de sus brazos, por suerte la maleta llevaba ruedas y se llevaba fácilmente—, qué alegría que estés ya aquí —continuaba sonriente—. ¡Lo vamos a pasar tan bien!

Aquello no lo dudaba. Cuando realizaban el máster, todos los fines de semana salían a tomar algo. Lo pasaban en grande juntas.

El clima en el exterior del aeropuerto era caluroso. Suni se quitó la chaqueta y caminó al lado de ella.

—He dejado el coche en el aparcamiento —comentó dirigiéndose hacia allí. La miró sonriente—. Antes he hablado con la señora Bae, el domingo firmáis contrato y te hará entrega de las llaves, así que podrás instalarte este mismo lunes.

—Estupendo, porque el día uno de septiembre comienzo en la empresa, así podré dejar las cosas instaladas el día de antes.

Entraron en el aparcamiento de varias plazas y Woo le indicó uno de los vehículos.

—Tampoco tienes mucho que hacer. Tengo tus cajas guardadas en el piso, el domingo las llevaremos. —Luego miró su maleta—. ¿Es la única ropa que has traído?

Suni se encogió de hombros.

—Quiero aprovechar para renovar vestuario. —Le mostró los dientes en una divertida sonrisa.

—Captado —dijo abriendo la puerta del maletero de su Hyundai i20 Active—. Nos toca ir de compras. —Dejó la maleta en el maletero y entraron al coche—. El fin de semana que viene iremos de tiendas. —Le guiñó el ojo. Arrancó el motor y se dirigieron a la salida del garaje—. ¿Cómo vas de cansancio?

Suni se encogió de hombros.

—No tengo sueño, he dormido muchas horas en el avión… —Miró por la ventanilla—, lo que sí que estoy desubicada.

—Es normal con el desfase horario. Aquí son las ocho de la mañana, ¿qué hora sería en Nueva York?

Suni se quedó pensativa y comenzó a contar.

—En Nueva York son catorce horas menos que aquí, así que… allí en Nueva York son las seis de la tarde, pero del jueves.

—Ufff… —resopló Woo mientras pasaba la barrera y sonaba un pitido en el interior del vehículo conforme se había cobrado el estacionamiento en el garaje—, has perdido un día —la miró divertida—, pero has ganado mucho viniendo aquí. Ya verás, lo pasaremos genial. Nuestros pisos están cerca. Esta noche te presentaré a mis amigos y saldremos a tomar algo.

—¿Esta noche? —preguntó sorprendida.

Woo la miró de reojo.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —se burló—. Es viernes y, además, hay que celebrar tu llegada. Todos mis amigos están locos por conocer a mi amiga estadounidense.

Suni rio ante aquel comentario y puso los ojos en blanco.

—No creo que yo sea muy interesante —continuó con la broma. Miró por la ventanilla observando el largo puente que atravesaba el mar—. Es impresionante —susurró. Por más que viajaba a Seúl no dejaba de maravillarse con el puente que cruzaba el mar Amarillo desde el aeropuerto de Incheon hasta Seúl, una obra de ingeniería que representaba el noveno puente más largo del mundo, con más de veintiún kilómetros sobre el mar—. ¿Sabes? Este puente fue diseñado y construido por *Samsung Corporation*.

—Lo sé, me lo dijiste en nuestra última conversación por Skype —le recordó—. ¿En qué departamento estarás? —preguntó con interés.

—En dirección.

—Pero dirección, ¿de qué? —insistió.

—Móviles, tablets…

—Lo que me gusta a mí. —Sonrió y dio unas palmadas de alegría—. A ver si me consigues uno a buen precio.

Suni rio y se dedicó a observar el puente y la ciudad.

Una hora después se encontraban en el distrito Sinchon-dong, ubicado al noroeste del distrito central y conocido por sus establecimientos de ocio nocturno, bares y restaurantes de estilo occidental.

Desde el piso que había alquilado hasta la sede de *Samsung* situada en Samsung Town, un complejo de oficinas ubicado principalmente en el distrito de Seocho, tenía unos cuarenta minutos. Lo había estado mirando y tenía varias opciones: o bien cogía el metro o bien el autobús, aunque este representaba diez minutos más de trayecto. Suponía que los primeros días cogería el autobús para ver un poco la ciudad y ubicarse, luego ya podría coger el metro.

—Ese es tu piso —comentó Woo señalando un alto bloque de color blanco situado en una calle central.

—Está bien ubicado, ¿no? —preguntó Suni emocionada.

—Sí, mucho. Además, tienes las estaciones de metro y de autobús muy cerca. Supermercados… —señaló ella—, bares, discotecas… —comentó riendo—. Me encanta el barrio. ¿Tienes pensado hacer el cambio de carné de conducir?

Si algo bueno tenía Corea del Sur era que podías cambiar la licencia de conducir de otro país por la coreana sin problema. Con tan solo un mero trámite administrativo consistente en presentar una documentación ante tráfico, en dos días tenías la licencia para conducir por Corea del Sur.

—Creo que lo haré, aunque aquí no tenga coche —sopesó Suni—. Nunca va mal.

—Claro, si alguna vez necesitas vehículo puedes pedírmelo —comento su amiga con una sonrisa—. Incluso si te interesa comprar alguno, el padre de un amigo que te presentaré esta noche tiene un concesionario de Hyundai.

Le intimidaba un poco conocer a los amigos de Woo, no obstante, si iba a iniciar una nueva vida allí, le iría bien hacer nuevas amistades.

Woo aparcó el vehículo en un garaje, sacaron la maleta e indicó a Suni que la siguiera al ascensor.

Llegaron hasta una tercera planta.

—Es el tercero primera —indicó Woo—. Te dejaré unas llaves para estos días, ¿de acuerdo?

Suni chasqueó la lengua.

—No hace falta —respondió con timidez.

—Yo tengo que ir a trabajar —explicó Woo mientras abría la puerta—. Necesitarás unas llaves por si quieres salir. Aquí cerca hay un centro comercial, podrías mirar ropa… —Suni chasqueó la lengua no muy segura—, o quizá podrías dormir para estar fresca para esta noche —puntualizó con una sonrisa.

Abrió la puerta y le indicó con un movimiento de cabeza que entrase.

El piso no era muy grande, suponía que debía de ser similar al que ella había alquilado.

Se accedía directamente a un comedor pintado de color verde que compartía espacio con una alargada cocina separada por una barra de mármol de color negro.

Pegado a la barra que separaba estos dos espacios se encontraba un enorme sofá de tres plazas.

Había una enorme ventana y, bajo esta, un acuario bastante bien decorado. En realidad, el piso era pequeño y estaba demasiado atestado de objetos: una mesa con decenas de revistas encima, una estantería donde había libros, figuras, plantas y fotografías, e incluso quedaba espacio para una lavadora y una secadora.

—Bienvenida a mi humilde hogar —comentó con una sonrisa. Suni le sonrió y miró a su alrededor. Sí, un habitáculo demasiado pequeño para todos los objetos que contenía. Si algo tenía

claro, era que a ella le gustaba que hubiese espacio. Woo avanzó hasta una de las puertas y la abrió—. Tu habitación —le indicó.

Ella fue sonriente, arrastrando la maleta, y la observó. Era muy sencilla, disponía solo de una cama y un armario. Pasó la maleta y la dejó a un lado. La habitación no tenía ni una sola ventana, así que suponía que solo estaría allí para dormir, pues nunca le habían gustado los espacios cerrados.

—Esta es mi habitación. —Señaló a la habitación de al lado—. Y ese es el lavabo. Siéntete como en casa.

—Muchas gracias —comentó saliendo junto a su amiga de la habitación.

Woo fue hasta la estantería, abrió un cajón y le tendió unas llaves.

—Aquí las tienes. —Suni las cogió con timidez—. Aquí cerca hay un montón de bares y sitios para comer, pero si quieres tengo llena la nevera.

—Supongo que saldré a comer algo —comentó con una sonrisa. Luego se giró hacia el baño —. ¿Puedo darme una ducha?

—Claro, como si estuvieses en tu casa —insistió ella. Woo cogió el bolso y fue hacia la puerta—. Me sabe fatal, pero tengo que ir al trabajo.

—Claro, claro… —respondió Suni.

—Llegaré a casa a las dos de la tarde. Si quieres, cuando llegue, vamos a dar una vuelta.

—Perfecto —contestó Suni.

—Vale, pues… nos vemos luego. Cualquier cosa que necesites, llámame —comentó mientras cerraba la puerta.

En cuanto Suni se quedó sola, giró sobre sí misma varias veces, observándolo todo. Fue hacia la ventana y se asomó. Aquella ventana daba a una calle bastante transitada. Desde allí podía ver dos bares. Seguramente, por la noche aquella zona se pondría a reventar, pues sabía que aquella zona era muy frecuentada por universitarios.

Fue hacia el dormitorio y abrió la maleta. Necesitaba una ducha urgente y luego no descartaba salir a dar una vuelta o ver un rato la televisión.

Antes de entrar en la ducha, llamó a sus padres para indicarles que se encontraba bien y que ya estaba en casa de Woo. La ducha le fue bien para que sus músculos se relajasen, pues, pese a que no estaba cansada, mantener la misma postura tantas horas en el avión había hecho que notase sus músculos entumecidos.

Apenas deshizo la maleta, solo sacó unos pantalones limpios, una camiseta y la ropa interior. Se vistió y se miró en el espejo: tenía el cabello mojado, pero estaba segura de que con diez minutos en la calle se le secaría.

Cogió las llaves y salió del piso.

Disponía de mucho rato libre hasta que su amiga regresase y estaba ansiosa por familiarizarse con la zona.

Daría una vuelta y llegaría hasta su piso, así podría medir distancias.

Bajó las escaleras, salió del portal y caminó por las calles observando y memorizando dónde se encontraban aquellos locales que podrían serle de utilidad en un futuro.

Tras dar un paseo y comer en un restaurante cercano *gimbap*, un plato de origen coreano elaborado a base de arroz blanco cocido, enrollado en alga y con un relleno de palitos de cangrejo, había vuelto a casa de su amiga.

Había dormido un par de horas y, poco después, su amiga estaba en casa. Habían pasado la tarde dando un paseo y después habían vuelto al piso para arreglarse.

Suni no sabía qué ponerse, así que se había decidido por una falda tejana y un top de tirante grueso color amarillo, a conjunto con su cabello teñido. Al tener un padre americano, sus rasgos asiáticos no estaban tan bien definidos como los de su amiga.

Hacía años que se teñía el cabello de rubio, su color natural, castaño claro, no le gustaba, y de esta forma remarcaba más sus ojos marrón verdoso. Sin duda, había heredado los ojos de su padre.

Se maquilló y fue al comedor donde Woo la esperaba poniéndose la chaqueta.

—¿Tienes una chaqueta? Luego puede refrescar.

Suni se giró hacia el que era su dormitorio.

—Tengo que buscarla en la maleta.

—Espera, espera… —interrumpió Woo su paso—. Ya te dejo yo una, no te pongas a buscar ahora o no llegaremos nunca. —La miró de la cabeza a los pies y entró a su dormitorio. Unos segundos después salía con una chaqueta tejana—. Toma, póntela.

—Gracias.

Los amigos de Woo eran muy simpáticos y divertidos. De hecho, cuando había aceptado la oferta de trabajo, el hecho de tener que iniciar una nueva vida allí, sin conocer a nadie, la había hecho dudar, aunque finalmente había dado el paso. Tras pasar media hora con ellos, se había dado cuenta de que aquellos temores habían sido infundados. Woo se iba a encargar de que no estuviese sola.

Las dos chicas eran muy agradables y la habían recibido con los brazos abiertos, Yoon Ju-won y Jang Min-a no dejaban de darle conversación, interesándose por su vida en Nueva York, y los dos chicos, Kim Kang-ho y Lee Hyuk, no paraban de traer bebidas a la mesa.

Ahora se encontraba mucho más tranquila tras ver que no iba a estar sola. Estaba segura de que podría entablar una sólida amistad con ellos.

Los focos del bar-discoteca donde se encontraban la iluminaban de vez en cuando, cegándola. La música, por suerte, no estaba muy alta, lo que permitía mantener una conversación distendida sin alzar mucho el tono de voz.

Kim Kang-ho rellenó los chupitos de cerámica con *soju*[16], el licor nacional de Corea del Sur, una de las bebidas más populares del país. Suni sentía cómo allí dentro comenzaba a hacer demasiado calor, ¿o era producto del alcohol? El tema era que se lo estaba pasando en grande.

—Me gustaría visitarlo —comentó Suni.

Woo sonrió hacia sus amigos mientras tomaba su chupito de soju.

—Suni es una friki de la historia —rio—. Llévala a un museo y es más feliz que tomando una copa.

Suni se encogió de hombros.

—Siempre me ha gustado mucho la historia, desde pequeña.

Jang Min-a dio un sorbo y cogió el recipiente de cerámica para rellenar los chupitos de sus amigos.

—Yo comencé a estudiar historia —explicó ella—, pero no se me daba muy bien, así que hice un cambio radical y estudié enfermería. —Sonrió—. Trabajo en urgencias. En el hospital Gangnam.

—Espero no tener que visitarte nunca —bromeó Suni. Cogió el recipiente de cerámica y observó en su interior. Estaba vacío. Ni siquiera se había dado cuenta de que se lo habían acabado. Se puso en pie con la jarra en la mano ante la mirada divertida de todos. De hecho, tuvo que apoyarse en Woo para no caer. No era consciente de lo mucho que le había afectado el

alcohol hasta que había intentado mantenerse en pie—. Voy a por otra jarra de soju —comentó sonriente.

—No te preocupes, ya voy… —pronunció Kim Kang-ho.

—No, no, no… —lo interrumpió ella situando el dedo índice ante él y negando—. A esta invito yo —comentó risueña. Dio media vuelta y se dirigió a la barra. Fijó la mirada al frente intentando mantener el equilibrio y no tropezar con alguno de los jóvenes que se encontraban en la pista de baile. Le costó un poco enfocar. ¿La barra estaba tan lejos?

Cuando llegó, se apoyó contra ella, sonriente, y colocó el recipiente sobre la barra.

—Otra de soju —comentó al camarero llamando la atención de este.

El camarero se acercó y cogió la jarra. Hacía tiempo que Suni no se divertía tanto. Se apoyó contra la barra intentando mantener el equilibrio, pues con aquellos tacones y la bebida le costaba bastante.

—De manzana, por favor… —recordó rápidamente al camarero.

—¿Es todo para ti? —preguntaron a su lado.

Ella se giró y tuvo que dar un paso atrás para enfocar bien, pues un muchacho se había situado a su lado y la miraba con una sonrisa. Suni lo miró de la cabeza a los pies. Aquel no era uno de sus nuevos amigos, ¿verdad? No, no lo era, a ese chico no lo conocía, aunque era realmente apuesto. Vestía con unos pantalones negros y una camisa azul claro. Su cabello negro estaba echado a un lado y parecía que debía de haber tomado el sol, porque su piel estaba un poco bronceada, lo que hacía resaltar sus ojos negros.

—No, claro que no —respondió ella asustada. Lo miró de arriba abajo de nuevo. Realmente era muy, muy atractivo, ¿o su impresión se debía al alcohol?

El muchacho la miró con una sonrisa, parecía que se había dado cuenta de su estado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió efusivamente.

—Sí, es… por el desfase horario —comentó encogiéndose de hombros.

Él la miró extrañado, sin comprender a qué venía aquello.

—¿Qué?

—Sí, ya sabes… el cambio horario —respondió como si nada.

El muchacho la miró con aire divertido, sin duda, aquella chica se había tomado unas cuantas copas de más. No solía frecuentar mucho aquella zona, solo de vez en cuando. Aquella chica había llamado su atención desde que la había visto sentada con un grupo en una de las mesas. La había estado observando hasta que, finalmente, ella se había puesto en pie para dirigirse a la barra. No había querido perder la oportunidad de acercarse, aunque no esperaba que el alcohol la afectase tanto.

—Ya… —respondió sin darle mucha importancia, luego tendió su mano—. Park Seok —comentó presentándose.

Ella le sonrió y le tendió su mano también.

—Barnes Suni —contestó ella.

Seok la miró a los ojos cohibido y confundido a la vez.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó soltando su mano lentamente.

Ella lo miró divertida. Menuda técnica más mala para ligar.

Se acercó a él con una sonrisa.

—Lo dudo mucho.

El camarero colocó el recipiente lleno de soju ante ella.

—¿Cuánto es? —preguntó abriendo su bolso.

Seok la observaba fijamente. Aquella muchacha había llamado su atención de una forma muy intensa cuando la había visto por primera vez, no sabía qué era, pero Suni tenía algo que le atraía como ninguna otra mujer.

—¿Por qué no se abre? —se quejó ella peleándose con el bolso, lo que provocó que Seok reaccionase.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó acercándose.

—No, no… ya está, solucionado. —Lo miró y sonrió.

Suni se giró hacia el camarero esperando una respuesta.

—Seis mil wones —indicó el camarero. Abrió su bolso, sacó el monedero y extrajo unos billetes, tendiéndoselos al camarero—. ¿Quiere que le lleve yo el recipiente? —preguntó el camarero al detectar que le costaba mantener el equilibrio.

Ella ladeó su cabeza.

—Sí, vale —comentó ella alegre, luego miró al muchacho que tenía al lado—. Seguramente no llegaría ni con la mitad a la mesa —bromeó, como si le hiciese una confidencia.

Lo miró y se sorprendió al ver que el muchacho le correspondía con una sonrisa, bastante tierna a su parecer.

—Qué bronceado más bonito tienes —susurró ella, la cual continuó con un suspiro.

Seok parpadeó varias veces. Aquel comentario desinhibido le hizo reír, si bien la risa del muchacho hizo que Suni fuese consciente de lo que había dicho.

—Gracias —dijo el muchacho con una sonrisa.

Ella se removió tímida y miró hacia sus amigos.

—No hay de qué —respondió con rapidez y, acto seguido, se giró y se alejó de él.

¡Madre mía! Unas cuantas copas y se declaraba a un chico al que acababa de conocer. Aquel era el problema de no beber casi nunca, que cuando lo hacía perdía el norte, se le soltaba demasiado la lengua. Debía ir con cuidado porque, aunque era cierto lo que había dicho y realmente pensaba que el bronceado de aquel muchacho era impresionante, no era algo que se dijese así a la ligera.

Resopló y se sentó en cuanto llegó a la mesa.

Woo estaba sirviendo los chupitos. Suni cogió el suyo y lo colocó al lado del resto para que se lo rellenasen.

—¿Haciendo amigos? —preguntó Woo que obviamente había visto que hablaba con un chico.

Suni la miró no muy segura. “Más bien haciendo el ridículo”, estuvo a punto de decir, aunque se controló. Negó con su cabeza mientras cogía el chupito y le daba un sorbo. Se giró levemente y observó que Park Seok se encontraba apoyado en la barra, hablando con el camarero, aunque, de vez en cuando, desviaba su atención en su dirección.

Apartó la mirada de él y tragó el soju.

—Un brindis —propuso Woo—. Por mi amiga Barnes Suni y su nueva vida en Corea del Sur —tarareó y alzó el vasito de chupito.

Todos correspondieron a ese brindis y luego tragaron el chupito de una sentada.

Se mojó la nuca en el lavamanos de la discoteca y se miró en el espejo. Había bebido demasiado. Lo estaba pasando muy bien, pero aquello le iba a traer consecuencias. Le costaba mantener el equilibrio cuando caminaba y, además, no podía manipular la lengua correctamente, por lo que hablaba de una forma pastosa.

Se miró y se rio al verse en el reflejo del espejo.

Suponía que el hecho de ser consciente de que podía iniciar una nueva vida allí, que no iba a estar sola, la relajaba. No dejaba de abrazarse con sus nuevos amigos y de darles las gracias por acogerla de aquella forma tan cariñosa. Había hecho muy buenas migas con ellos y, lo mejor de todo, era que parecían corresponderle.

Resopló apoyándose en el lavamanos y se giró hacia la puerta del aseo donde entraban unas muchachas también bastante pasadas de copas. Miró su reloj de muñeca: la una de la madrugada. Aún estaba desubicada, pero suponía que en un par de días se habituaría al nuevo horario.

Salió del aseo y miró a su alrededor. El bar-discoteca estaba muy lleno, por algunas zonas era casi imposible avanzar, pues había grupos de gente joven bailando o simplemente charlando mientras tomaban una copa, lo que dificultaba el paso.

Miró en dirección a la mesa donde se encontraba Woo y sus recientes amigos, al otro lado de la pista de baile, y comenzó a avanzar hacia allí, aunque se detuvo cuando un chico se interpuso en su camino cortándole el paso.

—Barnes Suni —la señaló como si recordase el nombre.

Suni enfocó hacia su rostro. ¿Por qué le costaba tanto enfocar? No iba a beber más o acabaría arrastrándose por el suelo.

Se fijó en él. Era el chico que había hablado con ella en la barra hacía ya un rato.

Lo señaló, pero no le salía el nombre.

—Park… —Se quedó pensativa.

—Seok —le recordó él.

—Síií… —contestó risueña. “El chico bronceado”, pensó para sí misma, aunque la timidez se apoderó de Suni al recordar que se lo había dicho en voz alta.

Seok miró a su alrededor.

—¿Sabes dónde estás? —bromeó.

Ella le sonrió mostrándole los dientes.

—En una discoteca.

—Ajá —respondió risueño. Miró hacia los lados y chasqueó la lengua antes de volver a prestar atención a la muchacha—. Te… ¿te apetece una copa?

Ella resopló.

—¿Otra? —ironizó.

Él ladeó su cuello.

—No, es verdad, otra copa mejor no —contestó con una sonrisa—. ¿Qué tal un refresco o agua?

Ella lo miró de la cabeza a los pies. El chico era realmente atractivo, poseía un magnetismo que la atraía y lo diferenciaba del resto de jóvenes que se encontraban allí.

¿Por qué no? Comenzaba una nueva vida, había conocido a unos amigos con los que se divertía y le harían sentirse como en casa… ¿por qué no disfrutar un poco más?

Miró hacia la mesa donde se encontraban Woo y sus amigos. Permanecían charlando mientras seguían bebiendo.

Lo miró y se encogió de hombros.

—Mejor un refresco —acabó diciendo.

Seok le indicó con la cabeza que lo siguiese hasta la barra. Suni se fijó en que el chico caminaba sin problema, sin lugar a dudas, no había bebido tanto como ella. Se puso firme e intentó seguirle aparentando normalidad, aunque en realidad parecía un pato mareado caminando por la discoteca, intentando evitar los empujones y pisotones de todos los que bailaban en medio de la pista.

Suni logró llegar hasta la barra y se apoyó en ella disimuladamente, intentando hacer ver que mantenía el equilibrio. Seok se dio cuenta de ello, pues, pese a que intentaba estar tiesa como un palo, se iba dejando caer hacia un lado sin darse cuenta.

—¿Una Pepsi? —preguntó Seok.

Ella parpadeó hacia él intentando asimilar la pregunta y contestar de una forma decente.

—Sí, gracias —respondió.

Seok miró al camarero.

—Dos Pepsi, por favor. —Se giró hacia Suni que se había apoyado ya totalmente en la barra —. No eres de aquí, ¿verdad?

Ella negó.

—No, soy de Nueva York —explicó ella. Lo miró y parpadeó varias veces seguidas—. ¿Y tú?

Aquella pregunta le hizo gracia, realmente Suni había tomado demasiadas copas.

—Soy de aquí, de Seúl.

—Ahhh… qué bien —contestó mientras el camarero depositaba las dos botellas sobre la barra con dos vasos. Suni iba a coger la botella para echarse refresco en el vaso, pero Seok se la quitó y comenzó a verterlo él mismo, pues estaba seguro de que si la dejaba acabaría con la bebida por el suelo—. Gracias —contestó ella al darse cuenta de lo que él hacía.

—No hay de qué —respondió con una sonrisa tierna—. ¿Estás de vacaciones? —preguntó tendiéndole el vaso.

Ella negó.

—No, me he instalado aquí hace nada, he venido por trabajo.

—Ahhh… qué bien —respondió.

Ella lo miró fijamente, ¿cómo podía estar tan moreno? Dio un sorbo y depositó la bebida en la barra intentando centrarse en la conversación. Sin duda, la Pepsi la despejaría, tenía demasiado alcohol en el cuerpo en ese momento.

—He llegado hoy, esta es mi fiesta de bienvenida —comentó ella.

Él asintió con gesto simpático.

—Y veo que lo estás pasando muy bien, ¿eh?

Ella asintió.

—Sí, mucho. —Dio un paso hacia él y colocó una mano en su hombro, acercándose. Seok enarcó una ceja hacia ella ante su proximidad. No le importaba que se acercase, pero sí le sorprendía—. Oye… —comentó con la voz pastosa—, ¿dónde has conseguido ese bronceado?

La primera reacción de Seok fue de asombro, aunque luego comenzó a reír.

—Viajo mucho —respondió él—. Hace unas semanas estuve en Dubái.

—Ohhh —continuó ella fascinada—, debe de hacer calor allí, y mucho sol.

—De ahí que esté bronceado —explicó él divertido.

Ella dio unas palmaditas en su pecho.

—Eso está muy bien —le dio la razón y dio otro sorbo a su refresco—. Yo no he viajado mucho. —Se encogió de hombros—. Solo he estado en Canadá, en Nueva York y aquí… —Se acercó de nuevo a él, como si fuese a explicarle un secreto—. En Canadá vi alces… y osos.

Él rio.

—Dicen que son muy grandes.

—Y peligrosos —comentó ella rápidamente—, pero así soy yo… una aventurera. —Sonrió mostrándole los dientes.

Aquella muchacha era más divertida de lo que había pensado.

—Está bien eso de ser toda una aventurera… —comentó él dándole un sorbo también a su refresco—. ¿Y con quién has venido?

—Con unos amigos, ¿y tú?

Él hizo un movimiento de cabeza hacia el lado, donde decenas de jóvenes bailaban.

—Con un amigo también —contestó. En ese momento, se acercó un poco más a ella, observándola a los ojos. Tenía unos ojos realmente hermosos, de un color marrón verdoso que destacaba con su cabello rubio teñido—. ¿Solo amigos? —preguntó. Ella enarcó la ceja al comprender por dónde iba la pregunta, aunque no dijo nada al respecto—. ¿No tienes pareja? —preguntó en un tono más acaramelado.

Él no solía ser así. Normalmente era bastante tímido, no solía acercarse así a una mujer, pero Suni había llamado su atención desde que la había visto. Tenía algo mágico y que no lograba comprender, pero que le atraía de una forma como nadie lo había hecho.

Ella apretó los labios y negó.

—No, no tengo… ¿y tú? —preguntó tímida, desviando la mirada de él unos segundos.

La respuesta de ella lo llenó de alegría. ¿Cómo podía sentir aquel entusiasmo si hacía pocos minutos que la había conocido?

—Tampoco —respondió Seok.

Ella lo miró fijamente. No sabía si era o no producto del consumo de alcohol, pero no podía evitar sentirse muy atraída por Seok. Normalmente, era muy reservada en este sentido, siempre había rechazado el mantener una relación esporádica con un chico que conociese en una discoteca, pero… Seok era diferente a todos los que había conocido. Pese a que solo había hablado con él unos minutos, sentía que había algo entre ellos, algo que no sabía cómo explicar. Seguramente su amiga Woo le dijese que estaba loca, que todo era producto del desfase horario y de su cansancio mental, pero no… había algo más, algo dentro de ella se disparaba cuando había coincidido la mirada con él.

—Y… ¿a qué esperamos? —preguntó cogiéndolo de la camisa y acercándolo a ella sin pudor.

Suni alzó su cabeza hacia él y besó sus labios directamente. A Seok le sorprendió aquel gesto, pero no se negó. La cogió directamente de la cintura y besó sus labios con pasión, con una necesidad que no comprendía de dónde venía.

Se separó un poco de ella y la miró a los ojos.

—Supongo que después me darás tu número de teléfono, ¿verdad? —preguntó él.

—Claro, claro… —respondió acelerada, colocándose de puntillas para acceder a sus labios de nuevo.

Seok la sujetó de nuevo, incluso tuvo que echar un paso hacia atrás y chocó la espalda con la barra. Aquella muchacha era muy impetuosa, pero le gustaba.

Paseó su mano con una caricia sobre su cabello rubio y descendió por su cuello, provocando que Suni se sujetase con fuerza a sus hombros, pues sus piernas temblaban ante aquel contacto.

Debía de estar loca, jamás había hecho algo así, sin embargo, no se sentía mal, sino todo lo contrario. Suponía que el alcohol debía de estar jugándole una mala pasada porque, en ese preciso instante, pensaba que aquello era lo mejor que le había ocurrido en la vida.

Seok se apartó de su cuello y volvió a buscar los labios de ella, uniéndose ambos en un apasionado y fogoso beso.

# 6

## Baek

Año 1392 d.C.

Kang Baek paseó por los jardines de Bongseunsa, uno de los templos más antiguos, construido en el año 794 por el Rey Wonseong de la Dinastía Silla, en compañía de Taego Hyegeun, un monje budista con el que tenía bastante confianza, pues lo había instruido en el budismo desde pequeño.

La tranquilidad y serenidad que se respiraba en ese templo le hacía olvidar los nervios de los últimos días. Tres días hacía de su despedida de Mi Suk, cuando la había visto alejarse sobre su caballo en la caravana que la conduciría a Kaesong, a su hogar. Había salido por la mañana y por la noche ya habría llegado. En tres días se encontraría con ella en el puente de la ciudad para iniciar una nueva vida juntos, pero aquello requería preparar bien su huida. Sabía que su padre, Jeong Mong-Ju, no repararía en gastos y esfuerzos para encontrarla, debía tenerlo todo bien atado.

Había preparado la poca ropa que llevaría y los caballos. Un día antes de su escapada partiría a Kaesong.

El complejo del templo Bongseunsa se dividía en zonas ajardinadas y los edificios que formaban el templo. Estos edificios estaban divididos en varios salones como el Dharma, donde se podía rendir homenaje y rezar a las más de tres mil estatuas de Buda.

Hacia allí se encaminaban, donde podrían tomar el té, introducido en Corea durante el siglo V por los monjes budistas.

Taego Hyegeun asintió mientras paseaba al lado de Baek.

—Son tiempos difíciles… —explicó—, el confucianismo está surgiendo con fuerza y en el budismo se da un declive. —Miró de reojo a su acompañante—. Los franciscanos tampoco ayudan en nada al budismo.

—Por lo que sé —indicó Baek—, se encuentran en China.

Taego asintió.

—El primer fraile llegó a Beijing en 1267 —explicó el monje—. El emperador envió una delegación a Roma para pedir que los franciscanos fuesen a evangelizar a China, aunque cuando el fraile llegó, el emperador mongol Kublai Khan ya había fallecido, así que fue su hijo, Temür, quien facilitó la evangelización. —Giraron y se dirigieron al salón—. El fraile construyó dos templos, o iglesias, como las llaman ellos. La primera en el año 1299 y la segunda en el año 1305.

Baek caminó pensativo.

—¿En Beijing? —preguntó.

El monje asintió, pero miró de reojo a su acompañante mientras entraban al salón.

—¿Por qué estás tan interesado? ¿Pretendes cambiar de religión?

—No, no… —reaccionó rápidamente—, es solo curiosidad —contestó sin revelar sus planes.

El camino hasta Beijing era muy largo, podía llevarle semanas, incluso meses llegar hasta allí. Otra opción era tomar un barco que los llevase hasta la ciudad atravesando el mar Amarillo.

En uno de sus viajes con el rey, había cogido un barco en el puerto de Incheon. Incheon se encontraba cerca de Kaesong. Intentaría encontrar un barco que saliese aquella misma noche rumbo a China. Si recogía a Mi Suk por la noche, en unas cuantas horas a trote podían llegar al poblado de Incheon. Cuando estuviese allí, se encargaría de encontrar un barco que pudiese llevarlos por una suma de dinero. El viaje en barco les ahorraría muchas semanas de viaje atravesando Corea a pie o a caballo.

Nunca había visitado China, pero entre sus dos países ahora reinaba la paz y la amistad. Además, si lo que había escuchado sobre los franciscanos era cierto, podría unirse a una de sus caravanas y viajar hasta Occidente.

—¿Suelen ir y venir mucho de Occidente? —preguntó con curiosidad.

Taego se sentó sobre uno de los cojines e instó con la mano a Baek a que hiciese lo mismo. En medio de los dos había una pequeña mesita con una tetera.

—No estoy enterado de sus negocios… si es lo que me preguntas —contestó en un tono divertido. Baek chasqueó la lengua mientras Taego cogía la tetera y echaba el té en un pequeño vasito—. Pero sé que esos negocios, las compras y las ventas, se hacen a través de la ruta de la seda. —Baek enarcó una ceja—. La ruta de la seda —repitió el monje—. Conecta Beijing con Occidente. Es el camino que realizan los mercaderes. Sé que los franciscanos lo usan también.

Baek cogió el pequeño vasito de cerámica y dio un sorbo al té que le había servido.

Había hecho bien hablando con él, Taego tenía mucha más información que él. Sus posibilidades iban aumentando. Una vez llegase a Beijing, podría buscar a los franciscanos o bien a un mercader que permitiese que los acompañase.

—¿Cuánto se tarda en llegar de Beijing a Occidente?

Taego enarcó una ceja. Una pregunta era normal, incluso dos o tres, pero su joven discípulo hacía demasiadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó soltando la tetera sobre la mesa de madera. Baek lo miró firmemente—. A mí no puedes engañarme.

Baek negó con su cabeza.

—No es nada. Solo quiero saber —contestó con voz pausada—. No nos enseñan mucho en la corte.

—Son cosas que a un guardia imperial no tienen que interesarle… —continuó él esperando una mejor explicación. Se quedó observándolo—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Baek asintió.

—Lo sé.

Igualmente, prefirió no decirle nada al respecto, no porque no confiase en él, sabía que Taego era un hombre de palabra, pero era mucho mejor no explicarle nada sobre su plan de huida con la hija de Jeong Mong-Ju, pues una cosa era confiarle un secreto personal y, otra muy distinta, explicarle aquello. No solo estaba juego su felicidad, sino también la de ella y, además, sabía que con el declive del budismo frente al confucianismo un monje haría cualquier cosa por obtener el favor real.

—¿Y? —insistió Taego.

—Solo quiero saber, y quién mejor que tú para instruirme —acabó halagándolo—. No quiero ser toda mi vida un ignorarte que únicamente sepa usar el kom.

El tono que Baek empleó dejó al monje más tranquilo. Lo observó durante unos segundos y suspiró. Se puso en pie y fue hacia una de las estanterías donde había infinidad de libros y papiros enrollados.

Cogió uno y fue hacia la mesa central.

—Acércate —le instó.

Baek se quedó maravillado. El monje colocaba ante él un enorme mapa, aunque no sabía identificar de qué parte de Corea era.

Taego colocó un dedo sobre un punto.

—Aquí estamos nosotros —indicó. Luego movió el dedo hacia el otro extremo—. Y aquí Beijing. —Lo miró sonriente—. Es el punto más lejano donde he viajado.

—¿Ha estado en Beijing? —preguntó asombrado.

Él asintió.

—Hace muchos años. El budismo entró en China hace muchos siglos. Creo recordar que fue en el siglo seis —explicó aportando datos como si estos le importasen a Baek—. Hace más de veinte años —sonrió como si los recuerdos fuesen alegres—. Pese a que aún no se había firmado la paz con China, el emperador Hongwu quería alejarse de las tradiciones familiares. Hubo… —intentó buscar una palabra adecuada—, una evolución en la sociedad y el comercio, la ruta de la seda favorecía el comercio por todo el mundo y, además, hubo cambios en el pensamiento filosófico, en las artes y en la literatura y, todo esto, influyó en la religión. Junto a unos cuantos de mis compañeros fuimos invitados por el emperador Hongwu para aprender de los monjes chinos. Pude observar antiguos escritos budistas, alojarme en sus templos y, de esta manera, convertirme en un maestro del budismo para impartirlo correctamente y difundirlo por el reino. —Le sonrió. Miró el punto que marcaba su dedo en el mapa, sobre la ciudad de Beijing, y lo desplazó hacia su izquierda—. Este es el camino de la ruta de la seda, y… —meditó un momento y marcó otro punto—, aquí comienza Occidente.

Baek lo observó atento.

—Es mucha distancia.

—Dicen que los mercaderes tardan meses en cruzarlo. Bosques, praderas infinitas, desiertos… es un viaje largo y cargado de peligros —enfatizó. Movió su mano hasta otro punto del mapa—. Roma —señaló—, de aquí vienen los franciscanos.

—Han hecho un viaje muy largo.

—Mucho —recalcó Taego.

Baek miró el mapa. El camino era muy largo. Podría unirse a una de las caravanas de la seda o bien hablar con los franciscanos. Cuando llegase a Beijing ya decidiría la forma más segura de viajar hasta Occidente y suponía que, una vez en camino, podría informarse de a quién debía acudir para solicitar trabajo. Serían unos meses duros, pero merecería la pena si podía estar con ella.

Miró al monje y sonrió.

—Eres un gran sabio —lo elogió.

Taego le devolvió la sonrisa y volvió a enrollar el mapa.

—Es bueno querer saber —destacó—. Siempre que quieras aprender, aquí estaré.

Taego no lo sabía, pero aquella sería la última vez que lo vería. En dos días marcharía rumbo a Kaesong y buscaría un barco que los pudiese llevar hasta Beijing. Sabía que era un viaje muy arriesgado, pero no estaba asustado, más bien emocionado. A ambos les esperaba una vida llena de aventuras y amor.

—Muchas gracias por todo. Te estoy muy agradecido —dijo Baek, aunque una mirada

sorprendida inundó los ojos de Taego—. Debo marcharme.

Taego no dijo nada más, suponía que un guardia real debía de estar muy ocupado.

—No hay de qué —saludó.

Baek lo miró de la cabeza a los pies, como si quisiese guardar su imagen en su mente. Él había sido su maestro desde que tenía uso de razón y ahora, sin saberlo, le estaba mostrando el camino que debía seguir en la vida para poder alcanzar su destino.

—Nos vemos pronto —comentó Taego agachando su cabeza levemente en señal de despedida.

—Nos vemos pronto, ***sunbenim***[17] —repitió Baek.

Salió del templo y caminó rumbo al palacio real donde lo esperaban para iniciar su guardia. Desde el momento en que Mi Suk le había comunicado que se iría con él, todo

había cambiado. Los nervios no le permitían dormir, pero estaba feliz, el problema era que no podía compartir con nadie aquella felicidad. Le encantaría poder gritar a los cuatro vientos que su amor era correspondido, que en breve iniciaría una nueva vida con la mujer que amaba, pero, por el bien de los dos, debía mantenerlo en secreto. Sabía que su vida correría peligro cuando se marchasen.

Llegó al palacio cuando notó que algo había cambiado. Había más guardias de la cuenta custodiando la puerta.

Aceleró el paso hacia uno de los guardias.

—¿Qué ocurre?

El guardia lo miró.

—Solo obedecemos órdenes del general Yi —contestó.

Baek lo miró de la cabeza a los pies y accedió a través de la enorme puerta. Dentro, decenas de sus compañeros se mantenía en fila, custodiando el palacio.

Sabía que el general Yi le traería problemas. Yi Seong Gye era su superior directo y tenía un fuerte peso en todo el ejército e incluso en la corte. Ya había provocado la renuncia del anterior rey, el rey U, debiendo abandonar el trono para dárselo a su hijo, el actual rey y, ahora, sabía que algo ocurría, ¿por qué si no iban a estar sus compañeros en formación custodiando todo el palacio?

Se quedó paralizado cuando observó que, dentro del pabellón, su actual rey, Gongyang, se encontraba de pie, al lado del trono. Su corazón se paralizó al comprobar quién se sentaba en el trono.

Avanzó hacia allí con paso presto, rodeando a algunos de sus compañeros que no se movían, solo lo observaban de reojo, sin pronunciar nada.

Subió los escalones y entró al interior del pabellón. Dio unos pasos y se inclinó haciendo una reverencia a su general.

Yi Seong Gye se encontraba sentado en el majestuoso trono de oro, con un brazo en cada reposabrazos. Miró directamente a su coronel.

— Kang Baek—dijo su nombre.

Baek se puso firme y, aunque miró extrañado a su rey, no pronunció nada al respecto. Aquello parecía un golpe de estado. Tampoco le extrañaba ni le tomaba por sorpresa, el general siempre había tenido delirios de grandeza, no era descabellado pensar que, después de derrocar al anterior rey, él acabase en el trono.

—Señor —pronunció totalmente firme y, esta vez, sí miró a Gongyang preocupado—. ¿Ocurre algo?

En ese momento, se fijó en que en cada esquina del pabellón había un guardia. Sin duda, aquello era una rebelión. ¿Cómo podía ser que él no se hubiese enterado, que hubiesen hecho una revuelta así sin que él fuese consciente de ello? Él tenía un alto rango dentro de la guardia real, sin embargo, no había tenido noticias de esa revuelta, solo había escuchado algún rumor entre la corte.

—Mi fiel coronel —pronunció el general Yi poniéndose en pie. En ese momento, dos de sus compañeros cogieron a Gongyang por los hombros, apartándolo a un lado. Aunque este se resistió, no pudo hacer nada frente a los dos soldados—. Las cosas han cambiado…

Baek notó cómo su corazón latía con fuerza y la respiración se le entrecortaba.

—Puedo intuirlo, señor —pronunció observando cómo se llevaban a Gongyang—. ¿Qué estáis haciendo? —preguntó directamente—. ¿A dónde se llevan a mi rey?

El general Yi se detuvo y ladeó su cabeza.

—¿Tu rey? —preguntó con ironía—. Él ya no es tu rey… —pronunció iniciando la marcha de nuevo hacia él.

Ahí estaba la confirmación de lo que esperaba: una revuelta militar para derrocar de nuevo a otro rey. Ahora no había duda, el general Yi se había hecho con el trono y con el control absoluto del reino.

La mente de Baek sopesó todas las posibilidades. Estaba claro que si algo así había acontecido era porque tenía el respaldo de la corte, la aristocracia y una gran parte del ejército. Con toda seguridad, el general Yi habría seleccionado a los hombres de más confianza y sabía que estarían a su favor para prepararlo todo. Él, sin embargo, jamás había tenido muestras de rechazo hacia su actual rey. Eso complicaba aún más las cosas, pues si lo veía como un enemigo, y dada su posición dentro del cuerpo militar, podía mandar que lo ejecutasen. El general haría cualquier cosa por consolidar el trono y eso causaría la muerte de todos los militares que estuviesen en su contra. El general Yi no iba a permitir que un grupo de soldados se sublevasen.

Se puso firme y lo observó acercarse. Su mente dibujó el rostro de Mi Suk, ella era la única que podía calmarlo en aquel momento. El destino le estaba jugando una mala pasada. A pocos días de que iniciase una nueva vida con ella acontecía una rebelión que podía cambiar no solo la vida de ellos dos, sino la de un reino entero. Ahora sabía, además, que su vida y el poder estar con Mi Suk pendían de un hilo, de las palabras que escogiese pronunciar en aquel momento.

El general Yi se situó frente a él. Baek escuchó los pasos de sus compañeros tras él, concretamente de dos, a su espalda, esperando la orden de su general.

—O estás conmigo —pronunció el general Yi—, o estás con él. —Señaló con un movimiento de cabeza hacia Gongyang, el cual era arrastrado por los dos soldados, seguramente rumbo a los calabozos.

Baek sintió cómo una electricidad recorría toda su espalda. De nada serviría apoyar a Gongyang. Él siempre había sido leal a la dinastía Goryeo, a su rey. Si estuviese en otras circunstancias, no le importaría gritar a los cuatro vientos que él jamás sería su rey, e incluso animaría a los miembros del ejército y de la guardia real que sabía que le eran leales a luchar contra el general Yi por esta usurpación, pero, siendo sinceros, lo único que conseguiría si pronunciaba aquello sería que le cortasen la cabeza. Jamás volvería a ver a Mi Suk, y, además, con aquel acto la condenaría a un matrimonio forzado sin amor, a una vida desdichada.

Cerró los ojos durante unos segundos e inspiró con fuerza por lo que iba a hacer.

Se llevó la mano al pecho y se reclinó ante él.

—Mi rey —pronunció con una reverencia. El general Yi sonrió ante el gesto del coronel—. A partir de ahora os serviré a vos.

Aquellas palabras hicieron que el pecho del general se ensanchase, regocijándose por lo que estaba logrando. Indicó a los dos soldados que esperaban a la espalda de Baek que se distanciasen con un movimiento de cabeza y se situó frente a él.

—Tú eres uno de mis mejores hombres. Mantente a mi lado y llegarás lejos —pronunció. Baek asintió.

Aquello le parecía surrealista, pero estaba ocurriendo, de hecho, en la ciudad aún no se conocía nada de lo que estaba aconteciendo en el interior del palacio, todo había sido orquestado de una forma brillante, sin altercados, sin batallas… estaba claro que gran parte del ejército estaba de acuerdo en destituir al rey vigente.

—¿Ha habido oposición por parte de algún soldado? —preguntó Baek girándose hacia la plaza donde todos formaban. Necesitaba saber si planeaban alguna ejecución.

—Pocos —respondió el general a su lado, mirando en la misma dirección que él—. Se encuentran en los calabozos. Mañana, antes de partir, se les permitirá unirse a nuestra causa, si no lo hacen serán ejecutados.

Baek inspiró con fuerza y asintió.

—Partir, ¿adónde? —preguntó sin mirarle, con la vista al frente.

El general se giró hacia él.

—Tengo al ejército de mi lado, y a la corte, pero necesito el apoyo de alguien muy importante, sin el cual puede que mi reinado no dure mucho. —Baek aguantó la respiración, no hacía falta que pronunciase el nombre, lo tenía muy claro. Jeong Mong-Ju era uno de los hombres más influyentes del reino. Además, era director del instituto de confucianismo donde instruían a centenares de jóvenes. Supo que se refería a él. Si Jeong Mong-Ju expresaba su disconformidad con la nueva dinastía que iba a comenzar, con la cantidad de seguidores que tenía, podía provocar una guerra civil—. Mañana por la tarde partiremos hacia Kaesong —indicó el general mientras descendía los escalones del pabellón en dirección a la guardia que formaba en el centro de la plaza. Se quedó quieto, de espaldas a él—. Eres mi mano derecha —afirmó. Lo que debía ser un halago y colmarlo de alegría no fue más que una puñalada por la espalda—. Encárgate de que esté todo listo para nuestra partida.

Él nunca sería favorable a aquel golpe de estado, suponía que el general Yi era consciente de ello y, por eso mismo, quería persuadirlo de aquella forma. Ser la mano derecha del actual rey era a lo más alto que uno podía aspirar. Él siempre había sido respetado por todos los soldados, por eso mismo le interesaba que estuviese de su lado, sabía que si Baek dirigía su ejército evitaría muchos problemas. Eso no quitaba que Baek fuese consciente de ello y de la estrategia del actual rey para mantenerlo a su lado. De todas formas, no entraba en sus planes quedarse mucho tiempo al lado del nuevo rey.

Aunque el general se mantenía de espaldas a él, hizo una reverencia.

—Claro. Me encargaré de todo, mi rey —pronunció girándose para dirigirse a los calabozos. Puede que no lograse salvar a muchos de sus compañeros, pero debía convencerlos para que se mantuviesen con vida.

A veces, era mejor mentir y seguir vivo que morir por una causa que ya estaba perdida, pues sabía que no había vuelta atrás en lo referente a aquel golpe de estado.

# 7

## Hanah

Año 1932 d. C.

Era difícil conversar con alguna otra chica. La señora Kondo las observaba continuamente y evitaba que entre ellas conversasen. Solo había podido entablar conversación con un par de mujeres mientras subían las escaleras rumbo a la habitación. Al menos, había unas cuantas coreanas con las que podía hablar, otras muchas mujeres eran japonesas o chinas.

Por lo que había averiguado, existían tres tipos de estación de confort. Las permanentes como la suya, otras construidas en torno a una unidad militar o brigada y otras más pequeñas cerca de los batallones en las líneas de conflicto.

Hundió la gasa en la palangana y la pasó por la mejilla de su amiga. Le había costado cinco días que le abriese la puerta. Cuando la había visto apenas la había reconocido. Estaba pálida y ojerosa, debía de haber perdido algún kilo aquella semana y, además, tenía moratones por el cuerpo y alguna herida.

Por suerte, la señora Kondo no había vuelto a mandarla a la habitación con ningún hombre más, solo la hacía despachar bebidas.

—¿Te duele? —preguntó limpiándole la herida de la mejilla.

Sook negó y volvió a agachar su cabeza.

—Ya no siento prácticamente nada en ese lado de la cara —susurró sin mirarla. Hanah pasó con cuidado la gasa por su rostro, intentando no lastimarla, limpiándole la sangre seca. Sook cogió la mano de su amiga y la miró con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo lo soportas?

Hanah cerró los ojos unos segundos. No coincidían en turnos, por lo que cuando una se encontraba trabajando la otra descansaba y caía totalmente exhausta. Las primeras noches le había costado conciliar el sueño, ahora, tales eran los nervios y la tensión que pasaba cuando se encontraba en el salón de baile que cuando subía a la habitación caía profundamente dormida.

No había querido explicarle que no había tenido más encuentros, quería aparentar fortaleza para que su amiga intentase imitarla, de lo contrario sabía que se hundiría.

—No pienso en ello —susurró.

Sook lloró y se pasó la mano por la mejilla no dolorida.

—Quiero morirme —gimió.

—Eh, eh… —La detuvo su amiga colocando las manos en sus hombros, aunque Sook hizo un gesto de dolor y se las apartó de inmediato—. No puedes rendirte. Tenemos que superar esto para que la gente sepa en un futuro lo que hacen los japoneses —dijo.

Sook permanecía hundida.

—¿Y de qué servirá? —sollozó. Hanah suspiró y volvió a hundir la gasa en el plato de agua, sin saber cómo responder a aquella pregunta—. ¿A ti también te pegan? —preguntó.

Hanah negó.

—De momento no.

Sook se apoyó contra la pared mientras Hanah acababa de limpiar su herida y comenzaba a humedecer con el agua fría los brazos llenos de cardenales, intentando calmar el dolor.

—Son muy fuertes —susurró dejando de llorar, inmersa en sus pensamientos—. Intento defenderme, pero no puedo. Ya no me resisto. —Hanah se dejó caer sobre el suelo y miró a su amiga. Sí, ella solo había tenido una experiencia, pero había hecho justamente eso. No tenía nada que hacer frente a un soldado más que gritar y patalear y sabía que no conseguiría nada. Esa era la razón por la que se había quedado inmóvil, deseando que pasase lo más rápido posible—. ¿Hago bien? ¿Debería resistirme? —preguntó desesperada.

Hanah negó.

—De nada serviría. Ellos van a conseguir lo que quieren de una forma u otra —susurró pensativa—. Al menos, de esta forma, te evitas unos golpes. —Sook asintió. Hanah la miró pensativa, ¿se sentía mal consigo misma? Ella también se sentía así, como si su vida ya no fuese importante—. Debemos ser fuertes, Sook. Al menos, nos tenemos la una a la otra. —Sook se acercó y la abrazó como pudo, colocando su frente en el hombro de Hanah, dejando caer casi todo el peso de su cabeza en él, totalmente hundida—. Descansa —dijo separándose de ella con suavidad. Sook volvió a llorar—. ¿Cuántos días te ha dado el médico para la recuperación?

—Cinco —dijo tumbándose con cuidado sobre el futón—. La señora Kondo dice que no da buena imagen que tenga tantos morados por el cuerpo.

Hanah echó la sábana por encima de Sook y acarició su cabello.

—Tengo que bajar al salón de baile —comentó con la voz entrecortada por el miedo—. Cuando acabe vendré a verte.

Se reclinó sobre ella y besó su frente con cariño. No sabía qué haría si ella no estuviese allí. Al menos tenían la suerte de estar juntas, si no se verían totalmente solas.

Salió de la habitación con cuidado y fue a la suya para ponerse el kimono de color rojo.

Justo en ese momento, la señora Kondo subió las escaleras y tocó la campana, iniciando así el segundo turno.

Como cada día, su corazón comenzaba a latir con fuerza y el temblor se apoderaba de todo su cuerpo. Sabía que en cualquier momento un hombre podía acercarse a ella o hablar con la señora Kondo y obligarla a volver a su habitación para mantener relaciones.

Salió de la habitación, al igual que muchas otras, y se encaminó hacia la puerta. Pasó al lado de la señora Kondo cuando esta la cogió del brazo.

—Tú no —le dijo, y la echó a un lado para que el resto de las mujeres siguiesen bajando a la primera planta. La miró de arriba abajo y la empujó hacia atrás—. Vuelve a tu habitación.

Aquella orden cogió de improviso a Hanah que no se quejó ni titubeó, obedeció directamente volviendo a su dormitorio. ¿No iba a bajar al salón de baile? Aquello solo podía significar dos cosas: o bien le daba unos días de descanso como hacía con muchas chicas o, en segundo lugar, aquella tarde la dejaba en la parte de arriba para atender a todos los soldados que esperaban haciendo cola.

Se encerró en la habitación, temblando, sin saber cuál sería la causa de que la señora Kondo no la dejase bajar al salón de baile.

Tembló cuando escuchó que los soldados comenzaban a pasar por el pasillo encaminándose a las habitaciones, suplicando que ninguno abriese su puerta.

Retrocedió lentamente hasta apoyarse contra la pared, con el corazón latiendo a mil por hora y la respiración acelerada. Por debajo de la puerta podía ver los zapatos de los soldados que se

dirigían a las habitaciones que les indicaban. Pocos minutos después, los gritos tanto femeninos como masculinos inundaron la segunda planta. La piel se le erizó. Los gritos y lamentos continuaban durante horas. Normalmente, cada hombre disfrutaba de unos diez minutos, por lo que el paso de soldados no cesaba.

Aquello era inhumano, ni siquiera entendía cómo los propios soldados se sentían cómodos haciendo algo así, violando a una mujer contra su voluntad una vez tras otra. ¿Los soldados no eran hombres de honor? ¿No luchaban por la justicia y por lo que creían correcto? ¿Por su país? Ni en sus peores pesadillas podía haber imaginado algo así.

Aguantó la respiración cuando el pomo de su puerta se movió y un soldado la abrió. Se quedó apoyada contra la pared, sin poder respirar, apartando la mirada del hombre que entraba. Ni siquiera se atrevía a mirarlo a la cara, prefería no hacerlo. Si veía sus rostros, estos la acompañarían también por la noche, en sus sueños. Prefería no ponerles cara.

—Desnúdate. —Elevó la mirada rápidamente cuando reconoció aquella voz.

El general se encontraba ante ella, desabrochándose la camisa militar.

Ella lo miró detenidamente. ¿Otra vez allí? ¿Por eso la había enviado la señora Kondo a la habitación? ¿Porque él había vuelto a solicitarla?

Kane enarcó una ceja cuando vio que ella permanecía sin moverse y lo miraba con temor.

Echó la camisa a un lado y colocó las manos en su cintura, sin apartar la mirada de ella.

—¿Ha venido algún hombre más a esta habitación? —preguntó. Ella lo miró confundida, pero negó. Kane asintió y se llevó las manos al pantalón para quitárselo, pero la miró confundido cuando se dio cuenta de que la muchacha no se movía ni obedecía sus órdenes—. Hazlo —ordenó.

Ella apretó los labios.

—¡No! —le gritó.

Kane se sorprendió ante la respuesta tan contundente de la joven.

Dio unos pasos hacia delante ladeando su cabeza.

—¿Cómo? —la retó sorprendido.

Ella se puso firme. Sabía que no lograría nada, que lo mejor sería hacer lo que aquel general ordenaba, pero aún se encontraba con suficientes fuerzas como para negarse, para que su honor no disminuyese más de lo que ya lo estaba.

Se colocó ante ella, observándola fijamente.

—No te conviene negarte —comentó con voz firme—. Aunque, si lo prefieres, puedo dejar de venir y que sean otros hombres los que compartan el futón contigo.

Aquellas palabras dejaron a Hanah consternada. ¿Dejaría que viniesen otros hombres a verla? ¿Acaso aquel general la había elegido entre todas para que fuese solo suya?

Kane cogió su barbilla con delicadeza y la obligó a mirarle.

—O el resto de los hombres o yo… tú eliges —pronunció como ultimátum.

¿Aquella era la razón por la que nadie había entrado en su dormitorio? ¿Era ese el motivo por el que la señora Kondo la tenía solo sirviendo copas en el salón de baile en vez de en las habitaciones?

La proposición era clara, o hacía todo lo que él le pedía o su puerta no dejaría de abrirse y cerrarse con hombres queriendo mantener sexo con ella. Cerró los ojos al escuchar los gritos de sus compañeras, al escuchar cómo las puertas se abrían y cerraban sin interrupción, así durante horas. Ni siquiera entendía cómo aguantaban aquello.

Miró a los ojos del general y dio un paso atrás sin perder el contacto visual con él. Con movimientos lentos se desabrochó el cinturón negro, dejándolo caer a un lado. La decisión,

aunque no era sencilla, era fácil. Aquel hombre podía mantenerla lejos del resto de soldados, lo cual era una ventaja para ella.

Con un movimiento de sus brazos dejó caer el kimono, quedando desnuda ante él.

Kane la observó. Era aún más hermosa que cuando la había visto por primera vez.

Dejó caer sus pantalones y la ropa interior y fue hacia la mesita de noche para sacar del cajón el lubricante y un preservativo.

—Túmbate —dijo señalando el futón.

Hanah se sentó lentamente mientras él se preparaba de espaldas a ella.

Aquello no le gustaba, pero debía admitir que era mejor esa situación a que un desfile de soldados se aprovechase de ella.

Kane se situó frente a ella y se agachó. Hanah se había tumbado y, de nuevo, había girado su cuello a un lado, observando la pared blanca.

El general se echó sobre ella y la observó. Ella tragó saliva y Kane pudo observar cómo sus ojos se humedecían. Estaba claro que ella comprendía la situación y que no estaba de acuerdo. Le había sorprendido la fortaleza de aquella muchacha al negarse y cómo había aceptado su proposición desnudándose directamente.

Entró en ella mientras Hanah ahogaba un grito y volvía a coger con fuerza el futón. Cerró los ojos mientras Kane comenzaba a moverse sobre ella con delicadeza.

El dolor, esta vez, era soportable. Ya no era como la primera vez, esta vez, aunque seguía sintiendo dolor, no era tan agudo.

Kane se movió sobre ella con lentitud, soportando su peso en los brazos, y comenzó a incrementar sus embestidas. En ese momento, Hanah no lo soportó más y soltó un grito mientras comenzaba a llorar. Kane no se detuvo mientras observaba cómo ella apretaba la mandíbula para mitigar los gritos y gemidos.

Finalmente, se echó sobre ella con la respiración acelerada. Ella seguía sin moverse pese a que, en ese momento, Kane sí cargaba su peso sobre el pecho de ella. Recobró la respiración y se incorporó sobre Hanah. Ella no se dignaba a mirarlo, permanecía con su cuello girado mirando aquel punto fijo en la pared, intentando abstraerse de todo aquello.

Salió de ella y se puso en pie sin pronunciar nada.

Hanah volvió a girarse adoptando una posición fetal, abrazándose a sí misma mientras rompía a llorar.

Kane se fijó en su esbelta silueta durante unos segundos. Suspiró y cogió su ropa interior y sus pantalones y se los puso.

Rodeó el futón para colocarse ante ella, pero Hanah hizo ademán de girarse para darle la espalda de nuevo. Kane se arrodilló ante ella.

—Mírame —pronunció. Hanah bajó su mirada sin querer hacerlo. No quería verlo, no soportaba su imagen en aquel momento. Aunque sabía que él le ofrecía una alternativa mucho más ventajosa que la situación que tenían las otras mujeres, la situación era muy dolorosa—. Mírame —pronunció de nuevo, esta vez con un tono más tranquilo.

Hanah finalmente coincidió con sus ojos. Kane permanecía de cuclillas ante ella, a su lado, mirándola con atención.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

Ella se tapó con la sábana hasta el pecho. Hubiese deseado taparse hasta la cabeza, pero sabía que él se lo impediría.

Su voz tembló cuando habló.

—Hanah —susurró.

Él ladeó su cabeza.

—Supongo que ese es tu nombre coreano —pronunció—. ¿Y tu nombre japonés? —preguntó.

Ella apretó los labios y negó. Sus padres no habían hecho el cambio de nombre tal y como exigía la normativa del imperio japonés, de hecho, aquella era la causa por la que ella se encontraba allí. Kane enarcó una ceja.

—¿No tienes nombre japonés? —preguntó intrigado. Ella lo miró y volvió a negar. Kane la miró de la cabeza a los pies—. Eso puede ser peligroso —dijo con voz calmada.

Ya lo sabía, sabía que aquello era un delito a ojos del Imperio nipón. Kane suspiró y asintió.

—Te llamaré Aiko —dijo finalmente—. Ese será tu nombre japonés. —Ella no dijo nada, ni siquiera se movió. Kane se levantó y cogió la camisa del suelo metiendo los brazos por las mangas. Durante el tiempo que tardó en acabar de vestirse no apartó la mirada de ella. Hanah ni siquiera se atrevía a mirarlo si él no se lo pedía.

Kane se abrochó el cinturón de cuero, colocó correctamente sus mangas y fue hacia la puerta, aunque se giró de nuevo y la observó.

—Puedes estar tranquila, ningún hombre, a parte de mí, cruzará esta puerta —pronunció.

Aquello sí provocó que ella alzase su cabeza y lo mirase mientras con su mano seguía tapándose con la sábana.

¿Debía estar agradecida por ello? Suponía que sí, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba. Igualmente, no dijo nada. En realidad, no tenía nada que agradecerle a aquel general. Lo único que hacía era aprovecharse de su cuerpo.

—Mi nombre es general Nakamura, Kane Nakamura —dijo abriendo ya la puerta. Ella siguió sin decir nada, incorporada sobre la cama—. Nos volveremos a ver —dijo antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Hanah tardó unos segundos en reaccionar.

Se incorporó rápidamente y se vistió sin poder evitar que las lágrimas bañasen su rostro. Tuvo que apoyar sus manos contra el suelo, intentando controlar el llanto, sobre todo cuando escuchó los gritos de sus compañeras en las habitaciones contiguas.

La idea que Sook había barajado sobre quitarse la vida rondó su mente. Aquello no era vida, quizá, así, dejaría de sufrir.

Inspiró con fuerza y se vistió de inmediato. Al menos, ella tenía la suerte de que un general se había fijado en ella, no como el resto de las mujeres del burdel que no dejaban de ser violadas y maltratadas. Ella solo debía sufrir aquellas violaciones a manos de un general que, al menos, de momento, y pese a que la había violado ya dos veces, no la golpeaba.

Se anudó el cinturón negro sobre el kimono rojo y se pasó la mano por su cabello negro, intentando recomponerlo.

Salió de la habitación y bajó a la primera planta donde se encontraba el aseo, aunque mientras bajaba las escaleras decenas de soldados que esperaban allí se fijaron en ella y comenzaron a llamarla.

Con su espalda recta y lo más digna posible fue hasta el aseo y se encerró en él. Se desnudó a toda prisa y se metió bajo la ducha.

Se sentía sucia después de lo ocurrido.

Una vez enjabonada y duchada se vistió de nuevo y se observó en el espejo. Tenía los ojos irritados y las mejillas rosadas de llorar. Se miró atentamente. Tal y como le había dicho a su amiga Sook, debían ser fuertes. Por ellas y por sus familias.

Inspiró con fuerza para evitar un puchero e intentó recobrar la compostura.

Cuando salió del aseo la señora Kondo esperaba allí. La observaba con una medio sonrisa. Sabía que los soldados que acudían allí pagaban una tasa por los servicios. Seguramente, la señora Kondo había hecho un buen negocio con el general para que ella solo estuviese disponible para él.

—Al salón de baile —ordenó, y le dio la espalda dirigiéndose a las escaleras.

Después de lo que Kane había hecho con ella se sentía exhausta, con los músculos en tensión, pero obedeció y se dirigió al salón de baile, directa a la barra donde despachaba las bebidas. Sabía que si no lo hacía la señora Kondo la golpearía. No evitaría ir al salón de baile, pero al menos evitaría ser golpeada. Al menos, podía estar tranquila de que ningún hombre más podría pedirla y que no sería una de tantas mujeres encerrada en la habitación y siendo abusada una vez tras otra.

La cola de soldados que esperaban para subir a la segunda planta salía de la casa y rodeaba el jardín. Aquello era un infierno.

Decidió dejar la mente en blanco mientras se situaba tras la barra. Debía buscar alguna forma de escapar con Sook de allí, aunque fuese difícil. Debían intentarlo.

# 8

## Suni

Año 2025 d. C.

Suni resopló mientras removía su taza de café con la cuchara. Se había levantado tarde y se había dado una ducha. Igualmente, esto no ayudaba a que se despejase.

Miró a su amiga Woo que salía de su habitación masajeándose los ojos, pues estaba recién despierta, aunque se quedó impresionada mirándola.

—¿Ya te has levantado? —preguntó acercándose a la barra que separaba la cocina del comedor—. ¿Hay café? —Esta vez su tono de voz sonó emocionado.

—Lo he hecho hace un rato, espero que no te importe —respondió ella antes de dar un sorbo.

—¿Qué me va a importar? —preguntó abriendo el armario para coger una taza. Se echó hasta la mitad y se sentó frente a ella, al otro lado de la barra. La observó. Pese a que se había duchado no parecía despejada. Aguantaba su cabeza sobre su mano mientras seguía dando vueltas a su café—. ¿Mucha resaca? —preguntó Woo dando un sorbo al suyo.

Suni parpadeó varias veces y miró a su amiga sorprendida, pues permanecía inmiscuida en sus pensamientos.

—No… —respondió dejando de dar vueltas a su café. Luego chasqueó la lengua—, bueno, un poco, pero no es lo que me preocupa —pronunció.

—Y… ¿qué es?

Suni la miró dudosa. Ya había comentado su problema con Woo con anterioridad, cuando realizaban el máster y, pese a que le iba bien hablarlo y la calmaba, aquello no hacía más que hacerla ser más consciente de aquellos sueños. Ladeó su cabeza y miró a su amiga preocupada.

—¿Te acuerdas de las pesadillas que te comentaba cuando hacíamos el máster?

Woo la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Aún sigues con ellas?

Suni asintió.

—Sí, me va a temporadas —reconoció—. No me dejan descansar bien y… son tan vívidas… —susurró.

Woo se quedó observando a su amiga y dio un largo sorbo a su café.

—Quizá sea el estrés… —comentó. Suni no pareció muy segura con aquella respuesta y se quedó pensativa—. Oye, ya te lo dije… hazte una regresión —pronunció como si nada.

Sabía que en Corea del Sur el tema de otras vidas y regresiones era una conversación muy normalizada, nada que ver con lo que ella había vivido hasta ese momento.

Negó con la cabeza.

—Me da un poco de miedo hacer eso.

—Bahhh… tonterías —comentó Woo—. Yoon Ji-won… —dijo recordando a su amiga de la

noche anterior—, se hizo una hace unos meses. Dice que es impresionante. —Se encogió de hombros—. Yo creo que me haré una también.

Suni la miró intrigada.

—¿Y funciona?

Woo se encogió de hombros.

—A veces sí, otras no… no sé, tampoco pierdes nada por probar y es una experiencia muy guay —comentó sonriente—. ¿Nos hacemos una juntas las dos? —continuó risueña—. ¡Será toda una experiencia!

Suni resopló al escuchar la exclamación de su amiga.

—Ayyy… no grites —susurró—. También tengo un poco de resaca.

Woo dio un último sorbo a su café y se levantó para echarse un poco más de la cafetera.

—¿Y qué me tienes que contar de ayer por la noche? —Esta vez le dio un tono a su voz más quisquilloso.

Suni alzó la mirada hacia su amiga y chasqueó la lengua.

Sí, la anterior noche había sido una locura, incluso había partes de la misma que no recordaba del todo, como si una niebla se hubiese apoderado de parte de sus recuerdos. Lo que sí recordaba era a aquel joven. ¿Cómo decía que se llamaba? Park Seok, se recordó a sí misma. Resopló y agachó su cabeza. Aquello había sido una locura, aunque no se arrepentía. Jamás había actuado así con nadie, por mucho que hubiese bebido, sin embargo, el recuerdo de aquel muchacho le erizaba la piel.

—Fue una noche… intensa —acabó susurrando mientras cerraba los ojos avergonzada.

—¿Intensa? —se burló Woo—. Sobre todo, para ti —rio—. Creo que no te costará adaptarte a tu nueva vida en Corea del Sur —continuó con sorna.

Suni resopló.

—No sé qué me pasó…

—Lo que te pasó es que necesitabas un buen revolcón y ese tío…

—¡Woo! —exclamó ella.

—¡Suni! —le devolvió el grito su amiga en plan divertida, y luego le guiñó el ojo con complicidad—. Si me parece muy bien… —rio ante la mirada asombrada de su amiga—, ¿sabes al menos cómo se llamaba?

Suni suspiró.

—Sí, Paaark Seoook —arrastró las palabras.

—Ohhh… Seoook… —continuó burlona su amiga—, pues estaba bien bueno.

Suni carraspeó.

—Lo de ayer fue una locura —acabó poniéndose en pie.

—Estuvo genial —matizó su amiga.

—Me pasé con las copas.

—¿Y lo que disfrutaste?

Vale, Woo lo estaba pasando en grande recordándole lo que había hecho la noche anterior.

—Sabes que no soy así… —le recordó ella.

—Sí, por eso me sorprende tanto viniendo de tu parte. ¿Suni liándose con un chico en la discoteca? —se preguntó para sí misma—. Todo un hito —acabó riendo.

Suni puso los ojos en blanco y acabó de dar un sorbo a su café. Se puso en pie y abrió el lavavajillas para dejar la taza en el interior.

—No se repetirá.

—Pfff… tienes que disfrutar un poco más de la vida. ¿Tienes su teléfono? —preguntó

directamente.

Suni intentó hacer memoria. Después de los primeros minutos besándose con él, los recuerdos se nublaban.

—No estoy muy segura. —Se sentó de nuevo en el taburete, cogió su móvil y buscó en la agenda. Abrió los ojos como platos cuando vio el contacto de Seok Park—. Pues sí… —dijo sorprendida—, y ni siquiera recuerdo cuándo lo grabé.

—Lo importante es que lo tienes… podrías mandarle un mensaje y…

—Ah, no, no… —la cortó Suni, pues sabía por dónde iba su amiga—. Ni hablar. Ya tuve mi momento de diversión, de desahogo, ahora tengo que centrarme. Tengo un piso que limpiar y ordenar y tengo que prepararme para mi primer día de trabajo.

—¿Y cómo te vas a preparar?

Suni dudó un poco.

—Había pensado mirar su web e informarme de los dispositivo que…

—Bahhh… ya te los enseñarán cuando comiences a trabajar en Samsung —reaccionó Woo poniéndose en pie también—. Oye, ¿me visto y vamos a comer algo? —Miró el reloj de su muñeca que marcaba las dos y media—. Hasta las cinco no hemos quedado con la propietaria para que te dé las llaves de tu nuevo piso.

Suni se pasó la mano por el estómago. Realmente necesitaba algo de comer.

—De acuerdo —dijo poniéndose en pie.

Woo fue rápida hacia el aseo.

—Tardo diez minutos en arreglarme —pronunció antes de cerrar la puerta tras de sí.

La señora Gyoh entregó las llaves a Suni dejándolas solas en su nuevo piso.

Ubicado en la cuarta planta, el piso era muy similar al de Woo, solo que este tenía la cocina separada del comedor por una pared, lo que le gustaba mucho más, ya que al cocinar no pasarían los olores. Contaba también con dos habitaciones, un aseo y, algo que iba a disfrutar muchísimo, un pequeño balcón. No le cabría ninguna mesa, pero sí una silla donde poder disfrutar de un café por la mañana. Era todo lo que necesitaba.

—Bueno… —suspiró Suni—, tengo que colgar toda la ropa.

Woo se apoyó en el marco de la puerta mientras Suni abría la maleta en el suelo.

—Podrías haberte quedado en mi piso.

Suni sonrió a su amiga mientras dejaba algunas prendas de ropa sobre la cama.

—Me gusta la intimidad. Y a ti también —le respondió con una sonrisa—. Además, estamos muy cerca… —Se puso en pie y miró la habitación. No era muy grande, pero tenía todo lo que necesitaba para comenzar: una cama de matrimonio en medio de la habitación, una mesita de noche a cada lado, un enorme armario empotrado y una pequeña mesa a modo de escritorio bajo la ventana.

—El piso está genial.

—Sí, me gustó mucho cuando lo vi —explicó Woo—. Además, está muy cerca de las paradas de autobús y metro. —Se agachó a su lado y le ayudó a poner la ropa sobre la cama—. ¿Nerviosa por mañana?

Ella chasqueó la lengua.

—Un poco —susurró—, pero confío en que todo irá bien.

—Seguro que sí. —Cogió una de las camisas y la observó—. ¿Qué vas a ponerte para el primer día?

Suni comenzó a colgar la ropa que no necesitaba un planchado y la otra la fue dejando sobre

la cama.

—Había pensado ponerme este conjunto —dijo sacándolo de la maleta—, pero necesita un planchado.

Se trataba de un bonito conjunto de chaqueta y falda azul marino que se pondría con una camisa color crema. Aquel conjunto le quedaba estupendo e iría muy elegante. Quería causar buena impresión en su primer día.

Dejó el conjunto colgado en el armario.

—¿A qué hora comienzas?

—A las nueve —explicó ella cogiendo otras camisas y pantalones—. Tengo más de media hora en transporte público. Mañana me iré antes de aquí, no quiero perderme, y supongo que me irá bien tomar un café antes. ¿Hay algún bar por ahí?

—¿Por  Ciudad Samsung? —bromeó ella—. Claro, parece mentira que sea la primera vez que vienes… aquí no nos faltan bares —rio ella.

Ahí tenía toda la razón. Seúl destacaba por la gran cantidad de bares, terrazas y discotecas que ofrecía. Su vida nocturna era muy animada, pero también su vida a plena luz del día, cuando centenares de personas se sentaban a tomar un café o una copa en una de las terrazas que los bares ofrecían.

—Supongo que me irá bien tomar un café o un té.

—En cuanto te acostumbres a los horarios te irás más tarde… —comentó su amiga.

Ella se encogió de hombros.

—No me importa madrugar.

Woo colgó más ropa de su amiga en el armario.

—De verdad, tenemos que ir de compras. ¿A qué hora acabas?

—A las seis de la tarde.

—Si quieres podemos aprovechar un poco mañana —insistió su amiga mientras colgaba otra camisa—. Necesitas renovar tu vestuario.

Suni suspiró y se encogió de hombros.

—No sé cómo estaré mañana, pero si no estoy muy cansada podemos vernos y…

—Por supuesto que vamos a vernos, tu primer día trabajando aquí y… ¿no vamos a quedar para que me lo cuentes todo? Claro que nos veremos, es más, yo acabo a las cinco, puedo pasar a buscarte en coche.

—¿No tendrás que dar mucha vuelta? —preguntó Suni sacando unas cajas con zapatos.

—No te preocupes, la ocasión lo merece —comentó risueña—. Te paso a buscar y vamos a un centro comercial a comprar y así podemos cenar algo por ahí.

—De acuerdo —respondió Suni animada.

—Perfecto.

Un par de horas más tarde, una vez Woo se hubo marchado a su casa, Suni se echó sobre el sofá. Por suerte, el piso estaba totalmente amueblado y tenía todo lo que necesitaba.

Había colgado toda su ropa y puesto una lavadora, así, cuando esta acabase, lo plancharía todo. Había situado sobre uno de los estantes del comedor una fotografía con sus padres.

En cuanto habían dado las diez de la noche se había ido a dormir, necesitaba recuperar fuerzas y comenzar a hacerse con el nuevo horario. Sabía que en pocos días se acostumbraría.

Al día siguiente se había levantado a las seis y media. Tras una ducha rápida y después de alisarse el cabello, se había vestido y maquillado. Había sido rápida y a las siete y cuarto ya cogía el autobús en la estación que se encontraba a dos minutos a pie de su nuevo piso.

Había cronometrado lo que tardaba: treinta y ocho minutos, así que para antes de las ocho se

encontraba en Ciudad Samsung, a un hora de que tuviese que presentarse en las oficinas.

Comenzaba a sentirse nerviosa.

Ciudad Samsung era un complejo de oficinas ubicado principalmente en el distrito de Seocho que servía como centro de oficinas de tecnología de la información y electrónica. Había tres altas torres de cuarenta y cuatro, treinta y cuatro y treinta y dos pisos, respectivamente.

La zona era impresionante. Había recorrido la ciudad en los diversos viajes que había realizado, pero jamás por aquella zona. Los edificios de cristal se alzaban hacia el cielo. Las calles anchas permitían el paso de varios vehículos y, además, en muchas de sus aceras se encontraban ubicados varios asientos y mesas donde desayunar.

En cuanto vio un *Starbucks* entró e hizo cola. Pocos minutos después la atendían.

—Un *choux cream latte* y una *muffin* de chocolate.

Tomó asiento y desayunó con calma. No tardaría más que unos minutos en llegar hasta la torre Samsung. Se había fijado en que por los alrededores también había restaurantes donde poder comer y le había echado el ojo a uno en concreto.

No sabía cuál sería la mecánica que tendrían, si los trabajadores saldrían a comer fuera o se llevarían la comida de casa. Aquel primer día había decidido salir, aunque fuese sola, y, dependiendo de lo que viese, se llevaría o no la comida de casa en los días sucesivos.

A medida que los minutos pasaban se sentía más nerviosa.

Cogió el móvil de su bolso y envió un mensaje a su amiga Woo. Abrió el programa de mensajería *KakaoTalk*[18] y buscó el contacto de Woo.

*Suni: Buenos días.*

*Suni: En pocos minutos entro.*

Woo no tardó más que unos segundos en contestar.

*Woo: Buenos días.*

*Woo: ¿Nerviosa?*

Suni suspiró y dio otro sorbo a su café.

*Suni: Ahora sí.*

*Woo: Tranquila. Irá todo muy bien.*

*Suni: Quedamos esta tarde, ¿verdad?*

*Woo: Claro, envíame la ubicación cuando puedas y te voy a buscar a las seis.*

Suni envió un enlace con la ubicación del lugar y se comió un trozo de *muffin*.

*Woo: Yo entro ya.*

*Woo: Cuando puedas cuéntame qué tal.*

*Woo: Mucha suerte.*

Suni sonrió. Menos mal que la tenía a ella allí.

*Suni: Hasta esta tarde.*

Acabó de desayunar, guardó el móvil en su bolso y se dirigió al aseo a darse unos últimos retoques.

*Woo: Esta tarde nos vemos.*

Avanzó con paso presto hacia el edificio y se situó frente a él. Alzó la mirada hacia el cielo. Era un edificio altísimo. Inspiró y entró al interior.

El interior era un gran recibidor con decenas de trabajadores esperando en colas ordenadas para subir a los ascensores que había en un lateral.

Al otro lado, se encontraba un gran mostrador donde tres administrativos respondían las consultas, dudas o resolvían los problemas de los trabajadores. Frente al gran mostrador había varios asientos y mesas donde algunos trabajadores tomaban un café apurando los últimos

minutos antes de subir a su planta.

Inspiró, intentó calmarse y se acercó al mostrador.

—Buenos días —comentó a una de las administrativas.

—Buenos días —respondió—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Comienzo a trabajar hoy aquí —explicó mientras rebuscaba en su bolso y extraía un documento—. Me dijeron que entregase este documento aquí.

—Sí, por supuesto —comentó la administrativa cogiéndolo, como si ya supiese todo lo que tenía que hacer. Poco después, depositaba una tarjeta magnética con su nombre sobre el mostrador—. Es su tarjeta identificativa. Debe llevarla siempre con usted mientras se encuentre aquí. —Señaló hacia los ascensores, justo antes había una barrera para el control de acceso que se desplazaba a un lado cuando uno de los trabajadores pasaba la tarjeta por encima de esta—. Le permitirá acceder a todas las plantas —indicó. La mujer comenzó a teclear y la miró sonriente—. Puede dirigirse a la planta cuarenta y cuatro. —Le entregó la tarjeta—. Puede tomar los ascensores de la derecha.

Suni asintió con una sonrisa.

—Gracias —pronunció girándose.

Pasó la tarjeta por la barrera y esta le permitió el acceso. Se dirigió directa a los ascensores. Miró su reloj de muñeca mientras ascendía hasta la planta cuarenta y cuatro. Las nueve menos cuarto.

Se fijó en los trabajadores que tenía a su lado. La gran mayoría vestía elegante. Los hombres con traje, algunos de ellos con corbata, las mujeres llevaban un conjunto de falda o pantalón. Había tenido suerte de tener ese traje, pero tal y como decía Woo, sí necesitaba renovar vestuario de forma urgente, así que esa misma tarde debería comprarse ropa.

El ascensor tardó casi diez minutos en llegar a la última planta, pues se iba deteniendo en casi todas las plantas a partir de la veintiuno. A este paso, llegaría tarde el primer día de trabajo. Por suerte, imaginaba que el haber pasado su tarjeta por la barrera antes de acceder a los ascensores dejaría informatizado que ya se encontraba en el edificio.

Sintió cómo la piel se le erizaba cuando las puertas se cerraban en la planta treinta y nueve y se encontraba ya sola en el ascensor mientras subía las últimas plantas.

El ascensor se detuvo finalmente en la planta cuarenta y cuatro y abrió sus puertas.

Suni contempló fascinada que la planta cuarenta y cuatro era mucho más lujosa que el recibidor. El mármol blanco cubría todo el suelo. Las paredes blancas y algunas formadas por un enorme cristal que permitía ver el interior de las estancias tenían mucha luminosidad.

Ante ella apareció un enorme recibidor. Tras la mujer que esperaba con una sonrisa había una enorme vidriera desde donde se disfrutaba de unas preciosas vistas de la ciudad de Seúl. Por suerte, ella no tenía vértigo, pero dudaba que una persona con aquel problema pudiese soportar trabajar allí.

Se encaminó hacia la administrativa que vestía un traje de chaqueta y pantalón color crema.

—Buenos días, soy Barnes Suni, hoy es mi primer día aquí.

La administrativa le sonrió de forma amistosa y le tendió la mano por encima del mostrador.

—Encantada, Barnes, mi nombre es Gong Sun hee. Me alegro de que esté ya aquí.

No supo cómo reaccionar ante aquellas palabras, suponía que debían de tener mucho trabajo y que ella estuviese allí las liberaría en parte. Seguramente, alguna de ellas había estado realizando las tareas de administración y de secretaria de dirección.

—Muchas gracias.

—Si espera un momento… —Señaló el asiento—, avisaré al señor Park de que se encuentra

aquí.

Suni asintió y fue directa al sofá de cuero blanco, cerca de las ventanas. Desde allí la vista era realmente impresionante.

Dejó su bolso al lado y esperó observando el enorme recibidor. Esperaba que no tardase mucho, pues comenzaba a sentirse muy nerviosa. Solo esperaba que su próximo jefe fuese amable. En los anteriores trabajos había tenido suerte y había tenido buena relación con ellos, aunque estaba claro que no una relación tan estrecha como la que debería tener con su jefe actual. Deseaba que el señor Park, tal y como lo había llamado la administrativa, fuese un buen superior.

Inclinó la cabeza y se quedó pensativa. ¿Dónde había escuchado ese apellido antes? Le sonaba muchísimo. Aguantó la respiración cuando un recuerdo se apoderó de su mente. No sería posible, ¿verdad? El chico al que había conocido aquella noche y había vivido un momento de pasión se apellidaba Park. No, era imposible, aquel chico era muy joven para ser un alto ejecutivo de una multinacional de tanto prestigio como Samsung, además, no tenía pinta de directivo.

Su espalda se enderezó y todos sus músculos entraron en tensión cuando por el rabillo del ojo observó a un hombre acercarse. Tragó saliva sin atreverse a mirarlo.

Por favor, que no sea él, que no sea él… suplicaba en su mente.

—Buenos días, señorita Barnes —comentó un hombre a su lado.

Se puso en pie directamente, sin atreverse a elevar la mirada, pero finalmente se obligó a hacerlo.

Lo primero que hizo fue tragar saliva antes de extender la mano hacia él para saludarlo cordialmente.

“Tierra trágame”, pensó.

Elevó la mirada lentamente hacia él, con el corazón compungido. Aquello no podía estar ocurriéndole, debía de ser una broma del destino.

Aguantó la respiración y tensó todos los músculos de su cuerpo cuando estrechó su mano y sus ojos coincidieron con los de él.

Sus ojos marrón oscuro, aquellas cejas perfiladas, su mandíbula cuadrada, su tono bronceado…

Tuvo que ahogar un gemido y obligarse a mantenerse en pie, pues sus piernas temblaban.

Había estado muy emocionada por iniciar una nueva vida allí, un nuevo trabajo que la catapultaría muy alto y, ahora, el hombre que tenía frente a ella, el que iba a ser su jefe, era el chico que había conocido en la discoteca y con el que había acabado liándose contra la pared.

Supo que él también la había reconocido cuando sus ojos se abrieron al máximo y su mano, mientras se la estrechaba, apretaba más involuntariamente.

Seok pudo controlar mejor sus emociones que ella. Inspiró profundamente y miró de reojo hacia el lateral, donde la administrativa los observaba.

—Señorita Barnes, me alegro de que haya llegado —pronunció estrechando aún su mano.

Ella miró también de reojo a la administrativa.

—Muchas gracias. —Soltó su mano instintivamente y, sin poder remediarlo, la frotó contra su falda en un acto nervioso, pues notaba que comenzaba a sudar. Seok enarcó una ceja al ver su gesto mientras controlaba a la administrativa—. Estoy… —tuvo que carraspear—, estoy deseando comenzar a trabajar.

Él asintió con una sonrisa forzada.

—Bien —dijo poniéndose firme, intentando recuperarse de aquel impacto—, si me

acompaña, le mostraré su despacho.

Seok le dio la espalda a la administrativa, cerró los ojos con fuerza, suspiró e inició la marcha.

Suni comenzó a seguirle por el recibidor hasta un pasillo. Seok abrió la puerta permitiéndole a ella que pasase primero.

Suni entró y se quedó parada hasta que él se situó a su lado. Observó su perfil. Estaba claro que también la recordaba, pues evitaba su mirada.

—Los clientes e inversores siempre deben esperar en los asientos del recibidor —explicó mientras iniciaba el paso de nuevo. Señaló a su derecha—. Esta es la sala de juntas, los clientes e inversores siempre serán atendidos aquí.

Suni apretó los labios y asintió. Vale, no iban a decir nada al respecto, mucho mejor. Harían como si nada hubiese ocurrido y así iría todo bien.

Se fijó en la inmensa sala de juntas con una enorme mesa de cristal en el centro, rodeada de unas diez sillas y un proyector a un lado. La sala disponía de una pared formada de cristal, de modo que entraba una gran luminosidad y se podía disfrutar de unas preciosas vistas desde allí.

—Los aseos —indicó Seok señalando a mano izquierda. Llegaron al final del pasillo y abrió la puerta. Suni entró en primer lugar y se quedó maravillada. El despacho era enorme, decorado de una forma moderna. Poseía una mesa de cristal en el centro sobre la que reposaban un ordenador portátil, una impresora, un escáner y todo lo necesario para su trabajo. En un lateral había una enorme librería con una gran cantidad de libros y archivadores y un par de plantas de plástico, pero que daban colorido a la estancia.

A un lado había una puerta corredera. Seok fue hasta allí y la abrió mostrándole lo que había al otro lado. Entró esta vez primero. El despacho era más amplio que en el que se encontraba Suni, aunque estaba decorado de igual forma, lo único que lo diferenciaba del anterior era que, además de tener una mesa individual donde trabajar, al otro lado de la enorme estancia había otra mesa larga donde seguramente se reuniría con los clientes de más confianza.

—Este es mi despacho —indicó Seok—, usted trabajará en este. —Señaló al otro—. Aprecio tener a mi secretaria cerca, aunque… —Se giró y esta vez la miró fijamente—, agradeceré que la puerta esté cerrada. Cualquier comunicación puede avisarme por el teléfono, mi extensión es la ciento setenta y siete.

Ella asintió rápidamente.

Seok se quedó observándola. Sí, desde que había llegado al recibidor la había reconocido. Al principio se había quedado bloqueado. ¿Aquella era la chica con la que había pasado un íntimo momento en la discoteca? La idea, al principio, lo había dejado consternado, aunque, ahora, pasados los primeros minutos, comenzaba a atraerle. Aquella muchacha había captado su atención ya en la discoteca y, en ese momento, con la luz del día y sin varias copas de por medio, debía reconocer que era aún más preciosa de lo que recordaba. Le había dado su número de teléfono personal, pero no le había llamado aquellos últimos días. Se había sentido un poco decepcionado, pues aquella muchacha despertaba en él algo que no había conocido hasta entonces, una necesidad de estar cerca de ella como jamás había sentido y, ahora, el destino volvía a ponerla en su camino. Cierto era que el haber compartido aquel momento juntos podía provocar que su relación laboral fuese difícil al principio, pero no le importaba. Justamente había salido aquella noche con su amigo para despejarse, pues la tensión y los nervios del trabajo lo mantenían en un estado de ansiedad constante. Aquella muchacha haría que recuperase las ganas de trabajar y le proporcionaría una buena distracción en el trabajo. Podía pasarlo bien, sobre todo, porque la chica parecía bastante intimidada por la situación. Aquello podía ser incluso

divertido.

—Le enviaré por correo electrónico todo lo relacionado con el nuevo proyecto que hay que presentar la semana que viene en Shanghái.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿En Shanghái?

Él ladeo su cuello.

—Uno de los requisitos que se solicitaba para el puesto era disponibilidad para viajar, puede, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —respondió rápidamente.

¿Viajar a Shanghái? ¿Con él?

—Bien, al ser su primera vez le enviaré un correo electrónico con las instrucciones. Luego no creo que sea necesario. —Ella volvió a asentir—. Está bien… —Seok miró su reloj de muñeca—, a las diez iremos a desayunar.

Sin decir nada más cerró la puerta dejándola sola en su despacho. Suni se quedó unos segundos ahí de pie, sin poder articular palabra. En parte lo prefería así, necesitaba unos minutos para poder recobrar el aliento y hacerse a la idea.

Lo que le había ocurrido parecía una broma del destino. Miró a su alrededor y resopló. ¿Qué iba a hacer? Al menos, el señor Park no había sacado el tema, lo cual era de agradecer. ¿Cómo debía reaccionar? No dudaba de que en algún momento hablasen de aquello, debía estar preparada. Lo que había ocurrido era una locura, ella nunca se había portado así, pero Seok parecía tener un magnetismo que la atraía como nadie lo había hecho y, ahora, ¡era su jefe!

Suspiró y cerró los ojos intentando calmar las pulsaciones de su corazón. ¡En menudo lío se había metido! Aquello era culpa de su amiga Woo, si no le hubiese hecho caso y se hubiesen quedado en casa para descansar ahora no tendría que estar pensando en cómo huir de ahí sin ser vista.

No, no podía hacer eso. Ambos eran adultos, debía afrontar aquello como mejor pudiese. Le demostraría que era una buena trabajadora y así se ganaría su respeto.

Fue hacia el ordenador y lo encendió. Llevó su mano al ratón y fue hacia el icono del correo electrónico. Se lo habían configurado con su nombre.

Tal y como le había dicho su nuevo jefe, ya le había enviado un correo electrónico con todas las instrucciones.

—Pues sí que es eficiente —susurró cuando vio que en su bandeja de entrada aparecía un correo desde Dirección.

Lo abrió y leyó con atención.

“Señorita Barnes, este es el producto que presentaremos la semana que viene en Shanghái. Adjunto documentación al respecto. Por otro lado, necesito que prepare el viaje, vuelos y hotel, así como que concierte las citas con los directivos que adjunto en el documento número dos para esos días”.

Apretó los labios y resopló. Pues comenzaba rápido. Ni siquiera un período para habituarse. Por suerte, siempre había trabajado bajo presión.

—Está bien —susurró para sí misma. Lo mejor sería enviarse aquel documento a su correo electrónico personal con el archivo sobre el producto que iban a presentar e ir leyéndolo en los momentos que tuviese libres durante los viajes a casa—. Vamos a buscar vuelos y hotel —comentó ella animándose. Sin poder evitarlo, miró hacia la puerta que la separaba del despacho de él. Suponía que el directivo de Samsung no se conformaría con un hotel de tres estrellas, debía buscar uno de cuatro o cinco, ubicado cerca del lugar donde fuesen a hacer la presentación

del producto. Otra duda que la asaltaba era… ¿y ella? Estaba claro que él querría una suite, ¿ella debía reservar una habitación simple? ¿O una a su lado?

Si al menos le hubiese dicho aquello. Miró el teléfono y dudó durante unos segundos en marcar su extensión y preguntarle, pero se contuvo. No quedaría bien que, nada más llegar, ya estuviese preguntando. Debía ser resolutiva. De todas formas, había dicho que irían a desayunar a las diez. Miró su reloj de muñeca que marcaba las nueve y media. Podría buscar los vuelos y después ya le preguntaría por las habitaciones del hotel.

No pudo evitar mirar de nuevo hacia la puerta que los separaba.

Seok se encontraba al otro lado, todavía sin poder reaccionar. ¿Se había liado en la discoteca con su nueva secretaria? Cerró los ojos y resopló mientras echaba su cabeza hacia abajo.

Los minutos pasaron lentos en el ascensor. Luego, ya en la calle, la luz del sol la cegó unos segundos.

Bajar desde la planta cuarenta y cuatro hasta la primera sin mediar palabra con su nuevo jefe había resultado realmente incómodo. Él parecía más relajado, ella, por el contrario, notaba todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Normalmente tomo el café en la planta diez, hay una cafetería —informó Seok—, pero hoy saldremos a una terraza. Hace buen día. —Había comentado mirando al cielo con una fantástica sonrisa.

Suni no había respondido, se había limitado a asentir con su cabeza y a intentar seguirle el paso. Seok caminaba demasiado rápido y los tacones no ayudaban lo más mínimo.

En menos de cinco minutos se encontraban sentados en una terraza con un camarero esperando para tomar nota.

—Un café con leche —comentó Seok, y miró a Suni, la cual giró su cuello hacia el camarero.

No quedaría muy bien pedir una tila, ¿verdad?

—Otro, por favor.

En cuanto el camarero se alejó, pudo sentir cómo Seok clavaba su mirada en ella, analizándola. Su corazón se disparó y no pudo menos que apartar la mirada de él. Lo único que repetía su mente era la imagen de ellos besándose. Resopló agobiada, ¡en menudo lío se había metido!

Seok fue consciente del nerviosismo que ella desprendía. No le extrañaba lo más mínimo, la muchacha parecía incómoda en su presencia. No quería eso, quería que estuviese a gusto a su lado. Aquella muchacha tenía algo diferente y especial. Quizá eran sus rasgos tan tiernos, aquella sonrisa tímida… pero desde que la había visto por primera vez en la discoteca no podía quitársela de la cabeza.

Se apoyó contra el respaldo, observándola.

—Así que es usted americana… —comentó él.

Ella lo observó fijamente ¿A qué venía aquella pregunta? Suponía que debía de estar igual de sorprendido que ella, sin saber cómo reconducir la situación.

—Sí —rio ella tontamente y luego apartó la mirada de él.

De acuerdo, estaba claro que estaba muy nerviosa, seguramente pensaría que su puesto de trabajo podía peligrar. La situación era un tanto peliaguda, pero nada que no pudiese tener remedio con una amistosa charla.

—Escuche… —comentó él reclinándose sobre la mesa. Por eso mismo quería ir fuera de la empresa, sabía que allí dentro las paredes tenían oídos, era mucho mejor para ellos dos mantener

esa conversación en un lugar sin que nadie pudiese escucharla. Suni volvió a observarlo de reojo, sin atreverse a mirarlo de frente—, lo del otro día no tiene importancia…

Suni se mordió el labio y agachó más su cabeza, avergonzada. ¿Ahora iba a darle una charla?

—No te preocupes por lo que ocurrió… —continuó él. Suni suspiró y esta vez sí se dignó a mirarlo—. Por mí está olvidado.

Ella parpadeó varias veces. ¿Así de fácil? Aquello le hizo sentirse más incómoda.

—Para mí no es tan fácil… —susurró.

—¿Qué? —preguntó Seok que se reclinó más sobre la mesa.

Ella lo miró esta vez un poco enfadada.

—Que para mí no es tan fácil —comentó con sinceridad—. Yo…, yo no soy así, ¿sabe? —continuó llevándose la mano a su pecho—. Yo nunca hago esas cosas…

—No tienes que darme explicaciones sobre…

—Y para una vez que me lanzo resulta que… que… —Lo miró y resopló de nuevo—, que ahora usted es mi jefe.

—Que no pasa nada —extendió los brazos hacia los lados, intentando que se calmase.

—Claro que pasa —insistió ella—. No… —suspiró—, no es fácil para mí. —Agachó su cabeza y se mordió el labio—. No es la imagen que quiero que tenga de mí. Soy… soy muy trabajadora y…

—Eh, eh, calma… —comentó elevando una mano en señal de que parase de hablar—, nadie ha dicho que no lo seas. Tienes un currículum impresionante. —Se apoyó sobre el respaldo intentando aparentar calma—. Yo… hummm… había bebido, tú también… —La señaló, lo que provocó que ella enarcase una ceja—. Son cosas que pasan. —Se encogió de hombros.

—No a mí —susurró con los dientes apretados.

—Sea como sea, por mí no te preocupes. Lo que ocurrió el otro día entre los dos no va a provocar que sea más permisivo contigo ni…

—Ehhh… no, no… —le interrumpió—, no me refiero a eso.

—Mi trato será el mismo que con cualquier secretaria de dirección. Profesional —acabó él.

Suni apretó los labios e intentó mantener la calma. Bueno, aquello que estaba diciendo tenía su lógica y, en parte, lo agradecía. Eso es lo que ella deseaba, un trato estrictamente profesional.

Iba a hablar, pero el camarero llegó depositando sobre la mesa circular los dos cafés.

—Gracias —comentó ella al camarero y se giró hacia Seok observando cómo echaba el azúcar en la taza y movía la cuchara despacio. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Incluso sus movimientos circulares con la cucharita la alteraron. Aquella mirada penetrante, aquel bronceado que destacaba sus facciones, el bíceps de su brazo presionando contra la americana de su traje…

—Mierda —susurró muy bajito agachando la cabeza.

Seok la miró sin comprender.

—¿Perdón?

Suni inspiró con fuerza intentando calmarse. No tenía otra alternativa, debía superar aquello. Había abandonado toda su vida en Nueva York, tenía piso nuevo, amigos… debía intentar calmarse. Poco a poco se aclararían las cosas y esto lo recordarían como una mera anécdota.

—Claro —contestó ella esbozando una sonrisa—. Es justo lo que quiero. Una relación profesional.

Seok asintió y dio un sorbo a su café.

—Pues ya está, olvidemos lo ocurrido y centrémonos en el trabajo que tenemos entre manos. —Ella asintió más animada—. Por cierto, no te lo he explicado en el correo electrónico. Te

enviaré el itinerario de los días que estemos en Shanghái, el hotel y…

—Había comenzado a mirar hoteles.

—No te preocupes, siempre que viajo a Shanghái me instalo en el Peace Hotel. Tiene una sala para reuniones donde las puedes programar. —La miró y sonrió levemente—. Respecto a la habitación, cuando te pongas en contacto con el hotel di que eres mi secretaria personal y que viajaremos en las fechas previstas. Ya saben la habitación que me gusta.

Ella asintió y dio un sorbo a su café.

De acuerdo, todo aclarado excepto… ¿y ella? ¿Debía alojarse en ese hotel?

Prefirió no decir nada, tal y como le había dicho su nuevo jefe, el hotel ya lo conocía y suponía que habría viajado más veces en compañía de su ayudante.

—A partir de mañana comenzaré a enviarte muchos documentos por correo electrónico, los necesito para el viaje —continuó—. Imprímelos y ordénalos por carpetas.

Ella volvió a asentir.

—Está bien.

Seok la miró y sonrió de una forma amable, aunque se dio cuenta de que Suni apartaba la mirada rápidamente, aún intimidada. Le hizo gracia su actitud. Sí, aquella muchacha podía hacer que sus días fuesen más divertidos. Si iba a ruborizarse cada vez que cruzasen la mirada no quería ni saber cómo reaccionaría cuando le lanzase una indirecta o una referencia a aquella noche en la discoteca… Una sonrisa divertida brotó en su rostro. Sí, se iba a divertir de lo lindo.

# 9

## Baek

Año 1392 d.C.

Jeong Mi Suk miró preocupada a sus hermanos y a su padre. Las noticias que les habían llegado no eran buenas. ¿Un golpe de estado?

De aquella noticia hacía dos días y, ahora, sabían que Yi Seong Gye, el general que había usurpado el trono, había llegado a Kaesong. ¿Qué hacía allí?

Sus alarmas se habían disparado cuando un miembro de la guardia real se había presentado en su vivienda aquella mañana para anunciar que el nuevo rey quería hacer una cena en su honor.

Su vivienda, situada en Kaesong, se trataba de un *hanok*[19] tradicional. Su casa era grande en comparación con las del resto de la ciudad. Estaba construida con barro y el techo era de tejas con forma triangular. La casa estaba compuesta por varias edificaciones en un solo terreno. El anchae para la residencia de las mujeres y los niños, el sarangchae donde residían los mayores de la casa y los invitados y el haengrangchae, donde vivían los sirvientes. Todas estas edificaciones estaban rodeadas por un solo paredón. En la parte trasera había un pequeño edificio para venerar a los ancestros junto a una laguna artificial en el patio exterior de la casa.

Nada más entrar a la vivienda, se quitaban los zapatos, dejándolos en un lateral. Las habitaciones tenían pocos muebles, de hecho, no les hacían falta sillas ni camas, pues siempre se sentaban en el suelo o dormían sobre el fino colchón.

Uno de sus hermanos mayores se levantó del suelo.

—Le acompañaré, aboji —comentó con la mirada firme.

Su padre se había vestido con el hanbok tradicional, de un color azul oscuro que le llegaba hasta las rodillas y unos pantalones negros.

Este negó de inmediato.

—No, es mejor que vaya solo —indicó.

—Aboji —dijo otro de los hermanos poniéndose en pie—, nuestra obligación es protegerle.

Su padre los miró con ternura. Sus hijos se habían convertido en hombres valerosos, pero sabía que aquella cena podía ser una trampa. Se negaba a exponerlos a ese peligro.

—Os quedaréis aquí para proteger a vuestra madre y hermana —comentó.

Los dos hermanos mayores no estuvieron de acuerdo con la decisión de su padre, pues Mi Suk pudo intuir cómo los músculos de sus cuerpos se ponían en tensión, pero era la decisión de su padre y debían acatarla.

Todos se giraron hacia la puerta cuando escucharon unos golpes. Mi Suk miró directamente a su padre que se mantenía firme. No era tonta, sabía que aquello podía complicarse.

Uno de los sirvientes abrió la puerta y se apartó de inmediato. La mirada de Mi Suk voló directamente hacia Baek. Se encontraba en medio de la calle, montado sobre un caballo negro. Al lado de la puerta había dos guardias más.

—Aboji… —susurró de nuevo uno de sus hijos, suplicando poder acompañarle.

Jeong Mong-Ju no dijo nada, solo miró a su hijo de reojo y negó. Jeong Mong-Ju se giró hacia su mujer y la observó unos segundos. Estaba claro que ni él mismo sabía lo que le esperaba en aquella cena. Mi Suk supuso que su padre debía de estar asustado porque los observó a todos, uno a uno, como si quisiese grabarlos en su mente.

En ese momento sintió cómo su labio inferior temblaba, estaba asustada. Miró de nuevo a Baek, suplicante. El hecho de que él estuviese allí la tranquilizaba, sabía que él protegería a su padre si algo malo ocurría.

Habían quedado al día siguiente para encontrarse en el puente y huir juntos. Pese a que se encontraba firme sobre el caballo, Mi Suk pudo detectar cómo sus ojos resplandecían al verla.

Su madre se acercó a la puerta mientras su padre salía y miró a los guardias. Se la notaba muy nerviosa.

—Supongo que luego lo acompañaréis de vuelta —preguntó a uno de los guardias.

—Sí, señora —respondió únicamente el guardia.

Aquella respuesta los dejó un poco más tranquilos. Puede que las intenciones del nuevo rey fuesen buenas y quisiese únicamente su apoyo. Ambos se conocían desde hacía muchos años y, aunque no los unía ninguna amistad, se respetaban mutuamente.

Mi Suk observó a su padre dirigirse y subirse al caballo que Baek sujetaba a través de una rienda.

Si no estuviesen esos guardias allí, seguramente habría corrido hacia su padre y lo habría abrazado, temía por él, pero debía guardar la compostura, al igual que toda su familia.

—Nos vemos luego —pronunció su madre hacia su esposo ya subido en el caballo.

Jeong giró su cuello hacia ella, observándola, y asintió débilmente.

Todos se mantuvieron en la puerta viendo cómo se alejaba. Mi Suk miró la espalda de Baek hasta que este desapareció en la oscuridad junto a su padre. Notó su corazón latir con fuerza en su pecho.

—Eomoni, déjame acompañarlo —suplicó de nuevo su hermano.

Su madre se giró hacia él y, pese a que sus ojos transmitían el mismo miedo que sentía el resto de la familia, negó con su cabeza.

—No, ya has escuchado a tu padre —susurró. Se giró hacia uno de sus sirvientes que esperaba unos metros tras ellos y se recompuso. Entró de nuevo en la vivienda y se sujetó a la puerta con una mano—. Entrad —ordenó, aunque su voz temblaba ligeramente. Miró a su sirviente—. Cenaremos en media hora —pronunció alejándose de sus hijos, dirigiéndose al salón que usaban para las comidas y las cenas.

Mi Suk miró a sus hermanos de reojo sin saber cómo reaccionar ni qué hacer, intentando no ponerse a gritar por los nervios que sentía por su padre.

Ninguno dijo nada, simplemente se dirigieron al comedor a esperar la cena, deseando que las horas pasasen rápidas para que su padre les informase de todo lo ocurrido.

Jeong Mong-Ju entró por la puerta principal del palacio Manwoldae, el palacio principal de la dinastía Goryeo, excepto en verano, cuando se trasladaban a Hanyang. Ahora, su nuevo dueño, el general Yi, se había apoderado de este y del resto.

Kaesong era considerada la capital del reino, así que no era de extrañar que el usurpador del trono se asentase en aquel palacio.

Desde los jardines de aquel inmenso palacio podía observarse la muralla que rodeaba Kaesong, una muralla con fines de defensa, aunque no había servido de nada en este caso, pues

la traición había llegado desde el interior.

La construcción del palacio se había iniciado en el año 919, al comienzo de la dinastía Goryeo, al sur de las montañas Songak. El palacio estaba dividido en varias secciones: el Kungsong, donde residía el rey junto a la familia real, y el Hwangsong, donde se llevaban a cabo los asuntos de estado. En este último había varios salones y santuarios, así como el Hoegyong Hall, el salón más grande e impresionante del palacio y que contenía el trono.

Hacia allí se encaminaba custodiado por los tres guardias que lo habían ido a buscar a la puerta de su casa.

Baek caminaba tras él con el corazón compungido. Solo esperaba que el general Yi no hiciese ninguna locura. Ya no solo le preocupaba que pudiesen frustrarse todos los planes que había hecho con Mi Suk, ahora también le preocupaba la vida de Jeong Mong-Ju. Aunque sabía que este nunca autorizaría un matrimonio con su hija, sabía que era buen hombre y, ante todo, era el padre de la mujer a la que amaba.

Supo que Jeong Mong-Ju no estaba de acuerdo con lo que veía porque en cuanto entraron al salón del trono se quedó quieto observando al general Yi sentado sobre este, con una mirada cargada de superioridad.

Jeong Mong-Ju apretó los labios y se acercó al trono sin inclinarse, con una mirada fija y retadora. Él siempre se había destacado por ser un seguidor y amigo de la dinastía Goryeo y, obviamente, no le sentaba bien aquel alzamiento o golpe de estado.

Se colocó frente a él, observando al general Yi sentado plácidamente sobre el lujoso trono.

—Ese trono no te pertenece —pronunció sin intentar disimular su desagrado.

Aquellas palabras pusieron en alerta a Baek que se había detenido detrás de Jeong. Desde luego, Jeong Mong-Ju era un hombre valiente y de firmes creencias.

El general Yi no dijo nada, solo lo miró de la cabeza a los pies y medio sonrió, como si ya esperase aquellas palabras.

Se puso en pie lentamente y bajó los escalones sobre los que se alzaba el trono. Se colocó ante él con la espalda firme.

—El ejército no piensa lo mismo… —Señaló a los soldados que tenía por detrás y al resto que flanqueaban aquel salón—, ni parte del pueblo que agradecerá que una nueva dinastía se inicie.

Jeong Mong-Ju miró hacia los lados.

—¿Qué ha ocurrido con el rey Gongyang? —preguntó con voz alterada.

El general ladeó su cuello. Obviamente, esperaba encontrarse con resistencia, pero le interesaba que estuviese de su parte.

—Primero, Gongyang ya no es rey —indicó con la voz tranquila y pausada—, y segundo, no tienes motivos para preocuparte por tu amigo, él y su familia siguen vivos, aunque a partir de ahora vivirán en Wonju[20].

Jeong Mong-Ju parpadeó varias veces, analizando las palabras del general.

—¿Los has exiliado? —preguntó sorprendido.

El general acabó de bajar los escalones y decidió cambiar de tema, pues no le interesaba llevar la conversación por ahí. Pasó su brazo sobre sus hombros como si gozasen de toda la confianza del mundo.

—El Imperio necesita un cambio —comenzó a explicar sin responder a la pregunta de él—. Ya es hora de que el confucianismo se imponga al budismo… —comentó—, de esta forma podremos reorganizar el estado y la sociedad, infundir una nueva disciplina intelectual mucho mejor que la que había hasta ahora. Hay que darle la importancia necesaria a la familia…

Jeong Mong-Ju lo detuvo y replicó.

—¿Y qué será de los templos budistas? ¿De todas las riquezas acumuladas por estos templos? —preguntó con tono incriminatorio—. ¿Acaso pretendes repartirlos entre el pueblo?

El general chasqueó la lengua y señaló hacia la mesa, donde una copiosa cena los esperaba.

Jeong Mong-Ju resopló y fue hacia ella. Ya suponía cuál sería la respuesta, él se quedaría con todas aquellas riquezas, se apropiaría de ellas.

Tomó asiento y miró la mesa. Había bandejas con bulgogi, consistente en carne de ternera hecha a tiras marinada con azúcar, soja, aceite y ajo, un plato que pocos podían permitirse y que solo podía probarse allí; El janjangmyeon, consistente en gruesos fideos hechos con judía negra; Mandu, rellena de gambas y verduras, y sopa de algas.

El general se sentó en el lateral de la mesa y miró a su acompañante.

—Tú y yo podemos convertir este Imperio en algo mucho mejor —comentó.

Jeong Mong-Ju miró la mesa y luego lo observó fijamente. No pensaba probar bocado, aunque tenía una pinta muy apetitosa.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —le preguntó.

El general Yi le sonrió y ladeó su cuello mientras los sirvientes servían la comida sobre sus respectivos platos.

—Como te he dicho, tú y yo podríamos hacer grandes cosas por el Imperio. —Cogió los palillos y comenzó a comer las tiras de ternera—. Te necesito en mi gobierno —dijo al final.

Jeong Mong-Ju no se movía, ni siquiera cogió los palillos para probar bocado. Se mantenía sentado con la espalda firme y las manos sobre las rodillas.

—Yo no pienso formar parte de esto.

El general enarcó una ceja.

—¿Del nuevo Imperio? —preguntó con sorna.

Jeong Mong-Ju lo miró fijamente.

—De este golpe de estado —sentenció. El general no pestañeó, simplemente se quedó observándolo—. Me estás pidiendo que traicione a mi rey, a toda una dinastía, y no lo consentiré —pronunció.

Baek notó cómo sus músculos se ponían en tensión. Aquello podía complicarse y mucho, sabía que el general no se andaba con tonterías. Miró directamente al general que, pese a que lo miraba fijamente, no mostraba gesto de sorpresa en su rostro.

—Es una gran oportunidad para el confucianismo, para cambiar las cosas…

—¿Y si no quiero que cambien? ¿Y si lo que hacía el emperador Gongyang ya me parecía justo? —Se reclinó sobre la mesa, sin un ápice de titubeó en su mirada ni en su voz—. Tú no eres un emperador ni un rey, eres un militar que ha expulsado a mi emperador para quedarse con el trono, para usurparlo.

El general se apoyó contra el respaldo estudiando a Jeong. Ya imaginaba que encontraría resistencia, pero esperaba que anunciándole que quería instaurar un nuevo reino bajo la influencia del confucianismo se mostrase más receptivo. De todas formas, Jeong Mong-Ju no iba mal encaminado respecto a lo que pensaba hacer con los templos budistas, pues poseían grandes riquezas que Gongyang había permitido que tuviesen. En su opinión, aquellas reliquias y riquezas debían pertenecer al estado, no a un grupo de religiosos. Observó a Jeong que permanecía firme, sin mostrarse cohibido o acobardado.

—Lo siento, pero no voy a darte mi apoyo. No voy a traicionar a una familia que, pese a lo que tú digas, ha intentado hacer lo mejor posible para su pueblo —indicó Jeong y, dicho esto, se

puso en pie ante la firme mirada del general—. No tengo nada más que hablar.

El general suspiró mientras lo observaba. Realmente, Jeong era un hombre de convicciones firmes, que no se doblegaba ante nadie, ni siquiera ante el nuevo gobernante.

—¿Puedo pedirte que lo pienses? —insistió.

—No hay nada que pensar. Mi respuesta es definitiva: no —repitió. Dio un paso atrás—. Y, si no te importa, me gustaría volver con mi familia.

El general asintió y miró a sus guardias.

—Acompañadlo. —Señaló a dos de ellos y a uno le hizo un gesto afirmativo con su cabeza, gesto que no pasó desapercibido para Baek que lo miró asustado. ¿Qué significaba aquello?

Jeong Mong-Ju miró al general y se despidió con un leve movimiento de cabeza. Se giró e inició la marcha rumbo a las afueras de palacio acompañado de los dos soldados.

El general Yi vio cómo este se alejaba en compañía de ellos. Era una pena que Jeong no hubiese aceptado. Con la dinastía que pensaba iniciar, el confucianismo adquiriría fuerza, acababa de rechazar la mejor opción de su vida, así que de nada serviría ya intentar convencerlo. Jeong era un hombre de fuertes convicciones, más de lo que hubiese imaginado, aquello era digno de alabanza, se requería mucho valor para decir lo que había dicho delante del nuevo emperador. Por otro lado, había sido un estúpido al rechazar su oferta. ¿Creía que eso quedaría así?, ¿que él iba a quedarse de brazos cruzados mientras Jeong era el director de uno de los más prestigiosos institutos de confucianismo por el que pasaban cientos de jóvenes? No, él no podía exponerse a que Jeong diese su punto de vista, a que rememorase las cosas buenas que había hecho el anterior emperador. No, no podía permitirlo.

Baek se acercó al general una vez que vio desaparecer de su vista a Jeong en compañía de los dos guardias.

—¿Qué va a ocurrir con él? ¿Quiere que lo vigile? —preguntó.

El general miró a Baek y se puso en pie. Observó a su alrededor y miró con desagrado la cena.

—No hará falta —pronunció antes de abandonar la mesa rumbo al interior del palacio.

Se le paralizó la respiración cuando escuchó aquellas palabras, sabía muy bien lo que significaban. El general acabaría con la vida de Jeong. Obviamente, Yi no iba a permitir ninguna rebelión popular, y sabía que Jeong Mong-Ju tenía el suficiente poder como para poder alentarla. No, sabía muy bien lo que debía hacer para alzarse definitivamente con el trono para siempre.

Baek observó cómo este ya se perdía por el pasillo rumbo a una de las habitaciones. Se giró y miró en dirección a donde habían partido Jeong Mong-Ju en compañía de los dos soldados. No podía permitir que acabasen con él, no solo por quién era, sino por todo lo que representaba. Si acababan con su vida, sería como enterrar parte de la voz de un pueblo, pues él era el único que podía hacer frente a este nuevo emperador.

Por otro lado, él ya había planeado su huida con Mi Suk, le hubiese gustado tener más tiempo libre, pero los nuevos acontecimientos no se lo habían permitido. Igualmente, había conseguido información sobre los barcos mercantes que zarpaban aquella noche y en los próximos días y, concretamente, había hablado con un capitán que la siguiente madrugada partiría rumbo a China. Baek ayudaría en las labores del barco durante la travesía, de esta forma pagaría la deuda por el viaje. Suponía que a aquel capitán no le importaría tener unos cuantos trabajadores más.

Miró a su alrededor, inspiró aire intentando hallar el valor suficiente para lo que tenía que hacer e inició el camino para salir de palacio.

Sabía que en ese momento no solo corría peligro Jeong Mong-Ju, sino toda su familia. Si lo

salvaba, debería dirigirse rápido a casa de ellos y huir todos de allí, pues sabía que al general no le bastaría con silenciar solo a Jeong. Evitaría cualquier posibilidad de levantamiento contra él, y eso incluía también a toda su familia.

Aceleró el paso y salió del palacio. A lo lejos, entre la oscuridad rota por la luz de la luna y las estrellas, pudo intuir la silueta de Jeong Mong-Ju cabalgando rumbo a su hogar junto a los dos soldados.

Sabía lo que ocurriría si no lo detenía, las palabras del general Yi habían sido muy claras: “No hará falta”.

Aunque estaban lejos, comenzó a correr tras ellos, no tenía tiempo de ir a buscar otro caballo, por suerte, gozaba de una buena forma física. No los adelantaría, pues ellos iban sobre caballos, pero tampoco permitiría que se alejasen mucho más.

Sujetó con fuerza el mango de su Kon y comenzó a correr con toda la energía de la que disponía.

# 10

## Hanah

Año 1932 d.C.

Los minutos se convertían en horas, las horas en días y los días en semanas. Sus días se repetían una y otra vez. Por las mañanas, solía dormir cuando los lamentos y gritos de sus compañeras se lo permitían. A las cinco de la tarde comenzaba su turno sirviendo copas, pese a que los soldados se acercaban y hablaban con ella, se sentía tranquila en el sentido de que sabía que no la llevarían a la habitación, aun así, sufría por su amiga y por todas las chicas de aquel burdel que no corrían la misma suerte que ella, si a eso se le podía llamar suerte.

Cada día, antes de iniciar su turno, pasaba un rato con Sook. Los últimos días había guardado reposo, pero aquella mañana había vuelto a ser visitada por los soldados. La crueldad que destilaban algunos de ellos no tenía parangón. Algunas de sus compañeras, tras ser visitadas por el médico, acababan con algún brazo o pierna vendada, por no hablar de los moratones. Comprendía que para un soldado que estaba en la guerra debía de ser duro, pero aquello no justificaba en modo alguno la violencia que ejercían contra ellas. Una de sus compañeras había aparecido con los dos brazos vendados, por lo que decían, había intentado resistirse a uno de los soldados y este le había roto las dos muñecas. Aquello no era justo. La mayoría de los soldados que se presentaban allí eran unos bárbaros, otros eran más cuidadosos e incluso traían alguna bebida o algo de comer para la chica con la que iban a pasar aquellos minutos.

Lo peor de todo era que se creían superiores a ellas y las trataban como si fuesen simples objetos con los que pasar el rato.

Salió de detrás de la barra y caminó por el salón de baile esquivando a todos los soldados japoneses que se encontraban allí aprovechándose de alguna jovencita. Cruzó la puerta y fue directa al almacén. Se detuvo en el rellano y observó hacia la cocina. Allí estaba la puerta que comunicaba con el jardín desde donde podían escapar de aquel infierno.

Los últimos días había estado vigilando y, con el pretexto de lavarse, había bajado a la planta baja. Entre semana, a las doce de la noche no había nadie en la cocina.

Le sería relativamente fácil escapar con su amiga, pero entonces quedaba lo más complicado. ¿Adónde se dirigirían? Sabía que se encontraban a unos diez minutos en coche del puerto marítimo, pero ¿quién se ofrecería a llevarlas hasta Corea a cambio de nada? Era una locura, pero también lo era quedarse allí y permitir que siguiesen abusando de ellas.

Dio un respingo cuando una de las cocineras salió de la cocina.

—¿Qué haces ahí? —preguntó una de las mujeres chinas que se encargaba de preparar la comida para ellas.

Hanah tragó saliva.

—Voy al almacén, queda poco sake —explicó nerviosa.

Se dio media vuelta y fue directa al almacén, pero la mujer se acercó con paso lento.

Entró al almacén y buscó una de las grandes garrafas donde guardaban aquella bebida.

La mujer se apoyó contra la puerta y miró a ambos lados.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —preguntó con más suavidad.

Al igual que el resto, ella era una esclava de los japoneses, solo que en vez de abusar de ella sexualmente era la encargada de hacer la comida y mantener el burdel limpio.

Hanah asintió tímidamente. La mujer la miró con lástima, aunque reaccionó y cogió la garrafa con los siete litros de sake que ella sujetaba.

—Déjame, hay que calentarlo un poco —pronunció quitándosela.

La mujer salió del almacén y se dirigió a la cocina. Hanah la siguió con paso lento, entrando con temor en la cocina.

La cocina era bastante estrecha, con dos fogones sobre los que había grandes ollas llenas de arroz con maíz. La comida que le daban era poco variada. La mayoría de los días comían fideos, y otros tantos arroz. Aquella era la base de su alimentación.

La mujer vertió el contenido en una olla y la puso al fuego.

—Serán unos segundos —explicó mientras removía el arroz.

Hanah asintió y se apoyó contra la pared mientras a su espalda iban pasando soldados japoneses. Observó a la mujer, la cual debía de tener unos sesenta años. Tenía el pelo canoso recogido en un alto moño. Vestía un kimono de color gris oscuro hasta los pies. Hanah miró directamente hacia la puerta que daba con la parte trasera de la casa. Aquella puerta representaba su salvación. Debía hablar con Sook y comentarle su plan, no pensaba irse de allí sin ella.

—No te lo recomiendo —comentó la mujer que la miraba fijamente, como si leyese su pensamiento. Aquellas palabras provocaron que Hanah la mirase enarcando una ceja—. Ya sabes a lo que me refiero… —Señaló la puerta de salida—. No serías la primera que lo intenta. —Hanah notó un nudo en su garganta y tragó saliva—. La última que lo intentó recibió una paliza que la dejó dos semanas en cama.

Hanah cerró los ojos intentando controlar las lágrimas.

—Los soldados… —pronunció.

—Sé muy bien lo que hacen los soldados —la interrumpió—. Son crueles —apuntó. Hanah asintió. La mujer la miró con ternura, comprendiendo la situación que allí vivían.

Hanah miró hacia atrás comprobando que la señora Kondo no se encontraba allí y se acercó a la mujer.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Tres meses —explicó ella—. Los japoneses invadieron mi aldea y mataron a mi marido —explicó con voz temblorosa, rememorando aquellos recuerdos—. Luego me trajeron aquí.

Hanah se acercó para susurrar.

—Y usted… ¿no quiere marcharse? —sollozó.

—Claro que quiero… —Chasqueó la lengua—, pero prefiero estar viva. Con suerte, cuando todo esto acabe, aún podré volver a ver a mi hijo y a mi nieta. —Esta vez se le saltaron las lágrimas.

Hanah se removió nerviosa ante lo que la mujer le relataba.

—Tenemos que defendernos y…

La mujer negó.

—¿Crees realmente que nosotras podemos hacer algo contra los soldados japoneses? ¿Acaso no has visto lo que les hacen a las mujeres que se resisten a ellos? —Negó con su cabeza de nuevo—. No, nosotras no podemos hacer nada… —Luego miró hacia los lados—, pero hay gente que sí puede.

—¿Gente? ¿Quién? —preguntó rápidamente.

La mujer tragó saliva nerviosa, mirando hacia la puerta, asegurándose de que nadie se acercaba para escucharlas.

—Mi hijo pertenece a la resistencia —susurró muy bajito.

—¿La resistencia? —Hanah parpadeó varias veces—. ¿Luchan contra los japoneses? —preguntó acelerada.

La mujer asintió, aunque en ese momento la señora Kondo entró en la cocina y las miró fijamente.

—¿Qué hacéis ahí plantadas? —preguntó con un grito.

La mujer mayor reaccionó de inmediato y sacó la olla con sake caliente del fuego.

—La muchacha ha venido a pedir sake, lo estaba calentando.

La señora Kondo miró de la cabeza a los pies a Hanah, la cual agachó la cabeza intimidada por su mirada.

Vertió con un embudo el contenido en la botella y se la tendió de nuevo a Hanah.

—Aquí la tienes, lista para ser bebida. A la temperatura que les gusta a los soldados —pronunció.

Hanah asintió mientras cogía la botella y observó a la mujer mayor unos segundos. Se giró y, sin decir nada más, salió de la cocina rumbo al salón de baile. En el interior de aquel salón costaba respirar, el olor a tabaco y a sudor impregnaba todo el ambiente.

¿La resistencia? ¿Un grupo de chinos intentaba derrotar a los japoneses? Si lo consiguiesen serían libres, podrían volver a casa. La libertad, aquello era lo que más ansiaba en el mundo, poder volver a pasear por las praderas de su amado pueblo, abrazar a sus padres…

Un japonés se interpuso en su camino y la miró con una sonrisa. Hanah dio un paso hacia atrás para rodearlo, pero este volvió a cortarle el paso.

—Eh, mirad… —comentó el soldado llamando a un par de sus compañeros para que se acercasen—. Es muy bonita —comentó.

Uno de los soldados que se acercó la miró de arriba abajo, como si la devorase.

—Seguramente la chica más bonita de este antro. —Directamente se acercó a ella y le arrebató la botella de sake de sus manos. Ella solo retrocedió otro paso más, no iba a luchar por una botella de sake, las explicaciones se las deberían dar a la señora Kondo, aunque dudaba de que esta se las pidiese, allí los soldados hacían lo que querían y nadie les recriminaba nada sobre su conducta—. ¿Crees que la señora Kondo nos concederá unos minutos con ella? —preguntó con una sonrisa.

El otro soldado que se había acercado la miró lascivamente. Hanah comenzó a temblar.

—Puede ser divertido los tres con ella —comentó cruzándose de brazos. Luego rio y se acercó a ella. Hanah iba a huir cuando este la cogió del brazo, acercándola—. ¿Dónde crees que vas?

Ni siquiera pudo articular palabra, solo intentó zafarse de él, pero el soldado clavaba sus dedos en su carne, apretándole con fuerza.

—Soltadme —sollozó.

Aquellas palabras y el miedo que expresaban no disuadieron a los soldados, al contrario, les divirtió.

—Probemos un poco de ella primero y, si nos convence, le pedimos a la señora Kondo que… —Hanah interrumpió sus palabras con una patada, lo que provocó que la soltara de golpe y el soldado hiciese un gesto de dolor. Sabía que no debía resistirse, que era mucho mejor dejarlos hacer, pero ella no podía mostrarse pasiva tan fácilmente. No iba a dejar que la violasen

sin oponer resistencia—. Maldita puta —susurró el soldado acercándose a ella con gesto enfadado. Elevó su mano y golpeó su mejilla con tanta fuerza que la tiró al suelo.

Hanah gritó cuando cayó al suelo. Su corazón latió apresuradamente en su mejilla y gimió. Notó cómo la sangre invadía su boca.

Se llevó la mano a la mejilla y miró hacia arriba, asustada.

—¿Te gusta dar patadas? —ironizó el soldado que la había recibido mientras sus compañeros y él la rodeaban.

Comenzó a golpearla con el pie en la espalda. El golpe fue fuerte, más fuerte de lo que ella esperaba, amenazando con romperle alguna costilla, incluso desplazándola a un lado.

Gritó, gritó con fuerza, pero allí nadie la ayudaría, nadie pararía a aquellos soldados.

El otro soldado la cogió del cabello, tirando con fuerza para ponerla de rodillas.

—¿Te gusta golpear a los soldados japoneses? —le gritó con furia mientras Hanah gritaba y llevaba sus manos hasta el cabello que el soldado sujetaba con fuerza, amenazando con arrancárselo de la cabeza.

El otro soldado avanzó y con una sonrisa, como si la situación le divirtiese, arremetió con una patada en su estómago, lo que provocó que ella chocase con un golpe en la cabeza contra la pared. Se quedó sin respiración. No le entraba aire en los pulmones, pero aquellos soldados no habían hecho más que comenzar con ella.

Se movió rápidamente, encogiéndose, haciéndose un ovillo mientras intentaba recobrar el aliento.

—Puta —dijo otro de los soldados mientras volvía a golpearla con el pie en las costillas, de modo que Hanah volvió a golpearse la cabeza contra la pared.

Todo comenzó a nublarse a su alrededor, el golpe hizo que su cerebro se moviese de un lado a otro y un zumbido se instaló en sus oídos.

Elevó su cabeza para observar cómo el soldado elevaba su mano para golpearla cuando una mano se la retuvo. El soldado fue impulsado hacia atrás varios metros, alejándose de ella. Los otros dos soldados miraron enfadados en aquella dirección y, de repente, se pusieron firmes y elevaron su mano hasta su frente para saludar.

—General —dijeron al unísono rectos como un palo.

Hanah logró enfocar la vista en el general y, por primera vez, se alegró de que él estuviese allí.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó enfurecido.

Los tres soldados se miraron de reojo, sin comprender por qué su general los cuestionaba.

—Esta puta me ha dado una patada —se defendió el soldado—. Estábamos enseñándole modales.

El general los miró con furia y fue hacia ella. Se agachó y la observó.

Tenía la mejilla amoratada y los labios ensangrentados. Además, debía de haber recibido algún golpe más porque se encontraba encogida y con un gesto que expresaba dolor.

Apartó un mechón de su cabello que caía sobre su frente, pero ella se separó instintivamente de él, rechazándolo.

Kane suspiró y miro hacia atrás, donde los tres soldados miraban asombrados a su general.

No lo pensó más y, aunque ella había rechazado su contacto, pasó un brazo por debajo de sus piernas, otro por su espalda y la cogió en brazos, levantándose con ella.

No dijo nada más, simplemente pasó al lado de los soldados sin pronunciar palabra, con la mirada fija en las escaleras por las que subiría a la segunda planta.

Hanah se removió entre sus brazos, pero Kane no la soltó.

—Quieta —pronunció con suavidad mientras subía las escaleras.

Llegó hasta la habitación de ella y entró cerrando la puerta tras de sí con un golpe del pie. La dejó sentada sobre el futón con delicadeza. Sacó un pañuelo de tela del bolsillo y lo humedeció en la jarra de agua. Cuando se arrodilló ante ella, Hanah se distanció de él arrastrándose por el suelo hasta tocar la espalda con la pared. Se encogió sujetándose las piernas con los brazos y se pasó una mano temblorosa por la mejilla donde tenía restos de sangre.

Kane la observó y suspiró. Si no hubiese llegado a tiempo la paliza hubiese sido peor. Se acercó de nuevo, colocándose frente a ella, y pasó con cuidado su pañuelo húmedo sobre la mejilla, pero ella volvió a rechazarlo, apartándose de él. No quería nada de él ni de ningún soldado.

Kane chasqueó la lengua y enarcó una ceja. Aunque había detenido la paliza, Hanah no parecía confiar aún en él.

—Está bien —dijo tendiéndole el pañuelo húmedo.

Ella lo miró y, finalmente, lo cogió de su mano para limpiarse ella misma la herida.

Colocó el pañuelo húmedo sobre su mejilla mientras emitía un gemido de dolor y se apartó el cabello de los ojos. En ese momento, se dio cuenta de que Kane la miraba preocupado.

—¿Te han hecho algo más? —preguntó con delicadeza.

Ella lo miró con furia.

—¿Te refieres aparte de las patadas y los golpes? —ironizó. Kane suspiró y la miró fijamente, esperando una respuesta más clara—. No —contestó al final.

Kane asintió y se puso en pie para acercarle la jarra de agua y que pudiese humedecer más el pañuelo si le hacía falta.

Se arrodilló de nuevo frente a ella, observando cómo se limpiaba la herida y luego lo colocaba sobre el labio ensangrentado.

—¿Por qué has golpeado a un soldado? —preguntó.

Ella lo miró fijamente.

—Se llama defensa propia —volvió a ironizar, aunque Kane la miró un poco más furioso por su respuesta. Hanah suspiró—. Querían llevarme los tres a la habitación —explicó, luego se apoyó contra la pared—. Vosotros, los soldados, creéis que defendéis vuestra patria con honor, pero no es así —comentó con voz grave.

—Cualquiera de esos soldados daría su vida por su patria —contestó.

—Sí, pero mientras tanto maltratáis y violáis a mujeres —respondió rápidamente, enfadada, mientras se pasaba el pañuelo de nuevo por la mejilla—. ¿Qué hay de honorable en eso? —acabó cerrando los ojos y llevándose la mano a la cabeza, intentando calmar el dolor.

Kane ladeó su cabeza, observándola. Aquella muchacha, además de hermosa, era inteligente.

—No deberías decir esas cosas si quieres mantenerte con vida —pronunció, aunque lo dijo a modo de aviso, sin amenaza.

—¿Y qué más me puede pasar? —sollozó—. Preferiría la muerte —dijo apartando la mirada de él—. Así al menos podría descansar.

Kane se quedó observándola.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

Ella lo miró sorprendida por la pregunta.

—¿Qué importa eso? —Kane volvió a arquear una ceja—. Mi edad coreana es veinte.

—Aún eres muy joven para morir —respondió rápidamente.

Ambos se quedaron mirándose hasta que ella le tendió el pañuelo para devolvérselo, pero él se negó.

—Supongo que te visitará el médico.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo —respondió ya con voz más tranquila. Se removió contra la pared, aunque hizo un gesto de dolor al apoyarse. No creía tener ninguna costilla rota, pero a buen seguro le saldrían unos buenos cardenales.

Kane la observó, parecía muy dolorida. No dijo nada mientras ella buscaba la posición en que estuviese más cómoda.

—¿Os dan bien de comer? —preguntó.

Aquella pregunta le sorprendió.

—Arroz y fideos —explicó—. Dos veces al día.

Kane se incorporó levemente y metió la mano en el bolsillo. Extrajo un pequeño paquete y lo depositó sobre la mesita de noche.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Qué es? —preguntó.

—Chocolate[21] —respondió directamente, con una leve sonrisa.

Ella no se la devolvió, pero asintió. Kane seguía observándola con atención.

—¿Cómo llegaste a este lugar?

Lo miró intrigada. ¿Ahora se interesaba por ella? Igualmente, no tenía por qué mentirle, ya le había dicho que no tenía nombre japonés y, seguramente, si indagaba podía llegar a averiguarlo.

—Mis padres son humildes agricultores —comentó ella—. Cultivamos arroz. La… —tragó saliva y apretó los labios—, la petición de grandes sumas de arroz hizo que trabajásemos sin descanso. Aquella semana no fui a la escuela. —Inspiró tomando fuerzas para seguir con el relato—. Dos soldados japoneses… —Lo miró de forma directa—, se presentaron en casa y amenazaron a mi padre de muerte por no haber hecho el cambio de nombre a uno japonés. —Cerró los ojos durante unos segundos, intentando calmar su voz—. Dijeron que la única forma de salvar a mis padres era que me incorporase como enfermera en el frente de Japón o trabajase en una de sus industrias. Acepté y, sin embargo, me trajeron aquí. Me engañaron —pronunció con fuerza—. Mi padre hubiese dado gustoso su vida si hubiese sabido lo que me iba a ocurrir. —En ese momento rompió

a llorar.

Kane se quedó contemplándola. Sabía que la mayoría de esas mujeres habían sido llevadas allí engañadas.

—Si lo hubieses sabido, ¿te habrías negado? —preguntó intrigado. Aquella pregunta hizo que ella pusiese su espalda recta, aunque otro gesto de dolor recorrió su rostro—. ¿Hubieses permitido que tus padres muriesen si te hubiesen explicado lo que iba a ocurrir?

Ella apretó los labios y dejó que una lágrima resbalase por su mejilla. Finalmente, negó débilmente. No, hubiese aceptado igualmente si así salvaba la vida de sus padres.

Kane se fijó en las lágrimas que recorrían su rostro y que se esforzaba por secar. Aquella muchacha era más valiente de lo que había imaginado, aunque suponía que no le quedaba otra alternativa.

—¿De qué zona eres?

—De Suncheon. —Esta vez sonrió con melancolía—. Es un pueblo precioso. Las plantaciones de arroz y patata se extienden hasta el horizonte. —Lo miró y borró la sonrisa de su rostro. Lo observó. Kane la miraba preocupado, pero había algo en su mirada que llamó su atención: respeto, o tal vez sorpresa por lo que explicaba—. ¿Y tú? —preguntó, aunque al

momento se arrepintió de haber hecho la pregunta, pues sabía que no era correcto que lo hiciese. Contrariamente a lo que esperaba, Kane no hizo ningún gesto que denotase que le enfurecía la pregunta, parecía que necesitaba conversación.

—De Kamakura[22] —respondió, aunque al ver el gesto confundido de ella, añadió—. Al lado de Tokio.

Ella negó, no supo cómo ubicar aquel lugar.

—No he salido nunca de mi pueblo —comentó más calmada, aquella conversación la estaba tranquilizando—. ¿Eres… eres general? —preguntó. Él asintió—. ¿Significa que eres el jefe de las tropas?

—Estoy al mando de una unidad militar bastante grande —explicó.

—Y… —Apretó los labios—, ¿conoces a… a los hombres que…? —No se atrevió a acabar la pregunta.

Kane comprendió a lo que se refería y asintió lentamente.

—Puedes estar tranquila, no volverán a ponerte una mano encima.

No comprendía a qué venía aquella protección por parte de él, pero se sentía agradecida por ello. En aquel mundo donde solo había sufrimiento y dolor, dentro de todas las malas opciones, el general representaba la mejor.

Sin previo aviso, Kane se puso en pie. Hanah lo miró mientras se levantaba. Kane miró hacia la puerta y luego volvió la mirada hacia ella.

Hanah comprendió lo que significaba aquello. Seguramente quería tener sexo con ella, para eso había ido.

Apretó los labios y, aunque dolorida, comenzó a desabrocharse el cinturón color negro de su kimono. No iba a resistirse, pues, aunque no le gustaba la idea, seguía queriendo contar con su protección. Al menos, él la trataba con delicadeza.

—No —dijo él. Aquello la desconcertó y se quedó inmóvil. Kane volvió a mirar la puerta y luego la observó—. Descansa —dijo. La observó de nuevo, sentada sobre el suelo, apoyada contra la pared y, finalmente, se giró y fue hacia la puerta.

Hanah se quedó totalmente quieta, absorta ante la actitud de él. ¿Acaso no iba a acostarse con ella? ¿Acaso lo hacía porque sabía que estaba dolorida? A ninguno de los soldados que estaba allí le hubiese importado su estado. Él, sin embargo, se marchaba para dejarla descansar y que se recuperase.

No dijo nada más mientras salía por la puerta y la cerraba.

Jamás hubiese esperado que él se comportase así. Se quedó varios minutos tumbada contra la pared, asimilando lo que había ocurrido, y miró el pañuelo de él que aún sujetaba en su mano.

¿Aquello había ocurrido en realidad?

Finalmente, reaccionó y se giró hacia la mesita de noche donde el general había depositado un pequeño paquete envuelto.

Lo cogió entre sus manos y en cuanto lo acercó a su nariz pudo oler el característico aroma del cacao.

No dudó un segundo. Avanzó hasta la puerta lentamente, pues tras la paliza sentía todo su cuerpo dolorido. Salió de la habitación y llamó a la habitación de Sook. No esperó a que ella respondiese. Entró directamente, ella permanecía tumbada sobre el futón, tapada hasta los hombros con la sábana. Aunque tenía un gesto cansado, no estaba dormida.

Hanah entró y, por primera vez desde que estaba allí, sonrió a su amiga.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sook incorporándose en la cama, aunque al fijarse en el rostro de su amiga la miró preocupada—. ¿Estás bien?

Sin duda, se había dado cuenta del moratón y del corte en el labio.

—No es nada —susurró ella arrodillándose ante su amiga, luego le mostró el paquete y comenzó a abrirlo.

—¿Qué es? —preguntó Sook.

—Chocolate —respondió ella mostrándoselo. Lo partió por la mitad y le tendió un trozo a su amiga que lo cogió con una sonrisa.

Al menos, aquel día, descansarían con el estómago más lleno.

# 11

## Suni

Año 2025 d. C.

La casa, a cuatro vientos y de un color verdoso, cada vez se hacía más grande. Alguien, no sabía quién, tiraba de su brazo hacia el interior. De repente, se encontraba en una habitación extremadamente pequeña en la que únicamente había una mesita de noche de madera y un futón sobre el suelo.

Se encontraba allí sola. Giró sobre sí misma hasta que vio la puerta de la habitación. Iba a dar un paso hacia ella cuando observó, por debajo de la puerta, la sombra de alguien tras ella. Sintió pánico, sobre todo cuando aquella puerta comenzó a abrirse.

—Eh, eh… Barnes —susurró Seok a su lado. Suni abrió los ojos, desorientada. Lo primero que observó fue que el avión ya descendía hacia el Aeropuerto Internacional de Pudong, en Shanghái—. ¿Estás bien? —preguntó.

Suni se incorporó rápidamente en el asiento, consciente de que se había dormido durante el trayecto. El viaje desde el Aeropuerto Internacional Incheon, en Seúl, hasta Shanghái duraba dos horas y cuarenta minutos. No era mucho tiempo en comparación con el viaje que había realizado hacía trece días desde Nueva York, pero llevaba dos noches sin poder pegar ojo por los nervios de tener que viajar con su jefe. Su relación, tal y como había dicho el señor Park, era estrictamente profesional, aunque ella no podía evitar rememorar una y otra vez lo ocurrido en aquella discoteca.

—Sí, estoy bien —susurró pasándose la mano por los ojos.

—No lo parecía. Has gritado —explicó con voz calmada.

Aquellas palabras le sorprendieron y se giró hacia él.

—¿He gritado?

Su jefe chasqueó la lengua.

—Un poco. Bajito —explicó—, pero no parecías estar soñando cosas agradables.

Ella suspiró mientras volvía su atención hacia la ventanilla.

—No, no lo eran.

—No serían sobre mí, ¿verdad? —bromeó.

Ella lo miró de reojo y estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Aunque su relación era estrictamente profesional, él tenía más sentido del humor del que había esperado en un primer momento. No podía quejarse, en los días que llevaba trabajando para él, Seok había sido un jefe atento, incluso simpático.

Ella ladeó su cuello y le sonrió con ironía.

—Hubiese gritado más fuerte —bromeó ella, lo que provocó una carcajada en su jefe.

Se acercó a ella para observar por la ventanilla.

—Vamos a aterrizar en diez minutos —le informó.

—Se me ha hecho muy corto el viaje.

—No me extraña. Has estado durmiendo todo el rato —indicó, y luego resopló—. Un viaje muy aburrido, sin apenas conversación. —Aunque lo dijo con tono de regañina, Suni sabía que estaba bromeando.

En diez minutos tocaron tierra y en media hora estaban recogiendo las maletas de la cinta transportadora.

Era la primera vez que viajaba a Shanghái. Los altos edificios se elevaban hacia el cielo. Era una ciudad realmente futurista. Nueva York también lo era, llena de luces, color y movimiento, pero Shanghái la superaba con creces.

El hotel era enorme. Frente a él se situaba el río Huangpu. Al otro lado, en la orilla de enfrente, se dibujaba el precioso *skyline* de Shanghái, con altos edificios que por la noche se iluminaban, entre ellos, la torre Perla. Si disponía de tiempo visitaría aquella zona.

Ambos se detuvieron ante el administrativo que esperaba frente al rellano.

—Señor Park —dijo al verlo. Estaba claro que ya lo conocían, no era la primera vez que se hospedaba allí—. Me alegro de volver a verlo. —Acto seguido, tendió dos tarjetas hacia él—. Le hemos reservado la suite de siempre. —Miró con una agradable sonrisa a Suni—. Esta es para usted. Si me lo permite, necesito su pasaporte al ser la primera vez que se hospeda aquí.

—Claro —respondió Suni abriendo su bolso. Lo colocó sobre el mostrador y miró a su alrededor. El hotel era muy lujoso.

—Mandaré a un botones que lleve sus maletas a las habitaciones —indicó el administrativo tras tomar sus datos y devolver el pasaporte a la muchacha.

—Muchas gracias —contestó Seok. Cogió las dos tarjetas que facilitaban el acceso a las habitaciones con su inserción en una ranura y le tendió una a ella—. Creo que esta es la tuya. —Suni le sonrió y la cogió—. Vamos, ahora nos subirán las maletas.

Se dirigieron a uno de los ascensores. Ella lo siguió mientras observaba su tarjeta.

¿Estarían al lado el uno del otro? Era lo más lógico teniendo en cuenta que se trataba de su secretaria personal.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba al sentir su cercanía. Una cosa era trabajar con él, otra muy distinta era compartir aquellos días con él y dormir al lado. Solo de pensarlo se le cortaba la respiración.

Las puertas se abrieron y un lujoso pasillo enmoquetado apareció ante ellos.

Seok inició la marcha de nuevo.

—Tu habitación es esta. —Señaló colocándose frente a una puerta—. La mía está al lado. —Indicó a la contigua. Ella apretó los labios y asintió—. Bien… —Miro el reloj de su muñeca—. ¿Te parece si esperamos a que suban las maletas y vamos a comer? Me interesaría repasar esta tarde los documentos que has preparado para la reunión de mañana.

—Claro, señor Park —comentó ella mientras introducía la tarjeta en la puerta de la que sería su habitación.

Ella lo miró de reojo al no recibir respuesta, aunque se dio cuenta de que estaba más cerca de lo que pensaba. Lo miró intrigada.

—Vamos a dejar los formalismos —le pidió él—. Me sentiría mucho más cómodo si entre nosotros nos tuteáramos. Yo así lo estoy haciendo, ¿no? —Luego se encogió de hombros y sonrió de forma traviesa—. Ya hay confianza, ¿no crees?

No supo bien cómo responder a aquella pregunta, pues su jefe la había dotado de un sutil tono vivaracho. ¿Estaba insinuando algo? A veces el señor Park la desconcertaba. Le había dicho que todo lo que había ocurrido aquella noche en la discoteca estaba olvidado, pero el tono que

empleaba en algunas frases le hacía pensar lo contrario.

—Claro —respondió con timidez.

—Bien, pues… en una media hora vamos a comer, ¿de acuerdo? —preguntó entrando en su propia habitación.

Suni asintió sin poder decir nada. Maldito jefe el suyo, la dejaba sin palabras, sobre todo cuando le sonreía de aquella forma.

Tragó saliva y entró en su propia habitación. Cerró la puerta tras ella y se apoyó en esta mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de su ser. Aquello no estaba bien, no podía sonrojarse cada vez que su jefe le dijese algo en tono de insinuación.

Miró al frente y se sorprendió al ver la enorme habitación. Era más lujosa de lo que esperaba.

Estaba bien eso de viajar como secretaria de dirección, pensó mientras daba unos pasos al frente.

La habitación se dividía en dos salas. Una de ellas era una estancia con una pequeña mesa rodeada de cuatro sillas donde podría trabajar, al otro lado de la pequeña sala se encontraba un sofá de cuero blanco frente a una enorme televisión. Una sonrisa se instaló en su rostro cuando vio que daba a una gran terraza.

Avanzó hacia allí, pero miró a la derecha, donde había otra puerta que daba acceso al dormitorio. La enorme cama de matrimonio se encontraba en medio de la habitación, rodeada por una mesita de noche a cada lado. Frente a ella, un pequeño escritorio y el aseo con una enorme ducha y todo lo necesario para la higiene completaban el conjunto.

Giró sobre sí misma, en cierto modo regodeándose con el lujo que la rodeaba.

¿Qué importaba si tenía que pasar algunos momentos vergonzosos por las ocurrencias de su jefe? Aquello valía la pena.

Se giró cuando llamaron a la puerta. Fue hacia ella y abrió. Un botones había dejado sus dos maletas frente a la puerta y dejaba otro par frente a la puerta de su jefe.

—Muchas gracias —comentó cogiéndolas.

Las arrastró al interior y dejó una, en la que llevaba todos los documentos, en la sala, la otra la arrastró hasta el que sería su dormitorio.

Miró el reloj y comprobó que aún le quedaban veinte minutos. No iban a estar muchos días allí, a duras penas cinco, pero le iría bien colgar toda su ropa en el armario para que no se arrugase.

Abrió la maleta y comenzó su cometido. Si se daba prisa, aún dispondría de unos minutos para sacar de la maleta los documentos que su jefe quería revisar después de ir a comer. Al día siguiente tendrían una importante reunión y tenía que asegurarse de que todo estuviese en orden.

Hon Hai Precision Industry Co. Ltd., conocida como Foxconn, era una multinacional taiwanesa con sede en el Distrito de Tucheng, Nuevo Taipéi. Contaba también con diversas sucursales por todo el mundo, una de las mayores justamente en Shanghái. Se trataba de una de las más importantes industrias que fabricaba productos electrónicos por encargo, y era considerada la mayor fabricante de componentes electrónicos a nivel mundial.

El día anterior a su llegada, había deseado pasear por la zona tecnológica de Shanghái. No iba a hacer falta que fuese en otro momento, Foxconn disponía de uno de los edificios de la zona. Se habían reunido en la planta sesenta y dos, una de las más altas.

Ma Wen-Je era el directivo encargado de negociar el acuerdo con Samsung. Por suerte, la comunicación era en inglés.

Las baterías de estado sólido se postulaban como la gran alternativa a las baterías de litio. Por lo que había aprendido los últimos días, la batería de estado sólido tenía muchas más ventajas, pero sobre todo dos: no tenían efecto memoria, por lo que las baterías no se degradaban a diferencia de las de litio y, además, tenían el doble de capacidad ocupando el mismo espacio que unas de litio, por lo que no haría falta su carga a diario, sino que un móvil a pleno rendimiento podría aguantar varias jornadas sin necesidad de recargar su batería.

Samsung planeaba implementar aquella batería a los nuevos móviles *Galaxy Z Fold 7* con pantalla externa de 6.5 pulgadas, con pantalla interna Infinity Flex AMOLED de 8 pulgadas, plegable hacia dentro, similar a un libro, lo que permitía una protección mayor, así como un chasis increíblemente delgado.

La calidad de imagen y de sonido, así como el apartado fotográfico con sus cinco cámaras traseras y su gran rendimiento proporcionado por el chip Snapdragon Elite 8 iban a revolucionar el mercado de los móviles plegables que había comenzado en 2019.

Foxconn sería la encargada de proveerlos de la batería de estado sólido para ese móvil que pensaban que, sin duda, sería el móvil de la década.

Suni guardó los documentos en la carpeta y se puso en pie al igual que su jefe.

El señor Park estrechó la mano del directivo de Foxconn y asintió.

—En dos días podremos firmar el contrato —indicó Ma Wen-Je.

Seok soltó su mano y asintió.

—Me alegro de hacer negocios con ustedes.

Dicho esto, miró de reojo a Suni y le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiesen a la puerta.

La reunión había ido bien, con suerte, tal y como había indicado el directivo de Foxconn, firmarían un contrato por el que ellos se encargarían de la fabricación de las baterías de estado sólido para los nuevos móviles. En cuanto firmasen, la planta de Taiwán iniciaría la producción de baterías y, en breve, aquel nuevo móvil vería la luz.

Suni cargó el maletín donde se encontraban todos los documentos que había llevado a la reunión. Aprovecharían aquellos dos días para revisar el contrato que le enviasen por correo electrónico y, posteriormente, quedarían para firmar el acuerdo.

Cuando salieron, el sol les cegó. Se habían reunido a las once de la mañana y, en ese momento, a la una y media de la tarde y sin haber descansado nada, comenzaba a tener hambre. Aún no tenía la suficiente confianza con su jefe como para decirle que como no fuesen a comer pronto acabaría dándole un mordisco a él, aunque él sí que parecía contar con aquella confianza.

—¿Tienes hambre? —le preguntó directamente.

Delante de la gente siempre guardaban las formas, pero, tal y como le había pedido él, cuando estaban a solas se tuteaban. Se sentía mucho más cómoda y cerca de él por aquella confianza.

—Bastante —respondió Suni con sinceridad.

Se giró y le sonrió abiertamente. Se le notaba feliz después del acuerdo que habían alcanzado con Foxconn.

—Iremos a un restaurante al que suelo acudir cuando viajo aquí —dijo indicándole con la mano que lo siguiese. Ella comenzó a caminar a su lado, aunque Seok observó que llevaba el maletín—. ¿Pesa?

Ella negó.

—No, no pesa mucho, no hay problema.

Seok asintió mientras cargaba también él con otro maletín. Fue hasta la carretera y elevó una

mano hacia uno de los taxis.

En cuanto uno se detuvo, ambos subieron y Seok indicó al conductor la dirección a la que debía llevarlos.

—No está lejos —explicó hacia ella colocando el maletín sobre sus rodillas.

Ella hizo lo mismo colocando el suyo sobre su falda color crema.

—¿Cómo se llama? —dijo sacando su móvil—. Puedo llamar y reservar.

—No te preocupes —comentó él—. Habrá sitio. —Luego enarcó una ceja hacia ella—. ¿Qué haces con un Xiaomi 12 Lite? —Se lo cogió directamente de la mano.

—Mmm… —respondió con timidez, aunque estaba claro que su jefe bromeaba con ella.

Colocó el móvil frente a Suni.

—¿Un Xiaomi? —Ladeó su cabeza—. ¿Le has comprado a la competencia?

Ella se lo quitó de la mano y resopló.

—Tengo este móvil desde hace casi tres años —indicó—, cuando ni siquiera sabía que iba a trabajar para Samsung.

Seok sonrió más.

—No puedes estar trabajando para Samsung e ir con un terminal de uno de nuestros principales competidores —volvió a bromear—. En cuanto lleguemos a Seúl te daré uno nuevo. Ahora… esconde eso antes de que me dé un infarto —rio.

Ella enarcó una ceja mientras guardaba el móvil en el maletín.

—Lo siento.

—No digas tonterías —comentó risueño—. Por suerte, trabajas en la mejor empresa de telefonía móvil, se le puede poner solución. —Seok la observó. Con aquel traje color crema, su cabello rubio teñido recogido en un moño a su nuca y aquellos enormes ojos marrón verdoso que resaltaban con la luz del sol, estaba más preciosa que nunca.

Se obligó a apartar la mirada de ella y mirar al frente, situando las dos manos sobre el maletín.

Suni se había dado cuenta de que había vuelto a recorrerla con la mirada. Estaba claro que su jefe se ponía igual de nervioso que ella en su presencia, aunque sin duda lo disimulaba mucho mejor.

Apretó los labios y tragó saliva intentando calmarse, mirando por la ventanilla, distrayéndose.

Sí, su jefe era atractivo, demasiado atractivo. Aquella mirada tan intensa, su forma de tratarla, su sonrisa… la forma en que la besaba. Resopló cuando pensó aquello. No, se había obligado a olvidarlo. Debía hacerlo si quería mantenerse cuerda en aquel trabajo. Habían llegado al pacto de que lo olvidarían, de que harían como si nada… aquello sería mucho más fácil si su jefe no le atrajese tanto.

Suspiró y miró otra vez por la ventanilla.

Habían cruzado el río Wusong sobre un puente y se habían internado en una zona más residencial, repleta de altos edificios y supermercados. Algunos de los edificios destacaban sobre otros por su gran altura.

Giró a la derecha y, en ese momento, su mirada se posó sobre una de las casas. Notó cómo el corazón le daba un vuelco y dejó de respirar.

Su fachada verde oscuro resaltaba entre las de alrededor, bastante más claras. Esa casa estaba protegida por un pequeño muro pintado de rosa que rodeaba la pequeña parcela de jardín.

Se acercó a la ventanilla aguantando la respiración y colocó la palma de la mano sobre el cristal. Aquella casa la había visto antes, pero ella jamás había estado allí. Era la casa de sus

sueños, aquella que aparecía en sus pesadillas.

—Pare, por favor —susurró con la mirada clavada en aquella vivienda, pero el taxista no se detuvo. Miró hacia delante y alzó un poco más la voz—. Por favor, detenga el taxi —ordenó esta vez.

El taxista se apartó de la carretera a un lateral y paró el vehículo.

—¿Espero aquí? —preguntó al escuchar que ella abría la puerta.

Suni no respondió. Salió directamente del coche sin decir nada.

—Suni, espera… —comentó Seok viéndola salir—, ¿qué ocurre? —preguntó.

Suni miró a ambos lados y cruzó la calle directamente, sin responder, con la vista clavada en aquella vivienda.

Seok abrió la puerta de su lado y cogió los dos maletines.

—Espere aquí, solo será un momento —dijo saliendo del taxi sin comprender qué ocurría.

Suni llegó hasta la vivienda y la observó. ¿Aquello podía ser una casualidad? ¿Cómo iba a serlo? Era la misma casa, exacta a la que aparecía en sus pesadillas.

Se acercó y miró por encima del muro rosado. El jardín rodeaba la vivienda como en su sueño, aunque en este estaba un poco mejor cuidado que en esos momentos. Rodeó la vivienda y llegó hasta la valla de barrotes que había frente a la puerta de madera.

¿Cómo era aquello posible? La forma, el jardín, incluso el color eran idénticos, aunque en su sueño el color era más vívido, ahora el rosado y el verde estaban más difuminados, como si el paso del tiempo los hubiese deteriorado.

Recordaba aquella pesadilla que había revivido tantas veces. Llegaba a esa casa y alguien la conducía cogiéndola del brazo por aquel jardín hasta una puerta trasera. Después, se encontraba en el interior, en una habitación muy pequeña, y alguien esperaba a entrar tras la puerta.

¿Qué significaba todo aquello?

—Suni… ¿qué ocurre? —preguntó Seok situándose a su lado.

Ella ni siquiera lo miró, permanecía con la vista clavada en aquella puerta de entrada.

—Yo he estado aquí —susurró ella.

—¿Qué? —preguntó sin comprender—. ¿No me habías dicho que no habías venido nunca a Shanghái?

Ella apretó los labios y dio un paso hacia delante, agarrando los barrotes.

—¿Qué lugar es este? —preguntó sin mirarlo.

Él se acercó y miró hacia el taxi, chasqueó la lengua y se giró hacia ella.

—No lo sé, pero parece una casa familiar.

Ella tragó saliva mientras los ojos se le empañaban. Sentía que había estado antes allí, que aquello había marcado su vida, sin embargo, ella jamás había estado allí.

Se removió inquieta y suspiró.

—No lo entiendo —susurró.

—¿El qué? —Se situó a su lado—. Oye, ¿estás bien? —insistió. Suni parecía estar en shock. Ella asintió y extrajo el móvil de su bolsillo. Directamente enfocó e hizo unas fotografías de la vivienda—. ¿Qué haces? —preguntó sorprendido.

Suni no respondió. Miró que las fotografías hubiesen quedado bien y luego abrió el *Google maps*. Guardó la ubicación y se quedó observando la casa, totalmente absorta.

—Suni, no… no sé qué te ocurre, pero el taxi espera.

En ese momento, ella reaccionó y se giró hacia él. No comprendía nada, ¿cómo podía ser que sintiese aquella conexión con aquella vivienda o que hubiese soñado con ella?

—Perdona —reaccionó al final y se giró hacia él—. Es… es extraño… —susurró.

—¿El qué? —preguntó él.

No se atrevió a responder, ¿qué iba a decirle? ¿Que ya había visto aquella casa en sueños? ¿Que tenía pesadillas continuamente con aquel lugar? No la creería, pensaría que estaba loca.

En ese momento, la conversación que había mantenido con su amiga Woo volvió a su mente.

*—Oye, ya te lo dije… hazte una regresión —pronunció su amiga como si nada.*

*—Me da un poco de miedo hacer eso…*

*—Bahhh… tonterías —continuó Woo—. Yoon Ji-won se hizo una hace unos meses. Dice que es impresionante. —Se encogió de hombros—. Yo creo que me haré una también.*

*—¿Funciona?*

*—A veces sí, otras no… no sé, tampoco pierdes nada por probar y es una experiencia muy guay —comentó Woo sonriente—. ¿Nos hacemos una juntas las dos?¡Será toda una experiencia!*

Ni ella misma daba crédito a que eso estuviese ocurriendo, pero ahora, más que nunca, se sentía intrigada por aquello. Demasiada casualidad.

—No es nada —respondió a Seok iniciando la marcha hacia el taxi.

Seok la miró intrigado y la siguió.

—¿Nada? —preguntó preocupado—. No creo que sea nada… —Llegaron hasta el taxi y él le cortó el paso—. ¿Qué ocurre? —insistió, aunque su tono de voz no sonaba a orden, sino a angustia.

Suni lo miró y, en aquel momento, supo que ahí había algo que no lograría averiguar por sí misma. Era una sensación realmente extraña, como si ya conociese el lugar de antes.

Inspiró intentando calmarse.

—No es nada, de verdad…

—No lo parece.

Se giró hacia la casa y volvió a observarla.

—Es… solo… que me resulta familiar —pronunció en un susurro. Lo miró y se encogió de hombros—. Quizá la haya visto en una fotografía o en alguna película…

—¿Y por eso te pones así? Estabas temblando —respondió.

Ella tragó saliva y apretó los labios.

—Disculpa si te he molestado o…

—No, no… —la interrumpió él rápidamente y abrió la puerta del taxi, depositó los dos maletines en el interior y, para sorpresa de Suni, cogió su mano—, nada de eso. —Esta vez la miró con ternura. Suni sintió cómo el corazón volvía a disparársele. Se le erizó la piel al notar la suavidad de su mano acariciando la de ella, como si intentase calmarla—. Entonces, ¿estás bien?

Se fijó en aquella mirada, en sus ojos que la estudiaban asegurándose de que estuviese bien.

Ella asintió y le sonrió de forma tímida mientras apartaba la mano de la suya.

—Lo estoy.

—De acuerdo —pronunció Seok, aunque de reojo observó cómo ella apartaba la mano.

Se había asustado al verla. Parecía realmente nerviosa, incluso su tono de piel se había vuelto blanquecino. Sabía que había algo que no le explicaba, pero tampoco tenía derecho a exigirle que lo hiciese.

Señaló con la cabeza hacia el taxi.

—Sube, Suni. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Suni asintió y subió, aunque mientras él rodeaba el taxi para subir por la puerta contraria volvió a mirar la casa.

Ahora lo sabía. No se trataba de un simple sueño. Había estado allí realmente, ahora bien, no en aquella vida ni en aquel momento. Había algo en su mente que clamaba por salir, algo que

quería recordar, pero no podía. Quizá su amiga Woo tuviese razón y hacer una regresión, después de lo que había visto, era lo que más le convenía para intentar comprender lo que le ocurría.

—Puede continuar —dijo Seok cerrando la puerta del coche.

En cuanto el taxi arrancó, vio cómo Suni se giraba para observar aquella vivienda hasta que se perdió en la lejanía. Parecía realmente preocupada. Instintivamente, Seok llevó su mano hasta la de ella y la acarició. En ese momento Suni no la apartó, se limitó a rodear su dedo pulgar con el que la acariciaba con sus dedos, sujetándose a él y, aunque seguía sin comprender nada y en cierto modo estaba asustada, aquel contacto la calmó.

# 12

## Baek

Año 1392 d.C.

Lo único que rondaba por su mente mientras corría tras los caballos en aquella oscuridad eran las últimas palabras del general Yi: *"No hará falta"*.

No había dudado en salir corriendo de palacio siguiendo a aquellas siluetas que se dirigían hacia la vivienda de Jeong Mong-Ju. Él iba en el caballo de en medio y, a cada lado, un guardia real lo escoltaba.

Aquellos últimos días habían sido una locura: planear su huida con Mi Suk, el golpe de estado organizado por el general Yi para usurpar el trono a la dinastía Goryeo o la amenaza que ahora se cernía sobre el padre de la mujer que amaba, Jeong Mong-Ju.

Aquello parecía una pesadilla.

Corrió hacia la esquina y se apoyó en la pared del edificio. Pensaba que debían de haberse alejado más, que se habría retrasado, sin embargo, cuando se asomó a la esquina observó a los tres caballos detenidos sobre el puente Sonjukkyo.

Aquel puente debía de ser su lugar de encuentro al día siguiente con Mi Suk. Desde allí partirían en secreto para iniciar una vida nueva.

Entre la oscuridad, pudo observar cómo tres personas más llegaban a caballo y se detenían al otro extremo del puente. Aquello no le gustaba nada. Jeong Mong-Ju había bajado del caballo y se encontraba junto a los dos soldados en medio del puente, esperando a que los tres hombres recién llegados se aproximasen.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Sujetó más fuerte el mango de su kom y se movió en la oscuridad hacia otro edificio más cercano desde donde podría observar mejor.

No le gustaba nada todo aquello. ¿Por qué iban a detenerse allí? ¿Por qué se encontraban allí tres hombres más?

Se acercó más. Cerca del puente había varios árboles cuyos anchos troncos le permitirían esconderse y observar más de cerca.

Se colocó ante el árbol más cercano desde el que podría observar sin ser visto y se asomó por el lateral. No podía escuchar del todo, pues los hombres no hablaban fuerte, pero sí atinó a escuchar las siguientes palabras.

—El nuevo emperador te ha dado una oportunidad y la has rechazado.

Notó cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba cuando vio el destello de la luna reflejarse en la hoja del sable de uno de los hombres.

Jeong Mong-Ju hizo ademán de escapar. Se giró rápidamente comprendiendo lo que iba a ocurrir, pero los dos soldados lo sujetaron.

—No, no, no… —susurró Baek asiendo más fuerte el kom en su mano. No podía permitirlo,

iban a ejecutar a ese hombre a sangre fría. Obviamente, ya sabía de dónde venía aquella orden. Él no podía permitirlo.

Los dos soldados obligaron a Jeong Mong-Ju a ponerse de rodillas sobre la piedra del puente.

Baek miró a su alrededor. Allí no había nadie más que ellos. También era lógico siendo la hora que era.

Inspiró con fuerza y extrajo el kom de su funda sujetándolo por el mango. Comenzó a moverse despacio rumbo al puente. Era buen luchador, uno de los mejores soldados del emperador, por eso mismo era coronel. Sabía que no tendría problemas para acabar con la vida de aquellas cinco personas, pero luego… ¿qué haría? Lo que hiciese después no importaba, ahora solo importaba salvar a Jeong de aquella despiadada muerte que tenían preparada para él únicamente porque no estaba a favor de aquel golpe de estado.

Jeong Mong-Ju inspiró con fuerza, consciente de lo que en pocos segundos ocurriría. Acabarían con su vida. Sus pensamientos fueron para su familia: su mujer, sus hijos, su hija… ¿qué sería de ellos sin él?

Miró al soldado que extraía del todo su kom ante él y tragó saliva.

—Que sea rápido —pidió.

Aquella muestra de valentía cogió desprevenidos a los soldados y a los hombres que lo rodeaban evitando su huida.

—Lo será —dijo uno de los hombres, el que sujetaba el sable en su mano, dispuesto a dar el golpe de gracia para acabar con su vida.

Jeong Mong-Ju asintió y agachó su cabeza.

Los cinco hombres se miraron entre sí.

El que sujetaba el sable inspiró con fuerza y lo elevó.

—Por orden del nuevo emperador debes saber que tras tu muerte iremos a por tu familia…

Aquellas palabras hicieron que Jeong elevase su mirada hacia ellos, suplicante.

—No, por favor, a por mi familia no… —Esta vez la desesperación se apoderó de él. Llevaría bien su muerte, moriría como un hombre de honor al defender sus ideales, pero aquellas despiadadas palabras por parte de aquel hombre antes de acabar con su vida lo desesperaron.

—Por favor… —continuó suplicando—, mi familia no tiene nada que ver con esto —sollozó.

El hombre alzó del todo su sable y comenzó a dejarlo caer cuando se quedó paralizado. Un hilo de sangre descendió por sus labios, con los ojos abiertos de par en par, sorprendido. Una mano apareció por la espalda y lo sujetó del cuello, impulsándolo a un lado. Aquel hombre cayó al suelo agonizando. Tras su figura, Baek sujetaba su kom con fuerza y miraba al resto de soldados con la firme convicción de defender la vida de Jeong Mong-Ju.

—¿Coronel? —preguntó uno de los soldados al reconocerlo.

Pese a que había poca claridad, la proximidad con ellos permitía que reconociesen sus rasgos.

—Soltadlo o lo próximo que veréis será vuestra sangre salpicando vuestro rostro —los amenazó alzando el kom hacia ellos.

Uno de los hombres se situó a la espalda de Jeong Mong-Ju, colocando el sable en su garganta.

—Estas son las órdenes de nuestro rey… —pronunció el soldado señalando al hombre que mantenía el sable en la garganta de Jeong—, ¿cómo osas desobedecerlas?

Baek apretó los labios y miró a Jeong que lo observaba con temor.

—Él no es mi rey —confirmó—, ni ahora ni nunca —sentenció. Ya estaba hecho. Ahora no había vuelta atrás. Elevó su kom hacia el hombre que amenazaba a Jeong—. ¡Suéltalo! —ordenó.

El hombre miró de reojo a los soldados sin saber cómo actuar.

—Ya veremos qué opina el emperador de tu actuación —comentó el otro soldado.

Aquellos hombres no estaban muy acostumbrados a luchar, igualmente, uno de ellos extrajo su sable y dio un paso hacia delante para enfrentar a Baek. Este detuvo el golpe y se echó a un lado para repeler el siguiente. Ellos no tenían nada que hacer frente a él.

Baek dio una vuelta y golpeó con fuerza al hombre con una patada en el estómago y este salió despedido hacia atrás varios pasos, aunque no consiguió tirarlo al suelo y volvió a atacar. Baek se agachó para evitar el afilado sable y ahí aprovechó para clavar el suyo en el estómago del hombre. Este lo miró con los ojos muy abiertos, incrédulo ante lo que había hecho, provocando que el otro soldado y los tres hombres lo mirasen desencajando la mandíbula.

El hombre cayó al suelo con las manos en su estómago, con el rostro desencajado por el dolor. Se tiró sobre el suelo con las manos a la altura del estómago, intentando contener la hemorragia, aunque sabía que no tenía solución y que en pocos minutos moriría desangrado.

—¡Hazlo! —gritó el soldado hacia el hombre que aún mantenía el sable sobre la garganta de Jeong.

Este no lo pensó más y arrastró la afilada hoja de hierro sobre la garganta de Jeong. Baek miró incrédulo cómo una cascada de sangre brotaba de su garganta mientras Jeong caía al suelo llevándose las manos al corte, como si pudiese contener la hemorragia.

—¡Nooo! —gritó Baek lanzándose sobre el hombre que lo había degollado.

Se fijó en cómo un charco de sangre comenzaba a rodear a Jeong Mong-Ju.

Baek no pudo contener la rabia y ensartó la espada en el hombre que acababa de dañar a Jeong, arrojándolo al suelo. Se giró e hizo volar su sable hacia el hombre que lo miraba aterrorizado, aunque de reojo pudo ver cómo el otro soldado corría hacia el caballo. Sabía cuál sería su siguiente movimiento: montaría y se dirigiría al galope directo a palacio para avisar de su traición. No podía permitir que ese soldado escapase.

El hombre se movió a un lado para repeler el corte del sable, pero Baek sentía tanta rabia en su interior que, con otro rápido movimiento alargando el sable, cortó entre las costillas a la altura del hombro, desgarrando su carne. El hombre cayó al suelo con un grito y alzó la mirada hacia él. Baek vio de reojo cómo el soldado se alejaba. Podría coger alguno de los caballos que allí había, pero, igualmente, dudaba que pudiese alcanzarlo. Necesitaba alejarse de allí lo antes posible y, sobre todo, avisar a Mi Suk y a su familia. Sabía que el general iría a por ellos en cuanto supiese la noticia.

Alzó su sable de nuevo y lo clavó en el cuello del hombre, provocando que su cabeza se separase de su tronco. Lo vio caer al suelo y miró hacia delante. Ya prácticamente no veía la silueta del soldado que cabalgaba hacia palacio. Si hubiese tenido un arco hubiese intentado alcanzarlo, pero no contaba con ningún arma más que con su kom. Siempre había sido muy buen tirador.

Se giró cuando escuchó el sonido gutural de Jeong ahogándose con su propia sangre.

Corrió hacia él y se agachó a su lado. Jeong llevó su mano hasta el cuello de Baek, luchando por respirar.

—Mi… mi familia… —logró articular con gran esfuerzo.

Baek apretó los labios y sujetó con fuerza la mano ensangrentada de él, en ese momento se dio cuenta de que se había arrodillado sobre el charco de su sangre.

—Iré a por ellos, los protegeré —pronunció Baek intentando calmarlo.

Jeong gimió tratando de respirar, aquello debía de ser horrible, podía notar cómo todos los músculos del cuerpo de Jeong se estremecían ante la sensación de ahogo. Solo esperaba que fuese rápido. Así fue, notó cómo la mano de *Jeong Mong-Ju*[23] se relajaba y caía a un lado.

Un grito de impotencia se apoderó de Baek. Jeong Mong-Ju reposaba sobre un charco de sangre, muerto a manos de los soldados y mercenarios del emperador Yi por no corresponder a su causa. Apretó los dientes y soltó su mano con delicadeza. En otra ocasión se hubiese quedado a su lado unos minutos honrando a ese hombre. Era un hombre leal, fiel a sus convicciones, y por eso mismo había muerto.

Se puso en pie lentamente, sin apartar la mirada de aquel cuerpo que yacía sobre las piedras de un puente que, en principio, iba a representar el inicio de su nueva vida con la hija de Jeong, con Mi Suk.

Respiró hondo y no esperó más. Sabía que el soldado no tardaría más que unos pocos minutos en llegar a palacio y notificar lo ocurrido. Tenía poco tiempo para llegar a casa de Jeong Mong-Ju y poner a salvo a su familia.

Cogió las riendas de uno de los caballos y, sin pensarlo más, subió de un salto en él y salió al galope. Una nube de polvo se formó tras el trote del caballo que cabalgaba girando por las calles de Kaesong, iluminado únicamente por la luz de las estrellas y la luna.

Conocía dónde se encontraba la casa del erudito. Cabalgó golpeando al caballo para que corriese lo máximo que pudiese, sabiendo que en cuestión de minutos más soldados del emperador Yi aparecían allí.

Cuando llegó ante la casa, descendió del caballo cuando este aún no había acabado de detenerse.

Corrió hacia la puerta y la golpeó varias veces. El corazón le latía a mil por hora. Se giró para observar la calle oscura. En ese preciso instante no había movimiento, aunque sabía que no tardarían en llegar hombres con órdenes de poner fin a la vida de la familia de Jeong Mong-Ju. Debía sacarlos a todos de allí o acabarían muertos.

Un sirviente abrió la puerta, asombrado.

Baek no esperó a que el sirviente le invitase a entrar, ni siquiera se quitó los zapatos como era costumbre.

—¿Mi Suk? —gritó mirando de un lado a otro.

La casa era bastante grande en comparación con muchas otras del pueblo. No era de extrañar, pues se trataba de una familia de la aristocracia.

—¿Qué es este escándalo? —preguntó la esposa de Jeong Mong-Ju apareciendo allí. Su mirada voló hacia aquel soldado y lo miró de la cabeza a los pies, deteniéndose en las ropas manchadas de sangre.

Retrocedió instintivamente, asustada.

—No, no… —comentó rápidamente Baek alzando una mano—. Debemos irnos —urgió.

En ese momento, Mi Suk hizo acto de presencia en la entrada junto a sus dos hermanos.

—¿Baek? —preguntó asustada.

Baek no se controló más y fue hasta ella, abrazándola. Aquel no era un gesto que les estuviese permitido, pero tales eran los nervios que sentía que no fue consciente de ello. A Mi Suk tampoco le importó y se abrazó a él, aunque se distanciaron rápidamente y lo miró asustada al ver sus ropas manchadas de sangre.

—¿Qué ocurre? ¿Estás herido? —preguntó preocupada.

Baek negó y se distanció unos pasos de ella. Miró directamente a la mujer de Jeong Mong-Ju

y a los cuatro hermanos de Mi Suk que lo observaban sin comprender nada.

—Hay que marcharse de aquí. El general Yi no tardará en enviar a sus tropas hacia aquí —comentó rápidamente.

El hermano mayor dio un paso al frente con la mirada clavada en aquel soldado que había irrumpido en su casa.

—Y… ¿y mi padre? —preguntó con temor, pues obviamente las ropas manchadas de sangre no eran un buen augurio.

Baek notó cómo la boca se le secaba y miró a la madre de Mi Suk sin saber cómo dar la noticia. No hizo falta que dijese nada, todos comprendieron lo que había ocurrido.

El hermano mayor dio unos pasos hacia atrás, consternado.

—Debí haberlo acompañado —rugió.

Baek miró a Mi Suk, la cual lo observaba en shock, sin saber cómo reaccionar ante la noticia.

Baek inspiró con fuerza y se concentró en lo que debía hacer.

—He intentado salvarlo, pero se me han adelantado… —explicó—. Uno de los soldados le ha dicho a tu padre antes de morir que, tras su muerte, vendrían a por su familia —Miró al hermano de Mi Suk exigiendo que reaccionase—. ¿Lo entendéis? —preguntó mirándolos a todos —. Debemos marcharnos ya. Seguramente el general Yi ya haya enviado al ejército hacia aquí.

El hermano mayor cerró los ojos y negó.

—¿Dónde está mi padre?

Baek tragó saliva.

—Sobre el puente de Sonjukkyo —explicó y miró a Mi Suk. En ese momento, vio cómo una lágrima descendía por su mejilla.

El hermano inspiró con fuerza y miró a Baek.

—Llévalos a un lugar seguro —le pidió—. Yo iré a buscar a mi padre.

Baek se acercó a él.

—De nada servirá. No puedes hacer nada por él…

—¡Es mi padre! —lo interrumpió lleno de dolor, colocándose frente a Baek.

Baek no dio un paso atrás.

—Y la última petición que tu padre me ha hecho es que os pusiese a salvo, a todos, sin excepción. ¿Entiendes?

—No puedo dejarlo ahí… —pronunció con la mandíbula apretada.

—Esa es la última voluntad de tu padre —dijo intentando convencerlo—. Respétala —le exigió.

La madre de Mi Suk dio unos pasos al frente.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Baek negó.

—No lo sé. Cinco, diez minutos como mucho… quizá menos. —La madre asintió y miró hacia atrás, donde se encontraban todos los sirvientes—. No pueden hacer las maletas.

—Lo sé —dijo la madre de Mi Suk mirando a sus sirvientes y dio un paso hacia ellos—. Gracias por vuestros años de servicio. Ahora, marchaos —pronunció con urgencia.

Los sirvientes reaccionaron al momento, pues la mayoría había escuchado la conversación y eran conscientes de que los soldados del nuevo rey se dirigirían hacia allí.

Se giró hacia Baek.

—En la parte de atrás tenemos caballos —comentó dirigiéndose rápidamente hacia allí.

Baek asintió y, sin pensarlo más, cogió de la mano a Mi Suk que permanecía en silencio,

seguramente rota de dolor por la pérdida de su padre.

Aunque no parecía estar muy de acuerdo, el hermano mayor de Mi Suk accedió y los acompañó a la parte trasera de la vivienda, donde junto al templo se encontraba un establo donde disponían de varios caballos.

Baek se vio forzado a tirar de ella, pues Mi Suk no parecía reaccionar del todo. Llegó hasta uno de los caballos y sin decir nada la cogió por la cintura colocándola al lado.

—Por favor, reacciona —suplicó. La sujetó por la cintura y la elevó sobre el caballo. Ella pasó una pierna a cada lado y lo miró—. Cabalga tan rápido como puedas —ordenó mientras cogía las riendas de otro caballo para subirse él.

Su corazón se paralizó y sintió cómo se quedaba sin respiración cuando un fuerte golpe provino del interior de la vivienda. Se giró en esa dirección mientras extraía el sable de su funda.

No supo cuántos soldados entraron en el interior, pero en pocos segundos los vio correr por el jardín en dirección a ellos. Extrajeron sus arcos y apuntaron hacia todos.

Los cuatro hermanos, la madre y Mi Suk se encontraban ya sobre sus caballos junto a Baek.

—Coronel —gritó uno de los soldados tensando el arco, amenazándolo con disparar hacia él —. Suelte las riendas —ordenó.

Baek miró de reojo a la familia de Jeong Mong-Ju, paralizada sobre los caballos, mirando asombrados cómo su jardín se convertía en un campo de batalla.

Algunos de los soldados hincaron su rodilla en el suelo mientras tensaban también el arco, otros formaban una fila detrás apuntándolos también, aunque estos de pie.

Baek tragó saliva y soltó las riendas, luego alzó las manos en señal de rendición. Si fuesen pocos soldados aún les podría hacer frente, pero los superaban en número y, además, iban armados con flechas, por lo que lograrían alcanzarlos sin problema, pues sabía de su puntería, él mismo se había encargado de instruirlos.

Nada más adoptar la posición de rendición, dos soldados fueron hacia él, desarmándolo. Otros se dirigieron a la familia de Jeong Mong-Ju para obligarles a bajar de los caballos.

—Por favor… —suplicó Baek hacia el soldado que se acercaba—, dejadlos marchar.

El soldado se colocó frente a él mientras observaba de reojo cómo uno de ellos bajaba a Mi Suk sin ningún miramiento. Desde que los había informado de la muerte de su padre, Mi Suk no había pronunciado nada, se había sumido en una absoluta tristeza.

—Yo no puedo dar esas órdenes —contestó el soldado.

—Claro que puedes —insistió Baek—. Sabes lo que el general Yi les hará —insistió.

El soldado los observó y, pese a que un atisbo de duda apareció en sus ojos, miró de nuevo a Baek con una mirada firme.

—Ahora no es el general, es nuestro rey —dijo con la espalda recta.

Baek resopló e intentó acercarse a ella, aunque los dos soldados que se encontraban a su lado y que lo habían desarmado lo sujetaron por los brazos para paralizarlo.

—Serás el culpable de sus muertes —susurró hacia él.

Si una mínima duda había aparecido momentos antes en los ojos del soldado, en ese momento no expresó nada, como si en aquel momento se mantuviese abstraído de la realidad y no quisiese pensar en lo que hacía.

—Solo me limito a cumplir órdenes —pronunció. Dicho esto, se alejó de ellos atravesando el jardín para volver al interior de la casa—. Apresadlos. Hay que llevarlos ante el rey —ordenó.

Baek cerró los ojos y rugió. Lo había intentado, pero no había podido hacer nada.

Miró la espalda de Mi Suk alejarse, conducida por uno de los soldados que la mantenía sujeta por su brazo. Tras ella, le seguían los demás miembros de su familia.

Coincidió con la mirada asustada de la madre de Mi Suk que, sin lugar a dudas, no sufría por ella, sino por sus hijos.

Intentaría hablar con el general y pedir su perdón para toda la familia, necesitaba ponerlos a salvo, aunque sabía que de poco serviría. No iba a engañarse, el general Yi impediría que ellos pudiesen organizar una rebelión. Sabía que a él lo ejecutarían seguramente por traición al amanecer, pero confiaba en poder conseguir la libertad para la familia de Jeong.

De todas formas, aún contaba con el beneplácito de muchos miembros del ejército que, como él, seguían manteniéndose fieles a la dinastía Goryeo, aunque no lo dijesen por miedo a ser ejecutados. Debía agotar todas sus posibilidades antes de rendirse.

# 13

## Hanah

Año 1932 d.C.

Hanah sonrió mientras paseaba la mano por encima del pecho del general Kane Nakamura. Las semanas pasaban y ya no se resistía. Cuando la señora Kondo la enviaba a su habitación sabía que en pocos minutos aparecería el general.

La mayoría de las veces lo esperaba vestida y se desnudaba cuando él llegaba, otras, ya lo esperaba desnuda sobre el futón.

Las visitas del general se hacían más cotidianas durante la semana, llegando al punto de que llevaba tres días seguidos acudiendo.

Hanah no solo le proporcionaba placer físico, sino que con ella podía desahogarse, había llegado al punto de que hablaba con normalidad con ella, olvidando que se encontraban en un burdel.

—¿Y esta? —preguntó señalando una cicatriz en el pecho de él. No era muy grande, pero debía de haber sido profunda.

Kane acarició su mano con delicadeza y se giró hacia ella. Soltó su mano y la colocó sobre su cintura. Nada más llegar, había hecho el amor con ella y en ese momento conversaba tranquilamente.

Acarició su cadera.

—Herida de bala —explicó—. Fue hace poco más de un año, en Harbin. Peleábamos por hacernos con el control del ferrocarril de Manchuria.

—¿Dónde está Harbin? —preguntó.

Él la miró sonriente.

—Aquí en China, pero lejos. En ferrocarril son tres días. —Hanah se acurrucó más contra su pecho mientras él la estrechaba—. Allí hace mucho frío.

—¿Sí?

Kane asintió.

—Recuerdo que por las noches pensaba que iba a morir congelado. Rozábamos los veinte grados bajo cero. —La miró y sonrió—. Me hubiese venido bien tu compañía.

Ella lo miró divertida.

—No creo que pudiese competir contra una temperatura tan fría.

—Yo creo que sí —continuó él sonriente.

Ella apoyó su cabeza en el brazo de Kane y lo miró a los ojos. Debía reconocer que los momentos que pasaba con él se habían convertido en los mejores.

—¿Dónde aprendiste coreano? —Él la miró más serio y se incorporó, dejándola a ella aturdida—. ¿He dicho algo que…?

Él se giró para observarla y negó.

—Estuve tres años en Corea. —Fue lo único que dijo, no quería entrar en detalles, sabía que lo que le explicase a ella podía ser doloroso y se encontraba muy a gusto en su compañía en ese momento. Se quedó observando un punto fijo hasta que sintió cómo ella desplazaba la mano por su espalda dándole una caricia. Cerró los ojos disfrutando de ese contacto.

—¿Y esta? —dijo pasando la mano por una cicatriz cerca del omoplato derecho.

Él se giró hacia ella con una sonrisa.

—Cuando me dio la bala caí de espaldas sobre una piedra —explicó.

Ella apretó los labios y se sentó a su lado acariciando su hombro. Kane la miró de reojo y, sin poder remediarlo, echó la cabeza hacia ella rozando su mejilla con una caricia.

—¿Nunca has pensado en dedicarte a otra cosa que no sea el combate? —preguntó con inocencia.

Él se giró hacia ella y ladeó su cuello.

—Me dedico a ello desde que tengo uso de razón. —Sujetó la mano de Hanah con la suya propia y la acarició con el pulgar—. Mi padre era un importante general. Desde bien pequeño me llevaba muchas veces con él. Me hacía preparar las balas, estaba con él cuando dirigía a sus tropas y las instruía…

—¿Qué fue de él? —preguntó.

—Murió hace cinco años, en la ocupación de Shantung. —Ella tragó saliva y apretó los labios—. Yo lo sustituí. —La miró con ternura—. Me fue fácil, ya que desde un principio lo había acompañado a todos sitios. Sin saberlo, mi padre me había estado formando para ocupar su puesto cuando él faltase.

El abrir y cerrar de puertas en el pasillo hizo que volviesen a ser conscientes de dónde se encontraban. Kane cerró los ojos y suspiró

—Debo marcharme, Aiko —la llamó con el nombre japonés con que la había bautizado. Últimamente la llamaba mucho así.

Kane se puso en pie y se vistió. Hanah se quedó observando cómo se ponía el uniforme. Realmente era un hombre muy atractivo. En un principio se había prohibido pensar en ello, pero no podía negar lo evidente. No era solo la protección que le garantizaba frente a otros hombres, sino que, además, era un hombre alto y de rasgos elegantes.

Ella se puso en pie tapándose con la sábana, lo que provocó que él la observase de la cabeza a los pies. Era realmente hermosa. Se obligó a tragar saliva y a apartar la mirada de ella. Si por él fuese se quedaría allí toda la tarde e incluso la noche entera, pero tenía obligaciones.

Le medio sonrió y se dirigió a la puerta, pero antes de abrirla se detuvo y se giró hacia ella.

—Lo había olvidado —pronunció. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo otro paquete plateado. Hanah supo de inmediato de lo que se trataba y sonrió—. ¿Te gustó? —preguntó ofreciéndoselo.

Ella asintió entusiasmada y lo cogió de su mano.

—Mucho. Está riquísimo.

Él le devolvió la sonrisa.

—Te traeré más. —Se giró e iba a salir por la puerta, pero ella dio unos pasos hacia él.

—¿Mañana? —preguntó tímidamente.

Kane salió de la habitación y se giró para observarla. Asintió.

—Mañana —pronunció antes de cerrar la puerta.

No pudo más que sonreír mientras escuchaba los pasos de él alejándose. No podía quejarse. El general era agradable con ella.

Se vistió a toda prisa con el kimono y cogió el paquete de chocolate. Salió de la habitación y entró en la contigua, la de Sook. Se quedó bajo el marco de la puerta cuando vio que allí no había nadie.

¿Sook no estaba allí? Los nervios comenzaron a apoderarse de ella. ¿Dónde estaba?

Salió de la habitación y corrió por el pasillo rumbo a las escaleras.

Bajó a toda prisa provocando que varios soldados la mirasen y sonriesen. No entendía lo que decían, pues hablaban japonés, pero atinó a escuchar "Nakamura", así que, por lo que comprendía, entre los soldados ya sabían que ella estaba reservada para el general. Quizá esa fue la causa por la que ninguno de los soldados se le acercó ni intentó cogerla.

En cuanto llegó al rellano fue directa al salón de baile.

El salón estaba lleno de soldados que tomaban sake o té y que molestaban a sus compañeras. Miró de un lado a otro buscando a Sook, pero no la encontró. Aquello ya la asustó más. Lo normal sería que estuviese en su habitación, en su turno de descansar, ya que ella trabajaba en el turno de la mañana, pero cabía la posibilidad de que la señora Kondo la hubiese enviado al salón de baile. Allí tampoco estaba. Sintió cómo el chocolate comenzaba a deshacerse en su mano por los nervios.

Salió desesperada del salón hacia el recibidor y miró directamente a la señora Kondo que se encontraba junto a la puerta.

Fue hasta ella y se situó a su lado. La señora Kondo se aseguraba de que todos los soldados respetasen la fila y de que ninguno intentase colarse.

—Señora Kondo —la llamó.

Ella se giró y la observó, aunque resopló como si su presencia le molestase y se giró de nuevo hacia la fila de soldados que iban pagando la tasa para estar con una de las chicas.

—Estoy buscando a Sook… —continuó ella—. He ido a su habitación y…

—Vuelve a tu habitación —la cortó.

Ella apretó los labios y se situó a su lado para que la escuchase.

—He ido a su habitación y no está —acabó la frase. La señora Kondo resopló de nuevo ante la insistencia de la muchacha—. En el salón de baile tampoco está.

La señora Kondo se giró hacia ella visiblemente enfadada.

—¿Qué te he dicho? —preguntó amenazante.

Hanah dio un paso hacia atrás y la miró enfadada.

—¿Dónde está mi amiga? —preguntó con un tono de voz que sonaba a ultimátum.

La señora Kondo no soportó aquel tono de voz y, sin previo aviso, abofeteó la mejilla de la muchacha que dio unos pasos hacia atrás. Hanah no perdió el equilibrio, pero sí se quedó aturdida.

La señora Kondo fue hasta ella y la cogió del brazo, acercándola con gesto intimidante mientras Hanah se llevaba la mano a la mejilla enrojecida.

—Te he dado una orden —le gritó—. Pero como veo que no tienes ganas de volver a tu habitación, ve al salón de baile y atiende en la barra. —La soltó y la empujó.

Hanah se quedó paralizada, observando cómo la señora Kondo volvía a la puerta para seguir cobrando la tasa.

Miró desesperada de un lado a otro. ¿No le iba a decir dónde se encontraba su amiga? Aquella mujer no tenía ni una pizca de corazón.

El hecho de que ella no estuviese en el burdel no le daba buena espina. Algo debía haber ocurrido. Ya no le importaba que ella le golpease, por suerte, el hecho de que el general se mostrase tan protector con ella le daba más fuerza para enfrentarla, pues sabía que, mientras

siguiese bajo la protección de una persona tan influyente como él, no la mandaría a estar con otros hombres.

Iba a insistirle, pero le llamó la atención la mujer mayor con la que había hablado días atrás en la cocina. Miraba a la señora Kondo preocupada y le hacía un gesto para que se acercase.

Hanah dudó un poco, pero fue hacia la cocina donde la mujer mayor la esperaba. La cogió de la mano y la hizo entrar rápidamente aprovechando que la señora Kondo se encontraba de espaldas a ellas.

—Cariño, ¿te ha hecho daño? —preguntó la mujer observando su mejilla.

Hanah negó rápidamente y miró también hacia la puerta. Desde allí no podía ver a la señora Kondo, pero aquella mujer parecía estar vigilando la puerta por si venía.

—Estoy buscando a mi amiga.

La mujer asintió apresurada y se acercó a ella.

—¿Es una chica coreana como tú? —Hanah asintió rápidamente—. Un poco más baja que tú, delgada, con el pelo más largo…

—Sí, sí… —afirmó rápidamente—, se llama Sook. ¿Sabe dónde está?

La mujer mayor cogió su mano.

—Se la han llevado esta mañana al hospital.

Aquellas palabras provocaron que Hanah dejase de respirar.

—¿Al hospital?

—Creo que uno de los soldados le ha roto la muñeca.

—¿Qué? —gritó Hanah asustada, haciendo que la mujer mayor cogiese sus manos y la empujase más hacia el interior de la cocina.

—Shhh… —la apremió—. Uno de los soldados la ha golpeado —pronunció con delicadeza. Hanah cerró los ojos al escuchar aquello, intentando no echarse a llorar.

—¿Por qué? —sollozó agachando su cabeza.

La habían vuelto a lastimar. ¿Por qué hacían todo aquello los soldados japoneses? ¿Cómo podían encontrar placer en hacer sufrir a una pobre mujer indefensa?

—Escucha… —dijo la mujer acelerada, apretando sus manos—. Necesito tu ayuda.

Aquello llamó la atención de Hanah que elevó la mirada hacia ella.

—Claro, ¿qué necesita?

—¿Es cierto que eres la protegida del general Nakamura? —Hanah tragó saliva y asintió—. Podemos conseguir que los japoneses paren, que se marchen a su país… —pronunció acelerada y miró hacia la puerta, asegurándose de que la señora Kondo no les prestaba atención y continuaba cobrando las tasas a los soldados allí reunidos.

—¿Cómo? —preguntó desesperada.

—Mi hijo es de la resistencia —susurró—. Cada martes voy al mercado a comprar y me veo con él. —Inspiró y sujetó con fuerza la mano de ella. La miró directamente a los ojos—. Necesitamos que nos ayudes a conseguir información.

Ella la miró asustada.

—¿Qué tipo de información? —susurró.

—El general Nakamura dirige las ofensivas contra la resistencia —explicó—. Lo que necesitamos saber es… qué información maneja, ¿va a atacar a la resistencia? ¿Dónde se posicionarán las próximas bases japonesas? —Hanah la miró confundida—. Piensa en lo que los japoneses han hecho a Sook y a muchas de tus compañeras… mira lo que te hacen a ti. No es justo, ninguna de nosotras nos merecemos esto —sollozó la mujer—, pero la resistencia puede ayudarnos. Necesitamos tu ayuda —suplicó.

Su mirada voló hacia la puerta, donde decenas de soldados japoneses esperaban para subir y abusar de alguna de aquellas chicas, desde niñas de once años a mujeres de veinticinco, todas sin excepción forzadas a mantener relaciones sexuales no consentidas, violadas una y otra vez durante horas y horas por diferentes soldados. Una cosa era estar en guerra, y otra muy distinta era hacer lo que aquellos soldados hacían, sin una pizca de humanidad.

La imagen de su amiga Sook golpeada hizo que las lágrimas se le saltasen. Si ella podía ayudar, lo haría. Sabía que era peligroso, aunque, al fin y al cabo, ¿quién iba a sospechar de ellas, de las mujeres de un burdel que estaban sumamente controladas?

Hanah apretó su mano y asintió. No hizo falta que dijese nada. La mujer intuyó por su mirada cargada de fuerza que iba a ayudarla.

Soltó su mano y fue hacia las escaleras. La señora Kondo ni siquiera había sido consciente de aquella conversación.

Si existía la más mínima posibilidad de liberar a sus compañeras y escapar de allí, de que todo aquel infierno acabase, haría todo lo posible por aportar su granito de arena.

Sabía que podía ser muy peligroso, que si la descubrían podrían matarla, pero ¿acaso no merecía la pena correr aquel riesgo?

Debería intentar sonsacar información al general, aunque sabía que sería difícil, jamás le había hablado de su trabajo.

Tal y como le había ordenado la señora Kondo, Hanah dejó el chocolate en la habitación y se encaminó al salón de baile donde, tras la barra, despachaba a todos los soldados que se acercaban para tomar una copa.

No fue hasta las diez de la noche cuando vio aparecer a Sook por la puerta. Un hombre la llevaba a rastras por las escaleras en dirección a la segunda planta.

Esperó a que el hombre bajase y subió ella las escaleras, directa a su habitación.

Cuando abrió, Sook se encontraba tumbada sobre el futón, encogida en posición fetal y llorando.

—Sook —susurró Hanah cerrando la puerta tras de sí.

Rodeó el futón para observarla y tuvo que aguantar el aliento. El soldado no se había conformado con romperle la muñeca a su amiga, tal y como le había explicado la mujer que trabajaba en cocina, sino que además tenía diversos cortes por los brazos y moratones por el cuello y las mejillas, así como uno de los párpados hinchado y negro y el labio cortado.

Se agachó ante ella conteniendo las lágrimas. Aquello no era justo, ninguna había hecho nada para merecer aquello.

Sook se incorporó como pudo, apoyándose en el único brazo con el que podía, pues el otro lo tenía vendado, y se abrazó directamente a Hanah mientras lloraba.

Hanah la abrazó con fuerza mientras acariciaba su cabello.

—No puedo más… —sollozó Sook desesperada—. No puedo.

Hanah cogió su cabeza con delicadeza y la miró con intensidad.

—Saldremos de esta, te lo prometo —susurró.

Dicho esto, volvió a abrazarla mientras su amiga apoyaba su frente en el hombro de Hanah, llorando desconsolada.

Si durante aquella tarde había tenido alguna duda sobre si ayudar o no a la resistencia, en ese momento se habían disipado todas. Los ayudaría, aunque le fuese la vida en ello.

# 14

## Suni

Año 2025 d.C.

Suni tecleó de nuevo en el ordenador y se fijó en el mapa que dibujaba la casa. Había llegado a su hogar hacía una semana, tras su primer viaje de empresa. Woo permanecía atenta a la pantalla del ordenador.

—¿Estás segura? —preguntó de nuevo, incrédula.

—Sí —respondió ella de nuevo—. No he estado más segura de algo en mi vida. —Señaló la pantalla del ordenador—. Es la casa de mis sueños, la misma.

Woo la miró boquiabierta y se fijó en la casa que mostraba en la pantalla, luego hizo un gesto de desagrado.

—Es bastante fea —comentó.

Suni suspiró y apretó los labios. Desde que había visto aquella casa, sus pesadillas se habían incrementado y casi cada noche se repetía aquel sueño.

—Me… me he estado informando —dijo colocando bastantes documentos sobre la mesa.

—Ya veo —respondió Woo sorprendida y, acto seguido, enarcó una ceja hacia ella—. ¿No tienes suficiente con trabajar para ese directivo que está cañón y viajar con él?

—Esto es importante —la cortó.

—Si, de acuerdo, perdona, perdona… —se disculpó—. ¿Qué has encontrado?

Suni tragó saliva y miró a su amiga. Woo esperaba una respuesta, intrigada. Aunque cuando se lo había relatado por primera vez no había ocultado su sorpresa, con el paso de los minutos se había ido calmando.

—Es una casa muy antigua… —comentó mientras movía los documentos—. ¿Recuerdas la pesadilla que te he explicado? —Woo asintió—. Me llevan a esa casa a la fuerza. La rodeo por el jardín y entro por una puerta trasera. Una vez en el interior, me encuentro en una habitación muy pequeña, únicamente amueblada con un futón y una mesita de noche y… —Titubeó un poco antes de seguir explicando—, escucho unos pasos que se acercan y esperan tras la puerta. Yo… estoy asustada…

—¿Y sabes quién hay detrás de esa puerta?

Suni negó. Suspiró y volvió a mirar los documentos.

—Esta casa se llamaba el *salón del Novato*.

—¿Qué? —preguntó Woo sin comprender.

Suni se removió nerviosa sobre la silla.

—Durante la Segunda Guerra Mundial y los años que la precedieron fue un prostíbulo… con mujeres de consuelo —susurró.

Woo abrió los ojos al máximo. Sabía de lo que hablaba, de hecho, hacía poco que había visto un reportaje por televisión que narraba el conflicto que existía entre Corea y Japón por aquella

causa, dado que Japón se negaba a admitir que aquello hubiese ocurrido y no quería pedir perdón.

—¿En serio?

Suni asintió y apretó los labios.

—Es todo tan extraño —susurró mirando los documentos.

En ese momento, ambas miraron al frente cuando la televisión anunció algo que llamó la atención de las dos muchachas.

*"Próxima apertura de una nueva sala destinada a la dinastía Goryeo"* —anunciaban.

—Vaya… —susurró Suni.

Woo aún la miraba intrigada, sin saber bien cómo orientar a su amiga.

—Una friki de la historia como tú seguro que disfrutará como una niña —bromeó.

Aquel comentario hizo que Suni sonriese y, durante unos segundos, se relajase un poco.

—¿Quieres ir el sábado? —preguntó Suni emocionada.

Woo chasqueó la lengua.

—¿Este sábado? —preguntó molesta—. Es que… este sábado he quedado.

Aquel dato sorprendió a Suni.

—Ah, ¿sí? ¿Con quién? —rio.

—¿Te acuerdas de Kang-ho Kim?

—Cómo olvidarlo… —recordó Suni—, no paraba de servirme copas en la discoteca —rio.

—Pues… he quedado con él para cenar —respondió con timidez.

La respuesta sorprendió a Suni.

—Vaya —dijo feliz—, pues me alegro mucho.

Woo le devolvió la sonrisa y miró a su amiga. Suni le mostraba en ese momento una sonrisa, si bien su rostro aún denotaba preocupación. Se sentó en el taburete a su lado y le cogió la mano.

—Oye… no voy a negar que esto es demasiada casualidad —dijo señalando los documentos, volviendo al tema principal—, ¿por qué no piensas lo que te dije sobre hacer una regresión? Quizá eso ayude.

Suni chasqueó la lengua.

—Lo cierto es que… ya lo he pensado.

—Ah, ¿sí? —preguntó asombrada.

Suni asintió.

—Me dijiste que a una amiga le habían hecho una, ¿verdad? —Woo volvió a asentir—. Creo que… me iría bien.

—¡Genial! —dijo alzando los brazos hacia el cielo, como si hubiese conseguido algo extraordinario. Los bajó y le sonrió—. Seguro que te ayuda, es bien raro que sueñes con esa casa y… bueno… con lo que ocurría ahí dentro sin saberlo.

Suni se quedó pensativa y miró los documentos. Había traído infinidad de libros de historia sobre Corea que había adquirido en Nueva York y que, en ese momento, adornaban los estantes de la librería de su nuevo piso en Seúl, pero ninguno de ellos estaba especializado en las mujeres de consuelo. Por suerte, gracias a internet uno podía encontrar casi cualquier tipo de información. No le había resultado nada difícil encontrar incluso las ubicaciones de los burdeles que existían de mujeres de consuelo por todo el mundo. Su sorpresa había sido mayúscula cuando había sido consciente de lo que aquello implicaba. ¿Y si realmente era un recuerdo de una vida anterior? ¿Y si ella había sido una mujer de consuelo? Aquello la estaba afectando. Sabía que una regresión podía ayudarla a recordar, pero ¿necesitaba realmente abrir aquella puerta? ¿Estaba preparada para lo que podía descubrir? No sabía si aquello le convenía y, en

cierto modo, le asustaba.

—Mira —interrumpió Woo sus pensamientos. Suni parpadeó varias veces centrando la mirada en la pantalla del móvil que le mostraba su amiga—. Ya tengo el contacto de la mujer que le hizo la regresión, te lo envío.

Aquellas palabras hicieron que se centrase de nuevo.

—¿Ya?

—Soy eficiente, ¿eh? —bromeó su amiga.

Su móvil vibró. Lo cogió y observó el contacto que le había enviado Woo.

—Jang Sun-a —leyó en voz alta el nombre de la mujer.

—Me dice mi amiga que es muy maja, que es un poco esotérica —rio, aunque aquel comentario no pareció hacerle gracia a Suni—. Es profesional —dijo rápidamente. Suni chasqueó la lengua y observó el contacto—. ¿Vas a llamar?

Suni tragó saliva y dejó el móvil sobre la mesa.

—No lo sé, tengo que pensarlo mejor.

Su amiga la miró fijamente y, por primera vez, habló seriamente.

—Deberías hacerlo. Tienes… tienes pesadillas que te persiguen allá donde vas, y… —Señaló los documentos desperdigados por la mesa—, y luego esas pesadillas tan vívidas coinciden con un edificio de Shanghái, con la experiencia de aquel lugar. —Cogió su mano tratando de infundirle valor—. Deberías hacerlo por tu propio bien, no… no significa que vayas a regresar al pasado, de hecho, hay a quien no le funciona, pero… deberías intentarlo. Quizá comprenderías mejor lo que te está ocurriendo.

Suni suspiró y miró a su amiga no muy convencida.

Sabía que tenía razón. Muchas veces no se conseguía nada, la persona no podía recuperar aquellos recuerdos, pero algo le decía a Suni que si se sometía a una de aquellas terapias sí podría recordar. De hecho, las imágenes que se dibujaban en sus sueños eran tan vívidas que parecían reales.

No podía negar que aquellas pesadillas la hacían despertar taquicárdica, nerviosa y con la sensación de no haber descansado. Quizá había algo en su subconsciente que clamaba por salir y debía ayudarlo a aflorar.

—Me da un poco de miedo, pero creo que es lo que necesito —susurró al final.

—Yo creo que también —respondió Woo colocando un brazo por encima de sus hombros para animarla. Su amiga estaba realmente preocupada—. Oye, qué te parece si vamos a cenar algo por ahí y que nos dé el aire.

Suni asintió. Woo sabía que en ese momento necesitaba despejarse y ordenar las ideas.

—Me parece bien —respondió levantándose del taburete—. Tardo cinco minutos —dijo dirigiéndose hacia el aseo.

Se maquilló un poco, cogió la chaqueta y fue hacia el comedor de nuevo.

—Vamos —comentó esta vez más animada.

—Vamos a un momento en esa vida donde eres feliz, ¿dónde te encuentras?

Una semana había esperado para la sesión, pero había merecido la pena. La mujer, Jang Sun-a, la había calmado desde un principio. Suni había sido totalmente sincera, explicándole sus sueños y lo que le había ocurrido en Shanghái, así como todo lo que había averiguado. Woo la había acompañado, pero, por petición expresa de la profesional, debía esperar fuera. Quería que aquella sesión fuese íntima, que se mantuviese relajada, si bien todo quedaría grabado y ella podría escucharlo con posterioridad si así lo deseaba o si no recordaba algún detalle de la regresión.

No había imaginado que aquello fuese así, pero había hecho todo lo que le pedía. Se había tumbado en un colchón muy blando, tapada con una manta, y se había dejado llevar.

Jang Sun-a le había pedido que se relajase, que dejase la mente en blanco, y la había conducido a un momento de relajación extrema, jamás se había sentido así. Poco después, y sin saber cómo, había llegado hasta allí: las imágenes habían aparecido en su mente. Recuerdos que no podía situar en aquella vida. La sensación era muy extraña, aquellos recuerdos siempre habían estado con ella, sin embargo, no había sido consciente de ellos.

—Estoy trabajando el campo —susurró Suni.

—¿Podrías ubicar el lugar? —preguntó con una voz serena.

Suni tardó un poco en responder.

—Aquí, en Corea. —Tragó saliva con los ojos cerrados—. En Suncheon. —Exhaló—. Mis padres son campesinos y yo les ayudo.

—¿Cómo te sientes?

Suni tragó saliva mientras las imágenes aparecían en su mente, mientras era cada vez más consciente de aquellos recuerdos.

—Cansada, pero feliz.

La mujer apuntó en una libreta sus respuestas para ir conduciendo la experiencia.

—Vamos a movernos en esa vida… —le susurró. Suni guardó silencio—. ¿Has estado alguna vez en Shanghái?

Suni se quedó callada hasta que al final afirmó.

—Sí.

—De acuerdo, vamos a ir hacia ese momento en que estás en Shanghái, la primera vez que pisas la ciudad —le pidió.

—Hace frío —susurró adormecida.

—¿Dónde estás?

—He bajado de un tren, acabo de llegar a Shanghái. Yo… no… no quiero estar ahí —sollozó.

—¿Por qué?

—Porque me han alejado de mi familia —lloró.

La mujer apuntó y se fijó en que Suni estuviese cómoda y la respiración fuese tranquila.

—Vamos a avanzar unos días… ¿dónde te encuentras?

Los ojos de Suni se movieron bajo los párpados con rapidez, buscando la respuesta.

—En una casa…

—¿Cómo es esa casa? —preguntó con interés.

—De color verde… los muros son rosas…

La terapeuta supo que se refería a la casa que veía en sueños, la que había encontrado en Shanghái. Ahí estaba el problema que la atormentaba, que había arrastrado hasta aquella vida y en el cual debía profundizar.

—¿Eres feliz ahí?

—No —comenzó a llorar—, oigo… oigo gritar a mis amigas.

Jang Sun-a enarcó una ceja.

—¿Sabes por qué?

Suni se mojó los labios nerviosa.

—Porque las violan. Los soldados japoneses les hacen daño y yo no puedo ayudarlas.

Jang Sun-a apuntó aquellos datos. Sin duda, hablaba de los años previos a la Segunda Guerra Mundial, durante la ocupación japonesa de Corea, tal y como le había narrado al inicio de la

sesión.

—¿También te lo hacen a ti? —preguntó con cuidado.

Suni tragó saliva y negó.

—No, a mí no. —Se quedó unos segundos en silencio—. Él me protege.

Aquellas palabras captaron su atención.

—¿Quién te protege?

Suni tragó saliva.

—El general japonés. Él… viene a verme casi cada día. No deja que otros soldados se acerquen a mí —explicó.

Ahí estaba. Ahí había hallado la causa de sus pesadillas, ahora todo encajaba. El trauma había sido tan grande que se expresaba en esta vida.

—Vamos a ir hacia delante. A un momento feliz. —Suni se quedó callada cerca de un minuto—. ¿Dónde estás?

—Vuelvo a mi pueblo, junto a mis padres —respondió con una sonrisa.

—¿Hacía mucho tiempo que no los veías?

—Cerca de un año —explicó—. Mis padres lloran de felicidad y yo también. Pero… estoy preocupada.

—¿Cuál es la razón de que estés preocupada?

Suni volvió a quedarse callada.

—El general japonés me ha liberado a escondidas, me ha permitido que vuelva con mis padres. Si sus superiores se dan cuenta de lo que ha hecho… lo matarán —susurró.

Aquel comentario captó todo su interés.

—¿Sabes el nombre de ese general?

Suni tragó saliva.

—General Nakamura —susurró.

—¿Lo amabas?

—Sí —contestó directamente.

La mujer tomó notas.

—¿En esa vida lo volviste a ver?

—Él… —Tragó saliva—, me prometió que cuando la guerra acabase vendría a buscarme, pero no lo hizo.

—¿Lo esperaste? —preguntó con delicadeza.

—Siempre —susurró.

En ese momento, una lágrima involuntaria descendió por su mejilla.

La terapeuta se dio cuenta de ello.

—Estás llorando, ¿por qué?

—Porque tengo miedo…

—¿De qué?

—De que descubriesen lo que había hecho y le hiciesen daño. —Tragó saliva mientras su labio inferior temblaba—. Tú me has dado luz y amor en medio de esta locura —susurró.

La mujer se quedó observándola en silencio.

—¿Qué significa eso?

—Esas fueron sus últimas palabras antes de alejarme de él —sollozó.

No era la primera vez que lograba acceder a vidas pasadas de sus pacientes, pero aquella muchacha lo había hecho con suma facilidad, lo cual solo podía significar una cosa.

—De acuerdo, Suni, respira profundamente y vas a comenzar a tomar consciencia de tu

cuerpo… —Observó cómo ella tragaba saliva—. Voy a contar hacia atrás y cuando llegue a uno despertarás tranquila, serena… recordando todo lo que me has explicado. Diez, nueve, ocho… tu respiración es lenta… siete, seis, cinco… comienzas a tener consciencia de tu cuerpo, quiero que muevas tu mano derecha… —Espero a ver cómo ella movía los dedos—, cuatro, tres… quiero que muevas los dos pies… —Se fijó en cómo se movían por debajo de la manta—, vas a estar muy relajada, te vas a encontrar muy bien… dos, uno… despierta.

Suni abrió los ojos lentamente. Lo primero en lo que se fijó fue en el techo blanco y, lentamente, descendió su mirada hasta la señora Jang que aún estaba sentada en la silla frente a ella.

Jang Sun-a se puso en pie y fue hacia ella. Suni permanecía callada, todavía con los ojos llorosos. La terapeuta se arrodilló a su lado y cogió su mano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con delicadeza.

Suni apretó los labios y asintió.

—Estoy bien.

—¿Puedes incorporarte? —preguntó.

Suni se incorporó hasta sentarse sobre el colchón, inmersa en sus pensamientos. Lo que había experimentado era similar a sus sueños, pero siendo consciente de ello.

—¿Recuerdas lo que me has explicado? —le preguntó la mujer. Ella asintió, pero se quedó pensativa, intentando ordenar sus pensamientos. Sabía que aquello podía ser difícil de encajar—. Puede ser abrumador —le susurró la mujer con cariño.

Ella asintió, pero luego miró a la mujer y sonrió.

—Lo es, pero… me alegro de recordarlo. —Se quedó mirando un punto fijo de la pared—. ¿Ha sido real? —susurró.

—Lo ha sido —confirmó la mujer—. Esas pesadillas que tienes… tienen un origen —explicó—. Esa experiencia te marcó tanto en la vida anterior que la has arrastrado. —Suni la miró atenta—. Pero ahora ya sabes la causa.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y sintió deseos de llorar.

—Pero… me siento triste… —sollozó.

—Es normal —reaccionó la mujer rápidamente, apretando su mano—, son muchas emociones de golpe, y más cuando se tiene una regresión tan vívida —continuó con la explicación—. He dado con algunos pacientes que, como en tu caso, cuentan que había algo que los atormentaba, pero nos costaba mucho profundizar en su subconsciente, sin embargo, hay otras personas, como tú, que con una sola sesión llegan a la raíz del problema.

—¿Por qué razón?

La mujer soltó su mano y fue hacia la mesa donde la grabadora seguía en funcionamiento.

—Finaliza la regresión de Barnes Suni —dictó y apretó el botón. Cogió la grabadora y se giró hacia Suni, la observó de arriba abajo y suspiró. Cogió la silla y se acercó a ella, sentándose a su lado—. ¿Sabes lo que son las almas viejas? —Suni negó intrigada—. Hay un dicho coreano que reza que cada alma tiene cuatro vidas: una para sembrar, una para regar lo sembrado, una para recoger lo cosechado y la última para disfrutar del resultado del proceso.

Suni pestañeó varias veces.

—¿Solo cuatro vidas?

La mujer negó con una sonrisa.

—No, el alma es infinita… —susurró—. Me he encontrado con pacientes que tras varias sesiones hemos podido contar hasta seis vidas antes que esta. Pero… —Guardó silencio—, sí que es cierto que cuando la persona ha tenido varias vidas es más fácil recordar las anteriores, es

como si el alma cogiese cada vez más experiencia y para la persona fuese más fácil acceder a ese estado de subconsciencia.

—Entonces, yo…

—Creo que eres un alma vieja —confesó la mujer con una sonrisa—, has debido de vivir unas cuantas vidas, por eso lo recuerdas con tanta nitidez y… eres capaz de identificar, por ejemplo, una casa. —La mujer ladeó su cuello—. Todas las personas venimos a este mundo por una razón, entre otras, para encontrar a nuestra alma gemela, aquella que nos complementa y… que nos hace perfectos. Esa es la esencia del dicho coreano, cuatro vidas para encontrarte, para hallar la perfección.

Suni se quedó pensativa.

—Y… ¿si no encuentras a tu alma gemela?

La mujer se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiese —le sonrió—, supongo que es más difícil hallarla a medida que se dan más vidas y que no la encuentras, pero si tienes la suerte de encontrarla y eres consciente de ello, de que la has encontrado, quedas unida a tu otra mitad para siempre. —Se encogió de hombros —. Me gusta pensar que con esto puedo ayudar a las personas a encontrarse. Tu dolor no viene por lo que ocurrió en aquella casa, sino porque no volviste a encontrarte con él, y has arrastrado esa pena hasta esta vida.

—Él… —carraspeó un poco—, ¿cree que él era mi alma gemela?

La mujer le sonrió con ternura.

—No lo sé, pero lo que está claro es que lo amabas tanto como para seguir derramando lágrimas por él en esta vida. Eso debe significar algo.

Suni suspiró.

—Y, ¿se supone que él… está aquí?

La mujer chasqueó la lengua.

—Ojalá pudiese responder a tu pregunta, pero es bonito pensar que sí… y que puedes encontrarte con él.

—Y… ¿podría hacer otra regresión para intentar recordar más… u otras vidas quizá?

La mujer le sonrió.

—Podríamos probar, pero ahora, al menos, debes esperar un mes. Asimilar primero todo lo que has recordado. Si cuando pase un mes aún sientes esa necesidad, podemos volver a vernos —comentó con una sonrisa tierna.

Suni asintió y se puso en pie. Miró su reloj de muñeca y observó que eran las siete en punto de la tarde.

—¿Las siete ya? —preguntó asombrada. Habían pasado casi dos horas desde que había entrado a aquella habitación.

La mujer sonrió divertida por la exclamación de la muchacha.

—El tiempo pasa volando, ¿verdad?

Suni asintió y miró hacia la puerta.

—¿Mi amiga sigue aquí?

La mujer se encogió de hombros al no saber a ciencia cierta la respuesta.

—Supongo, no ha dicho nada.

—¿Puedo? —preguntó encaminándose hacia la puerta.

—Claro.

Suni abrió y miró en el pasillo. Woo permanecía sentada mirando atenta la pantalla de su móvil. Elevó la mirada y sonrió mientras se ponía en pie de un salto.

—¡¿Yaaa?! —exclamó emocionada—. ¿Cómo ha ido? —preguntó dirigiéndose hacia ella mientras guardaba el móvil en su bolso.

—Muy bien, la verdad —respondió Suni que, sin poder contenerse, cogió la mano de su amiga Woo—. Me siento liberada.

Woo la miró intrigada.

—Eso supongo que es bueno —le sonrió—. Tienes que explicarme.

Suni asintió mientras se giraba hacia la mujer que se acercaba a ellas.

—Ya sabes, cualquier cosa que necesites, aquí estoy.

Suni cogió también su mano en señal de afecto y agradecimiento y asintió con efusividad.

—Muchas gracias por todo.

# 15

## Baek

Año 1392 d.C.

Baek se puso en pie y miró a través de la ventana con barrotes. Estaba amaneciendo.

Llevaba toda la noche en vela, en la celda que había en la parte trasera del palacio de Manwoldae, una celda oscura, iluminada únicamente por la luz de las antorchas que llegaba del inicio del pasillo. Lo único que se escuchaba en aquella zona eran los lamentos de quienes estaban allí encarcelados. El pasillo era largo y tenía a cada lado celdas, en total unas treinta, donde se encontraban en ese momento delincuentes y algún insurrecto. La celda no tenía nada, únicamente un agujero cavado en la tierra de la esquina donde podía hacer sus necesidades.

La visita con el emperador había sido rápida. El general Yi se había sentido defraudado con la actuación de su mano derecha. La decisión había sido rápida también: la muerte. Era lo único que había sentenciado. No había opción a réplica, solo la amarga espera hasta que el fatídico momento llegase.

Desde ese momento había esperado en la celda.

Gracias a los soldados que vigilaban el complejo se había enterado de que Mi Suk y el resto de la familia de Jeong Mong-Ju se encontraban en celdas al otro lado del amplio complejo. Al menos, estaban vivos.

Horas más tarde, uno de los soldados, apiadándose de él, le había confesado que el general Yi había ordenado el exilio de la familia de Jeong a China.

Las últimas noticias que había recibido por parte de uno de los soldados era que la familia de Jeong ya había tenido una audiencia con el general Yi. El *exilio de toda la familia de Jeong Mong-Ju*[24], aquellas eran las órdenes del nuevo rey, que, obviamente, de aquella forma evitaría cualquier tipo de insurrección por su golpe de estado. La familia de Jeong Mong-Ju sería exiliada a China. Por suerte, la dinastía Ming que reinaba en aquellos momentos eran grandes amigos de Jeong Mong-Ju, por lo que sabía que Mi Suk y su familia estarían bien.

Se había sentido reconfortado al saber la noticia. Ella viviría, al menos tendría la oportunidad de iniciar una nueva vida. Lógicamente, ya no se vería obligada a contraer matrimonio con su primo y, aunque él no estaría con ella, esperaba que tuviese una vida larga y feliz.

En China estarían bien, y sabía que la familia real cuidaría de ellos.

Aunque se sentía feliz por ella y una paz se había apoderado de su alma al saber que viviría, la pena lo había invadido.

Jamás podría tener una vida con ella, nunca más podría volver a besarla, a acariciarla.

El recuerdo de las palabras que había pronunciado ella aquella noche mientras realizaba la guardia volvieron a su mente. Mi Suk estaba dispuesta a huir con él, a dejarlo todo por iniciar una vida juntos. Así de grande era su amor, tanto como para abandonarlo todo por estar junto a la

persona que amaba y, para su desgracia, el general Yi que se había alzado en el trono mediante un golpe de estado, no destruía solo su felicidad, sino también su vida.

Se puso en pie cuando escuchó que la puerta del pasillo se abría. ¿Irían ya a buscarlo para ejecutarlo?

Su corazón estuvo a punto de salírsele por la boca cuando vio aparecer la figura de Mi Suk.

—La segunda celda a la derecha —le indicó el guardia.

Baek se sujetó con fuerza a los barrotes de la celda mientras veía a Mi Suk aproximarse, temerosa, mirando de un lado a otro. Debía de haber llorado durante toda la noche porque sus ojos estaban hinchados y sus mejillas rosadas.

—Mi Suk —susurró Baek.

Ella avanzó rápidamente hacia él y cogió las manos que se sujetaban a los barrotes.

—Baek —sollozó ella.

Él miró asombrado hacia la puerta y luego centró la mirada en ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en un susurro.

Ella tragó saliva mientras acariciaba sus manos.

—Unos soldados me han dejado entrar —sollozó—. Tenía que verte.

Baek cerró los ojos unos segundos y suspiró. Soltó la mano de Mi Suk y pasó la suya propia a través de los barrotes para acariciar su mejilla. Sí, tal y como había intuido había estado llorando porque su mejilla estaba húmeda.

—¿Es cierto que os exilian? —preguntó por lo bajini.

Ella asintió.

—Partiremos en pocos minutos hacia China —explicó ella al borde del llanto. Luego centró su mirada en él, una mirada cargada de temor y de dolor.

Baek comprendió aquella mirada.

—No debes preocuparte —comentó con voz calmada—. Allí os tratarán bien. La dinastía Ming era muy amiga de tu padre. Os recibirán con los brazos abiertos. No debes temer ni…

—No es eso lo que me preocupa —lo cortó. En ese momento, comenzó a llorar y colocó su mano sobre la de Baek que aún estaba posada sobre su mejilla—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Eh —dijo con un tono de voz tranquilo. Acarició su mejilla con el pulgar, limpiando la lágrima que descendía por ella, mientras Mi Suk apoyaba su cabeza en la mano de Baek con ternura—. Prefiero morir mañana mismo a vivir mil años sin haberte conocido —pronunció al final. Ella lloró desconsolada.

—No es justo —gimió. Lo miró con amor—. Te quiero —susurró hacia él.

Los ojos de Baek se tornaron vidriosos, aquellas palabras lo emocionaron. La miró, tan cerca de él y a la vez tan lejos, sabiendo que solo disponían de unos pocos minutos antes de que se la llevasen y que aquellos barrotes le impedían darle un último beso.

—Amor es una palabra muy débil para describir lo que siento por ti —le susurró él.

Mi Suk lloró desconsolada y se sujetó a los barrotes como si las piernas le fallasen. Su cuerpo temblaba hasta el punto de no poder mantenerse casi en pie. Él era la persona que más amaba en el mundo y, con tal de ponerla a salvo, había elegido perder la vida por ella. Baek la había salvado en todos los sentidos.

—No podré seguir sin ti —susurró.

—Claro que lo harás, y serás feliz. Debes prometerme que lo harás. —Ella negó con los ojos cerrados. Baek acarició su cabello intentando consolarla—. Siempre estaré contigo… —Ella acercó su frente a los barrotes y él a duras penas pudo besar su piel—, la muerte no detendrá nuestro amor, lo único que hará será demorarlo. —Acarició su cabello cerrando los ojos,

memorizando aquella sensación en su mente—. Nunca te dejaré. —Llevó su mano hacia la mejilla de Mi Suk, obligándola a que lo mirase—. Tú eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, pero esto es solo el principio. La muerte solo es el despertar del alma que estaba dormida. —La miró a los ojos—. Volveremos a estar juntos, Mi Suk, te lo prometo.

Ella lo miró sin poder parar de llorar y acarició su mejilla.

—Se acabó el tiempo —dijo el soldado acercándose.

Mi Suk lo miró con temor, sin apartar sus ojos de los de él.

—Y yo te esperaré… siempre —confirmó ella—. Sea en esta vida o en otra… —susurró—, siempre te esperaré. —Cogió su mano, acariciándola, mientras el soldado se ponía a su lado—. Esto es solo una pausa —comentó mientras el soldado la cogía del brazo.

Baek asintió y acarició su rostro por última vez.

—Nos volveremos a ver, Mi Suk —susurró él con un amor infinito antes de que el soldado la separase de los barrotes, haciendo que el llanto de Mi Suk se incrementase al soltar su mano.

Baek extendió su mano hacia ella intentando desesperadamente volver a notar su contacto, la suavidad de su piel, pero el soldado la arrastraba mientras ella se resistía y gritaba desconsolada.

Baek bajó su mano y no apartó la vista de Mi Suk que lo miraba desgarrada de dolor.

—Hasta pronto, mi amor —susurró antes de que el guardia la sacase por el pasillo y girase la esquina con ella sujeta por la cintura.

Se quedó en silencio, escuchando los últimos lamentos de ella al alejarse, perdiéndose en la distancia.

Al menos, había tenido la suerte de poder despedirse de ella, de poder hablar una última vez con su amada.

Mi Suk se resistió, sabía que debía irse, que debía alejarse de allí lo antes posible, pues su familia había sido perdonada, pero allí se quedaría el hombre al que amaba, el hombre que había antepuesto su vida a la de ella. Si él no hubiese intentado salvar a su padre e ir a avisarlos para que partiesen, aún seguiría vivo.

El soldado la soltó cuando llegaron al patio donde seis caballos los esperaban. El general Yi había dispuesto que se marchasen aquella misma mañana. Había permitido que su madre y su hermano mayor fuesen a su casa a coger ropa y objetos personales con la condición de que sus otros tres hijos los esperasen allí. De aquella forma, el general se aseguraba de que no intentarían escapar.

Su madre corrió hacia ella y la abrazó mientras Mi Suk rompía a llorar desconsolada y apoyaba la cabeza en su hombro.

—Lo amo, mamá —susurró.

Su madre se separó de ella y, por primera vez, lo comprendió. El soldado que había aparecido en su casa la noche anterior para salvarlos era el hombre que su hija amaba. Su mente recordó las palabras de su hija intentando disuadirla de su matrimonio con su primo, recordó cómo le había hablado de que estaba enamorada de otro hombre, pero no la había escuchado, no había querido hacerle caso. Aquel hombre había salvado la vida de su hija y la de toda su familia.

Su madre llevó las manos hasta su rostro y la observó.

—Cariño… —susurró con lágrimas en los ojos, intuyendo por lo que su hija debía de estar pasando. No solo acababan de perder al pilar de la familia, sino que ella perdería también al hombre del que estaba enamorada, el que entregaría su vida para que ellos pudiesen marcharse —, es un hombre muy valiente. Nos está salvando a todos —lloró su madre intentando reconfortar a su hija.

Su madre miró a su hermano mayor que se había acercado a ellas y observó a su hermana.

Con razón aquel guardia se había dirigido a su casa y había cogido a su hermana de la mano para subirla en el caballo.

Su hermano se colocó ante ella y puso una mano en su hombro.

—Una muerte bella honra toda una vida —comentó—. Debe amarte con locura.

Ella lo miró llorando y colocó una mano sobre la de él. Asintió y miró a su madre.

—Y yo a él. Lo amaré siempre —gimió.

Su madre acarició su mejilla y asintió. Sí, sabía que aquel amor perduraría en el corazón de su hija para siempre.

—Hay que marcharse —indicó su hermano mayor cogiéndola del brazo, pues Mi Suk parecía que fuese a desmoronarse en cualquier momento.

La cogió por la cintura y la sentó a lomos de uno de los caballos.

Salieron del palacio real y se encaminaron por las calles de la que había sido su ciudad desde su nacimiento, Kaesong. Jamás volverían a pisar aquellas calles, a pasear por ellas, a entablar conversación alguna con personas con las que tenían amistad. Ni siquiera se les daba la oportunidad de despedirse de nadie.

Dos soldados por delante y dos por detrás de su pequeña caravana franqueaban su paso por la ciudad, asegurándose de que la abandonaban, y los acompañarían hasta la frontera con China, donde entregarían la carta que el general Yi había preparado. Allí, seguramente, varios soldados chinos los acompañarían hasta Beijing en un largo trayecto.

Mi Suk miró con lágrimas en los ojos cómo salían de su amada ciudad. Había sido feliz en aquellas calles y, en ese instante, se marchaba para siempre. Ya no había vuelta atrás.

Se giró y observó al final de aquella calle el palacio de Manwoldae donde se encontraba Baek. Su corazón jamás dejaría de amarle, siempre lo tendría en sus pensamientos.

Decían que la muerte robaba a nuestros seres queridos, pero en aquel momento ella no tuvo aquella sensación, al contrario, la muerte le guardaría a Baek y lo inmortalizaría en su recuerdo, para siempre.

Él partiría, Mi Suk no volvería a verlo, pero pasaría a vivir en ella para toda la eternidad.

Salieron del poblado y tomaron el camino que los llevaría rumbo a *Sogyong*[25], a unos dos días a caballo, la capital del oeste, la llamaban. Allí, tras tres o cuatro días más a caballo, llegarían a la frontera con China.

Una nueva vida comenzaba para ellos, una vida que Baek les había proporcionado.

Mi Suk incrementó el trote del caballo cuando salieron de la ciudad mientras el aire echaba sus cabellos negros hacia atrás.

—Hasta pronto, mi amor —susurró cerrando los ojos—. Nos volveremos a reunir.

# 16

## Hanah

Año 1932 d.C.

Hanah se pasó la mano por el cabello, alisándolo. Llevó las manos hasta su kimono y las pasó sobre él, colocándolo bien. Hacía escasos minutos que la señora Kondo la había enviado a su habitación, así que suponía que no tardaría en llegar el general.

Estaba segura de lo que debía hacer. No creía que fuese fácil sonsacar información a un general, por ello había cogido una botella de sake recién calentada y la había llevado a su habitación junto a un vasito. Sabía que le gustaba aquella bebida, pues la primera vez que lo había visto se la había pedido.

Cuando escuchó que alguien se detenía tras su puerta, aguantó la respiración. Estaba asustada, nerviosa, sabía que se jugaba mucho, no solo por sus compañeras, si el general intuía lo que pretendía hacer, dejaría de contar con su favor y estaría a merced de todos los soldados. Ahora bien, valía la pena correr aquel riesgo si con ello lograban su liberación. Si conseguía alguna información valiosa podría transmitírsela a la señora de la cocina que, a su vez, se la explicaría a la resistencia china. Ellos intentarían acabar con la ocupación japonesa y, si lo conseguían, serían libres para volver a casa.

El general Kane abrió la puerta y entró. Lo primero que hizo fue toparse con los ojos de Hanah que lo observaban con una sonrisa, como si llevase tiempo esperándolo. Cerró la puerta sin apartar sus ojos de los de ella. Aquella mujer se había convertido en una liberación para él. Nunca se había sentido tan unido a nadie como con ella, pese a que sabía que estaba obligada a mantener relaciones sexuales con él.

Las últimas semanas ella estaba más relajada, incluso le profesaba caricias, algo que él agradecía profundamente.

Cerró la puerta y ella se quitó el cinturón de su kimono dejándolo caer a su lado. Llevó las manos hasta los gruesos tirantes y los bajó lentamente mientras Kane se regodeaba en la visión que ella le ofrecía.

Sus pechos pequeños y turgentes, su vientre plano, su cadera estrecha… era la mujer más hermosa que había visto.

La reacción de él fue inmediata. Se desabrochó los tres primeros botones de la camisa y se la quitó pasándola por la cabeza, arrojándola al suelo.

Fue hasta ella, la cogió de la cintura acercándola y besó su cuello mientras Hanah llevaba sus manos hasta los hombros de Kane, acariciándolos.

Pese a que sabía que estaba obligada a ello, no pudo evitar que su piel se erizase al notar aquel contacto. Kane acariciaba su cuello con la lengua, con delicadeza. Durante las últimas semanas sus emociones habían cambiado. Lo odiaba, pero a la vez también había aprendido a

amar a aquel hombre.

Kane se separó de ella lo suficiente como para desabrochar su pantalón y dejarlo caer. Se quedó desnudo y, mientras volvía a besar su cuello, la reclinó sobre el futón con suavidad y se situó sobre ella.

Aquella vez le hizo el amor despacio. Normalmente, el general Kane Nakamura solía ser rápido, esta vez fue más lento, pausado, como si quisiese ser consciente de cada uno de sus movimientos.

Cayó sobre ella intentando recuperar el aliento e inclinó su cuello para observarla. Ella también lo miraba con la respiración entrecortada.

Kane paseó su dedo pulgar sobre la mejilla de Hanah, acariciándola, y, por primera vez, besó su frente. Aquel gesto aturdió a Hanah. Jamás la había besado, lo único que hacía era mantener sexo con ella sin besarla lo más mínimo.

Kane la observó y cerró los ojos apoyándose en ella mientras Hanah acariciaba su espalda.

Tras unos minutos, Kane se echó a un lado, tumbándose sobre el futón, colocando su mano en el estómago de ella.

Se miraron durante cerca de un minuto sin decirse nada.

Hanah tragó saliva. Necesitaba concentrarse en su misión para liberar a todas sus compañeras, pero ahora le era más difícil, sin quererlo, el general se estaba convirtiendo en alguien más importante de lo que ella hubiese podido imaginar en un principio.

Apretó los labios y se incorporó sentándose sobre el futón.

—Tengo una sorpresa para ti —pronunció con una sonrisa.

El general enarcó una ceja y apoyó su cabeza en su mano, esperando a que ella siguiese hablando.

Hanah se puso en pie y cogió de encima de la mesa la botella de sake y el vasito. Se sentó frente a él que, en ese momento, sonreía al ver lo que ella hacía.

—Recuerdo que la primera vez que nos vimos me pediste sake —dijo ella echando el contenido en el vasito. Se lo acercó y este lo tomó con gesto divertido—. Supongo que te gusta.

Él asintió y dio un sorbo. Bebió del vasito y cuando lo sostuvo en su mano ella volvió a llenarlo.

—¿De dónde has sacado la botella? —preguntó con curiosidad, sentándose frente a ella.

Ella se encogió de hombros.

—Muchas veces me encargo de la barra del salón de baile —explicó—. Toda la botella es para ti. —Le sonrió con gesto amable y divertido a la vez.

Al general Kane le hizo gracia aquel gesto de ella y volvió a tomar otro trago.

—Es un bonito detalle, pero dudo que la señora Kondo se alegre si ve que ha desaparecido una de sus botellas.

Hanah volvió a encogerse de hombros.

—No te preocupes, hay muchas botellas, ni siquiera se dará cuenta —dijo sirviéndole otra vez en el vasito. Lo miró y ladeó su cabeza—. Supongo que para ti debe de ser difícil dirigir a todos los hombres, es mucha responsabilidad…

Él la miró serio y finalmente su mirada se transformó en ternura.

—Lo es.

Hanah volvió a llenarle el vasito por cuarta vez.

—Quiero que cuando estés conmigo lo olvides todo —susurró mientras él volvía a beber.

Hanah observó cómo el general se alejaba por el pasillo con paso lento, incluso tambaleándose

levemente.

Su plan había dado un resultado mejor de lo que esperaba. Sintió cierta lástima al verlo tambalearse. Realmente, el general Kane Nakamura no tenía nada que ver con el resto de los soldados. Sabía que no podía culparlo por el comportamiento de los otros, pero, aunque le doliese en cierto modo, debía hacerlo por el bien de sus compañeras y el suyo propio.

Se giró y cerró la puerta tras de sí, observando la botella de sake depositada sobre la mesa. Quedaba solo un cuarto de la botella. No le extrañó lo más mínimo que Kane se tambalease para bajar las escaleras ni que se hubiese ido de la lengua como lo había hecho.

Una sonrisa inundó su rostro al recordar lo sucedido. Ella no dejaba de servirle sake. Él se mantenía tumbado, con la cabeza sobre las rodillas de ella, a su vez, Hanah le iba acariciando el cabello, haciéndole sentir muy cómodo.

—Entonces, ¿tienes muchas batallas?

Él resopló mientras volvía a pasarle el vasito para que se lo llenase una vez más.

—Cashi cada shemana. Ahora llevo másh de dosh shemanas shin ningún ataque. Los shinos shaben essshcondershe muy bien…

—¿Los de la resistencia? —preguntó ella queriendo enlazarlo con lo que le había explicado con anterioridad.

Él afirmó efusivamente, dio un trago y volvió a entregarle el vasito.

—Shíií —confirmo. Se giró y la miró sonriente—. Pero no she me essshcaparán…

Ella asintió y lo miró divertida.

—¿Vas a atacarlos?

Él la miró fijamente y se acercó como si le fuese a contar un secreto.

—Shé dónde eshtán… —susurró—. ¿Hash pasheado por el barrio de Pudong? —Luego la miró y enarcó una ceja—. No, clarooo que no. La p… puta de la sheñora Kondo no te deja shalir, ¿verdad, Aiko?

Ella lo miró divertida.

—Quizá podrías sacarme tú alguna vez —sugirió.

—Mmm… no shé shi esh buena idea ahora.

Ella intentó reconducir el tema.

—¿Por las batallas que tienes con la resistencia?

—Shí —afirmó tumbándose de nuevo. Cogió el sake que ella le ofrecía y le dio un sorbo.

Ella comenzó a acariciarle el cabello.

Kane cerró los ojos como si la sensación le relajase, incluso a Hanah le pareció que su respiración se volvía más tranquila, como si se estuviese quedando dormido.

—Pero has dicho que sabes dónde están, ¿por qué no acabas con la resistencia? Sé que tú puedes —lo animó para que él continuase hablando.

Kane abrió los ojos de inmediato y, durante unos segundos, le costó situarse.

—Claro que puedo, mi dulce Aiko —dijo mirándola desde abajo con una sonrisa mientras elevaba su mano para acariciar la mejilla de Hanah—. El Peace Hotel.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué ocurre con el *Peace Hotel*[26]?

—Losh hemosh pillado. Shé que mushos miembrosh de la reshishtencia she encuentran eshcondidosh ahí. —La miró y sonrió—. Cuando acabe con ellosh y Shanghái shea un lugar sheguro… te llevaré.

Hanah lo miró fijamente. ¿El general sabía dónde se encontraba la mayor parte de la resistencia escondida? Era normal, se trataba de un general, pero estaba segura de que la

resistencia no sabía que su paradero ya no era secreto.

Ella le sonrió con ternura.

—¿Me lo prometes? —preguntó.

Él la miró confuso. Le costó centrarse.

—¿El qué? —atinó a decir.

—Que me llevarás allí. Me… me gustaría salir de aquí alguna vez. —Cambió de tema para distraerlo.

Él se sentó y la miró de la cabeza a los pies.

—Claro que shí —dijo pasando su mano de nuevo por su mejilla, acariciándola—. Te llevaré allí y a muchosh másh lugaresh hermoshos.

—¿Cuándo? —preguntó con ansiedad.

—Shhh… shhh… —dijo colocando las manos por delante—. Primero hay que convertir Shanghái en una shiudad shegura. Luego, te llevaré —asintió efusivamente.

Ella le sonrió mientras él seguía acariciando su mejilla. Se quedó contemplándola.

—Tú… eresh lo mejor que me ha pashado —susurró. Aquella afirmación hizo que Hanah irguiese su espalda. ¿Era posible que el general se hubiese enamorado de ella realmente?

Kane pareció ser consciente en ese momento de lo que había pronunciado y parpadeó varias veces. Directamente se puso en pie, aunque le costó mantener el equilibrio y tuvo que apoyarse contra la pared.

Resopló y la miró de reojo.

—¿Por qué me hash dado tanto de beber?

Ella se puso en pie para ayudarlo.

—Quería agradecerte por el chocolate que me has traído y… por lo bueno que eres conmigo —improvisó.

Él continuó mirándola de reojo y pareció conforme con la respuesta.

—Antesh de que she me olvide —dijo metiendo la mano en su pantalón—. Toma —dijo extrayendo otro paquetito.

Ella lo cogió con una sonrisa, aunque el remordimiento se apoderó de su ser.

—Gracias.

—¿Qué… qué hora esh? —dijo intentando mirarse el reloj de muñeca.

—Las siete y cuarto de la tarde.

—Uyyy… —Fue lo único que dijo mientras comenzaba a vestirse, aunque al ponerse los pantalones tropezó y tuvo que apoyarse de nuevo en la pared—. Mish sholdados deben de eshtar preocupadosh por mi… o quishá no, no shé. —Se encogió de hombros con gracia.

Hanah lo ayudó a ponerse la chaqueta y se la abrochó.

—¿Nos veremos mañana?

Él miró hacia abajo, le sacaba más de una cabeza a la muchacha, y acarició su cabello.

—Shi, mañana, shi shigo vivo, volveré —comentó animado.

Poco después, el general Nakamura bajaba las escaleras tratando de no perder el equilibrio e intentando mantener la compostura ante decenas de soldados que esperaban su turno para entrar en una de las habitaciones.

Se puso el kimono acelerada y cogió la botella de sake. Debía informar de que el general conocía el lugar donde muchos de la resistencia se escondían y que planeaban atacarlo. Tenía que hablar con la mujer de la cocina en cuanto le fuese posible. No sabía cuándo sería, quizá aquella noche, o mañana, o en una semana… cuando los altos mandos aprobasen el ataque, pero debía avisarla. Aquello le daría una buena ventaja a la resistencia que, al menos aquella vez, no

se vería mermada.

Salió de la habitación y se encaminó rumbo a las escaleras. Descendió rápidamente los escalones. Aquella última noche había pensado en explicarle a Sook lo que pensaba hacer, pero luego había llegado a la conclusión de que era mejor guardarlo en secreto. No quería inmiscuir a nadie más, era mejor así.

La señora Kondo, como siempre, se encontraba cobrando las tasas a todos los soldados, de espaldas a ella.

Fue directa hacia la cocina, girándose de vez en cuando para observar a la señora Kondo que, por suerte, no era consciente de que ella se encontraba allí.

El general tampoco estaba allí, así que suponía que debía de haber salido ya del burdel.

Fue hacia la cocina y encontró a la mujer preparando la cena para todas ellas, una vez más, fideos con caldo.

Entró como una exhalación y se encaminó hacia ella con la mirada decidida. La mujer la observó asombrada y cogió la botella de sake que Hanah le entregaba con urgencia.

—Rellénala en cuanto puedas —susurró. La mujer asintió—. He emborrachado al general —confesó.

La mujer abrió los ojos de par en par, asombrada por lo que aquella muchacha había logrado.

—¿Que has hecho qué? —preguntó elevando la voz por la sorpresa.

—Shhh… —llamó su atención Hanah. A continuación, la mujer cogió un cazo y un embudo y colocó este último en la botella, rellenándola de inmediato con sake que acababa de calentar—. Tengo información —dijo situándose a su lado. La mujer la miró nerviosa—. Sabe dónde se encuentra gran parte de la resistencia: en el Peace Hotel… —explicó mientras volvía a girarse para asegurarse de que nadie se acercaba—. Planean atacar, pero no sé cuándo.

La mujer asintió y cogió sus manos en señal de agradecimiento.

—Gracias. Buda te agradecerá lo que has hecho —susurró la mujer con los ojos llorosos, pues sabía el peligro que corría aquella muchacha al haberse jugado el tipo de aquella manera.

—Avise a su hijo —la apremió apretando sus manos—. Intentaré conseguir más información en los próximos días.

Iba a soltarse, pero la mujer la retuvo.

—Ten cuidado, cariño, es peligroso.

Ella la miró decidida.

—Lo sé, pero algo tenemos que hacer —comentó.

La mujer asintió y le sonrió con ternura. Soltó sus manos para que ella se alejase. Cuando salió, la señora Kondo se encontraba aún de espaldas a ella, de modo que no fue consciente de su presencia allí. No sería ella la que le diría que ya estaba libre para acudir al salón de baile.

Subió las escaleras de dos en dos. Estaba claro que todos los soldados que allí esperaban eran conocedores de que era la protegida del general, pues ninguno pronunciaba palabra alguna en su presencia.

Giró por el pasillo, fue a su habitación y cogió el chocolate. Directamente fue a la habitación de Sook y llamó.

El médico le había dado diez días de descanso por la fractura y los golpes. Sook se encontraba tumbada en el futón, con la sábana hasta el pecho, pero no estaba dormida.

—Hola —dijo Hanah cerrando tras ella.

—Hola —respondió con una breve sonrisa.

Se agachó a su lado y le mostró el paquete.

—Traigo chocolate otra vez —comentó mientras lo abría y lo partía en dos trozos.

# 17

## Baek

Año 1392 d.C.

Baek vio cómo el sol se situaba en el punto más alto del cielo. Ya era mediodía.

En las yemas de sus dedos aún persistía la sensación de suavidad de la piel de Mi Suk. Verla así de destrozada había acabado de hundirlo, pero con el paso de las horas había comprendido que aquello era lo mejor. Al menos, Mi Suk viviría, tendría la oportunidad de volver a amar, de formar una familia…

Sabía que para ella sería muy difícil. No solo había perdido a su padre y lo perdería a él en pocos minutos, sino que debía comenzar una vida nueva en un nuevo imperio. Ella era fuerte, lo superaría, y estaba seguro de que volvería a ser feliz.

Sabía que ella no lo olvidaría, así que, en parte, siempre seguiría vivo. ¿No decían que la verdadera muerte llegaba con el olvido? Sabía que gracias a Mi Suk siempre estaría vivo.

Uno de los soldados fue hasta la puerta formada por barrotes y abrió. Había llegado la hora.

—Lo siento, coronel, pero debe acompañarme —pronunció el soldado.

La mayoría de los soldados que se encontraban en el pasillo y en el castillo custodiando al general Yi habían estado bajo sus órdenes. Sí, debían cumplir las directrices del general, pero eso no quitaba que entre ellos hubiese amistad y respeto. Esa había sido la causa por la que habían dejado que Mi Suk lo visitase.

Baek asintió y salió de la celda. Sabía cuál era el protocolo. Juntó las manos por delante para que el soldado pudiese anudarlas y conducirlo hacia el patio donde sería ejecutado.

Baek inició la marcha junto a él.

—¿Quién lo hará? —preguntó con la mirada firme.

El soldado tragó saliva y balbuceó un poco antes de responder.

—Dong-Yu —respondió el soldado, sorprendido por la pregunta.

Salieron del pasillo y giraron a la derecha. No hacía falta que el soldado le indicase por dónde ir. En otras ocasiones había visto que los soldados arrastraban a los condenados a muerte que se resistían a recibir su condena. De nada serviría. No lo dejarían escapar, no lo perdonarían, simplemente retrasaban unos segundos lo inevitable.

—Bien —respondió Baek cuando salió—, Dong-Yu tiene buen pulso —comentó.

El soldado lo miró asombrado por su respuesta y lo cogió del brazo, pero Baek se retiró levemente.

—No hace falta, no voy a escapar —dijo iniciando la marcha hacia el centro de la plaza.

Cientos de soldados formaban en ella, con su espalda recta y su kom enfundado, listos por orden del nuevo emperador para presenciar la ejecución de su coronel.

En el centro del enorme patio se encontraba la tarima y, sobre esta, Dong-Yu esperaba con un sable en la mano.

Baek caminó por el pasillo que habían formado entre todos los soldados rumbo a la tarima y subió los escalones.

Miró al frente y se fijó en las primeras filas de soldados. Algunos mantenían la mirada firme cuando coincidía con ellos, otros la apartaban. Muchos no estaban de acuerdo con aquella ejecución, sin duda aquello era una muestra de lo que les ocurriría si desobedecían las órdenes del general Yi. Sabía que una gran mayoría de aquellos soldados no estaba de acuerdo con el golpe de estado ni con lo que iba a ocurrir, pero sentían miedo, pues si desobedecían acabarían igual que Baek. No los culpaba, él también había mentido en un principio diciendo que estaba a favor del golpe de estado, sin embargo, no había podido soportar aquella mentira cuando la vida de Mi Suk había corrido riesgo. Aceptaba la muerte de buen grado si con ello había podido salvarla.

El general Yi apareció bajo el porche con un soldado a cada lado. Miró al frente, donde Baek esperaba su sentencia con las manos atadas por delante de él.

—Coronel Kang Baek —pronunció el general Yi—, ha sido condenado a muerte por desobedecer las órdenes de nuestro rey.

Baek dio un paso al frente con los dientes apretados. De todas formas, ya estaba muerto.

—Tú no eres mi rey. Simplemente eres un general con ansias de poder —gritó con todas las fuerzas.

El general Yi lo miró con odio y giró su cabeza hacia Dong-Yu.

—¡Hazlo! —ordenó.

Dos soldados fueron hasta Baek y lo obligaron a agacharse. Baek no apartaba la mirada del general Yi.

—Mataste a Jeong Mong-Ju y has exiliado a toda su familia para que no haya resistencia contra ti porque sabes que muchos estamos en contra —comentó sin apartar la mirada de él—, pero ¿sabes qué? —Alzó la cabeza—. La muerte también te encontrará a ti, y te juzgará. Nadie escapa a ella.

El general Yi alzó su cabeza con prepotencia y miró a Dong-Yu.

Dong-Yu alzó su sable mientras observaba a Baek de rodillas, con la cabeza hacia delante.

—Lo siento —le susurró el soldado.

Baek cerró los ojos y dibujó en su mente el rostro de Mi Suk: sus ojos oscuros, su cabello largo recogido siempre en una trenza, su sonrisa, el sabor de sus labios…

Si por alguien debía morir era por ella, de eso no se arrepentía. Lo único que le dolía era no haber podido estar más tiempo junto a Mi Suk.

—Mi Suk, mi amor —susurró antes de que Dong-Yu descendiese su sable hacia su cuello.

Hacía una semana que habían llegado a Beijing, tras una dura travesía de casi dos semanas.

El emperador Zhu Yuanzhang los había recibido con los brazos abiertos tras la noticia del asesinato de su amigo Jeong Mong-Ju. Mi Suk no había sido consciente de lo importante que había sido su padre para las relaciones diplomáticas de estos dos países. Zhu Yuanzhang había sido un pobre campesino huérfano que a los dieciséis años había entrado en un monasterio budista para evadir la hambruna. Allí había aprendido a leer y a escribir. Posteriormente, se había unido a la insurrección de un grupo de combate y había acabado siendo el líder nacional en contra de los mongoles, cuya dinastía Yuan estaba al borde del colapso. Tras derrotarlos y acabar con sus principales rivales nacionales, Zhu se proclamó a sí mismo emperador en 1369, alegando el mandato del cielo. Era un hombre que se había formado a sí mismo, que había luchado por lo que quería y había defendido aquello en lo que creía, quizá, por eso, hubiese forjado una amistad

tan grande con su padre.

Los primeros días los habían pasado en el palacio junto a él y su familia, pero pronto les habían buscado un hogar donde vivir en la capital, Beijing.

No iba a ser fácil, pero se adaptaría a aquel nuevo estilo de vida.

Se quitó los zapatos y entró en el interior del hermoso templo. Era uno de los primeros lugares que había ido a visitar. Después de que el propio rey le confirmase que aquel era uno de los lugares de reunión preferidos de su padre, cada pocos días iba y se sentaba allí.

No apaciguaba su pena, pero sí se sentía más cerca de él. El templo, dedicado a Confucio y construido en 1302, había sido un lugar por donde su padre había paseado, reflexionado y conversado con grandes dirigentes.

Caminó por él, admirándose con sus figuras y colorido, y atravesó un puente blanco sobre un río. Al final de este puente había un pabellón donde acostumbraba a sentarse y dejar pasar las horas.

Se sentó sobre un banco de piedra y extrajo un *papel*[27] realizado a base de la corteza de morera. Le ayudaba escribir, relajarse, dejar fluir todos aquellos sentimientos, de aquella forma conseguía que la opresión que sentía en el pecho se mitigase.

Los primeros días allí no había podido dormir, le costaba respirar y no dejaba de llorar. No podía apartar a Baek de su mente.

Ella debería estar allí con él, deberían haber huido juntos. Tenían derecho a ser felices, sin embargo, el destino les había deparado una sorpresa. Ahora, Baek solo vivía en sus recuerdos y en su corazón, de donde jamás podría sacarlo.

Cierto que con el paso de los días iba calmándose, asimilando aquella nueva vida, pero aquellas últimas palabras que Baek había pronunciado con tanto amor jamás se borrarían de su memoria.

No pudo evitar que sus ojos se llenasen de nuevo de lágrimas.

Miró hacia el cielo azul, adornado únicamente por unas pocas nubes blancas, y observó el papel que había colocado sobre el banco. Extrajo el pequeño bote de tinta, la pluma e inspiró aire intentando calmar su pulso. Eso era lo único que le ayudaba a mitigar su dolor.

Introdujo la punta de la pluma en el bote y comenzó a escribir sobre el papel.

*"Claro que lo harás, y serás feliz. Debes prometerme que lo harás* —escribió. No pudo evitar que su pulso temblase mientras escribía aquellas palabras, las últimas que él había pronunciado—. *Siempre estaré contigo, la muerte no detendrá nuestro amor, lo único que hará será demorarlo.* —Tragó saliva y miró hacia el cielo buscando las fuerzas para seguir escribiendo—. *Nunca te dejaré. Tú eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, pero esto es solo el principio. La muerte solo es el despertar del alma que estaba dormida. Volveremos a estar juntos, Mi Suk, te lo prometo*".

Tuvo que soltar la pluma en el bote y cerrar los ojos mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Escribir aquello le dolía, pero también la reconfortaba, de aquella forma, escribiendo sus palabras, él siempre permanecería vivo, dejaría una muestra de él en la Tierra. Lo ocurrido no era justo, y era necesario que se supiese.

Cogió la pluma mientras intentaba controlar su pulso y volvió a colocarla sobre el papel.

"*Nos volveremos a ver*" —escribió.

Sí, si algo sabía era que un amor tan grande como el suyo no podía desaparecer así, de buenas a primeras, no podía acabar de aquella manera. Merecían otra oportunidad y merecían ser felices.

—Volveremos a vernos —susurró ella esta vez con una sonrisa. Suspiró y miró al cielo—.

Estoy segura.

# 18

## Suni

Año 2025 d.C.

Suni leyó con atención el mensaje que le enviaba Woo.

*“Lo tengo”*.

¿Qué significaba eso?

Se giró hacia la puerta corredera y el señor Park apareció con una sonrisa.

—¿Has recibido respuesta de Foxconn?

Suni miró de nuevo la bandeja del correo electrónico y negó.

—Aún no. Supongo que no tardarán mucho.

Seok se apoyó en el marco de la puerta cruzándose de brazos y suspiró.

Desde que se había hecho la regresión debía confesar que no había vuelto a sufrir una de aquellas pesadillas. Era como si aquel sueño hubiese tomado forma y ahora formase parte de sus recuerdos. ¿Cómo era aquello posible? Recordaba fragmentos que no podía encajar en su vida.

—¿Tomamos un café? —preguntó Seok mirando su reloj de muñeca.

Suni sonrió y asintió mientras Seok volvía a su despacho a coger la americana.

Aquella última semana había sido de locos con la negociación con Foxconn.

Su reunión en Shanghái había sido muy productiva, pero ahora faltaba confirmar la fecha de entrega de las miles y miles de baterías de estado sólido que habían encargado. Dependiendo de cuándo fuesen a llegar e implementarse en el resto de los terminales ya finalizados podrían anunciar al mundo la salida del nuevo móvil.

Cuanto antes fuese, mejor. El mercado de la tecnología era muy competitivo y sabía que otras empresas estarían diseñando un terminal igual o muy parecido al suyo, así que cuanto antes pudiesen anunciar el producto, tanto mejor.

El móvil de Suni volvió a vibrar. Lo abrió y vio un nuevo mensaje de Woo, aunque esta vez había hecho una foto y la había enviado.

Notó cómo el corazón se le paralizaba al leerlo.

*General Nakamura: (1909-1945) Fue uno de los importantes generales que dirigió la ofensiva de Japón durante la Segunda Guerra Mundial en Shanghái.*

Se quedó pasmada leyendo aquello.

Aquella última semana había escuchado la grabación de su regresión decenas de veces. Recordaba cada imagen, cada sensación que había percibido mientras lo narraba, y lo recordaba a él. No físicamente, no recordaba su rostro, pero sí sabía que había sido alguien muy importante en su vida, que la había sacado de allí. Aún seguía sin comprenderlo, pero lo que sentía por aquel hombre era real.

—¿Lista? —preguntó Seok con una sonrisa dirigiéndose hacia ella. En ese momento, se

quedó pasmada observándolo. Aquella sensación que había experimentado cuando lo había visto por primera vez en la discoteca volvió a ella. Había algo en él que le atraía muchísimo. Seok se había situado frente a su mesa y se abrochaba con una mano los dos primeros botones de la americana. Dirigió la vista hacia Suni al no recibir respuesta y se la encontró observándolo fijamente, sin pestañear—. ¿Todo bien?

Suni parpadeó varias veces y despertó de sus pensamientos.

—Sí —dijo guardando el móvil en su bolso. Se levantó y cerró el cajón de su escritorio, no sin antes observar la libreta de color lila que había en este. Apagó la pantalla del ordenador y rodeó la mesa mientras colocaba el bolso en su hombro.

—Hoy hace buen día… —comentó Seok mirando por la ventana—, podríamos salir a desayunar.

—Claro —respondió ella con una sonrisa.

Salieron del despacho y caminaron hasta el ascensor saludando a la administrativa que se encontraba tras el mostrador.

Sintió cómo el vello se le ponía de punta cuando las puertas del ascensor se cerraron y se quedaron ambos solos.

Seok la miró de reojo. Pensaba que a medida que fuesen pasando los días acabaría viéndola como su secretaria particular, pero no era así, Suni le atraía cada vez más. Había algo en ella que le llamaba poderosamente la atención.

Desde su estancia en Shanghái se notaba más cerca de ella, sobre todo cuando había cogido su mano en el taxi intentando calmarla. Aún no sabía lo que le había ocurrido, pero parecía realmente nerviosa.

—Es posible que tengamos que viajar a Estados Unidos.

Suni lo miró asombrada y sonrió.

—¿En serio? —preguntó emocionada.

Seok asintió.

—A Oregón —explicó—. Quiero que programes una entrevista con *Wieden+Kennedy*.

—*¿Wieden+Kennedy?* —preguntó asombrada—. ¿La exitosa agencia de publicidad?

Seok asintió mientras las puertas del ascensor se abrían.

—Quiero concertar una entrevista lo antes posible. Me gustaría que fuesen ellos los que se encargasen de la publicidad del nuevo terminal.

Ella sonrió mientras le seguía y salían del edificio. Tal y como su jefe había dicho, hacía muy buen día. El sol lucía con fuerza, el cielo era de un color azul intenso y no tenía ni una sola nube.

—Son muy buenos —comentó ella—. Se encargaron de la campaña “Tag” para Nike durante el 2010 con muy buenos resultados y… ¿qué decir de su anuncio para Old Spice? ¿Quién no conoce a ese hombretón sobre un caballo? —rio ella, haciendo que Seok también sonriese—. Sus spots publicitarios están cargados de personalidad y son muy divertidos y creativos. Creo que es una muy buena opción, muy acertada.

—Yo también lo creo —confirmó él y le indicó con la mano que cruzasen la calle.

No solían salir del edificio para tomar café, sino que había una planta destinada a ello con una gran cafetería, pero en días específicos Seok se lo proponía.

La idea de otro viaje le gustó. Siempre había sido muy viajera y aquello, aunque no tuviese por qué pensarlo, le daría más tiempo para estar con él.

En cuanto se sentaron en la terraza y pidieron los cafés al camarero, Seok le prestó toda su atención.

—Es justamente lo que necesito: un spot llamativo que atraiga al mayor número de personas posible.

Suni asintió.

—Creo que ellos pueden conseguirlo. —Sacó su móvil para mirar la agenda, pero se encontró con otro mensaje de Woo. Lo apartó y fue al calendario—. ¿Para cuándo quieres concertar la entrevista?

—Lo antes posible. Si puede ser la semana que viene… estupendo, aunque lo dudo —acabó con una sonrisa.

Pensaba que iba a darle una fecha, pero parecía que a Seok no le importaba mucho cuándo fuese.

—Está bien.

—No he ido nunca a Portland, así que no tengo ningún hotel de preferencia. Cuando tengas fecha para la reunión busca uno cercano.

Suni asintió y aprovechó para mirar el mensaje de Woo mientas el camarero servía los cafés en la mesa.

*Woo: Murió durante el ataque de Hiroshima.*

*Woo: Por eso no pudo ir a buscarla.*

Suni apretó los labios y tragó saliva ante la explicación de Woo. Recordaba la pena que había sentido al hablar sobre aquel general durante la regresión, cómo había sentido amor y pena a la vez.

Seok observó a Suni, de nuevo se había quedado pensativa, perdida en sus pensamientos. Se apoyó contra el respaldo de la silla y la observó mientras daba un sorbo a su café. No podía quitársela de la cabeza. Sabía que no era buena idea, pero desde que habían vuelto de Shanghái no dejaba de rondar por su mente el pedirle una cita.

Carraspeó llamando la atención de ella mientras depositaba la taza en la mesa. Suni guardó el móvil sin prestarle más atención y miró a Seok mientras daba otro sorbo a su café.

—¿Qué tienes pensado hacer este fin de semana? —preguntó él sin darle mucha importancia.

Ella se encogió de hombros y soltó la taza sobre la mesa.

—Tenía pensado ir al Museo de Historia, han abierto una nueva sala sobre la dinastía Goryeo.

El comentario hizo que él sonriese.

—¿Te gusta la historia?

—Soy una apasionada —respondió con una sonrisa.

Seok se quedó observándola hasta que apretó los labios y respiró un poco más fuerte, intentando controlar los nervios. Sí, sabía que no era lo mejor, que entre ambos había muy buena relación laboral, incluso personal, pero traspasar aquella raya entre lo personal y lo laboral era ya otra cosa, podía arruinar su buena sintonía.

De todas formas, no quería perder aquella oportunidad.

—A mí también me encanta la historia. No sabía que había una nueva sala —comentó, luego la miró con un poco de timidez—, ¿podría acompañarte? —Suni intentó disimular su sorpresa, aunque se controló con rapidez. ¿Visitar el museo en compañía de su atractivo y flamante jefe? ¿El mismo con el que se había besado en la discoteca? Que Suni no respondiese lo puso un poco nervioso—. Perdona… —comentó—, seguramente vayas con tus amigos, no quiero…

—No, no —reaccionó ella—, no voy con nadie, iba a ir sola —susurró. Apretó los labios y asintió—. Claro, me parece bien.

Ambos se quedaron observándose con una sonrisa hasta que Seok asintió y llamó con la mano al camarero haciéndole un gesto para que le trajesen la cuenta.

—¿Quieres ir por la mañana o por la tarde? —preguntó Seok. Intentó que su voz sonase calmada, aunque lo cierto era que se sentía muy ilusionado con aquella cita.

—Me gustaría ir mejor por la tarde —respondió ella—. Después de comer. ¿Te parece bien?

—Claro.

Tras pagar la cuenta subieron al ascensor y se dirigieron a los despachos.

—Llamaré ahora a *Wieden+Kennedy* para concertar la entrevista —comentó ella mientras rodeaba la mesa para sentarse en la silla.

Seok asintió y abrió la puerta corredera que daba a su despacho.

—Cuando tengas una respuesta me comentas —dijo mirándola. Ella asintió y encendió de nuevo la pantalla del ordenador. Se quedó observándola sin poder pronunciar palabra. ¿Cómo podía albergar aquellos sentimientos hacia esa muchacha si hacía apenas tres semanas que la conocía?

Suni sintió la mirada fija de Seok y alzó la vista. Se miraron durante unos segundos hasta que, esta vez, Seok reaccionó. Se removió un poco nervioso y le sonrió. Luego cerró la puerta de su despacho dejándola sola.

¡Se había quedado embobado mirándola! Pero… eran tan hermosa. Suspiró y se dirigió hacia la mesa de su despacho.

Suni sacó el móvil de su bolso y observó los mensajes que Woo le había enviado. Lo que le había relatado la había dejado sin palabras, sin poder reaccionar. El general Nakamura había existido de verdad… aquello sobrepasaba todo lo que había imaginado.

La casa que veía en sus pesadillas y luego localizaba, el nombre de aquel general que la había salvado y por el que, sin comprender por qué, sentía un gran amor hacia él… eran tantas las coincidencias…

Tragó saliva, abrió el cajón y extrajo la libreta de color lila. La abrió por la primera hoja donde había apuntado los datos de la terapeuta que le había hecho la regresión y pasó a la siguiente hoja.

Había escuchado decenas de veces la grabación de su regresión y apuntado los datos que eran de su interés para buscar información.

Fue hasta la parte donde había apuntado el nombre del general Nakamura y apuntó los datos que Woo había conseguido. Tendría que hablar con ella para que le pasase todo lo que había encontrado. A Woo parecía divertirle aquello y no dejaba de buscar información sobre ello, y a Suni ya le iba bien. Se había dicho a sí misma que no debía obsesionarse con ello, pero era inevitable. Woo, al menos, la ayudaba con aquella ansiedad y se interesaba por encajar las piezas de aquel puzle.

Las palabras de la terapeuta volvieron a su mente: *"Todas las personas venimos a este mundo por una razón, entre otras, para encontrar a nuestra alma gemela, aquella que nos complementa y… que nos hace perfectos. Esa es la esencia del dicho coreano, cuatro vidas para encontrarte, para hallar la perfección"*.

¿Esa era la razón por la que recordaba aquello? ¿El general Nakamura era su alma gemela? Se quedó observando su nombre, por más que se esforzase no lograba recordar su rostro, solo una silueta.

¿Significaba que su alma gemela estaba de nuevo allí buscándola? ¿Que se encontraría con ella? Miró hacia la puerta que la separaba del despacho de su jefe, quedándose pensativa.

Si tenía solo cuatro vidas para encontrarla, ¿su subconsciente le estaba avisando de que le

quedaban pocas posibilidades? Aquello era muy complejo. Y… si la encontraba, ¿cómo lo sabría?

Apartó la mirada de la puerta corredera y observó el ordenador, pero instintivamente volvió la mirada hacia aquella puerta. ¿Por qué sentía ese magnetismo hacia Seok Park? ¿Aquello significaba algo? Jamás había sentido una atracción tan grande hacia alguien como hacia él.

Se mordió el labio e intentó centrarse en lo que debía hacer. Guardó la libreta en el cajón y buscó en la base de datos el teléfono de la agencia publicitaria.

Ahora debía trabajar, ya tendría tiempo para pensar sobre ello el resto del día.

Suni acabó de maquillarse y se miró en el espejo. Estaba contenta con el resultado.

Se había vestido con unos tejanos y una camisa color verde que resaltaba sus ojos. Una chaqueta negra encima, unos buenos zapatos de tacón y lista. Elegante pero informal.

Estaba nerviosa por su cita. Hacía escasos minutos que Seok le había hecho una llamada perdida anunciando que llegaría a recogerla en diez minutos.

Así habían quedado. Se había ofrecido a quedar con él en el mismo museo, pero Seok había insistido en ir a buscarla. ¿Eso era una cita con su jefe?

Resopló cuando escuchó que su móvil vibraba de nuevo con otro mensaje de Woo. Parecía que su amiga estaba más emocionada con aquella cita que ella, y le parecía bien, pero la estaba poniendo nerviosa.

*Woo: ¿Qué te has puesto?*

No tenía tiempo para escribir, así que cogió el móvil, fue hacia la habitación y se hizo una foto en el espejo del armario. Seok le había hecho la llamada perdida hacía ya un rato, así que debía de estar a punto de llegar. No quería que tuviese que esperarla.

Cogió el bolso, se aseguró de llevar las llaves del piso dentro, el monedero, la barra de pintalabios y salió de la vivienda echando la llave.

¿Nerviosa? Más bien histérica. Estaba emocionada con aquella cita, pero el hecho de que él fuese su jefe hacía que se sintiese más nerviosa de lo que estaría ya de por sí con una cita. Aquellas últimas horas incluso se había planteado poner alguna excusa para no ir, pero sería mucho peor y, para qué negárselo, quería estar con él, aunque le pusiese nerviosa.

Bajó en el ascensor y salió a la calle justo cuando un Mercedes Benz clase E de color plateado se detuvo ante ella. La ventanilla se bajó y observó a Seok sonriente, observándola por encima de las gafas de sol.

Estuvo a punto de caerse de espaldas. Definitivamente, no estaba preparada para verlo fuera de la oficina. Sintió cómo su corazón se le aceleraba.

—Hola, Barnes —dijo sin borrar su magnífica sonrisa de sus labios.

Suni tragó saliva y rodeó el vehículo para subir por la puerta del copiloto.

Entró y se sentó.

—¿No habíamos quedado en que podíamos tutearnos? —bromeó ella.

—Tienes razón, disculpa —pronunció girándose hacia ella y, de nuevo, hizo aquel gesto tan atractivo, descendiendo su cabeza para observarla por encima de las gafas de sol—. Buenas tardes, Suni —comentó.

De acuerdo, aquello no había sido buena idea. Por suerte, Seok arrancó de inmediato porque poco le había faltado para saltar del vehículo.

Seok vestía un pantalón negro y una camisa blanca. Iba muy elegante, quizá debería haberse vestido de otra forma.

El Museo de Historia de Seúl se encontraba ubicado en el barrio de Jongno-gu, a una media

hora en coche desde donde ella vivía. El museo trataba la evolución de la ciudad desde su período prehistórico hasta la actualidad. Ya lo había visitado con anterioridad en uno de sus viajes. Ahora, sobre todo, le llamaba la atención la sala que habían habilitado de la época de la dinastía Goryeo y de la Segunda Guerra Mundial, por razones obvias. Ya había visitado aquellas salas con anterioridad, pero ahora estaba segura de que podría darle otro enfoque. Le hubiese gustado que Woo la acompañase, pero parecía que su relación comenzaba a ir viento en popa y sabía que necesitaba su espacio para estar a solas con él.

Suni miró a Seok de reojo.

—No te lo dije, pero ayer encontré un hotel que está cerca de las instalaciones de…

—Por favor, no hablemos de trabajo —la interrumpió Seok—. Bastante tengo durante la semana —dijo divertido y se giró un segundo para observarla—. Durante los fines de semana prefiero desconectar. —La miró de nuevo y sonrió de una forma traviesa—. Vas muy guapa.

Suni apartó la mirada directamente de él y observó por la ventanilla, intentando ocultar el rubor que comenzaba a cubrir sus mejillas. ¡Ya sabía ella que aquello no era buena idea!

—Gracias —susurró sin mirarlo.

Seok sonrió para sí mismo al ver su gesto. Suni era bastante graciosa en aquel sentido, su timidez le enternecía.

—He pensado que después del museo podríamos ir a cenar, si te parece bien.

¿Cenar? ¿Cuánto rato pretendía estar en el museo?

—Claro —volvió a susurrar.

Sí, si había alguna duda hasta ese momento se acababa de disipar, aquello era una cita en toda regla. No se trataba de dos personas con un mismo interés que iban juntas a ver un museo, no, aquello era algo más.

No les costó encontrar aparcamiento, por suerte, el museo contaba con un gran parquin donde dejar el coche.

Se quitó el cinturón y bajó del coche. No pudo evitar suspirar cuando vio que cerca de allí había una parte del parquin donde las plazas, en vez de estar pintadas de blanco, eran de color rosa y, además, con el símbolo de una mujer en el centro.

Aquella medida no le gustaba nada. Desde hacía años, las mujeres contaban con un espacio reservado en las plazas de aparcamiento, con líneas de color rosa, la silueta de una mujer como si se tratase de un aseo para señoras y mucho más anchas y largas, ideales para no castigar la carrocería propia o ajena, además, el pavimento era blandito y ligeramente acolchado, por lo que si ibas con tacones y caías no te harías daño.

Viniendo ella de una ciudad como Nueva York, aquella medida le parecía sexista y fuera de lugar.

Caminaron hacia la puerta y solicitaron sus entradas. Aquel museo, al igual que la mayoría de los museos de Seúl, eran gratuitos.

Caminaron por el gran distribuidor hasta que Seok se detuvo y la miró con una sonrisa.

—¿Qué quieres visitar primero?

Ella le sonrió de una forma tímida.

—¿Qué te parece si vamos a la sala dedicada a la dinastía Goryeo?

—Me parece bien —aceptó. Miraron las indicaciones y fueron al ascensor. Aquella sala se exponía en la segunda planta del museo—. Es una etapa de la historia que me gusta mucho.

—A mí también —dijo ella emocionada. Luego chasqueó la lengua mientras se situaba a un lado del ascensor para permitir que más gente entrase—. Es interesante saber cómo se formó este país, desde la unificación de los cinco reinos hasta la división de Corea en Corea del Norte y

Corea del Sur.

—Hay una sala dedicada también a esa parte de la historia.

—Lo sé —rio ella. Las puertas del ascensor se abrieron y salieron. Suni se fijó en la indicación que señalaba dónde se encontraba la sala de la dinastía Goryeo—. Por ahí. —Comenzaron a caminar. Le parecía increíble estar en aquel lugar con él—. Desde pequeña siempre me ha atraído mucho la historia.

—A mí también —respondió Seok—. De hecho, quería estudiar la carrera de Historia, pero mi padre me obligó a estudiar Economía y *Marketing*. —Se encogió de hombros.

—Vaya —comentó Suni asombrada por aquel dato—. Bueno, se te da bien —respondió sonriente.

—¿Tú crees? —bromeó él.

Suni rio y miró al frente. Una de las puertas de acceso señalaba que en aquel lugar comenzaba la sala.

—Ahí —indicó ella. Entraron en la sala y miraron de un lado a otro. La sala no era muy grande, pero había varios maniquíes vestidos con la ropa tradicional de aquella época, vajillas, joyas y manuscritos.

Caminaron hacia uno de los cuadros y se quedaron observándolo. Un hombre mayor, con larga barba blanca vestía con un Gonryongpo color rojo.

—Jeong Mong-Ju es uno de mis personajes históricos favoritos —indicó Seok observando el cuadro que lo retrataba.

Suni se quedó observando la pintura. Había visto varios lienzos donde lo habían retratado, pero aquel, sin duda, era uno de los mejores. Podían intuirse incluso las arrugas de su rostro, cada cabello de su larga barba, de hecho, parecía casi una fotografía.

—También el mío —susurró ella sin apartar la mirada del cuadro.

Seok la miró de reojo situándose a su lado.

—Fue un hombre recto en sus convicciones, leal…

—Un buen hombre —señaló ella.

Notó cómo el vello se le erizaba al observarlo, cómo algo dentro de ella se abría. Había algo en aquella pintura que le transmitía una ternura increíble. Sabía cuáles habían sido sus circunstancias, el motivo de su muerte y el destino de su familia, pero, por primera vez, mirando directamente a los ojos a aquella pintura, sintió la misma sensación que cuando encontró la casa en Shanghái.

—¿Avanzamos? —preguntó Seok.

Suni asintió directamente y miró al frente, donde decenas de maniquíes y joyas de la época se exponían en vitrinas vigiladas.

Pasearon por ellas, observando, fijándose en cada una.

—Esta parte de la historia, junto a Joseon, son mis períodos históricos favoritos —explicó ella mientras avanzaban y se detenían ante una vitrina donde se exponían dos libros abiertos, donde se podían leer órdenes dictadas por el rey Gongyang con una impecable caligrafía.

—Son interesantes —respondió Seok observando también los libros abiertos—, aunque debo confesar que soy un apasionado de la Segunda Guerra Mundial.

Aquel dato captó la atención de Suni.

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. No esperaba esta faceta de ti.

—¿Y qué esperabas? ¿Que solo me interesase la tecnología? —rio.

—No, no… —Lo miró con una sonrisa—, es… —Tragó saliva—, es solo que compartimos gustos.

Avanzaron y se detuvieron ante un documento escrito con tinta, con una caligrafía más bonita que la anterior.

—Luego podemos visitar la zona de la Segunda Guerra Mundial —comentó él.

—Claro —respondió ella con una sonrisa. No esperaba coincidir tanto con él en esas aficiones, pero le alegraba—. ¿Sabes? —comentó con tono divertido—, tengo una enorme biblioteca en mi piso plagada de libros de historia. No sé cuántas veces los habré leído —rio.

Seok la miró de forma tierna, como si aquella conversación que estaban manteniendo les hiciese sentirse más unidos.

—¿Y cuándo vas a enseñármela? —preguntó.

Suni apartó la mirada rápidamente de él con timidez. Aquello había sido una insinuación en toda regla. Seok se dio cuenta de su timidez y apretó los labios. Quizá había sido demasiado directo.

—Perdona, no quería decir que…

—Ya, ya… tranquilo —dijo ella mirándolo de nuevo, aunque su rostro había tomado un tono sonrosado.

Seok carraspeó y juntó sus manos por la espalda.

—Yo también tengo una gran colección de libros de historia y biografías —intentó mantener la conversación. Luego le sonrió y se acercó un poco más—. Y muchas películas.

—Ohhh… me encantan las películas de la época de Joseon —susurró fascinada.

—Son mis favoritas —respondió él con una sonrisa divertida.

Suni sintió cómo las pulsaciones de su corazón se calmaban. Lo cierto era que creía haber sufrido un infarto al escuchar la insinuación de él, pero al menos Seok había reconducido la conversación, lo cual le había permitido calmarse. Estaba claro que estaba interesado en ella, ¿por qué si no iba a acompañarla a un museo un sábado por la tarde? ¿Y la propuesta de cenar juntos? Después estaban aquellas insinuaciones como la de que quería ver la biblioteca que tenía en su casa.

No iba a negárselo, le gustaba que él estuviese interesado en ella.

—*Claro que lo harás, y serás feliz. Debes prometerme que lo harás* —escuchó que decía Seok. Reaccionó y se giró hacia él para observarlo. Estaba leyendo el documento que se encontraba dentro de la vitrina. Suni se fijó. El papel estaba amarillento por el paso del tiempo, la tinta era poco visible en algunos trazos, pero aún podía leerse lo que habían escrito—. *Siempre estaré contigo, la muerte no detendrá nuestro amor, lo único que hará será demorarlo. Nunca te dejaré.*

—¿De dónde ha salido este documento? —preguntó Suni sorprendida.

Seok se encogió de hombros y miró la placa con la explicación de lo que estaban viendo.

—Procede de un diario escrito por Jeong Mi-suk.

—¿La hija de Jeong Mong-Ju? —preguntó fascinada.

Seok asintió mientras seguía leyendo la explicación.

—Es un diario escrito tras el exilio de toda la familia de Jeong Mong-Ju a China, tras la muerte de este. Por lo visto, Jeong Mi-Suk mantenía una relación con un guardia real que fue ejecutado.

Suni observó el documento. Aquello parecía una carta de amor. Notó de nuevo aquella extraña sensación, incluso cómo sus ojos se humedecían sin comprender el porqué. Se giró al no soportar más la visión de aquel documento, aunque Seok parecía intrigado por seguir leyendo.

—*Tú eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, pero esto es solo el principio* —continuó leyendo—. *La muerte solo es el despertar del alma que estaba dormida.*

—Volveremos a estar juntos, Mi Suk, te lo prometo —susurró ella de espaldas a él, sin mirar el documento.

Seok asintió.

—Debían de quererse mucho —comentó él y miró confundido la espalda de Suni. Creía que había estado leyendo a su lado, sin embargo, permanecía de espaldas a aquella vitrina. Aquello lo dejó intrigado.

—Sí, eso pone —susurró asombrado—, ¿cómo…?

Ella se giró y apretó los labios durante unos segundos.

—No lo sé —susurró pensativa y miró el documento. Aquella extraña sensación se apoderó de ella, ¿cómo era posible que supiese el final de aquel escrito? Miró a Seok que la observaba intrigado—. Supongo que la habré leído en algún lugar.

Seok negó.

—No. —Señaló la explicación escrita en la placa dorada bajo la vitrina—. Este documento se encontró hace siete meses. Es la primera vez que se expone —indicó él.

—No… no lo sé —comentó un poco más nerviosa.

Seok esperaba que ella explicase la razón, incluso que le dijese que ya había visitado la sala antes, pero no esperaba que Suni comenzase a temblar como si sufriese un ataque de ansiedad.

—Eh, eh… —dijo colocando las manos en los hombros de ella—. Suni, ¿qué te ocurre? —preguntó preocupado.

Suni elevó la mirada hacia él intentando contener las lágrimas. Aquello era una locura, ¿por qué tenía que ocurrirle eso a ella?

Conocía aquella carta, a medida que Seok la leía, su mente sabía cuáles eran las siguientes palabras que pronunciaría.

Seok permanecía ante ella, observándola a los ojos, alarmado por su reacción. Suni no pronunciaba nada, lo único que hacía era estar allí, pensativa, como si hubiese entrado en shock.

—Suni… —pronunció él con delicadeza.

Finalmente, ella reaccionó, pero lo que vio ante ella la conmovió. Seok la miraba de una forma tierna, con preocupación, incluso amor. Sintió las manos de él sobre sus hombros, apretándola con dulzura para que se calmase.

Suni apretó los labios intentando controlar las lágrimas.

—¿Podemos irnos? —susurró.

Seok asintió de inmediato.

—Claro, vamos —dijo colocando un brazo sobre los hombros de ella.

Seok asintió mientras daba un sorbo a su café.

Habían salido del museo hacía prácticamente una hora. Se habían dirigido a una cafetería cercana y se habían sentado en el interior.

Era una cafetería bastante grande, con muchas mesas a lo largo y una barra donde algunas personas tomaban sus bebidas.

La cafetería estaba muy adornada. Sus mesas color blanco brillante contrastaban con las paredes a rayas blancas y rosas. En sus paredes había fotografías de la cafetería, bollería y cafés.

Se habían sentado al lado de la ventana.

Seok soltó su taza y observó cómo Suni aún paseaba sus manos temblorosas por la taza de té rojo que había pedido.

—Entonces… —intentó darle a su voz un tono tranquilo—, identificaste la casa de tus pesadillas.

Ella asintió lentamente y lo miró de forma tímida.

—Se trataba de un burdel que estuvo antes y durante la Segunda Guerra Mundial, llamado *Salón de Novato*. —Suni tragó saliva nerviosa—. Tenían mujeres de confort.

Aquellas palabras hicieron que Seok se removiese nervioso en la silla.

—Y tus pesadillas iban sobre…

Ella asintió.

—Me encontraba dentro de una habitación y, de repente, alguien se situaba al otro lado de la puerta. Sentía pánico, pero justo cuando la abrían me despertaba.

Él asintió pensativo. Ahora comprendía la razón por la que Suni había reaccionado asustada al ver la casa.

—¿Tienes mucho esas pesadillas?

—Antes sí —dijo antes de soplar sobre el té—. Pero desde que me hice la regresión no. Se han calmado —admitió.

No había sabido cómo comenzar a explicarle todo aquello. Seok quería saber, pero ¿cómo explicar todo sin que pensase que estaba loca? Su sorpresa había sido mayúscula cuando todo lo que le narraba era aceptado por él, sin buscar otra explicación ni cuestionarle nada, simplemente escuchándola.

—¿Hiciste una regresión? —preguntó emocionado.

Ella asintió.

—Sí. Yo… —Suspiró—, nunca había creído en estas cosas. Vosotros, los coreanos…

—Tú también eres coreana.

—Medio coreana —rio ella—, por parte de madre.

—Está bien —respondió—, medio coreana —bromeó.

—Vosotros aceptáis la opción de otras vidas sin cuestionarlo siquiera. La gente en Nueva York es diferente.

Seok se encogió de hombros y se apoyó en el respaldo, estudiándola.

—¿Qué sentido tendría vivir una sola vez? —preguntó—. Sería muy triste.

Ella sonrió y se mordió el labio. Volvió a dar otro sorbo y se dio cuenta de que Seok la estudiaba.

—En la regresión pude ver y sentir cosas…

—¿Ver? —interrumpió.

—Como un sueño, pero… real. Recuerdos que habían estado siempre conmigo, pero de los que no era consciente —susurró mirando su té de frutos rojos—. Recordé estar con mi familia labrando el campo. Luego me llevaron a esa casa en Shanghái, yo no quería ir, tenía miedo… —Tragó saliva—. Recuerdo los gritos de decenas de mujeres y cómo mi corazón se aceleraba al ver que alguien se acercaba a la puerta.

Seok respiró profundo y bajó la mirada, comprendiendo que aquello era doloroso.

—Luego… volví a casa —continuó susurrando ella y se quedó callada. Miró a Seok—. Recordé el nombre de un general japonés, el general Nakamura.

—¿Él… te…? —preguntó con suavidad.

—No lo recuerdo todo, solo sé que él me ayudó a escapar y que me prometió que volvería a buscarme cuando la guerra acabase, pero… —Sintió de nuevo cómo sus ojos se humedecían—, no volví a verlo.

Seok resopló ante todo lo que le explicaba.

—¿Lo has investigado?

—Mi amiga Woo, sobre todo. Ella fue quien me aconsejó hacerme una regresión y quien me

dio el contacto de la mujer. —Se mojó los labios nerviosa y dio otro sorbo—. El general Nakamura murió en el bombardeo de Hiroshima.

—Vaya… —susurró.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que esa era la causa por la que nunca volvió a buscarme —susurró. Inspiró intentando controlar las lágrimas—. Es… es muy extraño. Son recuerdos tan lúcidos… incluso más que muchas de las cosas que hice la semana pasada, pero la mujer que los recuerda no soy yo y, sin embargo, siguen doliendo… muchísimo.

Seok se apoyó contra la mesa cruzando los brazos.

—Nunca he experimentado algo así, pero entiendo que debe de ser confuso.

—Un poco —respondió ella. Lo miró y le sonrió de forma tierna—. Cuando estábamos en el museo y has leído esa carta…

—¿Crees que podrías ser tú quien la escribió o alguien cercano?

Ella tragó saliva sin saber qué responder.

—No lo sé… pero he sentido lo mismo que cuando vi la casa en Shanghái.

—Podrías probar con otra regresión —propuso.

Ella le sonrió.

—La terapeuta me dijo que esperase, que primero debía ordenar mis pensamientos y encajar estos nuevos recuerdos. Cuando pasase un mes, si seguía teniendo dudas o las pesadillas continuaban, podía llamarla.

—¿Lo harás?

Suni se quedó pensativa, valorando la opción.

—Creo que sí. —Se encogió de hombros—. El recordarlo y sobre todo el comprender la razón ha hecho que las pesadillas desaparezcan y la ansiedad remita.

Seok la miró intrigado.

—¿Y cuál es la razón por la que lo recuerdas? Quiero decir, no todo el mundo puede presumir de tener recuerdos de vidas pasadas.

Suni dio un trago a su té y se acercó a él por encima de la mesa.

—La terapeuta me habló de varias cosas —comenzó—. Me explicó una leyenda coreana sobre el alma. Cada persona tiene cuatro vidas. Una para sembrar. Una para regar lo sembrado…

—Sí, la conozco. —La interrumpió—. Una para recoger lo cosechado y, la última, para disfrutar del resultado del proceso.

Suni asintió.

—La terapeuta me explicó que la finalidad de nuestra existencia es encontrar a nuestra alma gemela para hallar la perfección y que durante las cuatro primeras reencarnaciones es más fácil encontrarse. Luego la cosa se complica. De ahí la leyenda. —Ladeó la cabeza con un gesto gracioso—. Dice que es posible que tenga esos recuerdos porque haya tenido varias vidas.

—¿Y tú la crees?

Ella sonrió mientras volvía a coger su té.

—¿Cómo no voy a creerla? Tengo recuerdos de experiencias que no he vivido en esta vida. Sí, claro que la creo.

Seok negó.

—No me refería a eso… —apuntó—, me refería a lo de que las cuatro primeras vidas sirven para encontrar a tu alma gemela, si no, el resto de las vidas no serás feliz, no estarás completo.

Suni apretó los labios y se quedó pensativa.

—No lo sé… —susurró y dio un sorbo a su té, luego depositó la taza sobre la mesa—. Pero

creo que algo de verdad sí que hay. Yo… —Suspiró y tragó saliva—, no recuerdo el rostro de ese general japonés, solo veo su silueta y, sin embargo, le quería… —admitió—, le quería muchísimo. Él… me salvó la vida, me protegió…

—¿Crees que él era tu alma gemela?

Suni volvió a quedarse callada y al final asintió lentamente.

—Sí, ¿qué sentido tendría que lo recordase si no? —Apartó la mirada de él con una sonrisa divertida—. Pensarás que estoy loca.

—No, no, ni mucho menos —reaccionó rápidamente Seok intentando calmarla—. Todo lo que me explicas me parece impresionante. —Acrecentó su sonrisa—. Yo sí soy coreano cien por cien —acabó con la broma—. Creo totalmente en la reencarnación.

Ella suspiró y lo miró. Se sentía aliviada de hablarlo con él. No esperaba que Seok fuese tan receptivo, le había sorprendido.

—Es un alivio saber que mi puesto de trabajo no peligra —continuó con la broma.

Seok dio un sorbo a su café, aún con la sonrisa en su rostro.

—Muchas gracias por explicármelo. —Se apoyó contra el respaldo de la silla, observándola. Ahora comprendía el porqué de su actitud en Shanghái. Ni siquiera se cuestionaba que le estuviese mintiendo, sabía que todo lo que le narraba era cierto—. Y… —continuó intrigado—, ¿solo has recordado la casa de Shanghái y la carta? ¿O tienes otros recuerdos?

Ella negó.

—Realmente solo he recordado el de la casa de Shanghái. El de la carta durante la época de Goryeo ha sido solo en ese momento, pero me he sentido muy vinculada a esa carta y a lo que…

—Has recordado cómo acababa la carta —recordó Seok apoyándose de nuevo en el respaldo —. Así que podríamos decir que tienes recuerdos de dos vidas, ¿de ninguna más?

Ella rio y negó.

—No, de ninguna más, pero la terapeuta me explicó que eso no significa necesariamente que haya vivido solo dos, puede haber vidas anteriores a esas.

—Ya, ya… pero… que recuerdes dos… —volvió a decir—, así que, si creemos que solo has tenido dos, esta sería tu tercera vida. Te queda esta y la siguiente para encontrar a tu alma gemela. —Sonrió mientras ladeaba su cuello.

—Sí, toda una responsabilidad —bromeó. Lo miró graciosa—. Pero ¿cómo se sabe cuándo se encuentra? —Suspiró mientras se apoyaba también en el respaldo—. Es complicado.

—No creo que se sepa —pronunció con voz tranquila, atrayendo la mirada intrigada de Suni —, simplemente hay que disfrutar de la vida, intentar ser feliz con las personas que te rodean.

—Sí, entiendo que todo se reduce a eso.

—Supongo que cuando das con tu alma gemela debes de sentir algo especial, como si te complementase a la perfección —pronunció Seok con la mirada fija en ella.

Ella le sonrió de una forma tierna.

—Sí, supongo. —Lo observó—. Al fin y al cabo, dicen que es la mitad de tu alma —rio—. Algo especial se debe de sentir. —Se quedó pensativa y apartó la mirada de él, centrada en la taza de té—. Es bonito pensar que venimos a la vida para buscar a nuestra otra mitad.

—Ya, pero… asusta un poco también, ¿no? —bromeó él—. Cuatro vidas, ¿y si no la encuentras? ¿Eres un infeliz el resto de tus vidas por toda la eternidad? —Suni iba a hablar, pero Seok continuó—. Sí, sí, ya sé… dicen que durante las cuatro primeras reencarnaciones es más fácil dar con ella, sino luego todo se complica, pero… ¿eso no te causa presión? —exageró, lo que provocó que ella comenzase a reír—, quiero decir, tú al menos sabes el número de vidas que llevas, ¿y yo? ¿Y si estoy en mi cuarta vida y estoy perdiendo el tiempo dedicando tantas horas a

mi trabajo? —acabó bromeando.

—No creo que funcione así… —Ladeó su cabeza para mirarlo—. Creo que la vida te da muchas oportunidades de encontrarla, otra cosa es que seamos conscientes y estemos dispuestos a amar.

Seok acabó su café y dejó la taza a un lado. Contempló por la ventana que tenían al lado, donde muchas parejas paseaban. ¿Realmente éramos conscientes de la repercusión que tenían nuestros actos en otras vidas? ¿Somos conscientes de las personas que tenemos a nuestro alrededor?

—Son las seis y media… —comentó ella provocando que él despertase de sus pensamientos —. Aún tenemos media hora antes de que cierren el museo, ¿quieres aprovechar para ver algo?

Seok negó directamente.

—No, pero si quieres podemos volver otro día. —Ella asintió rápidamente, con alegría—. ¿Te apetece dar un paseo y luego cenamos algo?

—Está bien, me apetece pasear. —Lo miró sonriente—. Muchas gracias por escucharme.

—¿En serio? Me encantan estos temas. Quizá me plantee hacerme una regresión algún día —pronunció mientras elevaba su mano para llamar al camarero para que les trajese la cuenta.

—Ya te pasaré el contacto de la que me la hizo a mí —respondió risueña.

Acabó de teclear, leyó de nuevo la respuesta que daba en el correo electrónico y lo envió.

Ya estaba todo listo. En quince días viajaría a Oregón con Seok. Ya lo tenía todo listo. Había escogido los vuelos y un hotel cerca de la central donde realizarían la reunión. Serían solo tres días, pero Seok le había prometido que la llevaría a un buen restaurante y harían una rápida visita al Parque Nacional del Lago del Cráter. Iban a ser pocos días, pero le entusiasmaba la idea de volver a viajar con él.

Aquella última semana Seok había sido encantador. Durante la cita del anterior fin de semana habían conectado muy bien, más de lo que ya lo habían hecho desde un principio.

No te enamores de él, se repetía una y otra vez, aunque eso iba a ser inevitable. ¿Para qué engañarse? Ya lo estaba. La confianza que le daba, el trato, aquella sonrisa… habían causado mella en ella y, además, sabía que besaba bien.

Resopló cuando aquel pensamiento volvió a su mente. No debía recordar aquello en horas de trabajo si quería concentrarse.

Inspiró y abrió el cajón de su mesita mientras se fijaba en la hora que era. En poco más de cinco minutos acabaría su jornada laboral y se iría a casa a descansar.

Sacó su libreta color lila y la hojeó.

Gracias a su amiga Woo había recabado bastante información sobre el general Nakamura. Había buscado fotografías y, aunque en internet había encontrado algunas que se correspondían con un general llamado igual durante la Segunda Guerra Mundial, no había sentido nada al verlas. Entendía que si lograba ver su fotografía, lo recordaría, sentiría algo, pero… nada de nada, así que daba por hecho que no era él.

Por otro lado, había buscado información sobre la carta que había escrito la hija de Jeong Mong-Ju, llamada Jeong Mi-Suk. No había información sobre ella, más que era la hija del famoso político y que había sido exiliada a China junto a su madre y sus hermanos tras la muerte del padre. No había encontrado nada en referencia a aquella carta de amor que había visto en el museo, lo único que había encontrado era la reseña y explicación que había leído bajo la placa donde se exhibía. No había nada más, así que tras la última semana de búsqueda había decidido calmarse e intentar pasar página.

En dos semanas le pediría hora a la terapeuta y le explicaría lo ocurrido. Le pediría que indagase sobre esa parte de su pasado, si es que podía.

Había recordado lo que decía la carta, pero nada más. Era extraño, recordaba todo lo que decía, la caligrafía, pero ninguna otra sensación o imagen.

El último apunte que tenía en la libreta era en referencia a Jeong Mi-Suk.

Cerró la libreta y la guardó en el cajón justo cuando Seok corrió la puerta a un lado y la miró sonriente.

—Hora de volver a casa —pronunció.

Suni asintió y apagó el ordenador.

—Ya he reservado los vuelos y el hotel que te comenté para el viaje a Oregón.

—Estupendo —respondió accediendo al despacho de Suni con el maletín en la mano. Llevaba un precioso traje negro que estilizaba su figura. Suni se puso en pie y cogió su chaqueta color rojo. Colocó su bolso en el hombro y rodeó la mesa en dirección a la puerta, acompañada de Seok.

Al salir, pasaron por el distribuidor donde se despidieron de la administrativa que acabaría su jornada en media hora y fueron directos al ascensor.

Seok apretó el botón a la planta cero y se colocó al lado de ella en el ascensor. Suni vestía una falda negra un poco por encima de las rodillas y una camisa de color blanco. Encima se había puesto una chaqueta roja a conjunto con sus zapatos. A medida que pasaban los días, más difícil se le hacía controlarse. La anterior semana había reunido el valor suficiente para pedirle una cita, aunque enmascarada como una quedada para ir al museo y, desde entonces, se moría por volver a pedirle otra cita. Si bien pasaban muchas horas juntos durante el día, incluso desayunaban la mayoría de las mañanas fuera, esto le sabía a poco. La necesidad de quedar con ella fuera del horario laboral se había vuelto imperiosa.

Tragó saliva y la miró de reojo. Ella permanecía mirando hacia la puerta, sujetando su bolso con la mano.

—Barnes… —pronunció—, ¿vas ahora a casa?

Ella lo miró sonriente.

—Sí, claro —respondió sin darle importancia.

—¿Puedo…? —Se quedó callado cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta veintidós y un hombre subió.

Ella lo observó de reojo.

—Señor Park —lo saludó aquel trabajador que acababa de subir al ascensor.

Él lo saludó con la cabeza sin decir nada. Suni comprendió que quería proponerle algo que solo le incumbía a ella, pues Seok se mantenía callado mirando al frente, sin intención alguna de continuar la frase, incluso pudo apreciar cómo apretaba los labios.

Suni tragó saliva y miró al frente mientras sentía cómo su corazón latía con fuerza en su pecho. Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración casi todo el rato.

Salieron del ascensor y el trabajador aceleró el paso hacia la puerta. Seok saludó como cada tarde a los administrativos que se encontraban allí y se dirigieron hacia la puerta, pero él se quedó quieto y colocó el brazo disimuladamente delante de ella para que se detuviese también.

Aquel gesto le sorprendió. Ni siquiera se atrevía a mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Puedo llevarte a tu casa? —preguntó directamente.

La propuesta cortó su respiración. Se quedó indecisa hasta que afirmó con la cabeza.

—Vamos —dijo indicándole que lo siguiese.

Fueron a un lateral del distribuidor y tomaron unas escaleras hasta el subterráneo, al parquin propiedad de la empresa.

Suni reconoció el vehículo con el que la había recogido el fin de semana anterior para ir al museo y se dirigió hacia allí.

Seok se sentó en el asiento del conductor mientras Suni se ponía el cinturón a su lado.

Arrancó y se dirigió al exterior.

—¿Recuerdas dónde es? —preguntó Suni.

—Sí, claro —respondió. Salió a la calle y se detuvo esperando a que unos vehículos pasasen para poder incorporarse a la carretera.

Giró a la derecha y aceleró.

—¿Sabes? —comentó Seok con un poco de timidez—. Busqué información sobre la hija de Jeong Mong-Ju.

Aquellas palabras le sorprendieron.

—¿De verdad?

Seok asintió sin apartar la mirada de la carretera.

—Espero que no te lo tomes a mal…

—No, no, ni mucho menos —respondió con una sonrisa. Le hacía ilusión que Seok se interesase por ella en aquel sentido—. Te lo agradezco.

—No hay mucha información, así que hablé con un amigo que tengo. Es historiador.

—¿Sí? —Tragó saliva—. Pero ¿le has dicho que…?

—No le he explicado nada sobre ti —respondió rápidamente—. Le expliqué que había visitado el museo de historia y que me había llamado la atención la carta encontrada que se atribuía a Jeong Mi-Suk.

—¿Y qué te dijo?

Seok giró a la izquierda y tomó aquella calle recto.

—No había mucha información sobre ella. Me explicó que había vivido con la familia real Ming. Los habían acogido.

Suni asintió.

—Sí, cuando los exiliaron —recordó ella.

—Me dijo que creen que murió sobre los cincuenta y dos años. Su tumba está junto a la de su madre y uno de sus hermanos.

—Y… ¿sobre la carta?

—Me dijo que, por lo que se sabía, estaba prometida con un primo lejano, pero esa carta no parece que vaya dirigida a él. —Suni lo miraba intrigada—. Me ha dicho que investigará un poco. Conoce a historiadores que trabajan en el museo, así que podría saber de primera mano lo que piensan los que han estudiado esa carta.

—Sería fantástico —contestó ella—. Muchas gracias. —Tragó saliva—. Yo también he buscado información sobre ella —se sinceró—, pero, como dices, no hay mucha que digamos.

—Muy poca —confirmó él.

Ella volvió a asentir y miró por la ventanilla. Aquellos recuerdos estaban en su cabeza, pero no lograba hallar el camino para encontrarlos. Era una sensación extraña, similar a cuando buscas una palabra para definir algo y no la encuentras.

—Cambiando de tema —continuó Seok y la miró de reojo—. ¿Qué vas a hacer este fin de semana?

Suni volvió de sus pensamientos y se giró hacia él.

—No lo sé. Supongo que descansar. Quizá lea algún libro o vea una pelí…

—¿Te apetece quedar para cenar el domingo? —preguntó directamente.

El corazón de Suni volvió a dispararse. ¿Quedar de nuevo? La semana siguiente volarían juntos a Estados Unidos, pasaban gran parte del día juntos y eso tampoco bastaba para ella. Una sonrisa apareció en su rostro. ¿Una segunda cita? Sí, le apetecía, le apetecía mucho quedar con él fuera del horario laboral, más cuando ya había adquirido aquella confianza y podía sincerarse totalmente con él.

—Claro —respondió.

—¿Te apetece algún sitio en especial? —Ella negó con la cabeza mientras se mordía el labio —. De acuerdo, será sorpresa.

Se quedó sin palabras, sin saber qué decir. Por suerte, Seok puso la radio y los quince minutos que restaban hasta su domicilio los pasaron escuchando música e intercambiando alguna palabra sobre el trabajo y el viaje a Estados Unidos.

—Puedes parar ahí. —Suni señaló una esquina donde los vehículos aparcaban en batería.

Seok situó el vehículo entre dos y lo detuvo, aunque para sorpresa de Suni lo apagó del todo.

Apretó los labios mientras salía del vehículo, sintiendo cómo el nerviosismo se iba apoderando de ella, sobre todo cuando vio que Seok salía del coche y lo rodeaba para acercarse.

Estuvo a punto de tropezar con la acera, pero recuperó rápidamente el equilibrio.

—Cuidado —comentó Seok situándose a su lado.

Suni lo miró con timidez y rebuscó en su bolso las llaves. ¿Por qué le temblaban tanto las manos? ¿Por qué se colocaba tan cerca de ella su jefe?

—Mmm… las tengo —dijo sacando un manojo de llaves del bolso y mostrándolo como un trofeo.

—Bien, me alegro —bromeó Seok sobresaltado por el ímpetu de sus palabras—. Mal iríamos si no tuvieses las llaves de tu domicilio.

Ella apartó la mirada de él sin saber qué hacer.

—Bueno, pues… —carraspeó un poco, pues se notaba la garganta seca por los nervios—, nos vemos mañana, ¿no? —preguntó sin siquiera atreverse a mirarlo.

—¿Te va bien si te recojo sobre las siete?

Vale, ¿iba a ir a buscarla? Aquello era una cita formal. Tragó saliva y finalmente se dignó a mirarle, aunque no estaba preparada para lo que se encontró. Seok la observaba con una medio sonrisa, obviamente motivada por la timidez de ella, pero su mirada era intensa, muy intensa, incluso le producía calor. En un acto de timidez, llevó instintivamente su mano hasta su nuca y asintió.

—Vale, a las siete está bien —susurró. Inspiró y lo miró de nuevo. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Se puso colorada—. Bueno, pues… —dijo dando un paso hacia atrás. Seok la miró de la cabeza a los pies, estaba claro que había captado sus intenciones e intentaba huir de él. Ah, no… ni hablar, ya llevaba mucho tiempo esperando para tener la oportunidad de volver a besarla. Desde el día en que había rozado sus labios por primera vez no podía quitárselos de la cabeza. Ahora, al fin, había reunido el valor para volver a hacerlo y no pensaba dejarla escapar—, nos vemos… nos vemos… mañana —tartamudeó un poco.

—Suni —dijo cogiendo su mano para que no se alejase. Pudo sentir cómo sus músculos se ponían en tensión. La miró fijamente y dio un paso hacia ella sin soltarle la mano—, ¿por qué te alejas? —Ladeó su cabeza esperando una respuesta.

Suni trago saliva. ¿Era necesario ser tan directo?

—Mmm… mmm…

—¿Es porque soy tu jefe? —preguntó estudiándola.

Estaba claro lo que quería decir con aquellas palabras. De acuerdo, lo mejor sería ser sincera.

—Sí —susurró—, me… me intimida que tú seas mi…

—¿Solo es eso? —la interrumpió.

Ella asintió.

—Sí, no quiero que…

No pudo pronunciar nada más. Si aquella era la única causa por la que ella intentaba alejarse de él, para Seok no era una excusa.

Llevó sus labios directamente hacia los de ella y los besó. Aquel contacto hizo que la piel de los dos se erizase. Era mucho mejor que la primera vez. Seok paseó sus labios lentamente sobre los de ella, de una forma relajada, tomándose su tiempo, saboreándolos… hasta que se alejó lentamente.

Suni permanecía con los ojos cerrados, totalmente estática. No había colaborado mucho en el beso, pero, al menos, tampoco se había apartado, lo cual era muy importante para él.

Abrió los ojos lentamente y lo primero que vio fue los ojos de Seok a pocos centímetros de ella, estudiándola. Seok la seguía mirando con intensidad, aunque obviamente esperaba una reacción por su parte.

¿Qué hacer en aquella situación? ¡Era su jefe! Sí, pero un jefe muy atractivo y con el que ya se había besado incluso antes de conocerlo. Tragó saliva sin saber qué decir ni qué hacer. Estaba segura de que salir corriendo no era una buena opción, volver a besarlo… sí, aquello le apetecía, pero Seok tomó la iniciativa y esta vez fue él quien dio un paso atrás mientras soltaba su mano, dándole espacio. No quería agobiarla, Suni había entrado en su vida como un soplo de aire fresco, era la única persona que le hacía acudir a su puesto de trabajo cada día con una sonrisa, no quería perderla, quería mucho más de ella, pero sabía que para Suni la situación era un poco más complicada. Ya la había besado, dejaría que asimilase aquello y al día siguiente volvería a besarla, estaba seguro de que no podría contenerse.

—Mañana estaré aquí a las siete —dijo rodeando el vehículo para volver al asiento del conductor—. Te aviso cuando esté a punto de llegar.

Ella asintió sin pronunciar palabra, totalmente petrificada en la acera, frente al portal de su piso.

Le sonrió y se metió en el coche. Se agachó un poco para observarla por la ventanilla y la saludó alzando la mano.

—Hasta mañana.

Ella no pudo articular palabra hasta que vio el vehículo girar la esquina.

—Hasta mañana —susurró finalmente. Estaba claro que no la había escuchado y que habría leído sus labios a través del retrovisor. En cuanto lo vio desaparecer, no pudo evitar dar un salto y juntar sus manos sobre su pecho, aunque no fue un salto motivado por los nervios. No, era alegría. Se sentía dichosa, feliz…

¿Para qué negárselo a sí misma? Estaba enamorada de Seok desde que lo había visto por primera vez en la discoteca.

Corrió hacia su piso y entró al portal. Fue a cerrar la puerta y no pudo evitar explotar de felicidad. Alzó los brazos y gritó.

—¡Síii!

Lo que sentía iba más allá de la felicidad, se sentía completa. Sin duda, viajar a Corea del Sur y aceptar aquel puesto de trabajo era lo mejor que le había ocurrido en la vida.

# 19

## Hanah

Año 1932 d.C.

Kane colgó el teléfono en su barracón y se pasó la mano por la frente.

Aún notaba el efecto de la bebida en su cabeza. Los últimos cinco días que había visitado el burdel, Hanah le había ofrecido sake. Aquel era el mejor momento del día, cuando entraba por aquella puerta y ella se desnudaba. Tras acostarse con ella, se tomaba las copas que Hanah le ofrecía. Durante esa hora podía olvidar, se dejaba llevar. Aquella mujer se había convertido en su vía de escape en aquel mundo lleno de guerra y dolor.

Su barracón, formado a partir de decenas de bloques de madera, estaba custodiado y rodeado por centenares de sacos que lo protegían y que creaban calles por las que transitar y defenderse de los ataques de la resistencia que, dicho sea de paso, no habían sido pocos.

Las habitantes de Shanghái se negaban a admitir la supremacía japonesa y luchaban contra ellos. Tan solo dos días antes, habían prendido fuego a uno de los barracones a cinco manzanas de allí.

En ese momento, tras la llamada del capitán, tenía vía libre para llevar a cabo su ofensiva contra la resistencia. Sabía desde hacía semanas dónde se escondían la mayor parte de los integrantes. El Peace Hotel representaba un punto de unión para todos ellos, donde planeaban los ataques que llevarían a cabo contra su ejército. Debía detenerlos antes de que volviesen a lanzar otra ofensiva.

Su paradero solo era sabido por sus espías japoneses, por él y por su capitán. Ahora, tenía unas horas por delante para planificar el ataque. Si se realizaba a las 00:00 horas, tal y como había ordenado el capitán, contaba con seis horas. Tiempo suficiente. Había planeado aquel ataque durante semanas, ahora solo necesitaba reunir a sus hombres y explicarles cómo se llevaría a cabo la ofensiva. Aquello le llevaría como mucho un par de horas.

Miró su reloj y suspiró. Siendo el día que era y teniendo aquella misión por delante, aquella no sería una de las tardes en las que visitaría a Hanah. Al día siguiente sería un nuevo día y, si seguía vivo, la visitaría.

Abrió el cajón y observó las tabletas de chocolate que había conseguido. No pudo evitar que una sonrisa apareciese en su rostro.

Cerró el cajón y miró al frente, hacia la puerta que conducía fuera del barracón, por aquellas improvisadas calles creadas a base de paredes construidas con sacos y que proporcionaban una protección frente a posibles ataques de la resistencia.

Avanzó hacia la puerta y miró al oficial que vigilaba.

—Mande a llamar al coronel Ishikawa y al teniente coronel Yamagawa. Los quiero aquí ya —ordenó.

El oficial que vigilaba la puerta del barracón se puso firme, asintió y salió en busca de ellos

dos.

Podía confiar en aquellos dos hombres, sabía que seguirían sus órdenes al dedillo.

Fue hasta la estantería y extrajo un mapa de Shanghái. Cogió la figura de un soldado de madera y la colocó justo en la ubicación del Peace Hotel.

Se fijó en el hotel. Estaba rodeado por tres lados por edificios. Las calles eran largas y anchas y, justo por delante, se encontraba el río Huangpu que dividía la ciudad en dos partes.

Debía tener en cuenta que esa era una buena zona de escapada. Debería ordenar que una gran parte de sus hombres vigilasen la zona del río.

En cuanto se presentaron el coronel Ishikawa y el teniente coronel Yamagawa en el barracón, no tardó en iniciar la explicación.

—Quiero a cincuenta de sus mejores hombres. —Señaló al coronel—. Y otros cincuenta por su parte —indicó al teniente.

—¿Cuál es la misión? —preguntó el coronel Yamagawa.

Kane rodeó la mesa y señaló un punto en el mapa.

—Inteligencia y los espías nos aseguran que el Peace Hotel es un centro de reunión y escondite de muchos miembros de la resistencia. —Miró a sus dos hombres—. El capitán ha dado luz verde. Atacaremos esta noche a las cero horas. Ustedes liderarán la contienda. —Ambos se pusieron firmes y asintieron—. Quiero hombres vigilando cada calle, cada esquina y cada puerta del hotel. Quiero hombres situados en las azoteas de los edificios que rodean al hotel. —Señaló los edificios colindantes—. Y, sobre todo, quiero una línea defensiva frente al río. Podrían intentar escapar por aquí —continuó la explicación.

—¿Los quiere vivos o muertos, señor? —preguntó el coronel.

El general Kane los miró pensativo y observó el mapa.

—En principio, vivos. Hay que interrogarlos para saber si hay más grupos de resistencia y dónde se esconden. —Miró de nuevo el mapa y luego observó su reloj—. Escojan a sus hombres y refuercen la vigilancia en las calles colindantes desde ya.

—Si, señor —respondieron los dos firmes.

Kane asintió y señaló con un movimiento de cabeza hacia la puerta.

—Pueden irse.

En cuanto se quedó solo, se quedó observando el mapa, intentando hallar algún lugar por donde pudiesen escapar. Si gran parte de la resistencia se escondía ahí, no tendría escapatoria. Aquel iba a ser un gran día.

Eran las doce en punto cuando Kane miró de reojo a su capitán, el cual se había desplazado hasta la zona para supervisar la misión.

Alzó la mano dando a entender que la operación se iniciase. Decenas de soldados corrieron hacia el edificio, acordonándolo e impidiendo que si había alguien en el interior pudiese salir.

—Esta es una de las operaciones más importantes —indicó el capitán.

Kane volvió a observarlo de reojo y asintió.

—Lo es, señor.

—Si conseguimos desmantelar el núcleo de la resistencia, avanzaremos en la conquista total y absoluta de Shanghái —pronunció el capitán.

Kane asintió y miró al frente. Iluminados por la luz de las estrellas y la luna, observaron cómo los soldados se situaban frente a las puertas, apuntando con sus fusiles.

Kane aguantó la respiración. Aquella era la operación militar más importante que había dirigido aquel último año.

Los soldados japoneses derribaron las puertas del hotel de una patada y rompieron los cristales de varias de las ventanas que se encontraban en la planta baja para poder entrar por ellas.

Otros soldados encendieron grandes focos y linternas para iluminar las calles para que nadie que estuviese allí dentro pudiese escapar.

Kane tragó saliva mientras observaba, a varios metros de la entrada principal y tras uno de los tanques que les serviría como pantalla ante posibles disparos, cómo decenas de soldados entraban en el interior apuntando de un lado a otro.

Puso su espalda recta cuando escuchó unos cuantos disparos. ¿Se resistirían? Estaba claro que sí. Podrían estar en contra de la resistencia, pero debían admitir que los que la formaban eran hombres y mujeres valientes que luchaban por sus ideales.

Los minutos pasaron y estos se convirtieron en horas. La temperatura comenzó a descender varios grados, por lo que Kane se obligó a subirse el cuello de la chaqueta y a colocarse su gorra en la cabeza.

Llevó la mano a su bolsillo y extrajo un paquete de tabaco. Directamente le ofreció uno de los cigarros al capitán que lo aceptó de buen grado.

Encendió primero el de su capitán y luego el suyo.

—He ordenado que revisen cada rincón de cada habitación del hotel —explicó antes de dar una calada.

El capitán asintió y dio otra calada.

—¿Aquí no dan de comer? —preguntó el capitán frotándose los brazos. Kane miró a uno de los oficiales y le señaló con la cabeza que fuese a buscar algo—. ¡Ehhh! —gritó el capitán al oficial que se detuvo de inmediato—, y también un poco de sake caliente —pidió como si se tratase del salón de baile del burdel y no del frente de una importante operación militar.

Sabía que sus hombres estarían inspeccionando todo el edificio, incluso los subterráneos, pero había algo que lo mosqueaba. Solo había escuchado unos cuantos disparos al inicio, luego estos habían cesado. Nadie de alrededor diría que se estaba llevando a cabo una operación militar allí, había demasiado silencio y, eso, no le gustaba. En efecto, había dicho que quería a los miembros de la resistencia vivos, pero llevaban prácticamente dos horas allí y ningún oficial había ido a informarle. No, sin duda aquello no era una buena señal.

El oficial llegó hasta el capitán y le tendió un botella de sake caliente que colocó sobre la rueda del tanque. Otro oficial llegó con un plato de fideos. El capitán los miró sorprendido.

—¿De dónde lo habéis sacado? —gritó entusiasmado—. ¿Es que hay un restaurante por aquí cerca y no lo sabía? —ironizó.

—No, mi capitán —dijo el oficial colocándose erguido frente a él—. Se lo hemos… pedido a una de las vecinas del lugar.

El capitán sonrió y comenzó a comer los fideos, sorbiéndolos y haciendo un ruido desagradable.

Kane ya sabía lo que implicaba la palabra que el oficial había empleado, el “pedido”, seguramente habrían amenazado a una de las familias chinas que vivían allí cerca para que les diesen algo de comer y una botella de sake, de lo contrario, no entendía cómo podían haber conseguido aquello.

Aprovechó que el capitán estaba entretenido con su cena para avanzar hacia delante, donde se encontraban varios oficiales apuntando de un lado a otro de la calle.

—Oficial —dijo llamando su atención. El oficial bajó su rifle y lo saludó llevándose la mano a la frente—. Necesito que me informe de la situación en el interior del edificio.

El oficial no se lo pensó. Asintió y fue a paso apresurado hacia el edificio para hablar con el coronel Yamagawa que se encontraba más cerca, supervisando el trabajo de sus hombres.

Aprovechó para girarse y observar que el capitán le pedía al oficial que le había conseguido la bebida y comida que le rellenase el vaso con sake. No entendía cómo podía tener hambre, él, sin embargo, tenía el estómago totalmente cerrado.

El oficial llegó hasta él y dudó un poco antes de hablar.

—Están revisando todo el edificio. Están en la sexta planta —explicó.

—¿Y? —preguntó con ansiedad.

—No… —El oficial tragó saliva nervioso por lo que iba a decir—, no han encontrado a nadie —acabó susurrando.

El general lo miró de la cabeza a los pies y luego observó extrañado en dirección al Peace Hotel. ¿No había nadie allí? No era lo que decían sus fuentes.

—¿Y los disparos?

—Ah… —Se removió nervioso—, había dos personas durmiendo en el interior. Personas que se habían quedado sin casa —explicó.

El general se removió nervioso e, instintivamente, volvió a mirar hacia el capitán. Aquello podía costarle caro.

Sin decir nada más, se giró y caminó lentamente hacia donde se encontraba su capitán que, en esos momentos, sorbía sin importarle el ruido que hiciese.

Se colocó ante él. Aún tenían que revisar la sexta planta, era posible que al escuchar los golpes y gritos se hubiesen refugiado en la planta alta. Igualmente, no iba a mentirle a su capitán.

—Capitán… —pronunció provocando que este lo mirase de reojo mientras le indicaba al oficial que volviese a llenar su vaso de sake—, no traigo buenas noticias.

El capitán iba a dar un trago, pero el vaso no llegó a tocar sus labios. Simplemente se giró para mirarlo sin pronunciar nada, esperando a que él se explicase.

—Están revisando la sexta y última planta del hotel. De momento… —comentó tieso como un palo—, no han encontrado a nadie de la resistencia.

El capitán depositó el vaso en la rueda del tanque y lo miró incrédulo.

—¿A nadie?

—Correcto, capitán —respondió.

El capitán dio unos pasos hacia él, esta vez más encolerizado.

—¿No me dijo usted que sus espías le habían corroborado que en este edificio —acabó gritando mientras señalaba hacia el hotel—, se encontraba un gran número de miembros de la resistencia?

Kane inspiró armándose de paciencia.

—Así es, señor. Es lo que me confirmaron.

El capitán extendió los brazos hacia los lados.

—¿Y por qué se supone que no hay ni un jodido chino en el edificio? —preguntó con repugnancia, con un tono de voz bastante elevado que llamó la atención de los que los rodeaban.

—Ni idea señor, pero lo averiguaré.

El capitán resopló y se giró hacia el edificio. Obviando ya al general, avanzó directamente hacia el coronel y el teniente coronel.

Kane suspiró y miró la espalda del capitán que iba directo hacia ese edificio. Aquello era extraño, pero era lo que sus espías y desde inteligencia le habían confirmado. ¿Le habían engañado? ¿Una filtración?

Su cabeza comenzó a pensar en posibles causas por las que los miembros de la resistencia no

se encontrasen ahí, pero el grito de su capitán le hizo alzar la vista.

—¡General Nakamura! —gritó el capitán que hablaba con el coronel.

Kane fue directo hacia allí. El capitán le señaló para que el coronel hablase.

—Tanto en la sexta planta como en uno de los subterráneos han encontrado una gran cantidad de ropa, latas en conserva y casquetes de munición —explicó.

Aquella afirmación hizo que Kane parpadease varias veces. Estaba claro que la resistencia sí había estado escondida ahí. Él tenía razón, no se había equivocado, sin embargo, sus fuentes no le habían indicado que los miembros de la resistencia se hubiesen marchado de allí. ¿Por qué iban a hacerlo justo ahora?

Estaba claro que el capitán pensaba lo mismo que él. Lo miró directamente.

—¿Quién era conocedor de que la resistencia permanecía escondida aquí? —le preguntó al general.

—Los dos espías que tengo infiltrados, usted y yo. Nadie más, señor —respondió.

El capitán resopló.

—Quiero hablar con las dos personas que tenía infiltradas —Kane asintió de inmediato. El capitán giró sobre sí mismo mirando a su ejército y extendió los brazos hacia ellos—. ¿Quién es amigo de los jodidos chinos? —preguntó hacia los soldados que lo observaron, apretaron los labios y desviaron la mirada de él, intimidados por el comportamiento y los gritos de su capitán —. ¿Alguien ha avisado a la resistencia para que se marchase?

Kane cerró los ojos intentando no sobresaltarse con los gritos de su capitán, al cual, sin duda, le habían afectado las copas de sake que había tomado.

—¿Quién me está haciendo perder mi jodido tiempo? —volvió a gritar, indignado por las horas que llevaba allí sin obtener resultados. Resopló y se giró hacia Kane que lo observaba sin decir nada—. Que peinen toda la zona —rugió—. ¡Y que los encuentren! —ordenó.

—Sí, capitán.

—Y… —continuó el capitán señalándolo con el dedo, acercándose a él de forma intimidante —, quiero saber quién ha sido el responsable de esto. ¡Si hay algún infiltrado en mi ejército… lo quiero muerto!

Dicho esto, se giró e inició la marcha en dirección al barracón más cercano. Pediría que le pasasen a buscar con el coche y se iría a descansar. Aquello había sido una absoluta pérdida de tiempo.

El general Kane decidió hacer lo mismo. Miró al oficial.

—Si encuentran a alguien que me avisen.

—Sí, señor. —El soldado se despidió de él.

Avanzó hacia el todoterreno que esperaba cerca de allí y observó cómo el capitán se dirigía a uno de los barracones, seguramente querría acabar de comer y después se marcharía a descansar.

Aquella noche no pudo pegar ojo. Había descansado solo unas horas, esperando a que en cualquier momento fuesen a la habitación que ocupaba para decirle que habían encontrado a algún miembro de la resistencia. No fue así, al contrario, un oficial había entrado en su dormitorio a primera hora de la mañana justo cuando se afeitaba con la navaja.

—El capitán lo espera en su barracón, general —comentó—. Quiere hablar con usted.

Aquellas palabras lo pusieron nervioso de inmediato. Se pasó la toalla por la cara, limpiándose los restos de espuma, y acabó de vestirse.

Bajó a toda prisa las dos plantas del edificio que había ocupado el ejército japonés y se dirigió al vehículo que lo esperaba para llevarlo al barracón del capitán.

Caminó por las trincheras hasta que llegó al barracón de su capitán, un barracón mucho más

grande que el de la línea de su frente.

El capitán se encontraba de espaldas a él, acompañado de un teniente general, un general de brigada y un general de división. Los tenía vistos, pero debía confesar que jamás había entablado conversación con ninguno de ellos.

—Tome asiento, general —le indicó su capitán señalando la silla que tenía frente a la mesa.

Kane fue hasta la silla y se sentó. Miró de reojo a sus compañeros militares, notando cómo los latidos de su corazón aumentaban. Estaba claro que la operación de aquella noche no había tenido los resultados esperados y que buscaban un culpable. Aquella reunión improvisada a primera hora de la mañana, el hecho de que se encontrasen tantos militares reunidos… solo podía significar una cosa: ese culpable iba a ser él.

—General, supongo que entenderá que la operación de ayer fue un fracaso para todos.

Kane asintió.

—Estoy de acuerdo, capitán —respondió con sinceridad.

El capitán se apoyó contra el butacón y observó al general de la cabeza a los pies. Era un hombre joven, pero de gran experiencia, había demostrado en numerosas ocasiones su valía como general del ejército llevándolos a la victoria.

—He hablado con inteligencia y, concretamente, con los espías que filtraron esa información… —Aquellas palabras sorprendieron a Kane—, ninguno de ellos tenía conocimiento de que la resistencia hubiese abandonado el lugar. —Kane asintió, al menos podía estar tranquilo, obviamente, si inteligencia no contaba con esa información, él tampoco —. Ahora bien, me gustaría que usted me proporcionase una información…

—Claro, señor —pronunció directamente.

—Hemos llegado a la conclusión de que alguien tuvo que filtrar la información previniendo a la resistencia para que abandonase el lugar.

Kane asintió.

—Eso creo yo también. Le prometo que me encargaré personalmente de encontrar a quien haya filtrado tal información.

El capitán asintió y lo miró pensativo. Juntó las manos y se apoyó contra la mesa, acercándose a él.

—Necesito que me diga todas las personas que han estado cerca de usted y han podido enterarse de esta información, aunque usted no les haya explicado nada.

# 20

## Suni

Año 2025 d.C.

No había podido evitarlo.

Cogió a Suni por la cintura y la apoyó contra la pared mientras besaba sus labios.

Había ido a buscarla a las siete de la tarde, tal y como habían quedado. Habían cenado y dado un paseo. Una tormenta los había sorprendido y habían corrido hacia el piso de ella. Con la excusa de que estaban empapados habían subido a su piso a esperar a que la tormenta pasase y él pudiese coger de nuevo el coche.

Nada más abrir la puerta, la había cogido por la cintura y apoyado contra la pared. Había buscado con sus labios los de Suni, atrapándolos en un caluroso y húmedo beso que había provocado que la piel de ambos se erizase.

Suni se sujetó rápidamente a su cuello, adentrándose en aquel placer que Seok le ofrecía. Había intuido durante toda la cena que aquello iba a ir a más y no se había equivocado.

Cuando la lluvia había comenzado, la había sujetado de la mano y habían corrido hasta el portal de su casa. La tormenta era muy intensa, no creía que durase mucho, pero era la excusa perfecta para que ambos subiesen a su piso.

Él la deseaba y ella también lo deseaba a él, ¿para qué postergar más lo inevitable?

Seok dejó que la chaqueta resbalase por sus brazos hasta caer al suelo y llevó su mano al primer botón de su camisa, desabrochándolo.

Suni no perdió el tiempo, llevó sus manos hasta la camisa de él y también comenzó a desabrochar los botones con dedos temblorosos y mojados.

El cabello se le enganchaba a su rostro y sentía la humedad de su ropa en todo su cuerpo, sin embargo, jamás había sentido tanto calor como en ese momento.

Inspiró con fuerza cuando Seok tiró la camisa al suelo y ella observó su pecho desnudo. Suni llevó su mano hasta uno de sus pectorales y lo acarició. La respiración de Seok se aceleró ante aquel contacto. Seok la besó con una pasión desmedida mientras llevaba sus manos hasta la camisa de ella y comenzaba a desabrochar también los botones.

Poco a poco la ropa fue desapareciendo de sus cuerpos.

La suavidad de la piel de Suni lo mantenía embelesado. Ya no le importaba que fuese su compañera de trabajo, su secretaria, Suni representaba para él algo mucho más intenso. Entre ellos jamás había habido una simple relación laboral, no, lo que sentía por ella era mucho más profundo.

Se agachó para cogerla por las caderas y la elevó provocando que Suni rodease su cintura con sus piernas.

Seok la mantuvo elevada y miró el comedor que había ante él.

—¿Por dónde? —preguntó directamente.

—Por el pasillo. —Señaló al otro lado del comedor—. La segunda puerta a la derecha —musitó y se fundió en un apasionado beso con él mientras Seok avanzaba según sus indicaciones.

Entró y avanzó hasta la cama. No hizo falta que encendiese la luz, pues con la luz que llegaba del comedor ya tenían suficiente, creando así un ambiente más íntimo. La soltó en el suelo y ambos se desvistieron con agilidad.

Se sentó con ella encima, a horcajadas, mientras se besaban y se profesaban caricias. La hizo girar tumbándola sobre el colchón y Seok se colocó entre sus piernas. Entró despacio en ella mientras escuchaba cómo contenía la respiración ante la plenitud que sentía.

Ambos se miraron a los ojos y Seok comenzó a moverse despacio. Suni se sujetó a él siguiendo el ritmo que Seok impartía, colaborando en cada uno de los movimientos y caricias.

El placer fue cobrando intensidad ante sus movimientos hasta que estalló en una explosión que hizo que ambos vibrasen.

Pudo escuchar la respiración de Seok acelerada, junto a su oído, mientras se recuperaba de las emociones.

Seok se incorporó sobre ella y la observó con una sonrisa.

De acuerdo, no iba a mentir, había deseado aquello desde que la había visto por primera vez en la discoteca y, ahora que la tenía, dudaba que jamás pudiese dejarla marchar.

La besó y se situó a su lado. Suni se reclinó a un lado y se apoyó contra el hombro de él mientras este la rodeaba con el brazo.

Lo que había experimentado había sido mágico. Suspiró y miró hacia Seok que también la observaba. Ambos se tomaron un tiempo para hacerse a la idea de lo que había ocurrido, para ser plenamente conscientes.

Suni tragó saliva cuando sintió que el paseaba las yemas de sus dedos sobre su brazo, acariciándolo.

—Creo que podemos prescindir de una habitación en el hotel de Oregón.

Ella rio y se incorporó, apoyando la cabeza en su mano. Seok tenía una mirada divertida, juguetona.

Suni se encogió de hombros.

—¿El departamento de contabilidad no pediría explicaciones? —bromeó.

—Es posible —reconoció y se encogió de hombros—, pero no me importa.

Ella se mordió el labio y lo miró no muy segura. Agradecía aquellas palabras por parte de él, pero la situación para ella era diferente.

—Creo que será mejor continuar con las dos habitaciones… —susurró y ladeó la cabeza ante la mirada interrogante de él—. Tú eres el director, pero yo… me ha costado mucho llegar hasta aquí y no quiero que piensen que…

—Tonterías.

—No, no lo son para mí —susurró con ternura, acariciando su brazo. Se encogió de hombros con una mirada graciosa—. Podemos dejar las dos habitaciones y usar solo una.

—Vale, eso me gusta… —rio—, mantendremos una relación secreta, una aventura prohibida… —continuó riendo—. Será emocionante. —Le guiñó un ojo.

Ella no pudo menos que reír.

No quería que en la empresa la viesen como una oportunista, como alguien que intentaba consagrar su puesto de trabajo de aquella forma. No, lo que sentía por Seok era real, pero no podía perder la cabeza, debía mantenerse coherente y con los pies en el suelo. Sí, parecía que Seok quería algo serio, pero aún era muy pronto para decidir si aquella relación iría a buen

puerto. Prefería cubrirse las espaldas en lo referente al puesto de trabajo.

De todas formas, aquellas últimas palabras que había pronunciado habían acelerado su corazón. Sí, aquello también podía ser divertido.

—Me apunto —rio ella.

Seok se acercó y la besó. La rodeó con los brazos y la acomodó sobre su pecho.

—¿Sabes? —preguntó—. Si no fuese por ti mi vida sería muy aburrida —comentó.

Ella enarcó una ceja.

—Pensaba que la vida de un directivo como tú sería muy ajetreada.

Él resopló.

—Qué va… —contestó con sinceridad—. Trabajar, trabajar y más trabajar, para luego llegar a casa y estar solo. El trabajo me absorbe todas las horas del día. —Cogió su mano y la besó—. Tú has hecho que todo sea más llevadero… —Acarició su cabello y besó también su frente.

—Antes no… ¿no tenías una secretaria?

Seok puso los ojos en blanco y volvió a resoplar.

—Sí, Song Eun-hye, pero se quedó embarazada y dejó el trabajo. Ahora que iba a ser madre no podía viajar tanto.

—¿Te llevabas bien con ella?

—Sí, muy bien. Era buena mujer. Había quedado varias veces con ella y su marido para vernos. Han sido seis años trabajando juntos —recordó—. Tiene que dar a luz en menos de dos meses. —Se quedó pensativo y luego miró a Suni—. Nunca te lo he preguntado, ¿has tenido pareja?

—Tuve una, durante la facultad. Estuvimos tres años juntos, pero cuando acabamos la universidad tomamos rumbos diferentes. Él estudiaba química y le surgió un trabajo en Chicago, así que se marchó. De todas formas, la relación no iba bien.

—Nunca se sabe lo que nos depara el futuro —comentó él.

Ella asintió.

—Sí, quién me iba a decir a mí que iba a acabar viviendo en Corea del Sur —rio.

—Por suerte para mí… —susurró él.

Aquellas palabras tocaron lo más profundo de su corazón y acarició su mano.

—Por suerte para los dos —concluyó ella.

Ambos se quedaron mirándose unos segundos y después se fundieron en un abrazo.

Suni metió en las carpetas las fotocopias que había hecho y se dirigió a su asiento. Lo había dejado ya todo listo. Una carpeta con dibujos y diseños del nuevo terminal y un listado con todas las nuevas características del producto que querían que se viesen reflejadas en la publicidad.

Por suerte, la anterior secretaria lo tenía todo muy bien organizado, así que no le había costado encontrar en los archivadores un antiguo contrato de publicidad. Lo había escaneado y guardado en su ordenador, listo para completarlo y ser imprimido para firmar si las condiciones que les ofrecían eran aceptadas.

Tragó saliva y miró hacia la puerta medio abierta donde podía escuchar a Seok hablar con uno de los distribuidores de Europa.

Estaba deseando coger el avión a las once de la mañana. Sería un viaje muy largo, pero estaba ansiosa por empezarlo.

Aquellos últimos días estaban siendo mucho más divertidos y agradables en la empresa de lo que hubiese imaginado. Seok no dejaba de insinuarse, e incluso le había hecho alguna proposición indecente que ella había rechazado escandalizada. ¿Quién le iba a decir que su jefe

era tan intenso?

Guardó las carpetas que había preparado en una pequeña maleta donde llevaba toda la documentación y se aseguró de llevar en la carpeta de mano los billetes de avión y la reserva del hotel.

—¿Está todo listo? —preguntó Seok asomándose a la puerta.

Ella se giró con una sonrisa y asintió.

—Todo listo —confirmó.

Se acercó a ella sujetando el maletín en su mano. Sin previo aviso, rodeó su cintura con su brazo y se acercó para besarla.

Ella aceptó el beso, pero se removió de inmediato hacia atrás mirando hacia la puerta del despacho por donde en cualquier momento podía entrar la administrativa.

—Seok —susurró ella con un sutil toque de atención.

Él ladeó su cuello.

—Venga ya, no puedes seguir sonrojándote —bromeó.

Ella resopló y, aunque le dio la espalda, una sonrisa se dibujó en sus labios. Lo cierto es que aquel juego era mucho más excitante de lo que esperaba.

Se reclinó sobre la mesa para asegurarse de que la pantalla del ordenador estaba apagada e iba a coger la carpeta con los billetes y la reserva de hotel cuando sintió la mano de Seok recorrer su espalda lentamente, con una clara insinuación.

Intentaba ser fuerte, de verdad que sí, pero Seok poseía un magnetismo al que era vulnerable por mucha fuerza de voluntad que le pusiese. Cerró los ojos y tragó saliva mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser al sentir cómo la mano caliente de Seok recorría su espalda, llegaba hasta su camisa e introducía la mano en su interior para acariciarla con las yemas de los dedos.

Sí, puede que aquel gesto no fuese prácticamente nada, pero la encendía, la encendía de tal modo que tenía que sujetarse con fuerza a la mesa para no saltar sobre él.

Seok se acercó y situó sus labios al lado de su oído.

—Tengo una propuesta para ti, Suni.

—Otra propuesta indecente, no —gimió ella como si le faltasen ya las fuerzas para resistirse.

Aquellas palabras provocaron la risa en él. Cierto que Suni era mucho más expresiva que él, en cierto modo, él sabía guardar más la compostura, pero en realidad estaba igual o peor que ella. Se moría por besarla a cada momento, por volver a acostarse con ella y hacerle el amor lentamente.

—Mañana hay que ir temprano al aeropuerto —siguió susurrando mientras acariciaba su espalda con suavidad—. ¿Qué te parece si me paso a buscarte en una hora por tu piso y pasas la noche en el mío? Así podemos coger el taxi desde mi piso.

Ella tragó saliva y asintió levemente, aún con los ojos cerrados, deleitándose con aquella sensación.

Tenía las maletas preparadas, lo único que necesitaba era revisar su neceser de aseo.

Inspiró y se giró hacia él, pero Seok no retiró su mano, sino que a medida que ella rodaba para girarse y colocarse de cara a él, Seok dejó que su mano recorriese toda su cintura.

—De acuerdo.

Él sonrió y se acercó a sus labios, como si así la tentase.

—Pedimos algo de cenar, ¿de acuerdo? —sugirió.

Ella miró sus labios y tragó saliva. ¿Cómo una pregunta tan sencilla podía encenderla de aquella forma?

—De acuerdo.

—¿Te apetece algo en concreto? —preguntó sin apartarse de sus labios.

—Sorpréndeme.

La respuesta provocó una sonrisa más amplia en Seok. Dio un paso atrás, permitiendo que los latidos del corazón de Suni se calmasen, y miró su reloj de muñeca.

—¿Crees que para las nueve estarás lista? —Ella asintió—. De acuerdo, pues paso a buscarte por tu piso a esa hora.

Volvió a acercarse y la besó, aunque esta vez el beso fue un poco más largo. Ella le golpeó el hombro divertida para que se alejase, ya podrían despacharse a gusto luego en el piso de él.

—Nos vemos luego —dijo Seok saliendo por la puerta, llevando la maleta que Suni había preparado con toda la documentación.

—Hasta luego —se despidió ella.

En cuanto se quedó sola en el despacho, se dedicó unos segundos a calmarse.

De momento, nadie en la empresa sospechaba de su relación, también ayudaba el hecho de que ambos estaban en despachos contiguos separados del resto de la empresa, lo que les daba una mayor intimidad, pero sabía que, si seguían a ese ritmo y con tantos besos, abrazos… acabarían por descubrirlos. De todas formas, ¿qué podía pasar? Sabía que lo que sentía por él era cierto, y creía que también lo era para Seok. Cierto que aún era muy pronto, sin embargo, junto a él, se sentía segura.

Guardó otro documento en el escritorio y se fijó en la libreta color lila donde había apuntado lo que había averiguado de sus vidas pasadas. Una idea brotó en su mente. Recordaba el amor que sentía por aquel general japonés y no se había dado cuenta hasta ese momento de que era una sensación parecida a lo que sentía por Seok.

La idea se abrió paso en su mente. ¿Y si Seok había compartido con ella otras vidas? Había sentido un vínculo con él desde el inicio. La terapeuta le había dicho que las almas se buscaban para unirse. ¿Podía ser posible?

Descartó aquella idea de su mente. Ahora debía concentrarse en que todo saliese bien para el día siguiente, ya tendría tiempo más adelante de meditar sobre aquello.

Cerró el cajón de su escritorio, cogió su bolso y lo colgó en su hombro. Apagó la luz del despacho y salió de este.

Se despidió de la administrativa con un movimiento de mano y tomó el ascensor.

Seok se había llevado toda la documentación que habían preparado para la reunión y, seguramente, en esos momentos estaría hablando con los directivos de otros departamentos para concretar asuntos de última hora.

Contaba con más de una hora y media para llegar a casa, darse una ducha y preparar el neceser. Tiempo de sobra para ir tranquila.

Salió a la calle y lo primero que hizo fue mirar al cielo. El horizonte ya tomaba un color rosado. Caminó por la calle pensativa en dirección a la estación de metro ubicada a pocos minutos a pie de su oficina.

Hacía tiempo que no se sentía tan feliz, tan plena. Seok se había convertido en alguien muy importante para ella y parecía que él quería tener una relación seria.

No pudo evitar sonreír cuando se detuvo en un semáforo esperando a que este diese paso a los viandantes. Sujetó con fuerza su bolso en el hombro y se giró para observar que dos niños, seguramente hermanos, llegaban sujetos de la mano de su madre al semáforo, colocándose a su lado.

—¡Al parque! —gritó uno de los niños.

Pudo ver cómo la madre ponía los ojos en blanco mientras el otro hermano también comenzaba a suplicar.

—¡Parque! ¡Parque! —gritaban los dos al unísono.

—Ahora hay que ir a cenar —les explicó la madre—. Mañana por la mañana ya iremos al parque.

—¡Nooo! —gritaron los dos.

Aquella negativa hizo que Suni sonriese. Desde luego, las prioridades cambiaban según la edad. Aquellos niños deseaban con todas sus fuerzas ir a jugar al parque un rato, ella deseaba que pasase aquella hora y media para poder encontrarse de nuevo con su jefe. Sí, el orden de las prioridades cambiaba totalmente. Ella quería jugar, pero de otra forma.

Contuvo la respiración cuando de forma inesperada uno de los niños se soltó de la mano de su madre y dio unos pasos acercándose a la calzada.

—¡Al parque! —gritó el niño con una sonrisa. Se dio media vuelta y comenzó a correr por la carretera mientras unos coches hacían sonar el claxon.

—¡Cuidado! —gritó Suni.

Sin pensárselo dos veces dejó caer el bolso de su hombro y corrió hacia el pequeño.

Todo cobró un mayor brillo, los vehículos se movían a cámara lenta. Corrió todo lo que pudo y empujó al pequeño hacia un lado, evitando que el coche lo golpease. Podía escuchar los gritos de fondo, incluso cómo la madre gritaba lentamente el nombre del niño. Todo se había ralentizado, incluso los haces de luz que se acercaban a ella.

Pudo ver por el rabillo del ojo cómo el niño había caído por detrás de ella antes de notar cómo un fuerte golpe la impulsaba hacia atrás quitándole toda la respiración del cuerpo y haciéndola rodar por la calzada, abrasándose las piernas y los brazos por el fuerte impacto contra el asfalto.

De repente, todo se tornó oscuro.

# 21

## Cheong

Año 2853 d.C.

La luz del sol a duras penas llegaba hasta el suelo, pues los altos edificios hacían que las calles estuviesen sombrías.

Sabía que, en pocos minutos, dada la hora que era, casi las nueve de la noche, las luces artificiales alumbrarían un poco más aquellas sombrías calles.

Colette se movió entre el gentío que se amontonaba para entrar en uno de los locales. Sabía que el estar allí era peligroso, más aún si la reconocían, pero la necesidad imperiosa de pertenecer a ese movimiento le hacía olvidar el peligro.

Ella era afortunada, por suerte, nunca había pasado hambre ni frío como muchas de las personas que la rodeaban, había crecido rodeada de privilegios y comodidades, pero aquello no le hacía ser indiferente al sufrimiento de aquellas personas.

El yaonismo había llegado hacía cincuenta años, con el ascenso al trono de Yang Yoo. Aquel militar había ascendido al trono tras la conquista de Corea del Sur, imponiendo unas leyes dictatoriales allá donde hasta el momento había democracia. Muchos confiaban en que con la muerte de Yang Yoo acabaría aquello y podrían recuperar su territorio, que Corea del Sur volvería a ser un país libre, que podría independizarse de nuevo o, mejor aún, que conseguirían una Corea unida, pero con las mismas leyes que regían a la del sur hasta la imposición de aquella dictadura.

Aquellas esperanzas habían sido en vano. Tras la muerte de Yang Yoo, su hijo, Yang Kang-ho, había ascendido al trono hacía cinco años, continuando el legado de su padre.

El país ahora contaba con una población muy diversificada: o eras rico perteneciente a la aristocracia o eras pobre. Los impuestos abusivos, el control autoritario por parte del gobierno sobre el estilo de vida de los súbditos, tal y como los llamaba el rey, la falta de libertad… vivir allí no era vida.

Siempre había existido una resistencia, un grupo de personas, mayormente pertenecientes al territorio del sur, que intentaban equilibrar la balanza y derrocar aquel régimen, pero aquello era imposible cuando los militares y la policía pertenecían al monarca y obedecían sus órdenes bajo pena de muerte si no las cumplían. No era solo eso, más de un hombre seguramente arriesgaría su vida si con ello podía dar un poco de libertad y mejorar la vida del pueblo, pero una pena de muerte no conllevaba solo la muerte del penado, sino de parte de su familia. Nadie se arriesgaría a desobedecer al monarca, pues sabía a lo que se exponía y que no habría misericordia por parte de este.

Las decapitaciones, ahorcamientos y muertes por electrocución se sucedían continuamente. Que te amenazaran con quitarte la vida no solo a ti, sino a tus seres queridos, mantenía al pueblo obediente. Solo unos pocos valientes se atrevían a desafiar al monarca, personas que ya nada

tenían que perder, pero que intentaban dar una mejor vida a las generaciones futuras.

El local era bastante grande, situado prácticamente a las afueras de la ciudad de Seúl. Era un lugar que no solían frecuentar mucho ni la policía ni los militares, por eso mismo aquellas reuniones clandestinas se hacían en aquellas zonas.

En las calles colindantes decenas de miembros de la resistencia vigilarían las cercanías al local y, en el momento en que viesen a la policía o a los militares hacer acto de presencia, darían la voz de alarma para desalojar el local y huir de allí.

Era arriesgado, pero merecería la pena si lograban hacer de aquel país un lugar mejor, un lugar donde pudiesen ser libres.

Colette entró al local y se situó en una esquina. Debía de haber más de cien personas y, aunque fuera hacía mucho frío, en el interior del local, dada la cantidad de gente congregada, la temperatura era más elevada.

Se apoyó contra una de las columnas y se frotó las manos intentando hacerlas entrar en calor cuando uno de los hombres subió sobre una tarima para que se le escuchase.

El local pertenecía a una nave industrial abandonada. Poseía ventanas a los lados, sin cristales, por donde entraban los últimos rayos del sol de aquel día. Miró hacia los lados y coincidió la mirada con uno de los hombres que pertenecía al alto mando de la resistencia. Le llamó la atención sus ojos. Pese a que sus rasgos eran orientales y su cabello totalmente negro, sus ojos parecían claros desde allí, muy llamativos. Se sorprendió cuando se quedó observándola varios segundos, como si se asombrase de verla allí.

Colette se removió nerviosa y miró de un lado a otro intentando aparentar serenidad. Ya sabía a lo que se exponía acudiendo a esas reuniones. Si la reconocían, seguramente acabarían con su vida al momento.

Desvió la mirada hacia el hombre que permanecía de pie sobre la tarima y que comenzaría su discurso en breve, intentando aparentar normalidad, aunque cada pocos segundos desviaba su mirada disimuladamente para observar a aquel hombre que seguía estudiándola con aquellos ojos tan llamativos.

—Gracias a todos por venir una vez más —comentó—. Para mí es un orgullo ver que cada día nuestra resistencia crece más. Cada día somos más fuertes —gritó alzando su puño hacia el cielo, lo que provocó que los allí presentes lo imitasen y comenzasen a aplaudir y a vitorearlo—. ¡Quieren acabar con nosotros! —gritó—. Acabar con nuestros ideales, con nuestra libertad… con nuestra ideología, donde nosotros seguimos confiando y luchando por una Corea unida pero libre… ¡libre de esta tiranía!

Colette suspiró y miró de reojo. Cuando coincidió la mirada con aquel hombre de ojos claros, de nuevo tragó saliva y decidió moverse, internándose entre la gente. Sabía que su rostro podía ser reconocido por algunos y no iba a arriesgarse a ser descubierta.

Avanzó mientras la gente seguía aplaudiendo y aclamando las palabra de su dirigente. Se detuvo y miró hacia los lados, asegurándose de que ya no podía verla. Se sintió mucho más tranquila y relajada cuando no encontró aquellos ojos claros observándola con detenimiento.

Volvió a mirar al frente y prestó atención.

—¡En pocos días nos alzaremos!

Colette apretó los labios y tragó saliva. Sabía a lo que se referían. El doce de febrero sería el aniversario de los cincuenta años de yaonismo, haría cincuenta años que la familia Yang estaba en el poder y, como cada año cuando llegaban aquellas fechas, harían un desfile militar y el rey daría su discurso. Este año iba a ser aún más pomposo, pues se celebraban los cincuenta años.

Ya lo había escuchado en otras reuniones. Ese día la resistencia se alzaría y lucharía por

obtener la libertad, planeaban llevar a cabo un golpe de estado.

—¡Todos los que estamos aquí seremos parte de la historia! ¡Los que conseguimos traer a este maravilloso país la libertad que tanto ansiaba! —prometió.

—¿Cómo lo haremos? —gritó uno de los allí presentes, emocionado.

El hombre que dirigía la resistencia se giró hacia él y lo señaló.

—Diez de mis generales serán los que os dirijan —explicó—. Cada uno de vosotros perteneceréis a una de esas diez facciones y cada una de ellas tendrá encomendada una misión. —Todos alzaron los puños en señal de que estaban listos y preparados—. Entre esta noche y mañana recibiréis un mensaje en vuestro dispositivo con el número de facción al que pertenecéis y dónde y cuándo deberéis encontraros para recibir las órdenes. —El hombre los miró a todos con una sonrisa—. ¡Lo vamos a lograr! ¡Esta vez sí!

—Esta vez sí —gritaron todos al unísono, como si se tratase de un mantra—. ¡Esta vez sí! ¡Esta vez sí! ¡Esta vez sí! —repitieron.

El hombre alzó sus manos para que guardasen silencio.

—En cuanto recibáis el mensaje, memorizad vuestro número de facción, lugar y hora de la reunión y borradlo.

Colette miró su pulsera, donde en principio recibía todos los mensajes. Allí le indicarían todo lo necesario que debiese saber.

Alzó la mirada mientras el resto de la multitud seguía con el cántico cuando encontró de nuevo aquellos ojos claros observándola. Aquel joven la observaba desconcertado. Estaba claro que se había movido de su posición inicial para poder verla mejor, pues ella se había desplazado varios metros a un lado para ocultarse precisamente de él.

Tragó saliva sin apartar la mirada de él justo cuando brincó.

Un hombre entró en el local a toda prisa y en un tono no muy elevado, aunque contundente, pronunció la palabra.

—Policía.

No tuvo que alzar el tono, ni siquiera repetirlo, aquella palabra tenía un efecto instantáneo en todos. Sabía lo que aquello significaba. Si los encontraban allí los detendrían y a muchos de ellos los acusarían de traición. La pena por ese delito era la muerte del detenido, así como la de los familiares que supiesen de su deslealtad y no lo hubiesen confesado.

No hubo gritos, solo un murmullo de todos mientras se dirigían a las salidas traseras para huir de allí lo antes posible. Había grupos de vigilancia en las calles colindantes, así que aún contaban con varios minutos antes de que la policía y los militares llegasen hasta allí. Igualmente, no iba a quedarse para averiguarlo.

Se giró, se echó la capucha por encima y corrió tras la gente en dirección a las puertas traseras. Desde allí accederían a otras calles de la ciudad por las que se dispersarían sin ser vistos.

Colette los siguió, sin duda conocían el camino mejor que ella.

Cuando salió, el intenso frío la dejó paralizada durante unos segundos. Debían de encontrarse a unos pocos grados bajo cero. Se frotó las manos y, durante unos segundos, esperó a ver hacia dónde se dirigía la gente. Por experiencia, sabía que lo mejor era distanciarse de las multitudes y huir sola. Cuando los militares o la policía veían grupos multitudinarios siempre iban a por ellos.

Vio que la mayoría corría hacia la derecha, así que sin ningún tipo de duda giró hacia la izquierda. No conocía muy bien esa zona de la ciudad, pero si iba en aquella dirección acabaría encontrando algún taxi o autobús que la alejase de allí rápidamente.

Se giró para observar cómo la mayoría corría calle abajo, hacia la oscuridad. Apretó los labios e incrementó el paso, distanciándose del local.

La calle estaba poco iluminada, solo por las luces de los altos edificios que la rodeaban, donde anunciaban publicidad para que uno adquiriese todo tipo de productos.

Se detuvo de inmediato y se introdujo en el portal de un edificio cuando observó que, a lo lejos, el coche de la policía cruzaba la calle.

Esperó a ver cómo las luces de este dejaban de reflejarse en las paredes e iba a salir del portal cuando una mano se situó en su estómago y la empujó al interior.

Iba a gritar, pero otra mano tapó su boca, evitándolo. Su mirada asustada coincidió con los ojos claros de aquel muchacho mientras este la empujaba al interior del portal.

Colette intentó apartar su mano de inmediato con un golpe, pero el muchacho le hizo un gesto para que guardase silencio y señaló con un movimiento de cabeza hacia la calle.

Se dio cuenta de que en dirección contraria avanzaba otro coche de la policía. No había sido consciente de este hasta ese momento.

Colette asintió dándole a entender que ya lo había visto y el joven apartó las manos tanto de su boca como de su estómago, colocándose a su lado en la esquina más oscura de aquel portal para no ser vistos.

Colette lo miró de reojo, le sacaba una cabeza. Vestía con un jersey marrón y unos pantalones de nieve. El chaquetón que llevaba puesto, de color negro, le hacía esconderse en la oscuridad con facilidad.

Se agacharon un poco cuando el coche pasó frente a ellos, sin moverse un ápice, hasta que finalmente pasó de largo girando una esquina.

Colette apretó los labios y tragó saliva. Lo miró de reojo. El joven dio unos pasos, se asomó al portal y miró de un lado a otro, asegurándose de que ningún policía ni militar inspeccionaba la zona.

Se giró hacia ella y la observó. Estaba diferente a la última vez que la había visto, pero reconocería aquella mirada en cualquier parte del mundo.

—Gracias —dijo Colette avanzando hacia él para asomarse también.

Cuando giró su cuello para observarlo, el joven la miraba fijamente, sin pestañear, totalmente extasiado. Sí, aquel era el joven que la había mirado en la reunión, uno de los jefes de las facciones. Sus ojos parecían claros incluso en aquella oscuridad, pero su actitud la puso en alerta, si la había reconocido podía tener un grave problema.

—Será mejor que me vaya… —susurró ella acongojada mientras daba un paso para salir del portal, pero el joven la frenó cogiéndola del brazo. Colette lo miró atemorizada. Aquel muchacho tenía algo en su mirada que le resultaba cautivador, pero no debía olvidar de quién se trataba: era uno de los dirigentes de la resistencia.

Intentó zafarse de su brazo, pero el joven la sujetó con más fuerza. La apoyó contra la pared del portal con un movimiento brusco, rodeándola con los brazos para evitar que huyese de él.

Aquel gesto la asustó y su frecuencia cardíaca se disparó. El joven la estudiaba a escasos centímetros, observando cada matiz de su rostro, de su expresión. Si algo tenía claro, era que aquel muchacho la había reconocido y aquello podía ser su perdición.

—Eres tú —susurró hacia ella, totalmente embelesado.

Aunque no hubo ningún tono acusador en aquellas palabras, ella se asustó. Ya no había duda, la había reconocido, uno de los generales de la rebelión sabía su identidad.

Lo miró fijamente, conteniendo la respiración durante unos segundos, y, sin previo aviso, alzó su rodilla golpeándolo en la entrepierna. Puede que no estuviese físicamente tan preparada

como uno de los altos mandos de la rebelión, pero sabía dónde debía golpear a un hombre para escapar de él.

—Ahhh —gritó el joven retirándose levemente, encorvando su espalda hacia delante, con una mueca de dolor en su rostro. Colette se giró, salió del portal y comenzó a correr alejándose de él—. ¡No, espera! —gritó el muchacho apretando los dientes—. ¡Por favor, espera!

Colette se giró solo para observarlo un segundo antes de girar la esquina.

Ni loca iba a esperar como él le pedía. Ya sabía lo que ocurriría.

El yaonismo era horrible, con unas leyes crueles y autoritarias, pero la resistencia tampoco se jactaba de ser misericordiosa.

No dejó de correr ni de echar la vista atrás durante varios minutos. Su respiración se aceleraba, los músculos de las piernas se tensaban, sus latidos estaban desbocados en su pecho, pero no paró de correr en ningún momento. Debía alejarse lo antes posible de aquella zona y desvincularse de aquella reunión. Parecía que había pasado desapercibida para la policía y los militares, pero caminar a esas horas en la oscuridad comenzaba a ser peligroso, no solo porque a esa hora la mayor parte de los que salían eran saqueadores de casas abandonadas, sino porque todo aquel que estuviese en la calle era susceptible de ser detenido e inspeccionado por la policía. No tenía ganas de enfrentarse a ellos, lo único que deseaba en aquel momento era volver a su hogar y descansar.

Aquello era arriesgado, pero le daba sentido a su vida, una razón por la que seguir adelante. Nunca le había faltado de nada, pero se sentía en deuda con aquella sociedad.

Llegó hasta una calle más concurrida donde decenas de puestos de comida rápida anunciaban mediante carteles muy luminosos, algunos de ellos holográficos, la comida que vendían, esperando captar así más clientes.

Metió las manos en sus bolsillos y caminó entre la gente, mucho más tranquila, pues aquella calle era más céntrica.

Suspiró cuando finalmente subió a un taxi e indicó al taxista la dirección a la que debía llevarla.

Se desabrochó el abrigo y miró su pulsera. Habían dicho que entre aquella noche o al siguiente día le notificarían la facción que le había tocado y el día y hora de su reunión.

Sin poder evitarlo, aquellos ojos claros volvieron a su mente. Ahora que estaba más relajada, se daba cuenta del atractivo de aquel muchacho. Su cabello negro caía en unos mechones sobre su frente. Sus pobladas cejas hacían que el color gris azulado de sus ojos destacase. Hasta ese momento no había sido realmente consciente de las facciones marcadas y masculinas de aquel joven que debía superarla por pocos años en edad.

—*Eres tú* —había susurrado.

Sintió cómo la piel se le erizaba al recordar aquellas palabras.

Aquello solo podía significar una cosa o, al menos, eso creía ella.

El taxi se detuvo, pagó la cuenta situando su pulsera en una placa que había tras el asiento del conductor y bajó del vehículo.

No cruzó la calle, sino que esperó a que el taxi desapareciese tras la esquina.

Atravesó la carretera y se dirigió a las escaleras.

Sabía que pertenecer a la resistencia era peligroso, y más por su condición, pero, tal y como se había dicho a sí misma, le debía mucho a la sociedad.

Sabía que no tenía por qué sentirse culpable, que realmente ella no era la causante de nada, pero no podía dejar de sentirse un poco responsable.

Las puertas de su hogar se abrieron y uno de los miembros del servicio le hizo una

reverencia.

—Princesa —comentó poniendo su espalda firme mientras tres súbditos más cerraban la puerta—, el rey Yang solicita su presencia.

Ella enarcó una ceja y miró al servicio con burla.

—Te refieres a mi padre, ¿verdad? —ironizó mientras le tendía el abrigo. El hombre asintió sin saber cómo reaccionar—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En los jardines, princesa —respondió haciendo de nuevo una reverencia para alejarse.

Colette asintió y se giró para observar el largo pasillo que la llevaría hasta el gran jardín que ocupaba la parte central del palacio.

Aborrecía que se refiriesen a ella como princesa. Aquel título la alejaba de lo que realmente quería. Hasta ella era consciente del abuso de poder que hacía su padre.

Tenía catorce años cuando había salido por primera vez de palacio. Había dejado sus elegantes ropas en el armario y se había vestido igual que el servicio. Qué diferente era todo respecto a lo que su padre le había explicado. Su padre, el rey Yang, le había narrado cómo su pueblo era feliz bajo su mandato, cómo todos obedecían para intentar contentarle, escondiéndole la realidad de lo que realmente ocurría. ¡Qué ilusa había sido!

Solo había dado unas vueltas a palacio, sin alejarse de este. Le había bastado para darse cuenta de la pobreza en que vivía su pueblo, los niños desnutridos, el miedo que todos le tenían… era todo lo opuesto a lo que su padre le había explicado.

El detonante había llegado cuando, tras varias salidas a escondidas del palacio, se había hecho amiga de una niña llamada Ha Je-Ying. Se había visto varias veces con ella, sin revelar realmente su nombre. Se había convertido en su confidente, en su mejor amiga… había pasado largas horas con ella, explicándole esta cómo su padre se ganaba la vida en las minas de la zona norte de Corea. Hacía tres años que no lo veía.

Poco después, había dejado de verla. Sus reuniones eran al atardecer, pero, de repente, un día, Ha Je-Ying no había acudido a su cita. Meses más tarde había llegado a sus oídos que toda la familia había sido ejecutada, puesto que el padre se había alzado en rebelión en las minas.

Aquello le había abierto los ojos y, desde entonces, aunque quería a su padre, el odio se había comenzado a apoderar de ella. Él era realmente el causante de todo el dolor y sufrimiento de su pueblo, y haría cualquier cosa por ayudarlos.

Avanzó hasta el jardín y se quitó el abrigo, entregándoselo a uno de los sirvientes. El jardín, situado en el centro del palacio, tenía forma cuadrada y estaba cubierto por una cúpula de cristal que hacía que el clima en su interior fuese agradable.

Caminó entre las plantas hasta que halló a su padre sentado en uno de los asientos frente a la fuente, acompañado por uno de los militares de su confianza, el general Son Bin. Aquel hombre disfrutaba de toda la confianza de su padre y prácticamente se había convertido en su confidente. Nunca le había gustado. Era un hombre autoritario, uno de los generales más apreciados por su padre, dado que era un gran devoto suyo, pero la forma en que la miraba, en que se dirigía a ella, como si no fuese nadie, la alteraba. Tanto Son Bin como su padre se giraron en su dirección cuando escucharon sus pasos. Ella se detuvo esperando a que Son Bin se alejase. No pudo escuchar nada de la conversación que mantenía con su padre, el general solo asintió con una reverencia hacia el rey y se alejó dejándolo solo.

Colette se dirigió hacia él y se situó a su lado, contemplando los chorros de agua iluminados por luces de colores que daban claridad a todo el jardín.

—Ya estás aquí —pronunció su padre sin siquiera mirarla. Ella asintió cogiéndose las manos por delante—. ¿Dónde estabas?

—En la parte norte del palacio, padre. Pintando —mintió. Una de las cosas de las que más disfrutaba era pintar, así que le servía de excusa para evadirse muchas veces, pues su padre no acostumbraba a acudir a la parte norte del palacio, un lugar reservado para ella.

Su padre asintió y le indicó con la mano que se sentase a su lado.

—¿Qué estás pintando?

Ella se encogió de hombros mientras se acomodaba.

—Un paisaje de un río en una montaña —explicó.

Se giró hacia ella y la contempló de arriba abajo.

—¿Has leído ya el discurso que…?

—Padre —lo interrumpió y apartó la mirada, atemorizada por la reacción que su padre pudiese tener—, no creo que esté preparada para dar ese discurso.

Su padre puso la espalda recta, sin apartar la mirada de ella.

—¿Lo has leído? —preguntó ignorando las últimas palabras de su hija. Ella asintió—. Bien —contestó modulando su tono de voz—. Es tu obligación. Como heredera al trono debes dar tu primer discurso ya. Vas a cumplir los veintiún años. Es tu deber.

Colette inspiró lentamente intentando armarse de paciencia.

No quería hacerlo. Sabía que era su deber como heredera, que a los veintiún años debía realizar su primer discurso como futura reina de Corea, aunque, realmente, el sucesor sería el marido que su padre escogiese para ella. Sin embargo, lo más importante era que no se sentía identificada con el discurso que le habían preparado los asesores reales. Era un discurso plagado de mentiras, de promesas que sabía que no se cumplirían, un discurso egocéntrico y que intentaba realzar la figura de su padre, pero ella lo conocía, había visto de primera mano lo que el pueblo sufría. No, aquellas palabras no saldrían por su boca si podía evitarlo.

—Claro, padre —contestó sin mirarle, zanjando así la conversación.

El rey se quedó observando unos segundos la fuente y posteriormente giró su cabeza para mirarla.

—Tu madre se sentiría orgullosa de ti —comentó con un tono de voz plano.

Aquellas palabras la afectaron más de lo que esperaba. Su madre. Solo tenía vagos recuerdos de ella. La había perdido con ocho años cuando una enfermedad la había apartado de ella para siempre. Aunque eran pocos los recuerdos que atesoraba de ella, tenía la certeza de que su madre hubiese intentado frenar al tirano que gobernaba aquel país. No recordaba mucho de ella, pero sí las palabras que pronunció en su lecho de muerte, justo antes de exhalar por última vez.

Los ojos de Colette se humedecieron al recordarla y se obligó a apretar los labios.

Su madre, con unos rasgos menos orientales que su padre, dado que descendía de madre francesa, acarició su mejilla.

—*Eres fuerte, mi Colette* —dijo con ternura—, *y con tu fortaleza lograrás cambiar el mundo.*

Aquellas palabras se habían grabado a fuego en su corazón. Cuánta razón había tenido su madre en sus palabras, el mundo debía cambiar, aunque quizá se había equivocado de persona. Se consideraba valiente, pero ¿tanto?

Su padre se puso en pie sin previo aviso y apartó la mirada de su hija. Colette lo imitó de inmediato, levantándose del asiento.

—Buenas noches —pronunció girándose, sin muestra alguna de afecto hacia ella.

Colette se quedó allí quieta, sin mediar palabra, y se giró hacia la fuente de colores. Seguramente, si su padre supiese lo que estaba haciendo, mandaría que la encerrasen o algo peor. Sabía que ni siquiera con ella tendría misericordia, y por esa misma razón debía intentar cambiar

el mundo en el que vivía. Si no había misericordia ni para su propia hija, ¿de qué sería capaz con el resto de la gente?

Debía ser fuerte, tal y como le había dicho su madre. Ya había iniciado su andadura, ahora solo debía mantenerse firme, no solo por su bien, sino por el de todo su pueblo.

# 22

## Hanah

Año 1932 d.C.

Eran las siete de la madrugada cuando el capitán había entrado en su barracón.

La operación de la noche anterior había sido un fiasco. Tras hablar con el servicio de inteligencia desde donde habían suministrado la información de que gran parte de la resistencia se escondía en el Peace Hotel, se había dado cuenta de algo. Había un topo. Desde inteligencia le habían confirmado que no tenían noticia alguna sobre que la resistencia hubiese abandonado aquella ubicación. Debían de haberse marchado poco antes del ataque. Alguien debía de haberles alertado de sus intenciones, pero ¿quién?

Desde inteligencia no tenían conocimiento, tampoco el general Kane Nakamura, si no, no hubiese insistido tanto en realizar la operación. Los soldados no habían tenido conocimiento de aquel ataque hasta pocas horas antes de que se llevase a cabo.

Cabía la posibilidad de que todo fuese una mera casualidad, que la resistencia fuese cambiando de posición cada pocos días para evitar ser encontrada, pero ¿por qué iban a dejar ropa allí?, ¿o comida?, ¿e incluso armas? Ahí había algo que se le escapaba, una filtración desde su ejército para que la resistencia pudiese escapar.

—Disculpe, capitán —dijo un oficial entrando en el barracón—. Dos soldados quieren hablar con usted.

El capitán resopló y desechó la idea con un movimiento de mano.

—Ahora no puedo.

—Disculpe, mi capitán… —insistió el oficial—, pero dicen que es importante, que tienen información sobre la operación que se llevó a cabo esta noche.

Aquellas palabras llamaron la atención del capitán que alzó la vista hacia el oficial y asintió.

—De acuerdo, que entren.

El oficial asomó la cabeza fuera del barracón e instó a los dos soldados a que entrasen.

Ambos se dirigieron hasta colocarse frente a la mesa del capitán y lo saludaron de forma militar. A aquellos soldados los tenía vistos, aunque nunca había tratado con ellos.

—Descansen, soldados —ordenó. Al momento, los dos soldados bajaron sus manos, pero siguieron firmes. El capitán miró hacia el oficial que salía del barracón y volvió la mirada hacia aquellos dos soldados que parecían ansiosos por poder hablar—. El oficial me ha dicho que tienen una información valiosa que puede despejar mis dudas sobre lo que ocurrió esta noche. ¿Es cierto?

—Sí, mi capitán —respondieron al unísono.

El capitán se puso en pie y rodeó la mesa.

—Eso espero, porque no estoy para perder el tiempo —los amenazó. Ambos soldados seguían con la misma postura—. ¿Sus nombres? —instó.

—Kazuo Yamada, capitán, cabo mayor —dijo el primero.

—Naolo Tanaka, capitán, cabo primero —pronunció el segundo.

El capitán asintió y miró al de mayor rango.

—¿Qué tienen que decirme?

Kazuo Yamada tragó saliva antes de comenzar a hablar.

—No es seguro, mi capitán… —pronunció con un poco de temblor en la voz—, pero el general Kane Nakamura visita mucho últimamente el *salón de Novato*… —El capitán se encogió de hombros como si aquello fuese lo normal—. Entre todos los soldados es sabido que solo trata con una mujer de ese burdel, una… una coreana, señor. —Tragó saliva al ver que el capitán enarcaba una ceja—. En las últimas semanas va prácticamente cada día y, además, sale bastante ebrio del burdel.

El capitán se quedó pensativo y lo miró. Comprendía perfectamente lo que aquellos soldados estaban insinuando.

El cabo mayor miró de reojo al cabo primero, nervioso ante lo que le relataban. Desde que la noche anterior la misión había sido un fracaso, no se quitaban de la cabeza que hubiese podido haber una filtración, al igual que el resto del ejército. Ninguno de sus compañeros tenía conocimiento sobre la operación que iba a realizarse pocas horas antes. Sabían que la filtración no venía de ninguno de ellos, sin embargo, el general, que sí tenía conocimiento de la operación, visitaba cada tarde a una prostituta coreana y salía borracho de su habitación. Aún recordaban cómo había reaccionado el general cuando ellos dos, acompañados de un tercer compañero, habían intentado aprovecharse de la muchacha. El general los había detenido y la había cogido en brazos llevándosela lejos de ellos. Sin duda, el general Nakamura estaba interesado en aquella joven, y, además, parecía divertirse con ella, con aquella esclava sexual. Los tres habían debatido aquella opción durante toda la noche y se habían dado cuenta de que la idea no era descabellada, si no, ¿por qué aquellas últimas semanas el general salía totalmente ebrio del *salón de Novato*? Cabía la posibilidad y, como tal, debían explicársela a su capitán. Solo ellos dos se habían atrevido, el tercero se había querido desentender de la situación en cuanto habían decidido explicarle la situación al capitán. Era mucho mejor ponerlo sobre aviso, pues sabía que estaban en territorio enemigo.

El capitán los observó y asintió. Rodeó pensativo la mesa dirigiéndose de nuevo a su butacón y se sentó.

—¿Cuánto hace que visita a esa mujer? —preguntó.

Esta vez fue el cabo primero quien respondió.

—Meses —indicó—, pero lleva cerca de dos semanas que, además, no se tiene en pie cuando sale de la habitación.

El capitán volvió a asentir.

—¿Habéis visto a esa mujer?

Ambos asintieron.

—Una de las veces intentamos llevarla a la habitación… —explicó sin tapujos—, ella se negó y la golpeamos. —El capitán ni siquiera se inmutó ante lo que explicaban—. El general se interpuso entre nosotros y la joven y la llevó a la habitación para protegerla.

Los miró a los dos. Aquellos soldados parecían tener claro que allí pasaba algo. Realmente había una correlación con lo que explicaban y lo acontecido la noche anterior.

—De acuerdo, vuelvan a sus puestos, soldados.

Ambos lo saludaron llevándose la mano a la frente, se giraron y salieron del barracón.

Aquello no dejaba de ser una posibilidad, pues sabía que los espías chinos se encontraban

por todos lados, intentando conseguir información. No era nada descabellado.

Se quedó observando la puerta del barracón durante cerca de un minuto, barajando las posibilidades. No perdía nada por averiguar un poco más sobre eso y, en todo caso, actuar frente a esa amenaza.

—Oficial —gritó llamando al soldado que se encontraba en la puerta. Este entró esperando una orden de su superior—. Que avisen al general Kane Nakamura, quiero hablar con él, ¡ya! —ordenó—. Y que vengan también el teniente general, el general de brigada y el general de división.

Se quedó en silencio. Todo comenzaba a cobrar sentido en su cabeza.

Aquel tonto que tenía por general debía de haberse encaprichado de la muchacha y esta se había aprovechado de él, lo había emborrachado para sonsacarle información, si no… ¿de dónde podían haber extraído aquella información? Todo aquello tenía sentido.

No pasaron más de cinco minutos hasta que el teniente y los dos generales acudieron a su barracón, y quince minutos hasta que el general Kane Nakamura apareció en la puerta del barracón del capitán.

Kane miró a todos los allí presentes antes de dar unos pasos al frente.

—Tome asiento, general —le indicó su capitán señalando la silla que tenía frente a la mesa.

Kane tomó asiento tal y como le ordenaban.

—General, supongo que entenderá que la operación de ayer fue un fracaso para todos.

Kane asintió.

—Estoy de acuerdo, capitán —respondió con sinceridad.

El capitán se apoyó contra el butacón y observó al general de la cabeza a los pies. Era un hombre joven, de gran experiencia. Había demostrado en numerosas ocasiones su valía como general del ejército llevándolos a la victoria, pero puede que por su juventud se hubiese dejado embaucar por una mujer.

—He hablado con inteligencia y, concretamente, con los espías que filtraron esa información… —Aquellas palabras sorprendieron a Kane—, ninguno de ellos tenía conocimiento de que la resistencia había abandonado el lugar. —Kane asintió—. Ahora bien, me gustaría que usted me proporcionase una información…

—Claro, señor —pronunció directamente.

—Hemos llegado a la conclusión de que alguien tuvo que filtrar la información previniendo a la resistencia para que abandonase el lugar.

Kane asintió.

—Eso creo yo también. Le prometo que me encargaré personalmente de encontrar a quien haya filtrado tal información.

El capitán asintió y lo miró pensativo. Juntó las manos y se apoyó contra la mesa, acercándose a él.

—Han llegado hasta mí noticias de que usted frecuenta el *salón de Novato*, que últimamente le cuesta salir en pie de allí, que… se divierte mucho. —Kane enarcó una ceja—, y que frecuenta, sobre todo, a una mujer. ¿Podría hablarme de ella? —preguntó echándose hacia delante.

Aquello cogió desprevenido a Kane que lo miró fijamente. Rápidamente comprendió lo que pretendía su capitán. Le había dado vueltas aquella noche a ese asunto. Era cierto que Hanah había logrado desarmar aquel muro que había formado alrededor de él, que se sinceraba con ella, que confiaba en ella. Al fin y al cabo, él la protegía de otros hombres, ¿cómo iba a traicionarlo? Pero sí, era cierto, pese a que el sake lo había desinhibido, recordaba perfectamente todo lo que

le había explicado. Su infancia, el cómo aquella profesión, en cierto modo, lo carcomía por dentro, los ataques de la resistencia y el plan que tenían para desmantelarla… ¿era posible que ella fuese la causante de la derrota de la noche anterior? Algo dentro de él le decía que sí, pues aquella información solo la manejaban desde inteligencia y él mismo, ningún soldado era conocedor del plan que se estaba preparando. El hecho de que su capitán estuviese enterado de sus escarceos no le gustaba, pero comprendía que querían indagar y llegar al fondo del asunto, ahora bien, admitir que él había explicado su plan sería cavarse su propia tumba y, dicho sea de paso, la de la muchacha también.

—Es cierto, capitán, visito al igual que la mayoría de los soldados el *salón de Novato*. —Se encogió de hombros sin darle importancia—. Respecto a esa mujer, siento decirlo, pero soy bastante escrupuloso, no me gusta follarme a una mujer que se han follado minutos antes otros hombres —explicó.

El capitán no se sorprendió por aquellas palabras.

—Hay testigos que afirman que lleva unos días saliendo bastante ebrio del local.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Sí, es cierto, cuando no estoy de servicio, como cualquier soldado —enfatizó—, me gusta divertirme.

El capitán se apoyó contra el respaldo de su silla y miró de reojo a los tenientes y generales que se encontraban allí.

—¿Es posible que usted, en un momento de embriaguez, haya dicho algo que…?

—Jamás —lo cortó por lo sano—. Cuando voy allí olvido todo lo que soy. —Ladeó su cuello y lo miró con firmeza—. Claramente, voy, me la follo y me tomo unas cuantas copas mientras la veo bailar. Es lo único que hago.

El capitán se quedó pensativo, observándolo.

—Entonces, ¿puede confirmarme que en el *salón de Novato* no hay ningún contacto de la resistencia?

—Con todos mis respetos, capitán —pronunció sin apartar la mirada de él—, yo no he dicho eso. He dicho que yo, en mi caso, ni siquiera hablo con la fulana a la que me tiro. Yo puedo responder por mí, no por el resto, como usted comprenderá, mi capitán.

Aquella respuesta y el tono que empleó convencieron en cierto modo al capitán que volvió a apoyarse contra el respaldo y suspiró.

—No tengo por qué pedirle permiso, pero supongo que no iría mal hablar con la puta. —Sonrió de soslayo. Miró a su teniente general y le indicó hacia la puerta—. Busque a su sustituto para la brigada y luego acuda al *salón de Novato*. Que me traigan a esa muchacha —acabó pronunciando mientras volvía la mirada hacia Kane, el cual ni se inmutaba.

El teniente salió y, en ese momento, Kane Nakamura se puso en pie.

—Si no tiene nada más que decirme, capitán.

El capitán asintió y señaló a la puerta.

—Claro, puede irse.

Kane asintió y dio unos pasos hacia la puerta, pero, antes de salir, se giró y miró al capitán.

—Debo mi vida al Imperio japonés, capitán. Jamás dude de eso.

El capitán volvió a asentir esta vez más convencido.

—Espero que así siga siendo —indicó.

Kane salió del barracón y miró de un lado a otro. Al final de la calle improvisada pudo observar al teniente general que buscaba a su sustituto para que pudiese ir a buscar a Hanah. Ahora no tenía dudas de que ella había tenido algo que ver con todo aquello. Si la cogían,

seguramente la matarían, tanto si admitía que lo había hecho como si no.

Inspiró con fuerza y comenzó a caminar incrementando el paso por las trincheras. Debía llegar al *salón de Novato* antes que el teniente, no solo por su bien, sino también por el de ella. Sabía que contaría con pocos minutos de ventaja. Tenía que ser rápido.

Salió de las trincheras y corrió por las calles de Shanghái. El *salón de Novato* estaba relativamente cerca de su lugar de trabajo, a unas tres manzanas, aunque, en aquel momento, le parecía que estaba mucho más lejos.

En cuanto giró una esquina comenzó a correr todo lo rápido que le daban las piernas. Por suerte, gracias a su trabajo, se encontraba en plena forma.

No sabía qué pensar, algo dentro de él le decía que aquella muchacha lo había traicionado, por otro lado, aquella traición no solo lo enfurecía, le entristecía. Ella lo había representado todo para él durante meses: había conseguido que volviese a sonreír, que se ilusionase de nuevo, incluso había pensado que, cuando acabasen con la amenaza de la resistencia china, la sacaría de allí y la llevaría a una casa para ella sola.

Sabía que no podría tener una relación con ella. Japón y Corea eran enemigos, estaban en guerra, y de cara a sus oficiales ella solo podría ser una prostituta que le servía de esclava sexual, sin embargo, ella representaba mucho más que eso.

Llegó al *salón de Novato* y observó a varios soldados en la puerta. Por suerte, la señora Kondo se encontraba al final del jardín que rodeaba la casa, contando grandes sumas de dinero.

Fue directo hacia ella mientras la señora Kondo elevaba la mirada hacia él y guardaba el dinero en su bolsillo de forma acelerada, como si pensase que se lo iba a quitar.

—Señora Kondo —la saludó.

—General —contestó poniéndose en pie con una sonrisa—. Iré a avisar a…

—No, escúcheme. Tenemos poco tiempo —comentó acercándose—. Si hace lo que le digo, es posible que salga de esta; si no, la acusarán de tener a una espía entre sus mujeres.

Ella lo miró asombrada y asintió tragando saliva por los nervios. Sabía que si se le acusaba de traición podía acabar ejecutada.

Kane la cogió del brazo y la miró con firmeza.

—Haga lo que le voy a pedir y todo saldrá bien.

Hanah sirvió la siguiente copa de sake y volvió a dar un paso atrás, distanciándose de la barra. No le gustaba estar cerca de aquellos soldados, aunque supiese que no iban a tocarla, el olor que desprendían, una mezcla entre alcohol y humo, y sus miradas… le resultaban repugnantes.

El día anterior, el general Kane no había acudido a su encuentro. Su alarma se había encendido. ¿Puede que se hubiese cansado ya de ella? ¿Y si era así? ¿Qué pasaría ahora con ella? Aquella situación la aterraba. No quería acabar como todas sus compañeras.

—Sake —ordenó otro de los soldados apoyándose en la barra.

No dijo nada, simplemente cogió un vasito y volcó parte del contenido de la botella hasta llenarlo.

Se retiró de nuevo justo cuando vio aparecer a la señora Kondo con paso apresurado, dirigiéndose a la barra. Su mirada se centró en ella, ya que la señora Kondo también la observaba.

—Ven —ordenó incluso antes de llegar.

Hanah depositó la botella en el mueble que tenía detrás, donde decenas de botellas con bebidas alcohólicas y tés se amontonaban sobre las estanterías y salió de detrás de la barra.

Sin previo aviso, la cogió del brazo y comenzó a tirar de ella pasando por en medio de todos

los soldados.

—No sé qué habrás hecho —comentó nada más pasar la puerta que separaba el salón de baile del recibidor—. Quiero que te largues ahora mismo de aquí.

Hanah la miró sorprendida, sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué… qué ocurre? —preguntó asustada mientras la señora Kondo la arrastraba hasta la cocina, donde se encontraba la puerta trasera.

En ese momento, la mirada de Hanah coincidió con la de la mujer mayor de la cocina que la observaba asustada. Tenía una olla al fuego donde estaba cocinando arroz hervido, pero había dejado de dar vueltas a su contenido y la miraba fijamente.

—Largo. —Señaló la puerta la señora Kondo—. Y que no vuelva a verte por aquí.

—Pero… yo… ¿dónde…? —preguntó desesperada.

No había nada que desease más que marcharse de allí, pero ¿adónde iba a ir ella? Una chica coreana en China, un país en guerra por culpa de la invasión japonesa. No llegaría sola a ningún sitio.

—Aiko —pronunció una voz masculina desde la puerta.

Hanah se giró de repente y tragó saliva, sorprendida al verlo allí.

—General —susurró ella. Luego miró a la señora Kondo, la cual se encontraba cruzada de brazos y dando golpecitos con el pie en el suelo por la impaciencia y el nerviosismo—. ¿Qué está ocurriendo?

El general Kane Nakamura dio unos pasos hacia ella y cogió su brazo, aunque no le dirigió palabra alguna a ella, sino que miró con firmeza a la señora Kondo.

—Recuerde, ni una palabra —pronunció. Ella asintió y miró fijamente a la muchacha. Kane tiró de Hanah dirigiéndola a la puerta. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿La sacaba del burdel? ¿Acaso el general Nakamura había descubierto lo que había hecho?

Kane comenzó a rodear el jardín corriendo, arrastrándola a ella. Contaba con pocos minutos antes de que llegase el teniente para capturarla. Si lo pillaban sacándola del burdel no habría vuelta atrás.

Salieron del jardín y señaló un vehículo.

—Sube —dijo rodeando el vehículo.

Hanah se quedó estática frente al coche. No entendía nada.

—¿Qué está…?

—Sube —ordenó—. No tenemos mucho tiempo.

Hanah apretó los labios y decidió subir al coche. Nada más cerrar la puerta, Kane arrancó el vehículo y aceleró, observando por el retrovisor cómo el burdel se alejaba. Lo había conseguido, pero no podía cantar victoria hasta que llegase al *puerto marítimo de Shanghái*[28].

Algo ocurría, podía presentirlo, y sabía que no era bueno, pues Kane no dejaba de mirar por el retrovisor, como si tuviese miedo de que alguien le siguiese y, además, tomaba las curvas muy deprisa.

Se sujetó a la puerta para no caer hacia un lado y lo miró con temor.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

Kane miraba la carretera sin pronunciar nada, aunque la observó de reojo. Se quedó pensativo, concentrado en la conducción, hasta que finalmente habló.

—¿Has sido tú? —preguntó él.

Ella lo miró sin comprender, aunque bien sabía a lo que se refería.

—¿Yo? ¿El qué?

Kane resopló y estuvo a punto de golpear el volante. Giró otra esquina y tomó toda aquella

calle recta, al final de esta comenzaba a intuirse el puerto marítimo.

—Estas últimas semanas me has dado sake, has hecho que me sincerase contigo… —Ella cerró los ojos y se giró hacia la ventanilla mientras sentía que los ojos se le humedecían. Sí, intuía bien, la había descubierto, no hacía falta que dijese nada más—, te… te expliqué cosas que solo yo sabía —pronunció con dolor—. Confié en ti.

Ella tragó saliva y se limpió disimuladamente la lágrima.

—Le pasaste esa información a la resistencia china, ¿verdad? —La miró de reojo—. Por eso no se encontraban en el Peace Hotel.

Ella ni siquiera se giró, estaba asustada por lo que podía ocurrirle, pero, en parte, también se sentía mal consigo misma. Los japoneses eran unos soldados sin alma, sin corazón, pero él no había sido así con ella. Había traicionado a la única persona que podía protegerla.

—Aiko… —volvió a llamarla y colocó una mano en su hombro para girarla. Cuando la giró, observó cómo las lágrimas bañaban su rostro. Kane tragó saliva—. Lo hiciste —susurró convencido.

Ella apretó los ojos y los labios y lo miró asustada.

—Lo… lo siento… —sollozó mientras él volvía a obsequiarla con su perfil, concentrado en la carretera, aunque pudo ver cómo sus ojos también se humedecían, sin lugar a duda, por la traición que acababa de sufrir—. Me prometieron que si los ayudaba podrían sacarme de allí —explicó sin reprimir el llanto—, y a todas mis compañeras. —Kane la observó de reojo y no dijo nada, simplemente siguió conduciendo, sin apartar el pie del acelerador—. Lo siento mucho —susurró.

Kane apretó los labios. Aunque no estuviese de acuerdo con su comportamiento, la comprendía. Para él, ella representaba una vía de escape, un consuelo, la mujer que le daba amor en aquel tormentoso mundo, sin embargo, para ella, él solo era el general que abusaba de ella día tras día.

Hanah observó su perfil. No sabía si le asustaba más el hecho que de Kane la hubiese descubierto o que guardase silencio.

—¿Qué… qué va a pasar conmigo? —preguntó entre lágrimas.

—He intentado convencer a mi capitán de que tú no habías podido ser, que jamás te había explicado nada sobre eso, pero no creo que le haya convencido. —La observó de reojo mientras llegaba a la intersección y tomaba el desvió a la derecha para entrar al puerto marítimo—. Ha enviado a un teniente a buscarte al burdel. Su intención era interrogarte… —En ese momento, giró su cuello para mirarla—, y seguramente matarte para evitar cualquier otra filtración.

Ella apretó los ojos mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla, aunque los abrió cuando él detuvo el vehículo.

—¿Es lo que vas a hacer? —preguntó mirando el mar, luego se giró y observó el arma que el general llevaba atada a su cinturón—. ¿Es la orden que te han dado?

Kane suspiró y se llevó la mano al bolsillo, luego extrajo un papel. Lo apoyó contra el volante y con un bolígrafo comenzó a rellenar unos huecos que había en ese documento. Parecía un documento oficial, aunque no comprendía nada de lo que ponía ni escribía el general, ya que estaba en japonés.

—No, Aiko… —pronunció. Dobló el documento y se lo tendió—. Voy a hacer que regreses a casa. Si te quedas aquí darán contigo y te matarán. —Abrió la puerta del vehículo y salió.

Ella se quedó paralizada, sin poder respirar ante las últimas palabras de él. ¿Volver a casa?

Kane rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto.

—Sal —pronunció con delicadeza. Ella salió con lentitud, conmocionada. Kane cerró la

puerta y la observó. Ella permanecía sujetando junto a su pecho el documento que le acababa de entregar, aún con lágrimas en sus mejillas, observándolo asombrada—. Este documento es un salvoconducto —explicó y se giró para señalar un barco mercante próximo a ellos, donde subían a través de una pasarela decenas de bidones repletos de lo que suponía que serían alimentos—. Debes entregárselo al capitán. El barco partirá en unos diez minutos. Te llevará hasta Corea. Allí podrás conseguir que te lleven hasta tu poblado junto a tu familia.

Ella no pudo evitar que su labio inferior temblase, como tampoco pudo reprimir las lágrimas. Aún no podía pronunciar nada. Kane la miró.

—Siento si te hice daño… —susurró él pasando su mano por su mejilla. Ella no lo soportó más y lloró a moco tendido mientras llevaba su mano hasta la de él, acariciándola. Luego negó —. Tú me has dado luz y amor en medio de esta locura.

Ella tragó saliva.

—Ven conmigo —le pidió—. Podrías acompañarme y estarías conmigo en…

Él sonrió atormentado, sin apartar la mano de su mejilla, acariciándola con su dedo pulgar.

—No puedo. —La interrumpió. Ladeó su cuello—. Nosotros no podemos estar juntos. ¿Un general japonés y una coreana? No se nos permitiría… —susurró y tragó saliva—. Quizá cuando esta absurda guerra acabe podamos estarlo.

Ella asintió.

—Cuando esto acabe, búscame. Te estaré esperando —susurró ella con cariño.

Ambos se observaron hasta que finalmente Kane buscó con sus labios los de ella y la besó con ternura. Aquella muchacha le había dado esperanza, un motivo por el que seguir día a día en aquella absurda guerra.

Se separó de ella y acarició su rostro de nuevo.

—No me importa lo que hayas hecho —le susurró—. Tú lo has sido todo para mí, Hanah —pronunció por primera vez su nombre real.

Ella acarició su rostro, memorizando cada parte de él. Realmente el general la miraba con amor.

—Debes irte —pronunció Kane dando un paso hacia atrás, luego emitió un suspiro mientras miraba el barco mercante.

Ella tragó saliva y se giró para observarlo también. En cubierta había mucho movimiento.

—¿Qué será de ti?

Él negó.

—No te preocupes por mí —contestó—. He llegado a un acuerdo con la señora Kondo a cambio de una cuantiosa suma de dinero. Dirá que hace una semana te envió a las Filipinas porque tu conducta no era apropiada. No te preocupes —repitió.

Ella tragó saliva y apretó los labios. Aquello era una despedida y, pese a que estaba feliz de poder volver a su casa, sentía que parte de su corazón se quedaba allí, junto a él.

—Gracias por cuidar de mí todo este tiempo —sollozó.

Él asintió y le sonrió con dulzura.

—Creo que ambos cuidamos el uno del otro.

Ella le devolvió la sonrisa y volvió a mirar el barco.

—¿Puedo pedirte una última cosa? —preguntó. Él asintió débilmente—. En el burdel, hay una amiga mía, se llama Sook, está en la habitación contigua a la mía. —Tragó saliva—. ¿Podrás… podrás encargarte de ella? Por favor, se quedará totalmente sola.

Él asintió.

—Claro, no te preocupes por ella. Me aseguraré de que esté bien.

Ella apretó los labios y apretó su mano como si no quisiese alejarse de él. El general había sido su peor pesadilla los primeros días, pero luego se había convertido en su bote salvavidas durante todo ese tiempo y, ahora, cuando iba a alejarse de él para siempre, sentía que lo amaba. En medio de aquella guerra había conocido lo que era el amor.

—Vamos —pronunció con urgencia—, debes subir al barco.

Ella lo observó de nuevo y finalmente asintió y se giró.

Caminó lenta hacia ese barco, girándose de vez en cuando para observarlo. Él permanecía allí, junto al vehículo, viendo cómo ella se alejaba. Puede que ahora no pudiesen estar juntos, pero, algún día, aquella guerra acabaría y, tal y como le había dicho, la buscaría y podría estar con ella.

Hanah entregó el documento a uno de los marineros que bajaban del barco y fue hacia cubierta en busca de otro hombre.

No tardó más de cinco minutos en estar en cubierta, apoyada en la barandilla y observando a Kane sin pestañear, guardando su imagen en su retina.

Él la había salvado, había expuesto su vida para ponerla a salvo.

No se movió de cubierta mientras el barco se alejaba. Kane hizo lo mismo, quedándose apoyado en el capó del vehículo y viendo cómo aquel barco se alejaba cada vez más. En su cubierta iba la única mujer a la que había llegado a querer y que no creía que pudiese olvidar jamás. No le importaba aquella traición, sabía la situación por la que pasaba, pero sí tenía claro todo lo que le había hecho sentir durante aquellos meses.

Algún día, quizá, cuando todo esto acabase, podrían estar al fin juntos.

No se movió del coche hasta que el barco se perdió en el horizonte. Sabía que tenía un largo viaje hasta llegar a su hogar, pero con el documento que le había entregado no tendría problemas, ningún soldado japonés se atrevería a entrometerse en su camino.

Al menos, ella estaría a salvo.

# 23

## Suni

Año 2025 d.C.

Apretó los labios e intentó contener las lágrimas mientras observaba la agenda de color lila que había encontrado en el cajón de Suni.

Cinco días hacía de aquel inesperado accidente. Aquel coche había acabado con la vida de la persona que había llenado su corazón y su alma.

No podía hacerse a la idea. Después de recibir una llamada del hospital y dirigirse a él, los médicos le habían comunicado que estaban operando de urgencia a Suni. Tres horas después se daba el fatídico desenlace.

Desde ese momento, había vagado por el mundo sin rumbo. Se encontraba en un túnel sin salida, todo su mundo se había vuelto oscuro.

Dos días después, una muchacha llamada Woo se había presentado en la oficina para recoger todas las cosas de su amiga. Seok la había invitado a pasar y ayudado a despejar su escritorio. Recordaba que se le había acelerado el corazón al ver la agenda color lila y leer su interior. Allí explicaba sus experiencias y había escrito sus averiguaciones sobre sus vidas anteriores.

No había dudado en concertar una visita con la terapeuta a la que ella había acudido, no solo porque sentía curiosidad por averiguar todo lo que pudiese, sino porque sabía que él también necesitaba ayuda. Sentía como si le hubiesen arrancado parte de su alma y de su corazón.

Habían incinerado el cuerpo de Suni y Woo se había encargado de enviar las cenizas a su familia. Por lo visto, la familia quería enterrar las cenizas en el jardín de casa.

Acarició la libreta color lila y alzó su mirada cuando una mujer salió de la consulta y se dirigió a la puerta.

Jang Sun-a clavó la mirada en el joven que esperaba sentado en la silla.

—¿Park Seok? —preguntó. Seok asintió y se puso en pie—. Puede pasar.

Entró en la consulta. No era muy grande, pero la habitación era acogedora. Tenía un enorme diván con mantas, un escritorio y una silla.

—Soy Jang Sun-a, terapeuta —se presentó.

—Le agradezco que me haya recibido tan pronto.

La terapeuta le sonrió mientras cerraba la puerta y le indicó con la mano que se sentase en el diván.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó sentándose.

Seok se sentó en el diván, aunque sin extender las piernas. Tragó saliva e intentó reprimir el llanto mientras clavaba la mirada en la libreta lila.

—He sufrido una pérdida recientemente —logró articular.

La mujer lo miró con ternura.

—¿De quién se trataba?

Seok dudó un poco y se removió nervioso, sin saber cómo comenzar a explicar.

—Mi secretaria y… —Tragó saliva y reprimió un puchero, hecho que no pasó desapercibido para la terapeuta—, mi pareja. Habíamos iniciado una relación hacía poco. —La mujer asintió. Aquello le costaba, pero aquella mujer había proporcionado ayuda a Suni y confiaba en que también pudiese ayudarle a él—. Usted la trató. Tuvo… —Pudo ver cómo la mujer lo miraba asombrada—, tuvo una regresión con ella. Se llamaba Barnes Suni —susurró.

—Vaya… —dijo la mujer conmocionada—, sí, la recuerdo.

Seok apretó los labios.

—La atropellaron hace cinco días. Los médicos hicieron todo lo que pudieron, pero… —No pudo ni acabar la frase cuando una lágrima descendió por su mejilla.

—Entiendo… —susurró ella—. Lo siento muchísimo.

Seok le mostró la libreta.

—Era… era de ella. —Le sonrió con ternura, intentando no perder la compostura—. Ella tenía recuerdos que no podía ubicar en esta vida, recuerdos de pocos años antes de la Segunda Guerra Mundial…

La mujer asintió.

—Sí, ha sido una de las regresiones más impresionantes que recuerdo haber realizado, pero joven… no puedo hablar de otros pacientes, aunque hayan fallecido —pronunció con extremada delicadeza.

—Lo sé —reaccionó rápidamente—. Es solo que… —Sin poder contenerse, comenzó a llorar. Jang Sun-a dejó que se tomase su tiempo. Finalmente, Seok suspiró y se pasó la mano por los ojos, limpiando las lágrimas—, disculpe.

—Desahóguese todo lo que necesite.

Él asintió agradecido.

—He venido porque… ella, Barnes, me explicó lo que le pasaba y… la conversación que tuvo con usted la calmó, por lo visto, recordar todo aquello le hizo estar en paz consigo misma. —Inspiró con fuerza y la miró más decidido—. Usted le habló de un dicho coreano, el alma dispone de cuatro vidas para encontrar a su alma gemela: una para sembrar, una para regar lo sembrado…

—Exacto. Una para recoger lo cosechado y la última para disfrutar del resultado del proceso —acabó ella diciendo. Se apoyó en la silla observando al muchacho, aquel joven estaba totalmente destrozado, se aferraba a aquella libreta como si se tratase de su amada, incluso su postura, echado hacia delante y encorvado, le daba a entender el sufrimiento que aquella pérdida le estaba causando—. ¿Cree en esa leyenda? —le preguntó.

Él se quedó observándola y finalmente agachó su cabeza.

—Me gustaría creer… significaría que cabe la posibilidad de que volvamos a vernos.

La terapeuta se acomodó en la silla y ladeó su cuello.

—Muchas veces pecamos de vanidosos, de creer que tenemos todas las respuestas, pero no es así. Somos conscientes de nuestro presente, pero no de lo que había antes que nosotros, ni de lo que habrá en un futuro. —Inspiró mientras lo observaba con ternura—. Mi experiencia durante más de veinte años en el ejercicio de la regresión me ha hecho comprender que realmente no sabemos nada. Hay muchas cosas que se escapan a nuestro entendimiento. He tenido pacientes que me han explicado con gran precisión y detalle experiencias ocurridas hace siglos, pacientes que conocían otros idiomas que jamás habían aprendido… ¿cómo es eso posible? —Lo miró con una sonrisa—. Nuestro cerebro olvida, nuestra alma no —comentó—. Ese es el secreto de todo. Valoramos demasiado lo material cuando lo que realmente permanece en la eternidad es lo

espiritual.

Seok se quedó pensativo, analizando aquellas palabras.

—Significa que… si hay otra vida, ¿volveré a verla? —preguntó aferrándose a aquella idea.

Jang Sun-a lo observó con una sonrisa triste.

—La vida es un viaje, y si te enamoras del viaje, estarás enamorado para siempre —le susurró.

Seok se limpió con disimulo las lágrimas y suspiró mientras colocaba la agenda en su pecho.

—Ella me ha dado luz y amor en medio de esta locura —susurró.

La terapeuta sintió cómo sus músculos se contraían.

—¿Qué? —preguntó boquiabierta.

Él la miró sorprendido y después negó.

—Nada.

—No, no, por favor… ¿qué ha dicho?

Él tragó saliva, sin comprender la reacción de la mujer.

—Suni me ha dado luz y amor en medio de esta locura llamada vida —repitió.

La mujer se puso en pie lentamente y fue hacia el archivador. Lo abrió y comenzó a buscar.

—Grabo todas las sesiones de regresión que hago. Dígame… —Se giró hacia él mientras extraía una carpeta con el nombre de Barnes, Suni—, ¿ha escuchado la grabación de la regresión de ella?

Él negó confundido.

—No, no sabía que estaba grabada.

Ella asintió, fue hacia la mesa y abrió la carpeta. Dentro había un sobre donde guardaba una pequeña memoria USB.

—Nunca he hecho esto, pero creo que debe escucharlo —comentó mientras introducía el pendrive USB en la minicadena.

Seok no dijo nada y se mantuvo en silencio mientras ella buscaba el momento que quería que escuchase.

—Barnes Suni recordó que había vivido años antes de la Segunda Guerra Mundial y durante la misma…

—Sí —reaccionó él—. Había tenido una experiencia como mujer de confort, llegó a reconocer la ubicación del burdel cuando hicimos un viaje a Shanghái.

La terapeuta asintió mientras seguía apretando botones, buscando el minuto que quería mostrarle.

—Recordaba que un general japonés la había…

—El general Nakamura —recordó él—. Sí, me lo explicó.

La terapeuta asintió y se giró hacia él.

—Escuche esto, por favor —comentó con un hilo de voz mientras apretaba el botón del *play*.

No pudo reprimir un gemido cuando escuchó la voz de Suni.

—*Él me prometió que cuando la guerra acabase vendría a buscarme, pero no lo hizo.*

—*¿Lo esperaste?* —reconoció la voz de la terapeuta.

—*Siempre* —susurró Suni.

Hubo un silencio.

—*Estás llorando, ¿por qué?*

—*Porque tengo miedo…* —susurró la voz de Suni.

—*¿De qué?*

—*De que descubriesen lo que había hecho y le hiciesen daño.* —Pudo escuchar cómo su voz

temblaba—. *Tú me has dado luz y amor en medio de esta locura* —susurró ella.

En ese momento, Seok aguantó la respiración y miró a la terapeuta sin comprender.

—*¿Qué significa eso?* —preguntó la terapeuta en la grabación.

—*Esas fueron sus palabras antes de alejarme de él* —sollozó Suni.

Jang Sun-a detuvo la grabación y lo miró impresionada. Seok no articulaba palabra alguna, ni siquiera reaccionaba.

La mujer se sentó lentamente en la silla, observándolo.

—¿Tiene recuerdos que no puede ubicar en esta vida? —preguntó con delicadeza.

Seok tragó saliva y negó, aún con la mirada clavada en la minicadena. Finalmente giró su cuello para observarla.

—Siempre… siempre me ha atraído mucho la historia de la Segunda Guerra Mundial.

Ella le sonrió.

—Creo que esta puede ser la razón. Como he dicho, a veces lo que la mente olvida, el corazón recuerda —dijo con ternura.

Aquellas palabras provocaron que Seok volviese a llorar. Aquella frase había rondado su mente desde el mismo momento en que le habían comunicado su fallecimiento y, ahora, creía comprender el porqué.

—Cree… —Tragó saliva, pues notaba su garganta seca por los nervios—, cree que yo, en otra vida, pude ser… —No se atrevió a acabar la frase.

—Es posible —contestó con una sonrisa. Él apretó los labios y cerró los ojos con fuerza, intentando calmar sus emociones—. Si quiere, podemos intentar una regresión.

Seok negó rápidamente.

—No.

—¿No? —preguntó asombrada.

—Prefiero quedarme con la idea de que ya estuvimos juntos antes y de que es posible que volvamos a encontrarnos.

Jang Sun-a asintió. Comprendía al muchacho. Si hacía una regresión y no conseguía recordar nada o no relataba lo mismo que Suni, sentiría que la pérdida era mayor. En aquel momento había conseguido que la esperanza volviese a él, y Seok quería agarrarse a ella como fuese.

—Pero… ¿cómo es posible que ella lo recordase?

—Usted también lo ha hecho —comentó ella—. De otra forma, pero su alma ha hablado. —Seok asintió agradecido por sus palabras—. La muerte es vida, solo que una vida diferente a esta.

—Y… entonces… igual que ella ha recordado en esta, ¿es posible que yo, en otra vida, la recuerde?

—No veo por qué no.

Por primera vez en cinco días Seok sonrió. Fue una leve sonrisa, pero algo en su interior le dijo que no sería la última vez que se verían y que podrían tener otra oportunidad.

—Gracias —susurró.

La mujer le sonrió con ternura.

Había ido allí en busca de consuelo, pero había encontrado mucho más de lo que esperaba. Esperanza. Eso era, llevaba dos días desesperado, en la oscuridad, en aquel túnel oscuro que no le permitía avanzar, ahora, comenzaba a vislumbrar un punto de luz al final de aquel túnel.

Sabía que aquello era cierto. Todo lo que Suni le había explicado era real y, ahora, él había pronunciado aquellas palabras que habían marcado la vida anterior de Suni.

Ahora que era consciente de ello, tenía la seguridad de que volverían a encontrarse. El viaje no había terminado para ellos. La recordaría cada día de su vida, grabando en su alma aquellos

breves momentos felices que habían vivido juntos. Así, quizá, si había otra vida, lograse recordarla. Suni no había muerto, solo lo esperaría en otra vida, una vida donde la encontraría y podrían tener su final feliz.

Se levantó ante la mirada asombrada de la terapeuta, aunque esta le imitó.

—¿Ya está? ¿No hay nada más de lo que quiera hablar?

Seok observó de nuevo la libreta que había sido de Suni y negó hacia Jang Sun-a.

—No, gracias. Ya he escuchado lo que necesitaba —comentó casi en un susurro.

Ella asintió.

—Está bien. Cualquier cosa que necesite, estoy a su disposición.

Él miró la consulta y suspiró.

—Si me dice cuánto es… —comentó llevando la mano al bolsillo para sacar la cartera.

—No se preocupe —comentó ella rápidamente—. No ha sido nada.

—Pero es su tiempo.

Ella ladeó la cabeza y le sonrió.

—Creo que ha quedado claro que el tiempo, realmente, no importa —comentó. Dio un paso hacia él y colocó una mano en su brazo, reconfortándolo—. Me alegro mucho de haberle conocido y de que haya encontrado lo que buscaba —dijo esta vez con confianza.

—He encontrado mucho más. —Colocó la mano sobre la de ella en señal de agradecimiento —. Muchas gracias por todo.

Seok salió de la consulta.

La brisa movió sus cabellos hacia atrás cuando salió a la calle. Miró de un lado a otro. Lo que ahora sabía, aquella revelación, le hizo sentir insignificante entre toda aquella gente, una pequeña mota de polvo en el vasto Universo.

—Te encontraré, Suni —susurró mientras llevaba la libreta color lila a su pecho—. Te encontraré.

# 24

## Cheong

Año 2853 d.C.

Miró temerosa hacia el cielo, donde la niebla formada por la contaminación, situada por encima de su cabeza, no le permitía ver la parte alta de los edificios.

Sintió cómo unas gotas de lluvia caían sobre su frente y aceleró el paso. Recordó el mensaje que había recibido de la resistencia dos días atrás.

Giró la esquina y, antes de seguir caminando, se aseguró de que nadie de palacio la seguía. No había querido tomar el transporte público, prefería ir andando.

El barrio de Gangnam había sido durante décadas uno de los barrios más ricos de Seúl, pero desde el inicio del régimen y con la expropiación de capitales realizados por el gobierno, el barrio de Gangnam se había convertido en otro suburbio más frecuentado por gente sin hogar y prostitutas que querían ganar algún bitcoin entregando su cuerpo.

El lugar apestaba y era oscuro, así que realmente era idóneo para una reunión de la resistencia, pues era un lugar que ni tan siquiera los militares solían frecuentar.

Había sido reclutada para la facción número seis. No sabía cuáles eran las órdenes que recibiría, solo esperaba poder cumplirlas y, así, dar un poco de respiro a su pueblo. Sabía que si se enfrentaba personalmente a su padre no encontraría clemencia ni comprensión por su parte, así que aquella era la mejor opción que tenía.

Entró en el edificio que le habían indicado. Desde allí podía escuchar la música que provenía de detrás de una puerta.

Brincó cuando un hombre se situó frente a ella y la miró de la cabeza a los pies. Colette tragó saliva y miró instintivamente hacia atrás. Aquel barrio era bastante peligroso, sobre todo para alguien como ella. Sabía que era difícil que la reconociesen, pues por su condición de mujer no acostumbraba a acudir a actos sociales, si bien que descubriesen de quién se trataba era lo que menos le importaba en ese momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre con curiosidad.

Colette tragó saliva y reunió todo el valor posible.

—Halcón —susurró.

—¿Qué? —preguntó el hombre dando un paso hacia ella.

—¡Halcón! —acabó gritando la palabra clave por los nervios.

El hombre la volvió a mirar confundido y finalmente asintió. No dijo nada más, solo abrió la puerta y le indicó con la mano que entrase.

Colette dio un paso al frente, pero en ese momento el hombre la sujetó, lo que hizo que todo el cuerpo de la muchacha entrase en tensión.

—Baja las escaleras —indicó—. Al final del salón hay dos puertas. La de la derecha.

Ella asintió mientras él la soltaba del brazo.

Nada más entrar, el hombre cerró la puerta tras ella con un fuerte golpe. Colette se abrazó a sí misma mientras observaba aquellas escaleras iluminadas por una luz roja. La música, en aquel momento, se escuchaba muy fuerte.

Sin duda, era uno de los bares clandestinos donde se comercializaba con droga y sexo, además, muchas personas iban para consumir alcohol de contrabando y para olvidar sus lamentables vidas.

Bajó los escalones lentamente mientras su pecho vibraba con el sonido de la música electrizante. Se quedó observando bajo el marco de la puerta.

Una multitud de personas bailaba desenfrenada, muchos de ellos incluso daban rienda suelta a su pasión con otros. Al final del enorme local atestado de gente se encontraba una enorme barra que atravesaba todo el recinto, donde servían las bebidas a bajo precio.

Inspiró y comenzó a avanzar entre todos los bailarines que contorsionaban sus cuerpos. Jamás le había gustado aquel ambiente, de hecho, era la segunda vez que visitaba un local como aquel. El olor a sudor y a tabaco la echaban para atrás, igualmente, no dejó de caminar pasando entre toda la gente que la movían de un lado a otro y la empujaban.

En cuanto llegase a palacio se cambiaría de ropa, estaba casi segura de que el olor se quedaría impregnado en ella.

Tuvo que guardar el equilibrio cuando recibió un par de empujones y parte de la bebida de uno cayó sobre ella. Se apartó rápidamente de allí, pues, a ese paso, acabaría bañada de la cabeza a los pies, aunque el hecho de que sus zapatos se quedasen enganchados en el suelo no facilitaba un paso apresurado.

Suspiró cuando llegó al final del local y se giró para observar la locura que ahí dentro se llevaba a cabo. No estaba de acuerdo, pero comprendía a toda esa gente.

Se giró y miró hacia las dos puertas. El hombre de la entraba le había dicho que fuese a la de la derecha.

Llamó varias veces con golpes, dudaba que con el jaleo que había ahí dentro pudiesen escucharla, pero así fue. Una pequeña ventana se abrió en el centro de la puerta y unos ojos aparecieron tras ella, observándola. La rendija era pequeña, pero suficiente como para ver aquellos ojos negros observándola con expectación.

Colette se mojó los labios.

—Halcón —pronunció.

Acto seguido, la pequeña abertura se cerró y escuchó cómo abrían la puerta.

—Pasa —dijo un hombre abriendo levemente para que el resto de la gente que se encontraba en el local no pudiese ver nada.

La puerta se cerró tras ella y, automáticamente, el hombre echó varios cerrojos.

Tuvo que esperar varios segundos a que sus ojos se acostumbrasen a la poca luz que había en el interior de aquella habitación. La habitación era muy austera, con unos cuantos sofás y sillas esparcidas sin orden alguno y una mesa en el centro de esta.

Dio unos pasos hacia delante y observó a varias de las personas que se encontraban allí. El grupo era numeroso. La mayoría se encontraban sentadas o bien manteniendo alguna conversación entre ellos. Recibió la mirada de todos y, posteriormente, la ignoraron.

Apretó los labios nerviosa y se dirigió a una de las esquinas, cerca de un grupo de mujeres que, en cuanto se acercó, le indicaron que fuese con ellas.

—Hola, joven —comentó una de las mujeres de avanzada edad—. Me alegro de que haya mucha juventud en la resistencia —dijo mostrándole unos dientes desgastados.

Colette asintió con una sonrisa y miró hacia los lados. En el centro se encontraba la mesa

donde había varios documentos iluminados únicamente por el fluorescente en el techo.

Sintió cómo el corazón brincaba en su pecho cuando su mirada coincidió con aquellos ojos claros. Lo reconoció al momento. Aquel era el muchacho que la había introducido en el portal de la vivienda hacía dos noches, el mismo que había pronunciado las palabras "*Eres tú*", dándole a entender que la reconocía.

Instintivamente, se echó la capucha por encima intentando pasar desapercibida. Supo que no lo había conseguido cuando aquel muchacho la miró con intensidad. Al menos, su aturdimiento solo duró unos segundos, pues miró al frente y se dirigió al centro de la estancia, situándose al lado de la mesa donde se encontraban los documentos.

—Mi nombre es Archer Cheong. Seré vuestro general en esta misión —comentó con la voz elevada para que se le escuchase por encima de la música que llegaba del exterior de la habitación—. Muchos de vosotros es la primera vez que vais a participar en una misión de la resistencia. No os voy a engañar… —comentó mirándolos a todos—, es una misión peligrosa. Arriesgaremos nuestras vidas, pero… ¿quién no desea un mundo más justo? Un mundo donde todos gocemos de derechos y libertad —pronunció elevando un poco más la voz—. Así que solo lo diré una vez… —La miró a ella de reojo—, quien no esté dispuesto a dar su vida para ofrecer un mundo mejor a las próximas generaciones que abandone esta sala. No pasa nada… —dijo extendiendo los brazos hacia los lados—, nadie lo juzgará. Muchos tenéis familias a las que queréis y sabéis que lo que hacéis es arriesgado para todos ellos, así que, sin problema, aquellos que tengan miedo… —Señaló la puerta—, son libres de marcharse ahora. —Esperó unos segundos a que alguien abandonase el lugar, pero nadie lo hizo. Colette tragó saliva y miró hacia los lados, asombrada de la convicción de todas aquellas personas—. Está bien… —Asintió con la cabeza—, comencemos. —Se apoyó contra la mesa y extendió un mapa de la ciudad de Seúl, luego señaló un punto. Colette, al igual que muchos de ellos, avanzó para acercarse y observar mejor—. En una semana es el aniversario del ascenso al trono del rey Yang. Como todos sabéis, cada año se celebra un festejo y nuestro rey… —pronunció con ironía, provocando que muchos abucheasen por lo bajini—, sale al balcón y nos regala los oídos diciendo que somos una nación unida con un fin, la grandeza de Corea. —Hincó su dedo índice en el mapa—. Este es el palacio real, donde se realiza el egocéntrico sermón… —ironizó Cheong. Luego volvió a mirarlos a todos con convicción—. Este año, será el último año en que lo escuchemos.

Aquellas palabras provocaron que muchos mirasen asombrados a su nuevo general. Colette apretó los labios y retrocedió unos pasos mientras miraba a los lados. ¿Qué quería decir? ¿Estaba insinuando que iban a acabar con la vida de su padre? Aquel pensamiento heló su corazón. Sí, sabía que era un dictador, que todo el pueblo lo odiaba, incluso ella misma lo hacía, sin embargo, era su padre, la única familia que tenía.

—Cuando el desfile militar acabe y nuestro rey salga al balcón para hablarnos con mentiras…, nuestra facción se encargará de realizar una rebelión, provocando el desconcierto en las calles y captando la atención de todos los militares. Esa es nuestra misión. Debemos conseguir que los militares centren toda su atención en la rebelión que nosotros nos encargaremos de organizar… ¿cómo lo haremos? —continuó preguntando—. Es sencillo… —Se encogió de hombros—, dos de nosotros iniciarán una pelea a la que nos iremos uniendo todos, sembrando el caos en las calles y despistando a los militares.

Colette tragó saliva nerviosa y dio unos pasos hacia los lados mientras el corazón se le aceleraba. ¿Despistarlos? Aquello le daba muy mala espina. ¿Estaban planeando acabar con la vida de su padre?

—¿Por qué? —preguntó sin poder controlarse.

Aquella pregunta llamó la atención de toda la facción, incluida la de Cheong. La observó unos segundos y se puso firme.

—Eso ya no es asunto nuestro. Nuestra misión es distraer a los…

—¿Cómo que no? —preguntó ella indignada—. Tenemos derecho a saber en qué va a consistir todo el plan.

Cheong miró hacia los lados, donde parte de las mujeres y hombres que formaban su facción asentía conformes a lo que ella decía.

La observó pensativo y dio unos pasos hacia ella, quedándose enfrente. Colette tuvo que alzar su mirada para observarlo, pues le sacaba una cabeza.

—¿Cuál es tu nombre?

Colette volvió a tragar saliva y miró de reojo al resto de la gente.

—Colette —comentó.

—Tu nombre completo —continuó con voz grave, cruzándose de brazos.

Ella se removió nerviosa. Quizá lo mejor hubiese sido mantenerse callada.

—Gong Colette —mintió.

Cheong asintió.

—Está bien, Gong Colette… —continuó, mirándola fijamente—. Estás aquí porque quieres acabar con el régimen del rey Yang, ¿verdad?

Ella asintió de inmediato.

—Así es.

—Entonces, ¿qué más da lo que vayan a hacer otras facciones? Encárgate de hacer bien lo que se te ordena.

Ella alzó también la mirada. Puede que el resto de las personas que estaban allí no estuviesen acostumbrados a recibir comentarios con ese tono de voz autoritario, pero a ella ya no le impresionaba, no después de haber vivido toda su vida bajo las órdenes de su padre y de los miembros del consejo del reino.

—Creo que todas las personas que estamos aquí luchamos por la libertad, y, como tal, tenemos derecho a saber qué es lo que va a ocurrir para poder decidir libremente. Si no, ¿en qué se diferencia esto del régimen que intentamos eliminar? —Un murmullo recorrió toda la estancia, obviamente dando la razón a la muchacha, pues había despertado la necesidad de saber en todos ellos—. El saber nos hará libres —acabó diciendo.

Cheong se quedó observándola. No supo bien cómo tomarse aquella mirada. Una mezcla entre enfado y fascinación atravesaron los ojos del joven general.

—Sí, queremos saber… —intervino otra persona.

—Necesitamos estar preparados para lo que pueda ocurrir —gritó otra.

—Explícalo.

Cheong se giró hacia el resto de la gente, observándola, pues la mayoría se habían envalentonado y las ganas por conocer lo que iba a ocurrir los había poseído.

Se giró hacia ella y la fulminó con la mirada. Aun así, sintió de nuevo cómo su corazón se aceleraba al observarla, cómo algo en su interior le decía que era ella. Inspiró, intentando calmarse, y acabó asintiendo.

—Está bien —indicó situando las manos tras su espalda. Se giró y fue de nuevo hacia la mesa. Suspiró y miró a todos—. Aún tenemos que acabar de planificarlo todo, pero creo que las intenciones son claras. —Puso su espalda recta—. Tenemos que acabar con el yaonismo, y solo hay una forma de erradicarlo del todo.

—¡Acabar con el rey Yang! —gritó uno alzando un puño, como si hubiese estado esperando

toda una vida esa oportunidad.

—¡Lo mataremos! —gritó otro.

—¡Por nuestra libertad!

—¡Y por la de nuestros hijos! —gritó otra mujer entre todo el gentío.

—En dos días volveremos a vernos aquí. La palabra clave será la misma —intervino Cheong —. Se os darán armas blancas para que os defendáis.

En ese momento hubo una explosión de júbilo.

Aquello iba de mal en peor. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudar a su pueblo, pero no a acabar con la vida de su padre. Aunque supiese que su progenitor traía dolor a toda esa gente… No podía, ¡no podía asesinar a su padre! Ella no podía participar de eso, pero, por otro lado, tampoco podía informar a los militares o sabrían lo que había estado haciendo y, seguramente, irían a por todos ellos. No sería la primera vez que los militares irrumpían en plena noche en las viviendas y sacaban a rastras a familias enteras para fusilarlas.

Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva mientras retrocedía unos pasos hacia atrás. ¿Qué iba a hacer? No quería acabar con la vida de su padre, pero tampoco podía traicionarlos a ellos.

Inspiró, cargándose de fuerza, mientras observaba de un lado a otro, asombrada por la explosión de emociones que parecían despertar aquellas palabras en esas personas.

Quizá lo mejor hubiese sido quedarse en palacio sin saber nada de aquello. Aunque quería ayudar, esto solo iba a traerle problemas. ¿Qué iba a hacer? ¿No iba a decir nada? ¿Iba a callarse mientras planeaban asesinar a su padre? Realmente sabía que su padre no era justo con ellos. Sí, era un dictador, un asesino… pero era su padre, hiciese lo que hiciese.

La puerta del local se abrió de repente y una persona entró con la respiración acelerada, provocando que el silencio reinase en la estancia. El hombre buscó directamente a Cheong.

—¡Militares! —gritó.

Cheong se giró hacia todos rápidamente.

—Por la puerta de atrás. Disgregaos por las calles —ordenó.

Colette avanzó rápidamente, siguiendo a todos a través de unas estrechas escaleras al final del local. Recibió golpes, empujones y pisotones mientras ascendía.

En ese momento, pudo escuchar cómo la música cesaba en el interior del local para pasar desapercibidos por los militares. Aquellas fiestas no estaban permitidas. Podías deambular por la calle, reunirte con un pequeño grupo de personas, pero no tanta gente… Seguramente, si los cogiesen los detendrían por incumplir la prohibición de reunión y serían acusados de conspiración. Lo mejor era alejarse lo antes posible de allí.

Iba a salir por la puerta justo cuando sintió cómo la cogían del brazo y la arrastraban hacia un lado, apartándola de toda la gente.

Se sorprendió cuando vio que era Archer Cheong quien la conducía hacia una esquina de la calle, a la parte más oscura, para pasar desapercibidos.

—Suéltame —ordenó ella intentando zafarse del brazo.

Él no contestó, simplemente siguió tirando de ella, alejándola de todos los que salían de aquella puerta trasera y corrían dispersándose.

La hizo girar y la apoyó contra la pared fría y húmeda de un edificio, colocándose justo enfrente, evitando así que pudiese huir. No pasó desapercibido el hecho de que guardaba algo de distancia con ella, la última vez le había dado un buen golpe para escapar y estaba segura de que no quería correr esa suerte de nuevo.

Colette tragó saliva mientras Cheong la inspeccionaba. Incluso en aquella oscuridad sus ojos se intuían claros, una mezcla muy poco común.

—Eres tú… —susurró Cheong maravillado.

Colette puso su espalda firme contra el edificio. No había duda, la había reconocido y, sin duda, el hecho de que hubiese preguntado por lo que le iba a ocurrir al rey no ayudaba.

Inspiró intentando calmarse y guardar la compostura.

—No sé de qué me hablas… —comentó con voz trémula.

Cheong la miró desorientado, como si algo no encajase.

—¿No… no me recuerdas? —preguntó nervioso.

Ella lo miró de la cabeza a los pies sin comprender.

—¿Debería? —preguntó a la defensiva.

Cheong se movió rápidamente cogiéndola del brazo de nuevo, arrastrándola al interior de la calle, donde prácticamente no llegaba ninguna luz.

—Suni… —exclamó como si no diese crédito—, soy… soy yo —susurró mirándola fijamente a los ojos.

En ese momento una imagen se posó en su mente. Una imagen que no conocía, que no había vivido. Un hombre de aspecto similar a Cheong la besaba y le sonreía. Vestía un bonito traje de color negro.

Aquello la asustó. No era la primera vez que le ocurría. Desde pequeña había tenido visiones de ese estilo que le hacían plantearse su cordura. Sin embargo, nunca habían sido tan potentes como aquella, quitándole toda la visión que tenía por delante, como si se encontrase en otro cuerpo que no era el suyo.

Recobró el aliento y, sin previo aviso, lo empujó.

—Apártate de mí —comentó con los dientes apretados—. No te conozco de nada.

Él trago saliva y la miró con cierto dolor.

—Claro que me conoces, nos conocemos hace mucho… siglos, incluso milenios… —continuó afligido—. Llevo buscándote desde que…

¿De qué estaba hablando? Ese hombre no estaba bien de la cabeza.

Cheong guardó silencio y ambos se agacharon cuando un camión con varios militares pasó cerca de ellos. Permanecieron paralizados hasta que las luces del camión se alejaron y volvieron a quedarse prácticamente a oscuras.

Colette se puso en pie y miró al final de la calle. El camión militar iba provisto de dos grandes focos que los militares manipulaban apuntando en la dirección en la que querían ver. Por suerte, no habían sido descubiertos y esperaba que ninguno de los que había huido del local fuese encontrado. Parecía que eran conscientes de aquella fiesta ilegal.

Se giró hacia Cheong que la observaba aún intrigado. Dio un paso hacia ella, pero Colette retrocedió.

—No, no te acerques… —le advirtió con la mano.

Cheong tragó saliva.

—De verdad… ¿no me recuerdas? —preguntó de nuevo con dolor.

Ella lo miró fijamente.

—Lo siento, pero creo que te estás equivocando.

—No, no me estoy equivocando —dijo intentando cogerle la mano, pero ella la apartó de inmediato.

—No nos conocemos de nada —comentó mirando de un lado a otro, nerviosa. Se puso la capucha por encima de la cabeza y miró hacia la calle—. Así que, por favor, no insistas más.

Cheong se quedó quieto mientras ella pasaba por su lado. En ese momento, las gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos.

—Solo nos queda esta vida —susurró Cheong.

Colette se detuvo y se giró hacia él mientras la lluvia la empapaba de la cabeza a los pies. Lo observó sin comprender lo que aquellas palabras significaban, pero el tono de súplica y dolor llamaron su atención.

Era un desconocido, solo habían hablado dos veces y, sin embargo, la pena que destilaban aquellas palabras hizo que su corazón diese un vuelco. Sintió cómo la electricidad recorría su columna y su corazón aumentaba los latidos.

Quizá fue el sentimiento que había vertido en aquellas palabras, pero sintió la necesidad de ir hacia él y abrazarlo, aquel hombre parecía desesperado, sin embargo, no podía. Él era el jefe de la facción de la resistencia que pretendía acabar con la vida del rey Yang. Y ella, precisamente, era la hija de ese rey.

—Espero que encuentre lo que busca —pronunció mientras se giraba y comenzaba a correr, alejándose de él.

Cheong se quedó allí, inmóvil, mientras los mechones de cabello se enganchaban a su rostro.

La tormenta cada vez era más fuerte.

Inspiró y cerró los ojos.

Desde pequeño lo había sabido. Sus recuerdos siempre habían permanecido con él, unos recuerdos vívidos, reales. Lo recordaba igual que la cena que había tomado la noche anterior.

Si bien no recordaba todo, sí partes de su anterior vida. Suponía que las que le habían marcado. La sonrisa de Suni, un viaje donde ella había recordado su anterior vida, la visita a una psicóloga que había realizado regresiones, partes de la conversación con ella, el día en el que le habían comunicado que Suni había fallecido y cuando había ido a despedirse a su tumba. Se lo había prometido. Aquellas palabras se habían grabado en su alma. Solo les quedaba una vida para ser conscientes el uno del otro, para darse cuenta de que eran almas gemelas. De lo contrario, jamás conseguirían estar juntos. La esencia que mantenía aquellas dos almas unidas iría desapareciendo poco a poco hasta perderse.

Tragó saliva al verla desaparecer tras una esquina y se pasó la mano por la frente, apartando las gotas de lluvia que descendían hacia sus ojos.

Jamás se había planteado si lo que recordaba era cierto o no, simplemente lo sabía. Había investigado sobre la leyenda, hablado con personas versadas en vidas anteriores… Había empleado su vida en comprender mejor lo que ocurría y en buscarla a ella.

Cuando la había visto por primera vez ni siquiera se había atrevido a acercarse. ¿Podía ser real? ¿Era ella?

En sucesivas reuniones se había ido fijando. Su sonrisa, sus gestos, lo que su mirada trasmitía, lo que su corazón y su alma le daban a entender era que era ella. No había lugar a dudas.

Para él estaba muy claro, sin embargo… no para ella. Sabía que en su anterior vida ella había tenido recuerdos, aunque no recordaba con precisión cuáles eran, así que, si ya había experimentado aquello en su anterior vida, ¿por qué no iba a hacerlo en esta? Lo más lógico era que pudiese reconocerlo.

Se giró cuando vislumbró al final de la calle el foco de otro camión de militares rondando por la zona. Estaba claro que iban en busca de desertores.

Se subió la capucha, metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la zona más oscura para pasar desapercibido.

Observó el camión pasar y, cuando este desapareció, caminó bajo la lluvia hacia su hogar. No sabía de cuánto tiempo disponía en esta vida, pero debía hacer todo lo posible para que ella le

recordase y fuese consciente de que su destino era estar juntos.

# 25

## Hanah

Año 1932 d.C.

*5 días después de su partida desde Shanghái.*

Aún no creía que estuviese allí. No había podido contener las lágrimas cuando al bajar del barco había pisado tierra coreana. El aire había mecido sus cabellos y Hanah había cerrado los ojos, dejando que el sol acariciase su piel. Había pasado varios minutos allí, en aquella posición, relajándose y saboreando el momento.

Por suerte, no le había costado encontrar a alguien que la llevase hasta Suncheon. El hombre conducía un pequeño camión donde cargaba decenas de sacos de patatas y arroz en la parte trasera. Se había sentado allí y había aprovechado para observar el paisaje.

Todo el camino había tenido el corazón compungido. Hacía casi ocho meses que se había marchado de aquel pueblo engañada y, ahora, no era la misma Hanah la que volvía. De ese pueblo había partido una chica inocente, ahora regresaba una mujer guerrera que había arriesgado su vida por intentar ayudar a otros y que se había curtido a base de una experiencia dolorosa y terrorífica.

Su mente no dejaba de viajar hacia Sook, aquella amiga que había dejado allí sola. Al menos, antes se tenían la una a la otra, ahora ella se encontraría totalmente sola. El general le había dicho que se encargaría de ella. Estaba segura de que lo haría. Había cumplido la promesa de ponerla a salvo y llevarla a su casa, confiaba en que cuidaría de Sook.

No pudo contener las lágrimas cuando las plantaciones de arroz y patata aparecieron ante ella. Su hogar era hermoso, muy hermoso. Los agricultores trabajaban la tierra y cargaban arroz y patatas en enormes cestas.

Ahora se daba cuenta de todo lo que había perdido. Era como si aquel lugar cobrase más brillo y color. Se encogió cuando observó a dos soldados japoneses pasear entre la cosecha. Por lo que le había explicado uno de los marineros del barco, aquel documento escrito en japonés que le había entregado el general la exoneraba de que volviese a ser enviada a cualquier lugar.

El general la había salvado en todos los sentidos, no solo se había preocupado de protegerla en Shanghái, sino de que jamás volviese a correr riesgo su integridad física.

Su corazón brincó cuando observó su pueblo.

—Pare aquí, por favor —suplicó. El hombre detuvo el camión y ella bajó de un salto—. Muchas gracias —comentó sonriente, pasando al lado de su ventanilla.

—De nada —contestó antes de arrancar.

Caminó por el medio de la plantación que precedía al poblado, elevando los brazos y caminando entre los altos tallos de la plantación de arroz. Podía notar la tierra húmeda bajo sus pies, su olor tan característico y que había olvidado hasta ese momento, el tacto de las hojas

rozando sus manos…

Se detuvo delante de su casa, a unos metros, observando aquella humilde vivienda. Le pareció el lugar más cálido que había conocido jamás. Sin poder evitarlo, recordó al general Nakamura, en parte, él se había convertido en su hogar en Shanghái, junto a él se sentía protegida, igual que se sentía allí, rodeada de su familia. Aún se le erizaba la piel ante su despedida. Con el paso de los días se había dado cuenta de que, finalmente, aquel hombre se había colado en su corazón, y dudaba que alguna vez pudiese sacarlo de este.

Avanzó hasta la puerta y alzó su mano hasta ella, sintiendo cómo esta temblaba. ¡Los había echado tanto de menos!

Golpeó repetidas veces hasta que escuchó el sonido de unas sillas moverse tras ella.

No sabría cómo describir el rostro de su madre cuando la puerta se abrió y la observó. Se quedó paralizada en un principio, como si viese un espejismo, aunque su reacción no tardó en llegar.

—Hanah —sollozó lanzándose sobre ella para abrazarla.

—Eomma —susurró ella correspondiendo a su abrazo con fuerza, sin contener ninguna de las dos las lágrimas.

—Mi niña… —dijo sin soltarla, acariciando su cabello negro. Se distanció de ella y la observó—, ¿estás bien?

Ella asintió mientras acariciaba el rostro de su madre. Jamás nada le había transmitido tanto amor como la mirada que tenía su madre en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Hanah miró a su madre. Durante unos segundos se bloqueó. No había pensado en ello. ¿Debía explicarle lo ocurrido? Aquello partiría el corazón a sus padres, se sentirían responsables. No, lo que había sucedido moriría con ella. Bastante carga y miedo habrían sentido sus padres por ella como para ahora contarles lo que le había ocurrido.

—Los japoneses decidieron que ya había pagado la deuda —explicó mostrándole el documento. Sabía que sus padres no comprendían el japonés, así que por mucho que les mostrase, no comprenderían nada.

Su madre sonrió y volvió a abrazarla, estrechándola contra su pecho.

Hanah volvió a abrazarla, apoyando la cabeza en su hombro, aunque elevó la mirada cuando escuchó unos pasos.

—¿Hanah? —reconoció la voz de su padre.

Soltó a su madre y corrió hacia su padre, abrazándose a él. Su padre ni siquiera podía reaccionar, tardó varios segundos en corresponder al abrazo de ella, totalmente emocionado al verla allí.

—Mi pequeña niña —susurró estrechándola contra él.

Si ambos supiesen lo ocurrido no se lo perdonarían nunca. Ahora, gracias al documento que el general le había entregado, estarían a salvo. No había motivo para explicar lo sucedido, no había motivo para provocar una intensa pena y un eterno remordimiento a sus padres. Ahora, ella estaba a salvo, en su hogar, y eso era lo único que importaba.

*2 meses después de su llegada a Corea.*

Aún se despertaba por las noches asustada cuando escuchaba un golpe, esperando a que algún soldado japonés abriese la puerta y entrase en su cuarto para abusar de ella sin compasión. Le costaba superarlo, pero debía admitir que volver a estar con su familia la ayudaba.

No dejaba de recordar a Sook y a Kane. Aunque no hacía mucho tiempo que había vuelto, aquello le parecía ya muy lejano, como si hubiese ocurrido en otra vida. Era extraño. Los primeros días le había costado sonreír, se había forzado a sonreír y a no echarse a llorar. Ahora comenzaba a salirle la sonrisa de forma instintiva. Sabía que le costaría, pero con el tiempo lograría superarlo y volvería a ser la chica feliz que siempre había sido.

Se agachó, tiró del tallo del arrozal e introdujo la planta en su canasta de bambú.

Había reiniciado sus clases en la escuela por la mañana y por la tarde ayudaba a sus padres a recolectar el arroz y las siembras de aquella temporada.

Se giró y observó a su padre y a su madre al lado de la casa, en la lejanía. Ellos no sabían nada de lo sucedido, lo prefería así.

Cuando se giró se quedó totalmente paralizada. Soltó la canasta de bambú sobre la tierra y dio unos pasos hacia delante, con el corazón compungido.

¿Aquello era cierto? ¿Era real?

Observó cómo una figura femenina descendía de un vehículo y se quedaba observando su casa. No tardó ni un segundo en reconocerla.

—Sook —sollozó, comenzando a correr hacia ella—. ¡Sook! —gritó.

Su grito llamó la atención de la muchacha que se giró para observarla. Sook comenzó a correr en su dirección.

—¡Hanah! —gritó, corriendo por encima de la tierra sembrada en su dirección.

Hanah extendió los brazos para abrazarla y se unió a ella en un abrazo lleno de cariño. Lloró a lágrima viva, igual que su amiga.

Se separó de ella y la observó. Hanah llevó sus manos hasta el rostro surcado por lágrimas de Sook.

—Lo siento, siento haberme marchado —sollozó Hanah.

Ella negó mientras sonreía con ternura.

—El general me explicó lo que había ocurrido —susurró. La miró firmemente y tragó saliva —. Él… él me ayudó a volver.

Hanah la miró sorprendida.

—¿Kane?

Sook asintió.

—Él me liberó —lloró—. Es un buen hombre.

Hanah asintió, abrazando de nuevo a su amiga. Si con anterioridad había sentido que parte de su corazón se había quedado allí con él, ahora mucho más. El general Kane le había prometido que cuidaría de su amiga, de Sook, y había logrado traerla de vuelta a casa, poniéndola a salvo.

Sook miró hacia el poblado y sonrió.

—Es más hermoso de lo que recordaba —susurró cogiendo la mano de Hanah. Ella le sonrió y asintió. Sook recorrió con la mirada las plantaciones, las casitas, los caminos de tierra… Estuvo así cerca de un minuto hasta que se volvió hacia Hanah—. Ellos… ¿Saben…?

Hanah negó.

—No, no he explicado nada. No quiero imponerles esa carga.

Sook asintió.

—No quiero que nadie lo sepa —susurró ella.

Hanah apretó más su mano.

—Cuando la guerra acabe lo explicaremos, sabremos cuándo es el momento.

Sook asintió y miró sonriente su poblado. Llevó la mano hasta su bolsillo y extrajo una carta.

—El general me dio esto para ti —explicó.

Hanah observó el sobre. Estaba cerrado. Su mano tembló cuando lo cogió y apretó los labios.

—Tuviste suerte con él —comentó ella.

Hanah asintió y guardó el sobre en su bolsillo. Directamente colocó la mano en la espalda de Sook.

—Vamos, te acompaño a tu casa. Tu familia se alegrará mucho de verte.

Ambas caminaron entre los arrozales cogidas de la mano, saboreando aquella libertad y el hecho de poder volver a estar juntas en su hogar. Aquella experiencia las había unido para siempre, un vínculo que nada podría romper.

—¿Qué has dicho que has hecho estos meses? —preguntó Sook deteniéndose cerca de su casa.

—He dicho que trabajé en una industria cosiendo uniformes de soldados —comentó, encogiéndose de hombros.

Sook asintió e inspiró con fuerza.

La experiencia de Hanah había sido mucho menos traumática que la de Sook. Hanah no podía olvidar cuando la había escuchado gritar a través de la pared, las palizas que había recibido, cuando le habían roto la muñeca… Y, ahora, Sook estaba allí, una mujer fuerte y decidida, a punto de reencontrarse con su familia.

Hanah se distanció para darles aquellos minutos de intimidad mientras se reencontraban. Pudo ver cómo Sook abrazaba a sus padres y a su hermano pequeño mientras rompía a llorar. Sabía que, al igual que ella, no diría nada de lo sucedido, pero eso no quitaba que lo llevase por dentro y que, al no poder hablar de ello, le fuese más difícil aún de sobrellevar.

Hanah se distanció, caminando a paso lento hacia su hogar.

Fue hasta un árbol y se apoyó en él. El sol se escondía tras las montañas que rodeaban el valle de su poblado. Se dejó caer sobre la hierba y extrajo el sobre que Sook le había dado.

Lo abrió con dedos temblorosos y extrajo el documento que había doblado en su interior.

Era una sola hoja. No pudo evitar sonreír cuando observó su perfecta caligrafía.

Los ojos se le humedecieron nada más iniciar la lectura.

*Mi querida Hanah,*

*Espero que hayas llegado sana y salva a tu hogar y que tu amiga Sook te entregue esta carta.*

*Sé que no nos conocimos en las mejores circunstancias, pero dentro de mis posibilidades he intentado que estuvieses lo más confortable posible.*

*Sé que hiciste lo que creías más correcto, no me siento decepcionado, al contrario, has sido más valiente que muchos otros. Eso intento hacer yo también y, por ese motivo, ayudaré a todas las mujeres que pueda a volver a su hogar, comenzando por tu amiga Sook.*

*Lamento si te hice daño, si mis actos han conducido a que muchos soldados actúen de la forma en que lo hacen, pero intentaré enmendar mis errores y los de mis soldados.*

Hanah se obligó a secarse las lágrimas y contuvo el aliento. No se había equivocado, el general Kane Nakamura era un buen hombre, con un gran corazón.

*Has sido mi luz, mi alegría y mi motivo para seguir adelante durante estos meses. Tú eras la única que me daba fuerzas y esperanza para seguir con mi día a día. Ahora no estás, pero la esperanza sigue, sigue porque sé que estás bien, a salvo, y por aquella promesa que me hiciste junto al barco.*

*No sé cuánto tiempo durará la guerra. Meses, un año, cinco, diez… no importa el tiempo que pase, cuando acabe esta absurda guerra iré a buscarte y me reuniré contigo. Al fin, los dos podremos ser libres.*

*No intentes localizarme, no me busques o podrían dar contigo. Simplemente, tal y como me prometiste, espérame. Iré a buscarte.*

*Te quiero, mi Hanah.*

*General Kane Nakamura.*

Cerró los ojos y llevó aquella carta junto a su pecho mientras los latidos de su corazón aumentaban.

Tardarían en volver a verse, en abrazarse, pero el destino les daría una segunda oportunidad. Cuando la guerra acabase, sabía que él iría a buscarla, y ella lo estaría esperando.

Abrió los ojos y miró el cielo azul surcado por unas blancas y esponjosas nubes.

Sería una larga espera, pero sabía que la encontraría y, cuando lo hiciese, podrían estar al fin juntos. No creía que pudiese estar con otro hombre que no fuese él, así que lo esperaría, aunque fuese durante años. No le importaba el tiempo que se dilatase la espera.

Dobló la carta, la metió en el sobre y la guardó en su bolsillo.

Sonrió mientras caminaba entre el sembrado. Con cada hora, día y semana que pasase, más cerca estarían de volver a encontrarse.

# 26

## Cheong

Año 2853 d.C.

Colette se removió en la cama.

*—¿Está todo listo? —escuchó la voz de un hombre.*

La mujer que veía en su sueño era parecida a ella, aunque con el pelo más claro y corto.

*Se giró con una sonrisa y asintió.*

*—Todo listo —confirmó la mujer.*

*El hombre se acercó a ella, sujetando el maletín en su mano. Sin previo aviso, rodeó la cintura de aquella muchacha con su brazo y se acercó para besarla.*

*Ella aceptó el beso, pero se movió hacia atrás mirando hacia la puerta del despacho.*

*—Seok —susurró ella.*

*Él ladeó su cuello.*

*—Venga ya, no puedes seguir sonrojándote… —bromeó.*

*Seok se acercó y situó sus labios al lado de su oído.*

*—Tengo una propuesta para ti, Suni.*

*—Otra propuesta indecente, no —bromeó ella.*

*Aquellas palabras provocaron la risa en él.*

*—Mañana hay que ir temprano al aeropuerto —siguió susurrando mientras acariciaba su espalda con suavidad—. ¿Qué te parece si me paso a buscarte en una hora por tu piso y pasas la noche en el mío? Así podemos coger el taxi desde mi piso.*

*—De acuerdo —contestó ella feliz.*

*Él sonrió y se acercó a sus labios, como si así la tentase.*

*—Pedimos algo de cenar, ¿de acuerdo? —sugirió.*

En ese momento, Colette despertó mientras una gota de sudor frío resbalaba por su frente. Se incorporó de inmediato sobre el colchón y encendió la lamparita.

Se llevó la mano al corazón sintiendo cómo este palpitaba con rapidez. Aquel sueño de nuevo. No solía tenerlos muy a menudo, pero parecían tan reales…

—Suni —susurró. En ese momento, recordó cuando el general de la facción la había llamado así, con aquel mismo nombre.

Notó todo su cuerpo temblar y se obligó a ponerse en pie. Ocurría algo que no comprendía, que escapaba a su entendimiento. ¿Cómo era posible que aquel muchacho la llamase con el mismo nombre? Puede que todo fuese una casualidad o que incluso estuviese influenciada si fuese la primera vez que soñaba algo así, pero no lo era. Aquel sueño se había repetido en ella desde hacía varios años. Nunca le había dado importancia, hasta ahora.

Fue hacia el aseo y se miró en el espejo. Su rostro estaba blanquecino. Abrió el grifo, hizo un cuenco con las manos y se mojó la cara repetidas veces para despejarse.

Se quedó observando cómo las gotas de agua resbalaban por su rostro mientras las palabras de Cheong volvían a su mente.

*"Claro que me conoces, nos conocemos hace mucho… siglos, incluso milenios. Llevo buscándote desde que…"*.

Cheong había guardado silencio cuando un camión militar se había acercado, pero posteriormente había dicho unas palabras que habían captado totalmente su atención. Ya no solo por las palabras pronunciadas, sino por el tono de súplica y pena que transmitían.

*"Solo nos queda esta vida"*.

¿Qué significaba todo aquello? Recreó en su mente el rostro de aquel joven que veía en sus sueños y que respondía al nombre de Seok, era atractivo, y sentía un gran amor hacia esa persona. ¿Cómo era todo aquello posible?

Brincó y se giró hacia la puerta cuando la golpearon con fuerza.

—¿Princesa? —preguntaron desde el otro lado, sin abrir.

Reconoció la voz de su doncella, así que en cuanto se secó la cara y salió del aseo, respondió.

—Puede pasar —respondió con la voz aún trémula.

La doncella entró directamente y, sin mirarla, se dirigió directamente al armario. El día era bastante oscuro, pues las nubes tapaban todo el cielo. Miró el reloj que había sobre su mesita de noche que marcaba justamente las siete y media de la mañana.

La doncella extrajo un vestido y lo colocó sobre la cama. Pasó a su lado, sin mirarla siquiera, dirigiéndose al aseo.

—Prepararé su baño. —Fue lo único que dijo.

Colette asintió, pensativa. Aquella era su vida, una vida repleta de lujos, pero privada del calor humano. Dio unos pasos hacia delante, situándose frente a la cama, observando el vestido color dorado que había situado sobre el colchón. Era un vestido realmente hermoso, digno de una princesa, pero ella no deseaba aquello. No deseaba aquellas ropas, ni las joyas, ni siquiera deseaba vivir allí, lo único que deseaba era ser libre. Seguramente, muchos de sus súbditos desearían cambiarse por ella, pero aquello tampoco era vida. Ella no era nadie, solo la hija del rey, un mero peón para que su padre escogiese a su próximo sucesor, al que debería casarse con ella. Era la mejor opción que tenía su padre para que el yaonismo continuase, para poder, él mismo, designar a su sucesor sin tener en cuenta los sentimientos de su propia hija.

Poco después de darse el baño y de que la doncella la ayudase a vestirse y la peinase, descendió los escalones y atravesó el patio para reunirse con su padre en el palacio central, donde desayunaba la mayoría de los días con él, siempre y cuando no se encontrase ocupado.

Su padre aún no se encontraba en el salón. Fue hasta la larga mesa y se sentó juntando las manos sobre la falda. Sobre la mesa, como cada mañana, reposaban numerosos tipos de zumo y frutas, leche, café y diversas pastas cocinadas por los cocineros reales. Era una lástima el desperdicio de comida que se hacía, pues más de la mitad de esta se acabaría tirando.

Se puso en pie de inmediato cuando su padre hizo acto de presencia en el salón.

El rey Yang se dirigió a la mesa y se sentó a esta sin siquiera elevar la mirada hacia su hija, con toda su atención volcada en los alimentos que tenía por delante. Alargó el brazo, cogió una de las tazas y la elevó para que uno de los miembros del servicio se la llenase de té. Con la otra mano fue echándose diversas frutas en el plato. Iba a dar un bocado a la primera cuando elevó la mirada y observó a su hija sentada frente a él.

La observó unos segundos asombrado, pues hasta ese momento no había reparado en su presencia, y asintió antes de descender su atención hacia el plato y depositar la taza de té sobre la

mesa.

—Buenos días —comentó con voz grave.

—Buenos días —respondió ella mientras miraba a uno de los sirvientes que se encontraba cerca para que llenase también su taza, aunque ella con una leve sonrisa de agradecimiento.

Su padre sorbió la taza de forma sonora y la depositó en la mesa. Dio un bocado a una tostada y la colocó sobre el plato. Concentró toda su atención en su hija que tomaba el té lentamente.

—Hoy es un gran día. —Ella elevó la mirada mientras cogía un trozo de mango, una de las frutas más apreciadas de su país, y lo depositaba en el plato. No dijo nada cuando su padre pronunció aquellas palabras, simplemente lo miró sin comprender, esperando a que su padre continuase hablando, aunque no lo hizo.

Se llevó el mango a la boca y masticó durante un rato en silencio, elevando la mirada hacia él de vez en cuando.

—Aún falta una semana para el aniversario.

—Lo sé —continuó su padre sin mirarla—. Pero hoy conocerás a tu futuro prometido.

Aquellas palabras paralizaron el cuerpo de Colette. Ni siquiera pudo respirar. Intentó mantener la compostura, pues sabía que su padre no toleraba, ni siquiera por parte de ella, una subida de tono.

Inspiró con fuerza y depositó el mango con cuidado sobre el plato, sintiendo cómo su mano temblaba.

—¿Mi… prometido? —preguntó con un hilillo de voz.

Su padre asintió y la miró un segundo sin importarle el temor que su hija demostraba con su tono de voz.

—Ya es hora de que escoja a mi sucesor —indicó su padre con voz autoritaria. Ella apretó los labios y descendió la mirada, pensativa. Ni siquiera lo había visto venir. Sí, su padre ya había insinuado varias veces que el momento de contraer matrimonio se acercaba, pero no esperaba que fuese tan pronto.

—Padre, yo…

—¿Padre? —preguntó con voz seca.

—Majestad… —rectificó rápidamente al observar a los sirvientes que había por allí cerca. Jamás debía llamarle así en presencia de otras personas—, no creo que… —Tragó saliva—, que esté preparada todavía para…

—¿Para qué? —preguntó cortándola—. ¿Para contraer matrimonio? —La miró fijamente—. Claro que lo estás, hace mucho tiempo. Lo único que debes hacer es darme un sucesor varón… —La miró, retándola—, ¿podrás? —Ella lo miró fijamente y apretó los labios, intentando controlar el temblor. La voz seca y autoritaria de su padre, sin ningún sentimiento de por medio, hizo que su labio inferior temblase, amenazando con realizar un puchero. Esa era la única utilidad y el único valor que su padre le daba, el de poder engendrar un varón—. ¿Podrás? —repitió esperando una respuesta.

Colette observó a su padre unos segundos, intentando hallar el valor que necesitaba para negarse, para decirle que no quería continuar lo que su abuelo había iniciado, que ella, lo que deseaba realmente, era ayudar a su pueblo, darle una vida mejor, pero se contuvo. Supo que si pronunciaba aquellas palabras lo siguiente que haría sería encadenarla a una pared y pedir a sus soldados que le diesen una buena paliza. No habría clemencia ni siquiera para ella, su hija.

Su padre seguía mirándola fijamente, aunque al no recibir respuesta por parte de ella comenzó a alterarse.

—¿Podrás? —gritó como si se le acabase la paciencia.

Aquella subida de tono por parte de su padre hizo que brincase sobre la silla y lo mirase de nuevo, intentando buscar una respuesta que no la comprometiese.

—¿A quién has designado como tu sucesor? —pregunto sin responder.

El rey la miró unos segundos más y se giró hacia uno de los sirvientes.

—Llamad a Son Bin —indicó. Se giró hacia ella y se cruzó de brazos, apoyando la espalda en la silla—. No debe importarte quién sea mi escogido… —continuó—. Tu misión, como hija del rey, es proporcionar un heredero varón para la continuidad del reino.

No pudo evitarlo y resopló ante lo que su padre decía. Aquella conducta desalmada y machista, desprovista de cualquier tipo de sentimiento hacia ella, la alteró. Ella podría dirigir el reino mil veces mejor que él, si la dejasen, claro.

Supo que no había sido buena idea lo de resoplar cuando su padre se puso en pie con la mirada clavada en ella.

Colette tragó saliva y, tal y como dictaba el protocolo, se puso también en pie. Su padre ladeó la cabeza y dio unos pasos hacia ella.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó como si la retase. Colette tragó saliva y agachó la cabeza mientras negaba—. Creo que lo que te estoy pidiendo es realmente fácil. —Se colocó ante ella—. Mírame cuando te estoy hablando —ordenó. Colette inspiró aire profundamente, tragó saliva y elevó la mirada hacia él, una mirada cargada de temor. Su padre la observaba muy de cerca, a pocos centímetros de ella, estudiándola—. Jamás vuelvas a resoplar en mi presencia, ¡quedas advertida!

Colette tragó saliva y asintió.

—Es solo… —susurró apartando la mirada de nuevo de él—, que me gustaría poder decidir con quién debo contraer…

No pudo continuar. Su padre golpeó con tal fuerza su mejilla que salió disparada hacia el lado, golpeándose la cadera con la mesa. Colette se quedó totalmente inmóvil mientras apoyaba los brazos en la mesa, conteniendo el aliento. Lentamente, llevó la mano hasta su mejilla y palpó la zona golpeada, donde notaba los latidos del corazón. Inspiró armándose de valor y se puso firme mientras elevaba la mirada hacia su padre, una mirada cargada de odio hacia él. Puede que su padre intentase quitarle la poca fortaleza que aún le quedaba. Ya lo había hecho anteriormente con su madre. Él era el rey, y nada ni nadie, ni siquiera su esposa o su hija, tenían derecho a opinar sobre los asuntos reales. No obstante, siempre que ocurría algo así, que su padre usaba la fuerza para reducir la poca valentía que ella pudiese tener y someterla, recordaba las palabras de su madre: *“Eres fuerte, mi Colette, y con tu fortaleza lograrás cambiar el mundo”*.

Aquellas palabras eran las únicas que la mantenían firme, que no le permitían rendirse.

—Tú… —susurró su padre acercándose a ella, aunque Colette esta vez no agachó su cabeza, continuó con la cabeza bien alta, mirándolo con odio y con los labios apretados—, aún tienes mucho por aprender. —Esta vez su padre moduló su voz, como si hablase a una niña pequeña que no comprendía cuál era su lugar en el mundo.

El rey desvió la mirada hacia un lado cuando Son Bin entró en el enorme comedor y se dirigió hacia su majestad y su hija. Colette ni siquiera se giró para observarlo.

Son Bin se situó al lado del rey e hizo una reverencia.

—Majestad —comentó.

El rey colocó la mano sobre el hombro de Son Bin como gesto de confianza y miró a su hija.

No hicieron falta palabras, Colette lo comprendió de inmediato. Son Bin era el militar que su padre había escogido como sucesor. ¿Cómo no iba a hacerlo? Aquel hombre era un interesado,

se había acercado a su padre lentamente, obedeciendo con firmeza cada una de las órdenes que el rey le daba, elogiando todas sus decisiones… Ella lo había sabido ver desde un principio, pero su padre parecía más interesado en que lo idolatrasen continuamente que en ver que aquel soldado lo único que pretendía era alzarse con el trono.

—Colette —pronunció su padre—. Son Bin será mi sucesor. —Ella no dijo nada, ni siquiera miró a aquel soldado que permanecía a su lado—. El compromiso será anunciado tras tu discurso.

Ella apretó los labios. No demostró nada con su rostro, por más que desease gritar y llorar no les daría aquel placer a aquellos dos hombres. Sabía que se sentían superiores a ella, a cualquier mujer, que ellas estaban allí para servirlos y para aceptar todo lo que ordenasen.

—¿Puedo retirarme ya, majestad? —preguntó ella secamente.

El rey asintió sin decir nada más.

Colette se giró y avanzó por el comedor hasta salir de este. Ni siquiera se giró para observar a Son Bin. ¿Casarse con él? Antes muerta que contraer matrimonio con él, y menos aún darle un heredero varón como su majestad, su padre, exigía. Aquella era la única razón por la que ella seguía viviendo allí. Una mujer no podía gobernar, pero sí un hombre, por eso mismo necesitaba un varón, para continuar su reinado.

Obviamente, el soldado estaría encantado, sería el sucesor del rey hasta que su primer hijo varón alcanzase la edad de veintiún años y accediese al trono.

Colette subió los escalones a la segunda planta y atravesó el pasillo que la llevaría al otro lado del palacio, el reservado para ella y las mujeres.

Nada más llegar a su habitación, cerró la puerta y se apoyó contra ella mientras un largo suspiro, acompañado del llanto que había estado reteniendo, escapó de su pecho.

Se dejó caer sobre el suelo, apoyando la espalda sobre la puerta.

No, ella no deseaba nada de eso. No quería aquellas riquezas, no deseaba ser la esposa consorte del rey, no… Ella deseaba libertad, sentirse valorada y querida.

Tragó saliva y miró hacia la ventana, por donde se veía parte de los jardines.

Las palabras que habían pronunciado en la resistencia volvieron a ella. Acabar con la vida de su padre y, con ello, de aquella dictadura.

El pueblo sufría, estaba muerto de hambre, amenazado de muerte si no obedecía todas sus órdenes.

Se obligó a tragar saliva cuando recordó aquellos ojos claros, las palabras de Seok… Quizá sí que estaba destinada a cambiar el mundo tal y como había dicho su madre, pero no le hacía falta cambiarlo todo, con salvar a su país le bastaba. Realmente, ella era la única que podía hacer algo. ¿Estaría preparada para hacerlo? ¿Sería lo suficientemente valiente como para arriesgarse?

Cheong Archer miró a su alrededor. Su facción estaba compuesta por muchas personas, la mayoría mujeres, y oscilaban entre los veinte y los cuarenta años. Era un buen grupo y la mayoría estaban dispuestos a dar su vida por aquella causa. Él la daría si fuese necesario. Aquella vida era muy dura, todos se merecían algo mejor, una vida donde poder ser felices. Además, él contaba con algo que lo distinguía del resto de los que allí se encontraban. Recuerdos, recuerdos que no podía ubicar en esta vida, pero que había vivido anteriormente. A diferencia de todos ellos, no tenía miedo a la muerte. Sabía que la muerte no era más que otra vida, diferente, pero vida.

Miró a su alrededor y encontró a Colette al final de la sala, en una esquina, queriendo pasar desapercibida. La había visto llegar hacía apenas diez minutos. Sus miradas se habían encontrado

durante unos segundos, pero ella rápidamente se había dirigido a un lugar donde no pudiese ser vista. Pocos minutos después, la había identificado en aquella esquina, atendiendo a cada palabra que decía.

Hacía varias noches que había conseguido hablar con ella, aunque en ese momento, Colette, tal y como se llamaba en esta vida, no parecía recordarlo. Aquello lo había dejado destrozado. Sabía que aquella era su última oportunidad para encontrarla, para que ambos fuesen conscientes de que estaban hechos el uno para el otro. Sus recuerdos más cercanos se remontaban a una vida donde él dirigía una importante empresa, aquellos recuerdos eran muy vívidos y se presentaban con mucha intensidad. Recordaba perfectamente el momento en que se había arrodillado ante la tumba de Suni, en el jardín de la casa de sus padres, y se había hecho la promesa de encontrarla. Lo había prometido con tanta efusividad y había sentido tanto el dolor de perderla que aquellos sentimientos habían viajado con él hasta esta nueva vida. Aunque con menos intensidad, recordaba combatir en una guerra, por lo que había estudiado, todo le hacía pensar que se trataba de la guerra que tuvo lugar durante la ocupación japonesa de Corea, seguida poco después por la Segunda Guerra Mundial. Recordaba frecuentar un burdel donde había conocido a una mujer con la que pasaba las noches. Tenía varios recuerdos de una época mucho más antigua, aunque eran muy escasos. Simplemente recordaba custodiar al rey en un palacio, se cruzaba en su mente encontrarse en una prisión y, posteriormente, arrodillarse para que cortasen su cabeza. No recordaba mucho de aquella vida, pero había algo que sí. Él había amado, y no solo en esa vida tan remota, sino en todas. Había vivido un amor prácticamente imposible y sabía quién era esa persona. La tenía a pocos metros de él, observándolo con reticencia. La conexión que sentía con ella era tan fuerte que, si no fuese porque había decenas de personas rodeándolo, iría hacia ella y la abrazaría. Durante sus primeros años de vida la había buscado y se había desesperado al no dar con ella. ¿Y si no la encontraba? Por lo que sabía, todas las almas tenían cuatro oportunidades para encontrar a su otra mitad. ¿Qué pasaría si no daba con ella? Dados sus recuerdos, había estudiado mucho sobre el tema y, por lo que decía la leyenda, cuatro eran las posibilidades que existían de encontrar al alma gemela. Si no se daba el caso, el alma estaría tanto tiempo incompleta que ya, en sucesivas vidas, le sería muy difícil identificar a su otra mitad. Sin embargo, allí estaba ella, sin ser consciente de nada, sin saber lo mucho que se jugaban.

Se volvió hacia la mesa y cogió en su mano una pequeña pistola. La mostró.

—Nadie debe salir herido, ni nosotros ni ninguno de los que acudan a ver el discurso del rey.

—¿¡Y para qué nos las das!? —gritó uno de los que lo rodeaban.

—Servirán para sembrar el caos y para defendernos de los guardias reales si fuese necesario. —Los miró a todos—. Como hemos dicho… —Señaló a los dos hombres—, vosotros comenzaréis la pelea. Todos los que los rodeemos entraremos a luchar unos contra otros, mientras… —dijo señalando a un grupo de cinco personas—, vosotros, situados en el lado este de la plaza real, dispararéis vuestras armas hacia el cielo, y vosotros… —Señaló a otro grupo—, lo haréis desde el lado oeste. —Se pasó el arma de una mano a otra—. El arma es muy ligera y pequeña, por lo que podéis esconderla muy bien y no será vista. —Depositó el arma sobre la mesa y giró sobre sí mismo, mirando con intensidad a todos los que lo rodeaban—. En el momento en que el primer grupo dispare sus armas, se formará un buen revuelo, pensad que todo el mundo saldrá corriendo de la plaza… Se formará una estampida y solo existen tres vías de entrada a esta. —Se giró y apretó el botón del proyector. En la pared a su izquierda apareció proyectado el plano de la ciudad, concretamente de la plaza real. Cogió un puntero y señaló las tres vías de entrada y salida—. Estas tres calles comunican con la plaza. —Señaló a la izquierda, a la derecha y a la parte baja, dado que en la parte superior del plano se encontraba el palacio real

—. Como sabéis, los guardias reales se encuentran siempre formando una línea fronteriza con el palacio, evitando que cualquiera pueda acercarse, y otra línea rodeando la plaza. Por eso, en cuanto disparéis el arma, debéis guardarla de nuevo. No olvidéis llevar guantes, pues en cuanto salgáis de la plaza debéis arrojarlas al suelo y puede que algún militar consiga alguna. Podrían extraer las huellas. —Señaló las tres salidas.

—¿Cuándo se disparará al rey? —preguntó uno de ellos con ansiedad.

Cheong se giró hacia él y asintió.

—Justo con los primeros disparos. De esta forma, distraeremos a la guardia real y tampoco daremos tiempo al rey para que se oculte.

Colette sintió cómo su corazón latía con fuerza. ¿Iba a participar en la muerte de su padre? Durante unos segundos, se debatió entre marcharse del lugar o no, pero alzó la mirada hacia otro de los miembros de la resistencia cuando este hizo la siguiente pregunta.

—¿Y después? ¿Qué pasará? —preguntó preocupado—. La mayoría de los militares siguen al rey, puede que otro suba al poder y sigamos igual.

Cheong negó.

—No. —Se cruzó de brazos—. Dos facciones se encontrarán cerca del parlamento para hacerse con él, en cuanto reciban la orden. Esto será justo después de acabar con la vida del rey. —Miró al hombre que había realizado la pregunta—. Es cierto que muchos militares están a favor del rey, pero también hay muchos que no. Por suerte, conocemos a un gran número de militares que están dispuestos a luchar a nuestro lado y derrocar al rey. Ellos, al igual que todos nosotros, tienen una familia, gente a la que quieren, y no quieren arriesgar la vida de ellos, pero, cuando nos alcemos, ellos lucharán a nuestro lado. ¡Esta vez lo conseguiremos! —Todos alzaron sus puños, vitoreando las palabras del general de su facción—. ¡Seremos libres! ¡Viviremos sin miedo!

Todos aplaudieron eufóricos. Colette contuvo la respiración. Realmente se lo merecían. Incluso ella, la hija del rey, era solo un peón que su padre utilizaba a su antojo para conseguir sus intereses. Ella también deseaba aquella libertad, poder vivir sin miedo, pero ¿podría vivir sabiendo que había colaborado en el asesinato de su padre? Aquello era duro. Sin poder evitarlo, pasó la mano por su mejilla. Aún seguía amoratada del golpe que había recibido. Su respiración se aceleraba al recordar lo que su padre le había anunciado días antes: el matrimonio con el general Son Bin. Aquel hombre era horrible, y sabía que, si él subía al trono, nada cambiaría, todo seguiría igual o peor que con su padre. Miró a su alrededor, a todas aquellas personas que iban a luchar por conseguir un futuro mejor para sus hijos, arriesgando sus vidas, y, por primera vez en su vida, se sintió realmente en casa. Allí se sentía bien, se sentía respaldada, sentía que aquellas personas que la rodeaban podían transformarse realmente en su familia. Sin embargo, en su hogar lo único que encontraba era miedo y dolor.

—En los próximos días recibiréis un mensaje del lugar donde, en cuatro días, deberéis recoger el arma antes de ir a la plaza real. Sobre todo, recordad… Nadie debe saber de nuestro plan. Nadie —enfatizó—. Las armas solo serán disparadas por quien yo he dicho, a no ser que los militares inicien una contraofensiva, en cuyo caso sí estaréis autorizados a usarlas para defenderos, no solo a vosotros mismos, sino a todos los allí presentes. El resto, recordad: quiero que gritéis, que corráis desesperados de un lado a otro, que sembréis el caos. —Inspiró con fuerza y los miró a todos con una leve sonrisa—. Muchos hemos esperado este momento desde nuestro nacimiento y, al fin, ha llegado. Juntos conseguiremos un mundo justo y libre. —Alzó la voz y elevó el puño. Todos vitorearon, dándose ánimos los unos a los otros, contagiándose de aquella alegría que sentían.

Colette observó con atención la escena. ¿Qué pasaría si supiesen que ella era la hija del rey? Realmente quería ayudarlos, pero ¿la creerían? Había llegado el momento de comenzar a tomar sus propias decisiones, de ser libre, tal y como ellos clamaban.

Un fuerte estruendo hizo que todos se agachasen asustados y que reinase el silencio. Colette se agachó, agarrándose a una de las columnas de aquel subterráneo, y miró directamente hacia la puerta.

La música en el exterior había cesado. El silencio reinaba en todo el edificio.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que todos brincasen. De repente, fuera de aquella habitación los gritos se elevaron hacia el cielo. ¿Qué estaba ocurriendo? El murmullo se apoderó de toda la sala, sin saber qué hacer en aquella situación ni qué ocurría fuera de aquella habitación.

Los gritos cada vez eran más fuertes y, entre aquellos gritos, pudieron escuchar varios disparos.

—¿Militares? —preguntó uno haciendo que el miedo se apoderase de todos los que se encontraban allí.

Un disparo rebotó en la puerta y, de inmediato, comenzaron unos fuertes golpes. En efecto, querían echar la puerta abajo. Sí, no había duda, los militares estaban allí.

Los gritos comenzaron también en el interior de la sala.

Cheong se movió rápidamente hacia la puerta cuando un fuerte golpe la abolló por la parte inferior, levantando parte de ella. Desde allí pudo ver las botas típicas de los militares.

—¡Echadla abajo! —escuchó que ordenaban desde fuera.

Cheong no perdió ni un segundo y señaló la puerta trasera.

—¡Vamos! —gritó, indicándoles que se marchasen. Los habían encontrado, seguramente no sabrían que en aquella sala estaban ideando un plan para acabar con el rey, pero sí que se trataba de una fiesta ilegal, algo prohibido por las leyes reales que los gobernaban a todos—. Corred, corred… —dijo mientras se dirigía a la mesa, apremiando a sus compañeros, y cogía una de las pistolas.

Colette se quedó observando aquella puerta. Los militares debían de estar utilizando un ariete para echarla abajo. Si los encontraban allí, los matarían a todos, incluida ella.

Cheong se giró y la observó allí, petrificada. ¿Por qué no corría junto a sus compañeros?

Fue hasta ella y la cogió del brazo. En ese momento, ella despertó de sus pensamientos.

—¿Qué haces? —le gritó mientras en la otra mano sostenía un arma, dispuesto a enfrentarse a los militares para intentar retenerlos mientras todos salían. Otro golpe en la puerta hizo que ella brincase—. Vamos, ¡corre! —La empujó en dirección a la puerta trasera. Colette estuvo a punto de perder el equilibrio, pero lo recuperó y lo miró asustada.

—¿Y tú?

Cheong apretó los labios y la miró con intensidad.

—Vete.

Se giró hacia la puerta y apuntó justo cuando esta salió volando por los aires.

Colette se echó al suelo y gateó hacia una de las columnas. Pudo ver cómo algunos de los miembros de la resistencia aún se encontraban allí.

Cinco soldados, acorazados con sus negras armaduras y ataviados con muchas armas, entraron en la sala.

Colette tragó saliva y se escondió del todo tras la columna. Comenzó a ponerse en pie, arrastrando su espalda contra el yeso, y miró hacia el lado.

Cheong se encontraba tras otra columna, sujetando su arma y dispuesto a disparar si era

necesario. Sabía que disparar a los militares sería en vano. Con aquellas armaduras iban totalmente protegidos, y solo un disparo certero en la frente o entre los ojos acabaría con ellos.

Brincó tras la columna cuando escuchó el grito de uno de sus compañeros al ser atrapado. Debía salir de allí como fuese. Miró de un lado a otro, desesperada. A pocos pasos de ella se encontraba la escalera que la llevaría hacia la calle, aunque seguramente antes de que pudiese alcanzar el primer escalón, le dispararían.

Resopló y miró de nuevo hacia Cheong, el cual la miraba fijamente. Varios disparos más hicieron que se ocultase de nuevo tras la columna. Se asomó para observarlo de nuevo cuando le señaló que se dirigiese hacia las escaleras. Ella negó y señaló con un movimiento de cabeza hacia atrás, indicándole los soldados que inspeccionaban la sala, cada vez más cerca.

Cheong le mostró la mano. Durante unos segundos no atinó a ver lo que tenía, pero luego lo reconoció: una pequeña granada. Abrió los ojos desmesuradamente al contemplarla, entendiendo lo que iba a hacer.

Cheong le señaló con un movimiento de cabeza hacia atrás, indicándole que iba a arrojarla y que, en cuanto lo hiciese, debía correr hacia las escaleras.

Bien, no había otra opción, aquella era la única vía de escape que existía de aquel recinto y sabía que, si no se arriesgaba, en pocos segundos darían con ella.

Cheong alzó la mano mostrándole los cinco dedos, luego dejó cuatro, después tres… De acuerdo, era una cuenta atrás.

Colette resopló y miró hacia las escaleras. Debía ser rápida. Sabía que desde que Cheong lanzase la granada hasta que explotase, contaba con pocos segundos para huir. Con suerte, le daría tiempo a subir unos cuantos escalones y escapar de la onda expansiva de la explosión.

Cheong la miró fijamente, asintió y quitó la anilla de la granada. Automáticamente, salió de detrás de la columna, la lanzó y gritó.

—¡Granada!

Sabía que de aquella forma provocaría que los militares se distrajesen, aquello les daría los segundos suficientes para llegar a la escalera y subir.

No perdió el tiempo y corrió hacia las escaleras y observó que Colette lo imitaba.

Instintivamente, cogió su mano y comenzaron a subir los primeros escalones en dirección a la calle. Se giró para observar cómo uno de los soldados apuntaba hacia ellos, apretando el gatillo. Justo en ese momento, la explosión, con un gran estruendo, hizo que los militares saliesen volando hacia atrás.

La onda expansiva llegó hasta ellos, provocando que cayesen sobre los escalones. Cheong sintió cómo se clavaba la esquina del escalón en el hombro, pero se levantó de inmediato y miró al frente. Una nube de polvo no le dejaba ver el interior de la estancia. Al menos, parecía que se habían librado de los militares.

Se giró para observar a Colette que aún permanecía en el suelo y comenzaba a toser. La cogió del brazo y tiró de ella para ayudarla a levantarse justo cuando sintió que alguien lo sujetaba por el pie. Miró hacia abajo, observando cómo un militar lo sujetaba por el tobillo, evitando que huyese.

Cheong gritó y comenzó a golpear con el pie el casco del soldado que lo sujetaba, intentando escapar de él. Colette se incorporó de inmediato y miró hacia atrás. Contuvo la respiración cuando pudo reconocer aquellos ojos tras el traje militar. Sabía de quién se trataba. Son Bin sujetaba con fuerza el pie de Cheong. Al menos, no parecía haber reparado en su presencia.

El odio y el instinto de supervivencia se apoderaron de ella y, sin pensarlo, descendió un escalón y, antes de que Son Bin pudiese mirarla, estrelló su pie contra su cara, provocando que

cayese unos escalones hacia atrás y liberando de esa forma a Cheong.

No perdió ni un segundo, Cheong se puso en pie y cogió la mano de Colette, subiendo de forma desesperada los escalones.

Parecía que aquella puerta trasera no era conocida por los militares porque ninguno los esperaba allí. Cheong miró de un lado a otro, apreciando cómo, entre la oscuridad, varios de los miembros de la resistencia huían como alma que lleva el diablo.

Tiró de la mano de Colette justo cuando ella también tiró en sentido contrario. Ambos se giraron para observarse.

Colette lo miró de la cabeza a los pies.

—Tengo, tengo que irme… —pronunció mientras se giraba para echar a correr.

Cheong fue tras ella y la cogió del brazo, deteniéndola.

—Espera… espera…

—Hay que alejarse de aquí —pronunció ella intentando soltarse del brazo—. Si nos encuentran, nos matarán —susurró nerviosa.

Cheong la miró fijamente, sin soltarla.

—Colette… —pronunció su nombre por primera vez, esta vez usando un tono de voz calmado—. Ven conmigo —le pidió—. En pocos minutos los militares tomaran todas las calles de esta zona y será imposible alejarse de aquí. Hay que esconderse. —Ella lo miró asustada—. Confía en mí —pronunció.

Dejó que entrase ella primero y cerró la puerta tras de sí. Un largo suspiro se escapó de su pecho cuando finalmente se sintió a salvo. Aquella vez habían estado cerca, muy cerca. Tal y como había imaginado, en pocos minutos las calles que rodeaban al edificio donde se encontraba aquella fiesta ilegal estaban totalmente vigiladas por los militares. Seguramente, muchas de las personas que se encontraban en aquella fiesta habrían sido detenidas. Por suerte, la facción de la resistencia que se reunía allí lo hacía en una de las habitaciones cerradas, lo que les había dado los minutos suficientes para ser conscientes de lo que estaba ocurriendo. Así, la gran mayoría de ellos había podido escapar.

Miró al frente, donde Colette recuperaba también el aliento. Su vivienda era austera y pequeña. Constaba de un comedor con cocina integrada, una habitación y un aseo.

Se fijó en que Colette miraba alrededor. Fue hacia uno de los cajones de la estantería y cogió una de las velas, encendiéndola. No quería encender las luces de la casa, pues podía alertar a los militares que vigilaban la zona. Con la luz que desprendía la vela ya tenían suficiente.

La depositó en un vaso y la colocó en la mesa. Colette parecía bastante nerviosa, pues se rozaba el brazo con la mano mientras miraba alrededor y se mordía el labio.

—Tranquila, aquí no nos encontrarán —pronunció Cheong.

Ella lo observó y, tras unos segundos, asintió lentamente.

Aunque le preocupaba el hecho de que la pudiesen encontrar allí, ahora mismo lo que la mantenía más nerviosa era el hecho de que Son Bin había estado allí, que ella misma había golpeado su rostro para ayudar a uno de los jefes de la resistencia. No creía que la hubiese reconocido, pero… ¿y si lo había hecho?

La escalera donde se había topado con él estaba a oscuras y, además, había mucho polvo de la explosión. Dudaba que la hubiese reconocido, aunque si ella lo había hecho, ¿por qué no él?

—¿Estás herida? —preguntó Cheong. Ella negó con su cabeza, aún intimidada. Estaba realmente nerviosa—. No te preocupes, aquí estás a salvo —continuó.

Ella suspiró y, finalmente, miró a su alrededor.

—¿Vives aquí? —preguntó girando sobre sí misma.

—Sí —respondió él.

Ella lo miró de reojo.

—¿Solo?

Él asintió.

—No estoy casado ni tengo hijos —respondió directamente—. Los miembros de la resistencia no podemos permitírnoslo —susurró—. No me gustaría poner a mi familia en peligro.

Ella apretó los labios y se giró. Aunque se encontraba bastante asustada, no podía negar que aquel hombre la atraía. Ya se había fijado en él la primera vez que lo había visto, pero había algo más, algo que no lograba comprender, una atracción que superaba lo físico. Y luego estaban las enigmáticas palabras que él había pronunciado. Ella había soñado muchas veces con una mujer llamada Suni y él la había llamado así. Había sentido curiosidad desde que aquellas palabras habían salido de su boca.

Tragó saliva y se quedó observándolo sin decir nada.

—Te… te agradezco que me hayas traído aquí…

Cheong dio unos pasos hacia ella. No tenía ninguna duda sobre que ella era la mujer que amaba, tanto en el pasado como en el presente. Ahora, tenía una oportunidad de oro para intentar que ella lo recordase.

—El otro día… —comenzó ella.

—Hay algo que… —la cortó.

Ambos se quedaron callados al darse cuenta de que habían iniciado la conversación a la vez.

—Por favor… —insistió él señalándola con la mano.

—No, no importa, prefiero que seas tú quien…

—Insisto —la interrumpió.

Colette se removió nerviosa y tragó saliva. Notaba cómo la boca se le secaba.

—El otro día… —comenzó con el tono de voz bajo, como si se sintiese intimidada por lo que iba a decir—, cuando huimos, me dijiste unas cosas que…

—¿Qué? —preguntó intrigado, dando un paso adelante.

Ella lo miró apretando los labios y, finalmente, suspiró.

—Me llamaste Suni, me… me preguntaste si te recordaba…

—¿Lo haces?

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—¿Me recuerdas?

Ella lo miró fijamente y negó.

—No, ni… ni siquiera sé a lo que te refieres… —Pudo ver cómo Cheong respiraba profundo y se quedaba cabizbajo, como si sus palabras le entristeciesen. Dio un paso hacia él—, pero me gustaría comprenderlo.

Cheong alzó la mirada hacia sus ojos. Colette se quedó asombrada al verlos. Destacaban muchísimo, incluso sin luz. Tenían un color diferente a todo lo que había visto, un gris azulado que contrastaba con su pelo negro.

Cheong se acercó a ella un paso y cogió su mano con delicadeza. Aunque aquel gesto no pareció gustar mucho a Colette, no apartó su mano.

—¿Conoces la leyenda sobre las cuatro vidas? —preguntó con delicadeza. Colette enarcó una ceja y asintió. Cheong tragó saliva, pensaba que si tenía la oportunidad de hablar con ella no le costaría tanto expresarse, pero le era más difícil de lo que había llegado a imaginar—. Te recuerdo de una vida anterior… —acabó pronunciando.

Ella lo miró fijamente.

—¿Me llamaba Suni?

Él asintió.

—Por eso te llamé así —susurró.

Ella parpadeó varias veces. ¿Y si sus sueños no eran sueños? ¿Y si eran vidas anteriores que volvían a su mente?

Lo miró fijamente.

—Y… tú… te llamabas Se…

—Seok —acabó él. Se quedó contemplándola, asombrado por lo que había dicho—. Entonces… —continuó más emocionado—, ¿me recuerdas? —Apretó más fuerte su mano.

Ella negó.

—Son… sueños… —susurró—. Los he tenido desde pequeña y…

—No son sueños —comentó él y le sonrió con ternura—. Llevo buscándote toda mi vida. —Apretó más fuerte su mano—. En las anteriores vidas no pudimos estar juntos mucho tiempo…

—Espera, espera… —dijo soltándose de su mano, aturdida por sus palabras—. ¿Vidas… pasadas? —preguntó intentando encajar aquellas palabras.

Él asintió.

—Cada alma tiene cuatro vidas para encontrar a su media naranja, para ser conscientes la una de la otra, si no…

—Sí, sé en qué consiste la leyenda —lo cortó incrédula. Lo miró enarcando una ceja—. ¿Quieres decir que tú… y yo…?

Él asintió y volvió a coger su mano, visiblemente emocionado.

—Intentamos estar juntos, pero… —se calló al no poder decir en voz alta lo que seguía.

—Morí —susurró ella pensativa—. Un accidente…

—Te atropellaron —dijo él.

Aquella afirmación hizo que ella lo mirase impresionada. Aquel era justamente su sueño, demasiada casualidad que él lo supiese. ¿Era aquello posible? Realmente sentía una conexión con Cheong, algo que no podía comprender, algo que iba más allá de lo que ella conocía.

Colette dio unos pasos hasta una silla y se sentó, pensativa. Se mantuvo unos segundos callada, buscando las palabras adecuadas.

—En mis sueños, esa muchacha, Suni, trabaja en una gran empresa…

Cheong fue hasta ella, cogió la silla que había al lado y la apartó de la mesa para sentarse justo frente a Colette.

—Trabajabas para mí —explicó él—. No recuerdo de qué empresa se trataba, solo sé que era una muy importante. Tenía un gran despacho —sonrió—, desde donde se disfrutaba de unas impresionantes vistas. —Ella asintió intentando asimilar todo aquello. Cheong suspiró y cogió de nuevo su mano—. En esa vida tú recordabas cosas de una de tus vidas pasadas. —Colette lo miró confundida—. Fuiste a que te practicasen una regresión. —Acarició su mano tiernamente—. Cuando… cuando moriste, yo mismo fui a esa especialista. Fue la que me explicó lo que ocurría. Dicen que cuando llegas a tu cuarta vida puedes recordar con más claridad las anteriores. Sé que hemos llegado a nuestra cuarta vida… —susurró.

Colette se mantenía en silencio, intentando asimilar todo aquello. Por un lado, tenía su lógica, sabía que algo de verdad había en aquello, pero, por otro lado, le parecía imposible de creer.

Lo miró consternada.

—Esta es nuestra última oportunidad para ser conscientes el uno del otro… —continuó

Cheong—. Necesito… necesito que me recuerdes.

Ella se levantó, nerviosa. Por mucho que quisiera creerle, por mucho que todo aquello fuese verdad, lo tenían mucho más complicado que en vidas pasadas. Ella era una princesa, la hija del rey Yang, y él, Cheong, era uno de los generales que llevaría a cabo el asesinato de su padre. No, aquello no podía ser cierto. Lo suyo no podía ser real, sus mundos eran totalmente opuestos.

—Esto no puede ser verdad —susurró poniéndose en pie, soltando su mano.

—Suni… —comentó.

Ella se giró hacia él.

—No me llames así —pronunció mirándolo de la cabeza a los pies—. Mi nombre es Colette.

Cheong tragó saliva y asintió lentamente. Quizá debería haber explicado menos, puede que la hubiese asustado.

—No pretendía…

—Sé lo que pretendes —reaccionó ella—, pero lo que me estás explicando…

—Tú lo sabes, sabes que es real —dijo—. Tú misma has tenido sueños donde tu nombre es Suni, donde moriste atropellada, sabes que estabas con Seok… —Colette se giró y fue hacia la ventana para observar. Cheong tragó saliva—. Sé que es difícil de comprender, pero sabes que tengo razón. —Sonrió—. Ni yo mismo lo comprendo, solo sé que debemos estar juntos. Que tú y yo nos complementamos perfectamente. Que estamos hechos el uno para el otro.

—Basta —susurró ella ofreciéndole su perfil. Cheong tenía razón, no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, aunque en su interior sabía que algo de cierto había en todo ello. Era demasiada información, demasiadas emociones juntas… ¿No tenía bastante ya con saber que el hombre que tenía a su espalda pretendía acabar con la vida de su padre? Ahora, además, le explicaba que ambos formaban una sola alma, que estaban hechos el uno para el otro… y, realmente, lo único que quería era abrazarse a él. Aquella necesidad le hizo pensar. ¿Cómo podía albergar un sentimiento así por una persona a la que acababa de conocer? ¿Por una persona que pretendía acabar con su familia? Si bien era cierto que su padre se había ganado a pulso que el pueblo planease su asesinato, ¿cómo podía ella estar predestinada a estar con uno de los que urdían el asesinato del rey?

Se giró y lo miró. Cheong permanecía de pie a pocos pasos de ella, estudiándola, esperando una respuesta por su parte.

Aquello era demasiado. ¿Qué pasaría si descubría que ella, en realidad, era la hija del rey al que pretendían asesinar?

Tragó saliva y suspiró.

—Debo irme —dijo dirigiéndose hacia la puerta, sin esperar a que Cheong la detuviese.

—¿Irte? —preguntó cuando pasó por su lado.

Colette fue hacia la puerta, pero antes de que pudiese abrirla él la detuvo.

—Hay muchos militares.

—No me pasará nada —dijo girándose hacia él—. No arrestarán a una muchacha que camina sola por la calle.

—Claro que pueden arrestarte, y lo harán encantados —ironizó.

Ella apretó los labios y se removió nerviosa. Ya no era solo el hecho de que Son Bin podía haberla descubierto y que era necesario que llegase a palacio mucho antes que él, sino que necesitaba madurar y reflexionar sobre lo que Cheong le explicaba.

Ella negó.

—Necesito irme —dijo abriendo la puerta.

Cheong resopló y, durante unos segundos, la observó. Colette estaba realmente nerviosa,

quizá lo mejor fuese dejarla marchar, que pudiese estar sola para pensar en lo que le había explicado. No obstante, decidió no rendirse tan fácilmente.

—Está bien, te acompañaré.

—¡No! —dijo ella rápidamente. Lo que menos necesitaba era que Cheong descubriese que se trataba de la hija del rey, ¿qué pensaría entonces?

—¿Por qué no? —preguntó—. Es peligroso.

Ella suspiró y, durante unos segundos, se abrazó a sí misma. Lo miró fijamente. Cheong parecía estar decidido a acompañarla.

—Está bien, pero… —acabó susurrando ella—, hace frío. ¿Tienes algo de ropa para prestarme?

Cheong asintió de inmediato y fue hacia el armario.

—Te dejaré un abrigo. —Abrió el armario y removió entre las perchas hasta encontrarlo. Cuando lo cogió, se quedó unos segundos paralizado. Hacía mucho tiempo que no sentía el suave tacto de la lana. El abrigo había pertenecido a su madre, era una de las últimas prendas que se había puesto antes de morir asesinada por el régimen del rey. Los recuerdos volvieron a su mente. Tenía solo dieciséis años cuando habían llamado a su puerta, pasadas las doce de la noche. Ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar. Su madre había abierto la puerta ante los insistentes golpes de los soldados. Cheong había salido de su habitación justo para ver cómo dos soldados cogían a su madre y la arrastraban fuera de la vivienda, donde la lluvia caía con fuerza.

—¡Mamá! —gritó Cheong, intentando acercarse a ella antes de que otro soldado le cortase el paso.

—Quieto, muchacho —lo amenazó con el arma.

Cheong se removió inquieto, intentando observar. Gritó cuando vio que empujaban a su madre y esta caía sobre el barro y los charcos de agua.

—¿Qué hacéis? ¡Ella no ha hecho nada! —gritó Cheong intentando zafarse del soldado que lo retenía.

Los dos soldados que habían empujado a su madre se colocaron ante ella mientras esta se arrodillaba.

—¡Basta! —gritó Cheong.

Uno de los soldados que se encontraba frente a su madre lo miró y sonrió mientras extraía el arma de su cinturón.

—¡Nooo! —gritó Cheong al comprender lo que iban a hacer.

—Archer Ye-jin, está acusada de traición a la corona y de conspirar contra nuestro rey, ¿cómo se declara?

Su madre giró su cuello hacia su hijo, el cual se removía nervioso.

—Mamá… —susurró Cheong.

La madre ni siquiera se atrevió a hablar, se dedicó a mirar a su hijo con ternura, intentando calmarlo. Sabía que dijese lo que dijese acabaría muerta en pocos segundos.

El soldado elevó su arma hacia la cabeza de su madre.

—Archer Ye-jin, se la declara culpable de los cargos que se le imputan y queda condenada a muerte —pronunció.

Su madre inspiró con fuerza mientras su cuerpo temblaba, cada vez más empapado por la lluvia. Aun así, no apartó la mirada de su hijo hasta que el soldado apretó el gatillo y su cuerpo cayó al suelo sin vida, sobre un charco de agua formado por la intensa lluvia.

Cheong se removió nervioso cuando cogió el abrigo de su madre e intentó apartar aquellos recuerdos de su mente.

Poco después del cruel asesinato se había alistado en la resistencia. No lo había sabido hasta aquel momento, pero su madre había sido un alto cargo en la resistencia, dirigiendo varias facciones. En ese momento, había descubierto que tenía una familia a la que llamaba resistencia, una familia que lucharía hasta el final con tal de hacer justicia, no solo con su pueblo, sino con su madre.

Inspiró intentando calmar sus sentimientos, cerró el armario y se giró hacia la puerta, aunque se quedó totalmente consternado cuando vio que se encontraba solo en su vivienda.

—¿Colette? —preguntó en un susurro.

Su mirada voló directamente hacia la puerta entreabierta. ¿Se había marchado?

Corrió hacia ella y se asomó. Aunque llovía, no lo hacía con mucha fuerza. Avanzó unos pasos justo para ver la silueta de Colette girar una esquina. ¿Por qué se marchaba? ¿Tanto le habían asustado sus palabras?

No dijo nada, simplemente comenzó a correr tras ella, siguiéndola por las oscuras calles. Colette estaba en plena forma, corría sin cesar, además, sabía esconderse correctamente cuando las luces de los camiones militares alumbraban las calles.

La siguió durante prácticamente quince minutos hasta que se detuvo en la esquina de un edificio. Sabía que ella necesitaba estar sola, que lo que le había explicado podía haberla asustado, que necesitaba pensar sobre ello… Lo que no esperaba era verla entrar en las inmediaciones del palacio real y saludar a los guardias reales como si la conociesen.

Se quedó totalmente consternado en la esquina. ¿Trabajaba para el rey Yang? ¿Era una espía del régimen?

Se apoyó contra el edificio y tuvo deseos de gritar. Tuvo que agacharse cuando las luces de un camión militar iluminaron parte de la calle donde se encontraba.

Se quedó allí quieto hasta que el camión desapareció y observó de nuevo el palacio real.

Su Colette, su Suni… la mujer a la que había esperado toda su vida, ¿iba a traicionarlo?

Se forzó a volver sobre sus pasos en dirección a su vivienda, sabía que allí corría peligro. Ya habría tiempo de arreglar aquella situación y de comprender lo que ocurría allí, pero, por lo pronto, no podía fiarse de ella hasta que aclarase la situación. ¿Qué haría si finalmente Colette era una espía?

Si eso era cierto, sabía que todo su plan y la resistencia corrían peligro. ¿Por qué si no iba a dirigirse al palacio real si no era para poner al corriente a los guardias y al mismo rey?

Resopló y aumentó el paso mientras la lluvia comenzaba a calarlo.

# 27

## Hanah

Año 1945 d.C.

Agosto de 1945.
*14 años después de su despedida.*

Localizada sobre el delta del río Ota, que nace cerca de los montes Chugoku, se encontraba la ciudad de *Hiroshima*[29]. La ciudad era totalmente llana, elevada levemente sobre el nivel del mar. Desde su costa se podía observar la bahía de Hiroshima, entrada del Mar Interior de Seto que abarcaba 946 metros cuadrados con una profundidad máxima de veinticinco metros.

Pese a que eran las ocho de la mañana, el calor era sofocante.

Kane cogió la maleta que había hecho y se dirigió a la puerta de su casa. Salió y echó la llave. A esa hora, la ciudad estaba en constante movimiento. Su piso se encontraba cerca de la Clínica quirúrgica de Shima, por lo que las ambulancias no dejaban de circular por su calle. Era una calle muy transitada, pero, por suerte, su habitación daba al interior de la vivienda y podía dormir sin problema. Otra cosa eran las pesadillas que lo perseguían noche tras noche. Su vida no había sido fácil. La guerra se había llevado toda su juventud.

A sus treinta y seis años podía presumir de ser uno de los supervivientes de aquella gran guerra que había azotado todo el mundo. Qué iluso había sido al pensar que la guerra cesaría pronto. Poco después de su estancia en China, había sido enviado a combatir junto a sus aliados, los alemanes, en la conquista de todo el mundo. Los aliados, sus contrarios, habían defendido Francia y toda Europa hasta lograr que Alemania se rindiese. El 2 de mayo de ese mismo año Berlín se rindió ante las fuerzas soviéticas. Posteriormente, el 7 de mayo, se rindieron en el oeste y el 8 de mayo en el este. El día 8 de mayo se proclamó el día de la victoria de los aliados en Europa. Aun así, Japón no aceptaba su rendición.

Para él y muchos de sus compatriotas, la guerra había finalizado, no había ya motivo alguno para seguir luchando, pero su gobierno no cejaba en su empeño de conquista y se negaba a aceptar la rendición ante el bloque aliado, pese a los ultimátum de este para que lo hiciese.

Ya no le importaba. Él nunca había querido participar en aquella guerra, nunca se había sentido a gusto en ella, ni con lo que hacían ni con los ideales por los cuales se encontraba luchando. Lo único que deseaba era que todo aquello cesase para poder viajar a Corea.

Poco más de catorce años habían pasado desde la última vez que la había visto, pero no había un solo día que no la recordase, ni a ella ni la promesa que se hicieron. Sabía que ella lo esperaría.

Desde que Alemania había firmado la rendición se había dedicado a buscar la forma de viajar a Corea. Justamente ese día salía un barco hacia allí. Ya había comprado el billete hacía un par de días.

No sabía nada de ella, si estaría bien, si se habría casado, si seguiría viviendo en el mismo

pueblo, Suncheon, pero ya había trazado toda su ruta para llegar hasta allí. Tardaría aún un par de días en pisar tierra coreana, pues el barco en el que partiría tardaría varios días en llegar.

Caminó por la acera y alzó la mano hacia uno de los taxis que circulaba en su dirección. No vivía lejos del puerto marítimo, de hecho, muchas tardes recorría la distancia desde su casa hasta allí y era poco más de una hora a pie. Con un taxi, en quince minutos se encontraría en el puerto, lo cual le daba un margen de una hora para que el barco zarpase.

Estaba nervioso, aquellas últimas noches no había podido conciliar el sueño. La necesidad de volver a verla y de abrazarla se había apoderado de él, y cuanto más se acercaba el momento, más nervioso se encontraba.

¿Qué le diría? ¿Lo habría estado esperando ella también?

Su Aiko, su Hanah, la mujer a la que jamás había podido olvidar, la que había sido su salvación en aquella época tan dura. Después de todo lo que había sufrido, de lo que había luchado por seguir con vida, se merecía aquella segunda oportunidad con ella. Hanah había sido la persona que lo había mantenido con vida en medio de la guerra: cuando había pasado días durmiendo a la intemperie sin nada que llevarse a la boca, cuando las muertes de compañeros a los que quería lo habían ahogado en un mar de lágrimas, cuando había estado a punto de morir tras recibir dos disparos por la espalda… Ella y aquella promesa de volver a verse eran los motivos que le habían dado fuerzas para seguir viviendo, para no rendirse.

El taxi se detuvo a su lado y Kane subió.

—Al puerto marítimo, por favor —comentó con una leve sonrisa.

Ni siquiera creía que pudiese estar haciéndolo, que aquel momento hubiese llegado.

El taxi comenzó a recorrer las calles de su ciudad rumbo a su destino.

Cuando se habían despedido eran dos jóvenes, él tan solo tenía veintidós años, ella solo tenía diecinueve, y ahora, media vida después, él iba a su encuentro.

El taxista se detuvo y se reclinó sobre el volante para mirar al cielo. Kane no se dio cuenta al principio, pues iba ensimismado en sus pensamientos, pero luego cayó en la cuenta de que el taxi se había detenido e imitó el gesto del conductor.

—¿Un avión de Estados Unidos? —preguntó boquiabierto el taxista.

Kane observó también. Sí, en el cielo podía verse un avión sobrevolando la zona, seguramente asegurándose de que Japón no planeaba un ataque.

—Deben de ser labores de vigilancia.

El taxista asintió y volvió a arrancar.

—Hemos perdido la guerra, amigo, pese a que el gobierno no ceda, la guerra está perdida.

Kane miró al taxista a través del retrovisor. Muchos eran los compatriotas que deseaban la rendición de Japón desde que Alemania había firmado su derrota. ¿Para qué seguir combatiendo? Su mayor aliado, Alemania, no iba a combatir más, y ellos no tenían la suficiente fuerza bélica como para poder combatir al bloque de los aliados.

—Seguimos vivos, eso es una victoria —comentó Kane.

El taxista asintió ante sus palabras.

Kane miró por la ventanilla. Sí, estaba vivo, jamás se había sentido tan vivo como en ese momento. Ahora, cuando pensaba en los catorce años que habían pasado desde que la había visto alejarse en aquel barco, se daba cuenta de que no había estado vivo realmente. Había dejado pasar su vida hasta ese momento y sabía que su vida comenzaría realmente cuando pudiese volver a mirar a Hanah a los ojos y decirle cuánto la había echado de menos. Después, la estrecharía entre sus brazos y jamás la dejaría volver a escapar.

Aquel pensamiento le hizo sonreír y sintió el vello de punta.

Miró por la ventanilla con una sonrisa, recreando en su mente aquel pensamiento una y otra vez. Recordaba sus rasgos perfectamente, la suavidad de su piel, su tierna sonrisa, la humedad de sus lágrimas en su dedo cuando él había acariciado su mejilla en la despedida…

Suspiró y miró hacia delante, aunque algo llamó su atención.

El taxista frenó de inmediato mientras observaba también al frente, hacia aquella bomba que descendía a gran velocidad hacia ellos.

—¿Qué es eso? —susurró asombrado.

Kane no tuvo tiempo de responder, pues un gran destello los cegó a todos.

—Hanah —susurró antes de cerrar los ojos.

# 28

## Cheong

Año 2853 d.C.

Colette miró asombrada a su padre, sentado en su glamuroso trono de color dorado. Ni siquiera sabía por qué aún se sorprendía por su actitud, ya debería estar acostumbrada a ella. Son Bin se encontraba situado al lado de su padre, de pie. Aunque no había sufrido daños considerables, una gasa cubría parte de su frente, ocultando un corte y un moratón que descendía hasta su mejilla. Aun así, su mirada era fría y calculadora. Pensar en que tendría que compartir su vida y el lecho con aquel hombre le erizaba la piel.

—Al menos te has aprendido el discurso… —pronunció de mal humor—, aunque deberías poner más emoción en él —le reprochó.

Sí, el día anterior lo había dedicado a aprender de memoria el discurso que los consejeros de su padre habían preparado para ella, pero no le daba tonalidad alguna, lo exponía sin énfasis ni emoción.

—Repítelo —ordenó.

Ella parpadeó varias veces. ¿Que lo repitiese? Miró a los dos hombres, ambos la observaban esperando a que iniciase su discurso de nuevo.

No iba a negarse. Si bien aquel discurso no hacía más que decir mentiras y promesas que su padre no podía cumplir, anunciaba que ella, como princesa de Corea, contraería matrimonio con el honorable Son Bin. Aquella era la parte que más detestaba.

Iba a comenzar cuando su padre alzó la mano ante la entrada de uno de sus militares en la sala, solicitando así que guardase silencio.

Colette observó atenta cómo uno de los militares hablaba con Son Bin y, posteriormente, ambos se acercaban a su padre para explicarle.

Colette se mantuvo en silencio y dio un paso al frente, intentando escuchar algo de lo que comentaban entre los tres.

—Sí, alteza, han sido capturados —comentó Son Bin.

—Y todo ha sido incautado —dijo el otro militar.

¿Capturados? ¿Incautado? ¿A qué se refería?

Su padre se puso en pie y asintió, luego miró a su hija que se mantenía a unos metros, sin decir nada.

—Puedes irte, continuaremos mañana —dijo su padre con un movimiento de mano señalando hacia la puerta.

Tanto el militar que acababa de entrar en la sala como su padre avanzaron en primer lugar, detrás les seguía Son Bin.

Sin duda, algo debía haber ocurrido, y después de los hechos del día anterior en la fiesta ilegal en la que ella misma había estado presente, podía asegurar que tenía algo que ver con eso.

—Son Bin… —pronunció ella corriendo tras él, captando su atención.

Son Bin se detuvo y se giró hacia ella sin mediar palabra. Colette miró hacia su padre y el militar que salían de la estancia.

—¿Ha ocurrido algo?

—Princesa… —comentó arrastrando las palabras, como si no quisiese contestar.

—Son Bin —comentó ella—, por favor, ¿ha ocurrido algo? —Miró en dirección al camino que había tomado su padre—. Me gustaría saberlo, soy su hija y…

—No tiene por qué preocuparse, princesa —respondió—. Lo tenemos todo bajo control —indicó. Se dio la vuelta e iba avanzar cuando Colette colocó una mano en su brazo, evitando que siguiese su camino.

Son Bin se detuvo y la miró fijamente a los ojos. Ella apartó la mirada y apretó los labios.

—¿Os han herido? —preguntó intentando darle algo de conversación, como si se preocupase por él.

Son Bin suspiró y miró de reojo en dirección a la puerta que acababa de atravesar el rey con el otro militar. Se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos mientras se acercaba.

—Ayer hubo una revuelta, princesa.

Ella lo miró como si no comprendiese.

—¿Una revuelta?

Son Bin asintió.

—Los rebeldes estaban reunidos —explicó en un tono más bajo. Ella tragó saliva y asintió, esperando a que él continuase hablando—. Incautamos muchas armas y planos, además de detener a muchos de los rebeldes.

Ella lo miró nerviosa. Al menos parecía que no la había reconocido a ella.

—¿Los detuvisteis?

Son Bin asintió y la cogió del brazo para acercarla más a él. En ese momento, su mirada pareció preocupada.

—Quizá no hará falta que expongáis vuestro discurso…

Colette tragó saliva.

—¿Por qué?

Son Bin dudó un poco antes de seguir hablando.

—Descubrimos que los rebeldes planean atentar contra su majestad el día del aniversario.

Ella dio un paso hacia atrás y se llevó la mano a la boca, sorprendida, aunque obviamente no por lo que creía Son Bin, sino por el hecho de que supiese aquel dato.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó nerviosa.

—Por suerte, tenemos varios espías infiltrados en la resistencia. Nos informaron de todo, incluso de la reunión que se realizaba ayer por la noche para planificar el atentado.

Colette apretó los labios y sintió cómo su corazón se disparaba, latiendo con fuerza en su pecho. ¿Lo sabían?

—¿Habéis… detenido a muchos?

—Se están realizando más detenciones durante toda la mañana —comentó, luego miró hacia la puerta. Colette había perdido el color de las mejillas—. No os preocupéis, princesa. No tenéis nada que temer —dijo colocando una mano en su brazo, con confianza—. Yo mismo me ocuparé de protegeros si hace falta.

Colette sentía todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Gracias —susurró.

Son Bin inclinó su cabeza hacia ella en señal de respeto.

—No sería un buen marido si no lo hiciese —comentó esta vez con tono más calmado.

No supo cómo tomarse aquello. Ella no quería casarse con él, era una persona que nunca le había gustado. Era prepotente, sádico con los presos y sabía que la usaba a ella solo para llegar al poder, pero en aquel momento solo asintió, como si estuviese agradecida por sus palabras. Lo único que rondaba su mente en aquel momento era Cheong, ¿lo habrían detenido? Lo dudaba, sabía que Cheong sabía esconderse. De repente, una duda asaltó su mente: ¿estarían enterados en la resistencia de que el rey era consciente del atentado que planeaban contra él y, como tal, la contraofensiva que iba a llevarse a cabo desde palacio? Acabarían con toda la resistencia, los ejecutarían.

Son Bin no dijo nada más y se alejó de ella, dirigiéndose hacia la puerta para buscar a su majestad y al otro militar.

Colette se quedó allí unos segundos, totalmente paralizada.

Dejarían que la resistencia creyese que su plan aún era viable y los detendrían a todos. Acto seguido, los matarían, no le cabía duda.

La imagen de Cheong cogiendo su mano la dejó sin aliento. Automáticamente, las imágenes que había vivido en sueños volvieron a su mente, como si aquella preocupación por él abriese una puerta en su mente que hasta ahora no sabía que existía.

Aquella muchacha que se llama Suni sonreía hacia su jefe, Seok. Luego este se inclinaba hacia ella y la besaba mientras la apoyaba contra la mesa de un despacho.

Instintivamente, se llevó la mano a sus labios, como si aún pudiese sentir aquel beso.

Miró hacia la puerta. Necesitaba avisar a Cheong, no solo para poder salvar a sus compañeros de la resistencia, sino a él mismo, pues sabía que un general de la resistencia sería uno de los principales objetivos de su padre y sus súbditos. Debía avisarlo para ponerlo a salvo.

Subió su capucha y miró alrededor. Sabía que no iba por mal camino.

Recordaba la zona donde se ubicaba la casa de Cheong, aunque dudaba poder saber cuál era una vez estuviese allí.

Giró la esquina y echó la mirada atrás, asegurándose de que nadie la siguiese.

Después de la conversación con Son Bin, había esperado durante un rato, asegurándose de que realmente estaban ocupados. Se había cambiado de ropa, echado la capa por encima cubriendo su cabeza y había salido de palacio por la puerta trasera. No tenía problemas para salir, siempre y cuando no se alejase demasiado de palacio, aun así, aquella vez prefería salir sin ser vista.

La casa de Cheong se encontraba a un cuarto de hora aproximadamente a buen ritmo.

Aunque no llovía, las nubes sobre su cabeza amenazaban con descargar una buena tormenta.

Caminó la larga calle y finalmente giró la esquina. Sí, sin duda aquel era el barrio donde se encontraba la casa de Cheong. El contraste entre un barrio y otro era asombroso.

Tres calles más atrás, aún había casas pintadas y las calles estaban limpias, pero una vez se atravesaba cierto punto, comenzaba la pobreza. Aunque no era uno de los lugares más pobres y sucios de la ciudad de Seúl, la diferencia entre una calle y otra era abismal.

Muchas de las casas de allí ni siquiera estaban pintadas o bien la pintura se caía a trozos de las paredes por la humedad y el deterioro por el paso del tiempo. Las calles encharcadas por la lluvia reciente se entremezclaban con basura, dotando a toda aquella zona de un olor a putrefacto. Era un lugar desagradable, por eso mismo quería formar parte de aquella revolución. No era justa aquella diferencia económica tan grande.

Aminoró el paso y quedó paralizada en medio de la calle, observando las casas a un lado y a

otro. Sintió unas gotas de lluvia caer sobre su cabello y se cubrió aún más la cabeza.

Sabía que era por aquella zona, pero la única vez que había estado allí era plena noche y, además, huían de los militares, por lo que no se había parado a fijarse en la ubicación de la vivienda.

Resopló y caminó más acelerada. Tampoco podía comenzar a preguntar por Archer Cheong o podría llamar demasiado la atención, además, aunque su rostro no hubiese sido muy público, no podía arriesgarse a que alguien la reconociese. Sabía que eso era prácticamente imposible, pero era mejor buscarlo ella sola.

Llegó a un cruce y miró de un lado a otro. No lo tenía muy claro, pero le sonaba que la vivienda de Cheong se encontraba en la siguiente calle a la derecha.

Comenzó a caminar rápidamente cuando, de repente, sintió cómo un brazo se posaba sobre sus hombros y la paralizaba.

Brincó de inmediato e intentó deshacerse de aquel brazo que la apresaba.

—Shhh… soy yo —dijo Cheong levantando su capucha para que lo reconociese. Colette tragó saliva y sonrió más tranquila—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo —susurró ella—. Es urgente.

Cheong miró de un lado a otro y volvió a situar su brazo sobre los hombros de ella.

—Está bien, vamos… —dijo acelerando el paso, arrastrándola con él. Aunque estaba bastante nerviosa por lo que iba a hacer, el sentirlo tan cerca la calmó. Ahora estaba segura, había algo que la vinculaba a aquel hombre. Sin apenas conocerlo lo quería, se preocupaba por él… Sentía que lo conocía desde siempre. Colette lo miró de reojo, alegre por haberlo encontrado, aunque se sorprendió cuando vio que Cheong miraba de un lado a otro, nervioso. Se giró y la observó—. ¿Te han seguido?

—¿Seguirme? —preguntó ella también mirando hacia atrás—. No —respondió asombrada por su pregunta.

Giraron otra esquina y entonces la reconoció. Allí estaba su vivienda.

Cheong abrió la puerta y la dejó pasar primero, luego la cerró tras de sí, aún bastante nervioso.

Colette entró y lo primero que hizo fue quitarse la capucha y remover los mechones de cabello que se habían mojado. Cuando miró a Cheong, este la observaba fijamente, lo que provocó que se pusiese en tensión. ¿Por qué la miraba de aquella forma?

Ambos se quedaron mirándose hasta que Cheong suspiró y la imitó, quitándose la capucha. Se desabrochó la capa y la arrojó sobre un sofá, sin importarle que estuviese mojada.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó Cheong.

Le sorprendió aquella frialdad. Las anteriores noches Cheong se había portado con ella de una forma delicada, incluso cariñosa y tierna, ¿a qué venía aquel cambio?

Ella apretó los labios y se pasó la mano por el brazo, nerviosa.

—Tenemos un problema… —susurró. Hasta ese momento no había pensado en cómo explicarle todo aquello y, sin duda, iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

—Dime una cosa —interrumpió él acercándose a ella con una actitud desafiante. Ella elevó la mirada hacia él y tragó saliva—. ¿Vas a traicionarnos?

Aquella pregunta la cogió de improviso y dio un paso hacia atrás. Se fijó en la mirada penetrante de Cheong que estudiaba cada uno de sus movimientos.

—¿Traicionaros? —preguntó sin comprender.

Cheong resopló y se pasó la mano por el cabello mojado, removiéndolo, buscando las palabras adecuadas. Finalmente, la miró a los ojos.

—Te vi —explicó. Ella seguía sin comprender—. Cuando me pediste el abrigo y aprovechaste para marcharte… te seguí.

En ese momento lo comprendió. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo no se había dado cuenta de que lo sabía desde el mismo momento en que la había interceptado en la calle?

—Cheong… yo…

—Entraste en palacio —sentenció él y dio un paso amenazante hacia ella—. ¿Ibas a delatarnos? —Ladeó la cabeza—. ¿Te han prometido una suma de dinero si nos entregas?

—¡No! —gritó ella enfadada.

—¿Y entonces? ¿Por qué un miembro de mi facción se dirige a…?

—Porque vivo ahí —lo interrumpió elevando su voz. Ambos se quedaron mirándose fijamente. Cheong sin comprender, ella tensa por lo que debía narrar.

—¿Vives en palacio? ¿Trabajas ahí?

Ella negó.

—Vivo ahí —respondió y bajó su mirada—. Es mi hogar. —Inspiro con fuerza y volvió a enfrentar su mirada. Cheong mantenía los ojos muy abiertos. Estaba segura de que de todas las respuestas posibles que él había barajado en su mente, esa no existía—. El nombre de mi familia es Yang, mi nombre es Colette. Soy Yang Colette, hija del rey Yang, princesa de Seúl.

Cheong se quedó totalmente estático, sin pronunciar palabra, solo mirándola. Colette prefirió no decir nada, pues parecía que Cheong debía asimilarlo.

—¿La hija del rey? —Ella asintió. Estaba preparada para todo, menos para lo que hizo Cheong. Se acercó rápidamente a ella y la cogió por los brazos, elevándola y apoyándola contra la pared con un golpe. Estaba claro que era un hombre dado a la lucha porque el movimiento había sido rápido, sin darle ninguna opción a escapar—. ¿La hija del rey? —repitió intentando asimilar las palabras—. ¿Te infiltraste en la resistencia para…?

—No —dijo ella intentando zafarse de sus manos—. Quiero ayudar, por eso estoy aquí.

—¿Ayudar? ¿A qué?

—¡A acabar con este régimen! —gritó ella soltándose finalmente de sus brazos. Cheong parecía cada vez más sorprendido—. Por eso he venido a buscarte —explicó y lo señaló—. La noche en que los militares entraron en la fiesta ilegal y descubrieron la facción, encontraron armas y mapas. Saben que vais a atacar el día del aniversario. Quieren tenderos una trampa. —Cheong no decía nada, solo la miraba fijamente—. ¿Me estás escuchando? —preguntó acercándose a él—. Saben lo que vais a hacer… han detenido a muchos compañeros de la facción y vendrán también a por ti.

Cheong dio unos pasos hacia atrás y sonrió incrédulo.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó—. Eres la hija del rey y nosotros estamos planeando su asesinato, el asesinato de tu padre.

Ella apretó los labios e intentó calmar la voz.

—Nunca se ha comportado como un padre —comentó ella con voz cargada de rabia—. Nunca me ha considerado su hija, solo soy un instrumento para colocar a quien él desee en el trono para que lo suceda. Mi madre… se enfrentó a él, intentó cambiar las cosas y… —tragó saliva y apartó la mirada de él, intentando ocultar su dolor—, acabó muerta. —Lo miró directamente a los ojos—. Yo deseo ser tan libre como lo deseas tú —sentenció. Dio un paso adelante y cogió su mano—. Además, me conoces —susurró esta vez con más calma—. Tú me conoces, Seok —pronunció su anterior nombre, lo que hizo que él la mirase dudoso. Colette tragó saliva—. Recuerdo la oficina blanca, las vistas de Seúl… algo sobre un viaje…

—Por trabajo —comentó él esta vez con la voz más tranquila.

—He tenido otros sueños, pero son muy borrosos… —Apretó más su mano—. Sé quién eres tú, y sé quién soy yo —le sonrió—. Sabes que jamás te traicionaría.

Aquellas palabras llegaron a lo más profundo de su corazón y sus ojos se humedecieron por la emoción. Llevó su mano temblorosa hasta la mejilla de Colette.

—¿Me recuerdas?

Ella asintió levemente.

—Poco, pero sé que todo lo que me dijiste es verdad, que ambos debemos estar juntos.

Cheong sonrió y acarició su mejilla mientras se acercaba.

—Mi Suni… mi dulce Suni… —dijo apoyando su frente en la de ella—. Tuve que vivir toda una vida sin ti —susurró ahogando un sollozo—, pero al fin te encontré.

—Ya no hará falta que busques más —dijo ella elevando la mirada hacia él—. Por eso necesito que me escuches —dijo poniéndose más seria—. Debes informar al resto de facciones de que los militares están al tanto de la rebelión, que saben lo que ocurrirá, que les tenderán una emboscada… ya hallaremos otra forma de acabar con este régimen, pero… —Instintivamente pasó también su mano por la mejilla de Cheong—, algo me dice que ya te he perdido demasiadas veces, y no pienso perderte otra vez.

Cheong la observó durante unos segundos y directamente llevó sus labios hacia los de ella, sin pensarlo más. Colette lo rodeó rápidamente con los brazos, fundiéndose ambos en un lento beso. En aquel momento lo supo, las imágenes de aquel muchacho que se llamaba Seok volvieron a su mente, y no solo esas… Un hombre vestido de militar la besaba en una pequeña habitación bastante oscura, la sonrisa de otro hombre que acariciaba su mejilla a través de unos barrotes y le decía que la encontraría volvieron a su mente. Siempre había sido él, siempre.

Cheong se apartó, sujetándola por los hombros.

—¿Estás segura? —preguntó—. Sabes lo que vamos a hacer…

Ella asintió y colocó una mano en su nuca para obligarlo a mirarla a los ojos.

—Somos dos gotas de agua en la inmensidad del océano, de este vasto Universo —susurró contra sus labios—. Ambos sabemos lo que hay después de la muerte…

—Vida… —contestó él con una sonrisa.

Ella asintió con otra sonrisa, emocionada, mientras sus ojos se empañaban en lágrimas.

—Ahora solo importamos tú y yo. Nos construiremos un futuro mejor. —Todo su mundo, su existencia en aquella vida, carecía de importancia—. Ya no importa el pasado ni el presente... Solo lo que seremos en un futuro y, si estamos juntos, todo saldrá bien.

Cheong asintió y volvió a buscar los labios de Colette. Por primera vez, en lo que creía que era su existencia, se sentía completo de verdad. Una sensación de plenitud tal que no podía describirla con palabras. El sentimiento más puro de amor se apoderó de ambos mientras se besaban, conscientes de sus cuerpos, pero también de sus almas. Ambos habían estado predestinados desde sus inicios y, ahora, se sentían realmente completos, formando un solo cuerpo y una sola alma.

Cheong la besó con intensidad mientras ella le correspondía y abrazaba. Abandonó sus labios para descender por su cuello mientras sentía los dedos de ella agarrarse a su cabello.

Su dulzura y el sabor de su piel eran los mismos que recordaba y que avivaba sus sentimientos, aquellos que había mantenido siempre en lo más profundo de su alma.

Ascendió por su cuello hasta sus labios mientras situaba las manos en su cintura, apretándola contra él.

—Siempre hemos tenido al Universo en nuestra contra —susurró Cheong contra sus labios.

—Pero ahora que lo sabemos ya nada podrá separarnos —contestó ella antes de fundirse en

un intenso beso, abrazándose a él con todas sus fuerzas.

Sí, el Universo había sido cruel con ellos, no les había dado ni un solo respiro, pero quizá, de aquella forma, habían aprendido a valorarse más el uno al otro, a apreciar realmente lo que tenían.

Todo saldría bien a partir de ahora o, al menos, eso creían hasta que unos fuertes golpes en la puerta hicieron que Cheong se apartase de ella y mirase en aquella dirección, asustado.

—Me has dicho que no te han seguido —pronunció acelerado justo antes de que la puerta saliese volando.

Cheong cogió la mano de ella y la situó a su espalda para protegerla cuando una intensa luz los iluminó.

Colette se quedó paralizada, no comprendió nada de lo que ocurría hasta que reconoció aquella voz.

—Archer Cheong, queda detenido por conspiración contra la corona —dijeron antes de que tres soldados se echasen sobre él.

¿La habían seguido? ¿La habían utilizado para llegar hasta uno de los generales de la resistencia?

—¡Nooo! —gritó Colette que se echó encima de Son Bin de inmediato. Comenzó a golpear su pecho—. ¡Suéltalo! ¡Te ordeno que lo sueltes!

Son Bin no se anduvo con rodeos. La empujó con fuerza, separándola de él, arrojándola al suelo con un fuerte golpe.

—¡No la toques! —protestó Cheong mientras los tres soldados se ponían en pie.

Son Bin se puso erguido ante él. Ambos tenían prácticamente la misma estatura. Lo observó de la cabeza a los pies y luego miró en dirección a Colette mientras dos guardias la levantaban.

—Qué decepción, princesa —comentó acercándose a ella, ante la atenta mirada de Cheong.

Ella lo observó con odio.

—Me has utilizado…

Son Bin ladeó su cabeza y sonrió endiabladamente.

—¿Crees que no te reconocí la anterior noche? —preguntó mientras llevaba la mano a su frente, señalando la herida que ella misma le había provocado.

Ella rugió e intentó echarse sobre él, pero los dos soldados la contuvieron.

—Debería haberte dado más fuerte. —Miró a los soldados que la retenían y volvió su mirada hacia los que sujetaban también a Cheong—. ¡Soltadle! —ordenó—. Os lo ordena vuestra princesa y la futura reina de Seúl.

Los soldados se miraron entre sí, como si aquella orden los confundiese.

—Las ordenes de la detención del general de la facción y la suya, princesa —enfatizó—, provienen del mismísimo rey.

Ella lo miró asombrada. ¿Su padre era quien había ordenado que la siguiesen y los detuviesen?

Intentó echarse de nuevo sobre él, pero los guardias la contuvieron de nuevo.

—Te arrepentirás de lo que has hecho, Son Bin.

Él le sonrió de nuevo con malicia.

—Solo obedezco órdenes, alteza. —Se giró y miró a Cheong que apretaba la mandíbula conteniendo la rabia—. ¡Subidlos al camión! —Se giró y la miró a ella directamente a los ojos—. ¡A los dos!

# 29

## Suni

*3 años después.*
*Año 2028 d.C.*

Seok se removió nervioso mientras esperaba frente a la puerta y sonrió levemente cuando la mujer abrió.

—¿Park Seok? —preguntó la mujer.

—¿Señora Barnes? —La mujer asintió con una leve sonrisa.

Seok estrechó su mano.

—Me alegro de conocerlo al fin. Pase —dijo abriendo la puerta para que entrase en la vivienda.

Seok entró y miró alrededor.

La casa era muy humilde, una casa de dos plantas situada en el barrio de Prospect Park.

Se quedó quieto en el pasillo antes de entrar al comedor, observando la fotografía. Dio un paso hacia aquel marco de plata donde se encontraba la preciosa imagen de Suni. No se atrevió a coger el marco, pero se quedó petrificado en medio del pasillo, observándolo.

Suni permanecía sonriendo hacia la cámara, con su tierna sonrisa. Tenía el cabello más largo que cuando la había conocido, pero su sonrisa y la mirada seguían siendo las mismas.

—Era preciosa, ¿verdad? —preguntó la mujer a su lado, sacándolo a él de sus pensamientos.

Seok se giró hacia ella y asintió, reponiéndose de los recuerdos.

—Le agradezco mucho que me deje venir —comentó Seok.

La mujer le sonrió y le indicó que la siguiese, entrando en el comedor.

—Mi hija me llamaba casi cada día. Estaba muy contenta con su nuevo trabajo y con su jefe. Decía que la trataba muy bien —acabó la mujer sonriéndole.

—Era una fantástica persona —susurró Seok.

—Me ha sorprendido bastante su llamada —continuó la mujer dirigiéndose a una puerta por la que se accedía a un pequeño jardín trasero—. Es todo un detalle que haya querido venir. —Abrió la puerta y señaló un árbol—. Enterramos sus cenizas en el jardín y, sobre ellas, plantamos ese árbol. —Le tendió la mano para que pasase.

Seok salió al jardín.

—Serán solo unos minutos.

—Tómese el tiempo que necesite —pronunció la mujer con simpatía.

Seok observó cómo la mujer volvía al interior y se giró para observar el árbol. Pese a que solo tenía tres años, su tronco ya era grueso y la copa frondosa. Algunas de sus hojas comenzaban a tomar un color rojizo, dándole una nota de color diferente.

Fue hasta él y se situó delante.

Hacía tres años, pero no había podido olvidarla ni un solo día. Al levantarse, al llegar a la

oficina, a la hora de desayunar, incluso cuando había pasado cerca del Museo de Historia de Corea. Siempre la tenía en sus pensamientos… y seguía doliendo, dolía mucho. Decían que con el paso del tiempo aquel dolor se llevaba mejor. Para él, no era así. Cuando Suni había fallecido, había pensado que la mitad de su corazón y de su alma se habían ido con ella y, en ese momento, seguía pensándolo. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza rehacer su vida… No podía.

Se agachó ante el árbol y depositó el ramo de flores que había traído, apoyándolo en su tronco.

Tres años sin ella. Habían compartido un tiempo breve los dos juntos, pero aquel poco tiempo juntos se había convertido en la parte más importante de su vida.

Recordó las palabras de Jang Sun-a, la terapeuta que le había hecho tener esperanza. A eso se aferraba.

*"La vida es un viaje, y si te enamoras del viaje, estarás enamorado para siempre"*.

Él había estado enamorado, pero lo que sentía por ella le daba a entender que su amor era muy profundo, había algo más: una conexión entre ellos que posiblemente trascendería a la vida.

Ni siquiera se planteaba el no volver a verla, tenía la seguridad de que así sería. Ya había sentido una fuerte conexión con ella al verla por primera vez en la discoteca, lo bien que habían encajado desde un principio, aquellas palabras que habían salido de lo más profundo de su alma en la sesión con la terapeuta y que, según había sabido, eran las mismas palabras que había pronunciado el general Kane Nakamura al dejarla marchar para ponerla a salvo.

Sí, volverían a reunirse en otra vida, estaba seguro y, entonces, no la dejaría escapar. La recordaría cada día de su vida hasta que llegase su último suspiro y la grabaría a fuego en su alma para, si existía esa posibilidad, poder recordarla y encontrarla con más facilidad.

Ella había tenido recuerdos de vidas pasadas, ¿por qué él no iba a poder?

Tocó el tronco del árbol que había sido alimentado con las cenizas de Suni y cerró los ojos mientras suspiraba.

—Volveremos a vernos, Suni. Y, esta vez, no te dejaré escapar —susurró.

# 30

## Cheong

Año 2853 d.C.

Son Bin la empujó dentro del calabozo. Se quedó observándola unos segundos y se marchó.

Colette se giró para observar en la celda de al lado a Cheong. Con ella habían sido un poco más educados, pero a Cheong le habían dado una buena paliza.

Fue hasta los barrotes que la separaban de la celda contigua y se agachó.

—Cheong… —susurró con dolor al verlo tumbado sobre el suelo.

Cheong inspiró varias veces y giró su cuello. Colette no pudo evitar un puchero al verlo tan malherido. Le habían golpeado en las costillas, debía de dolerle porque tenía las dos manos apretando una zona. La mejilla la tenía amoratada y una pequeña brecha, de la cual surgía un hilillo de sangre hasta su ceja derecha, surcaba su frente.

—¿Estás bien? —comentó con la voz quebrada.

Cheong logró sentarse y resopló. Estuvo unos segundos quieto y luego se arrastró hasta los barrotes que la separaban de ella, apoyándose en ellos. Colette introdujo la mano entre los barrotes para coger la de él.

—He estado mejor —ironizó con una leve sonrisa, aunque le siguió una mueca de dolor. Alzó su otra mano y cogió entre las dos suyas la de ella—. ¿Tú cómo estás?

—Estoy bien, conmigo no se han cebado tanto —pronunció con pena. Suspiró y miró la mejilla amoratada de Cheong—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por esto. Debí haber imaginado que podían seguirme.

Él negó.

—Intentaste ayudarnos, arriesgaste tu vida para venir a buscarme… —Intentó elevar su mano hasta su mejilla, pero no pudo, le dolía extremadamente el brazo.

Colette se agachó un poco más, cogiendo la mano de Cheong y pasándola entre los barrotes para colocarla en su mejilla e inclinó la cabeza en su mano en señal de cariño.

—Son Bin es un bárbaro…

Cheong la miró sin comprender.

—¿El general de la guardia?

Ella asintió. Inspiró intentando calmarse.

—Es el hombre de confianza de mi padre… y su sucesor —susurró. En ese momento, los ojos de Cheong buscaron los de ella—. Mi padre pretendía casarme con él… —Aquella afirmación lo descolocó.

—¿Es tu prometido? ¿Y se comporta de esta forma contigo? —preguntó boquiabierto.

—Ya te lo he dicho. Solo soy un peón para los planes de mi padre. —Suspiró y miró hacia la puerta por donde habían salido los soldados. Tragó saliva y lo miró de nuevo—. ¿Qué harán con

nosotros? —preguntó con voz temblorosa.

Cheong la miró a los ojos y acarició de nuevo su mejilla.

—A mí me ejecutarán… —Ella lo miró asombrada por su sinceridad—. Tú seguramente te salvarás al ser la hija del rey. —Le sonrió con dulzura. No había reproche en sus palabras, al contrario, parecía feliz con que ella no corriese la misma suerte.

Colette no pudo evitar un puchero y apoyó la frente en los barrotes. Inmediatamente, sintió un beso de Cheong.

—Lo dudo, mi padre no me tiene en muy alta estima. —Suspiró, resignándose—. ¿Por qué el Universo siempre nos pone trabas? —sollozó.

Él la miró con cariño y volvió a besar su frente.

—Sabes que todo, tarde o temprano, se solucionará.

Apoyó la cabeza en los barrotes y Cheong hizo lo mismo, juntando las frentes.

—Siempre es tarde para nosotros —contestó ella cerrando los ojos.

—No lo es. Estamos juntos, y a partir de ahora siempre será así —contestó con una sonrisa —. No lo dudes.

—No lo hago —susurró.

Él asintió y permaneció en silencio, apoyado en la frente de ella, sintiendo el calor de su cuerpo. Amaba más que a nada a esa mujer.

Se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió de golpe y se dirigieron hacia la puerta de ella.

Ambos se miraron atemorizados sin soltar sus manos.

Son Bin abrió la puerta y entró en la estancia de ella. Ambos pudieron apreciar la tensión de su cuerpo al verlos cogidos de la mano.

Aquello le alteró y fue hasta ella, agarrándola del brazo para distanciarla de él.

—Ehhh —gritó Cheong al ver cómo la trataba.

Son Bin se giró en su dirección con la cara roja de furia.

—¡Más vale que guardes silencio! —gritó señalándolo con rabia—. Asqueroso traidor —escupió hacia él.

Colette miró con rabia a Son Bin mientras intentaba soltarse de él.

—Él no es ningún traidor. Tú, sin embargo, sí lo eres. Has traicionado a tu pueblo, igual que mi padre.

Son Bin rugió al escucharla. Estaba claro que no solo lo alteraban sus palabras, sino el haber encontrado a su prometida con otro hombre, y más cuando este era uno de los generales de la resistencia.

—Yo jamás he desobedecido una orden —pronunció Son Bin.

—No si la orden venía de mi padre —comentó ella elevando su cabeza, mirándolo fijamente —, pero has hecho oídos sordos al clamor del pueblo —rugió.

Son Bin la soltó del brazo y, acto seguido, abofeteó la mejilla de ella, provocando que Colette retrocediese unos pasos.

Cheong se puso en pie en la celda y corrió hacia los barrotes.

—¡No la toques, hijo de puta! —gritó.

Son Bin sonrió ante aquella explosión de ira y lo miró con altanería.

—De ti me encargaré más tarde —pronunció. Cogió a Colette del brazo y la empujó hacia fuera de la estancia.

—No, espera… —suplicó echando ella la vista atrás, mirando a Cheong. Este la observaba con miedo, no por quedarse solo, sino por lo que pudiesen hacerle.

Son Bin la arrastró por el pasillo hasta las escaleras que comunicaban con uno de los patios. Era noche cerrada, pero, por primera vez desde hacía meses, las nubes habían abierto un claro y podían verse las estrellas.

La condujo en silencio hasta la habitación real donde su padre permanecía sentado sobre el trono. No dijo nada, simplemente miró a su hija sin ningún tipo de sentimiento.

Son Bin la empujó y ella estuvo a punto de caer, pero guardó el equilibrio. No se acobardó. En otra situación no se habría atrevido ni a elevar la mirada, pero ahora sí. Ahora estaba segura de que su lucha era la justa.

Lo miró directamente, con gesto serio. Su padre permaneció con la mirada clavada en ella hasta que se puso en pie. No hubo ningún atisbo de compasión ni de ternura en su mirada o en sus gestos. Bajó lentamente los escalones de la tarima que soportaba el trono y se colocó ante ella. No pestañeaba, su rostro no trasmitía más que indiferencia.

Dio un paso atrás y elevó su mano, golpeando con rabia la mejilla de su hija, lo que provocó que su rostro girase con fuerza a un lado. No se movió, Colette ni siquiera se llevó la mano a la mejilla, simplemente apretó los labios, respiró hondo y volvió a ponerse firme, con la mirada cargada de convencimiento.

—Eres una traidora, una deshonra… —escupió su padre.

Ella apretó los labios.

—No me hables de traición o de deshonra cuando tratas de esta forma a mi pueblo —rugió ella—. Tú eres una deshonra como rey… Y, peor aún, también como padre.

La siguiente bofetada no tardó en llegar, pero de nuevo ella volvió a ponerse firme, sin lágrimas en los ojos, sin arrepentimiento por sus palabras.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Soy tu padre! —gritó.

—Jamás me he sentido como tu hija. Yo, para ti, solo soy la pieza que necesitas para designar a un sucesor varón. Jamás te has interesado por mí.

—Planeaban mi asesinato —gruñó con los dientes apretados—. Y tú… participaste de eso.

—Sinceramente, padre… —comentó con voz fría—, este país se merece algo mejor que tú. Espero que lo consigan. —Aquella vez no hubo bofetada, simplemente el rey Yang retrocedió unos pasos, asombrado por la respuesta de su hija—. Asesinas a todo aquel que no está de acuerdo con tu opinión, como si tú tuvieses la verdad absoluta...

—¡Cállate!

—Matas a niños de hambre…

—¡Que te calles! —volvió a gritar.

Ella aguantó unos segundos la respiración.

—¿Qué esperabas? —ironizó ella—. ¿Un pueblo sumiso para siempre? Eso se ha acabado… hoy… —dijo dando un paso adelante—, hoy comienza tu declive como rey. El pueblo se alzará y te derrotará, y, por fin, todos seremos libres de tu tiranía.

Su padre la miraba fijamente. Tragó saliva y miró a Son Bin, aunque le costó volver a encontrar la voz. Al menos, parecía que lo había dejado sin palabras.

—¿Dónde la has encontrado?

—Estaba con el general de una de las facciones de la resistencia. Había ido a avisarle tal y como le comenté —informó su leal general.

El rey asintió y la miró. Dio un paso hacia atrás con un gesto totalmente frío.

—Tú no eres mi hija… —comentó.

Ella asintió.

—Ya te lo he dicho, jamás me he sentido como tal.

Su padre asintió y miró de nuevo a Son Bin.

—¿Qué hacemos con el traidor?

Colette se giró para mirar a Son Bin y luego a su padre.

—Ejecutadlo al amanecer.

Ella apretó los labios, iba a protestar, pero sabía que no serviría de nada. Se guardó su orgullo y miró a su padre fijamente.

—¿Y con ella? —escuchó la voz de Son Bin por detrás, mientras cogía su brazo.

Su padre se quedó en silencio, pensativo. Dio un paso hacia atrás para observarla mejor.

—Te daré la opción de vivir…

—No la quiero —respondió ella rápidamente.

Su padre hizo caso omiso a su interrupción y avanzó hasta colocarse justo enfrente.

—Te dejaré vivir, pero te casarás con Son Bin y me darás un heredero. —Miró de reojo al general—. Es eso o compartirás la suerte que corre todo traidor.

Ella tragó saliva y alzó su cabeza.

—No me casaré con Son Bin, nunca —pronunció lentamente—. Así que, padre, haz lo que tengas que hacer.

Aquellas palabras conmocionaron al rey que la miró asombrado. Y no solo él, también la guardia real que se encontraba allí.

—¿Prefieres morir a…?

—Prefiero morir a colaborar más con el sufrimiento del pueblo —respondió ella sin un atisbo de temblor en su voz, totalmente convencida—. No participaré apoyando la tiranía de un rey.

Vio la duda en los ojos de su padre, cómo se debatía, pero un rey no rectificaba en sus palabras, y menos en unas tan importantes y delante de toda la corte real. Su padre agachó la cabeza unos segundos y cerró los ojos. Se mantuvo unos segundos así hasta que volvió a mirarla.

—Pues que así sea —comentó. Miró a Son Bin que lo observaba sorprendido—. Llevadla al calabozo. Será ejecutada al amanecer. —Volvió la mirada hacia ella, como si esperase su arrepentimiento y poder dar marcha atrás con aquella orden.

Ninguna palabra salió de la boca de Colette.

—Adiós, padre —comentó ella mientras Son Bin la giraba para sacarla de la estancia real, dándole ya la espalda a su padre.

Son Bin se mantuvo en silencio mientras la conducía por el jardín rumbo a las escaleras que volverían a llevarla hasta el calabozo.

—Estás loca… —susurró.

Ella no se giró para observarlo, miraba al frente.

—Puede, pero la historia no me recordará como tal, sin embargo, a vosotros se os recordará como algo peor.

Llegaron hasta el calabozo y lo primero que hizo fue mirar a Cheong, el cual se mantenía en pie, sujeto a los barrotes.

—Colette —susurró él.

Son Bin fue hasta el calabozo de ella y abrió la puerta, luego la empujó al interior.

Colette corrió a los barrotes donde se encontraba Cheong y cogió su mano a través de ellos.

Son Bin tensó todos los músculos de su cuerpo al ver aquel gesto.

—Aprovechad vuestras últimas horas. —Miró a Cheong—. Por orden del rey serás ejecutado al amanecer… junto a ella —acabó mientras salía por la puerta dando un portazo.

Colette cerró con fuerza los ojos por el golpe. Cuando los abrió, Cheong la miraba con

terror.

—¿Tú… también…?

Ella apretó con fuerza su mano y le sonrió con ternura. Pasó su otra mano entre los barrotes y la colocó en la mejilla de Cheong.

—Shhh… no importa el pasado ni el presente, solo el futuro.

Cheong cogió su mano y la besó.

Colette pasó sus dos brazos entre los barrotes igual que hacía él, abrazándose mientras miraban hacia la ventana, por donde podían verse las mismas estrellas que se veían desde el patio que acababa de atravesar con Son Bin.

—Lo siento… —susurró él.

Ella se separó un poco para observarlo.

—¿Por qué? —Cheong la miró con cariño, sin querer pronunciar las palabras—. Esto lo he elegido yo. —Le sonrió con ternura—. Mi destino siempre ha estado junto a ti, y siempre será así —susurró volviendo a abrazarlo.

No tenía miedo, los recuerdos de vidas pasadas cobraban ahora más importancia en su mente, lo veía todo más claro. No era lo que deseaba para esa vida, pero sí deseaba una vida mejor, junto a él.

# 31

## Donna

Año 2905 d.C.

Donna inclinó su espalda hacia delante al igual que el resto de sus compañeros de reparto.

La obra de teatro estaba siendo un éxito. Ya era la tercera temporada y seguían llenando todas las butacas del Seúl Theatre, el teatro más grande de la ciudad.

La ovación estaba siendo intensa, así que se pusieron firmes y saludaron a todos, luego comenzaron a aplaudir hacia el público, agradeciendo aquella muestra de cariño.

Aquella era la mejor parte, aquellos aplausos eran realmente los que le daban la vida, las ganas de seguir en aquella profesión, pese a lo dura que era.

Lo que había comenzado como una afición desde pequeña, ahora se había convertido en su trabajo. Aquella era la sexta obra de teatro que representaba y, sin duda, el personaje más difícil que había interpretado. Le había costado hacerse con él, pero una vez que había entendido la mentalidad de este personaje, había sido coser y cantar.

Finalmente, las cortinas del escenario descendieron, ocultando a todos, aunque aún podían escucharse aplausos y silbidos.

Se giró y sonrió hacia sus compañeros de reparto que permanecían igual de emocionados que ella. No importaba las veces que interpretasen un mismo personaje, lo que importaba era el cariño de la gente.

Se encaminó rápidamente hacia el camerino para desmaquillarse y vestirse con sus ropas, pues el hecho de interpretar a una mujer de la alta aristocracia conllevaba vestir unos vestidos pesados. Muchas noches había tenido dolor de espalda, pues los corsés eran muy apretados.

Como siempre, una de las compañeras fue hacia su espalda y comenzó a desabrochar las cuerdas que apretaban su cintura.

—Gracias, Jang —comentó con una sonrisa hacia el reflejo del espejo que tenía por delante. La muchacha la observó a través del reflejo y negó con su cabeza sin darle importancia. —Has estado fantástica —comentó con una sonrisa.

—Tú también, Han Donna —respondió mientras comenzaba a desmaquillarse, pasando sobre su rostro una toallita húmeda. La muchacha acabó de desabrochar el corsé y colocó una mano en su hombro—. La mayoría de nosotros hemos quedado dentro de tres días para festejar el año nuevo, ¿te apuntas?

Ella sonrió y chasqueó la lengua mientras arrojaba la toallita impregnada en maquillaje a la basura.

—Lo siento, este año tengo algo importante que hacer —respondió mientras se giraba hacia ella.

Jang hizo un gesto de pena, pero luego sonrió hacia ella.

—De acuerdo, pero ya sabes… —dijo mientras se alejaba—, si te apetece, puedes venirte.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa.

Se giró y suspiró frente al espejo, observando su rostro. Volvió a frotar con fuerza para extraer hasta el último ápice de pintura y, una vez acabó, se vistió.

Buscó las llaves de su vehículo en el bolso y salió del camerino mientras se despedía de todos.

—¡Feliz año nuevo! —gritó antes de salir por la puerta con un movimiento de mano.

Cuando salió del teatro el frío era intenso. Se abrochó rápidamente el abrigo y corrió hacia su vehículo. Entró y encendió el motor, segundos después, la calefacción del vehículo eléctrico calentaba el ambiente del interior y ya podía dejar de frotarse las manos.

Los últimos años nuevos los había pasado en compañía de sus amigos de la compañía de teatro. Aquel año era diferente, tenía algo importante que hacer y que había postergado durante muchos años. Sintió cómo un escalofrío recorría su columna y las manos le comenzaban a temblar. Solo de pensarlo se ponía nerviosa.

Debía dejar de pensar en ello, pues los anteriores años había dejado pasar la oportunidad por pensárselo demasiado. Debía dejar de hacer aquello, de cuestionárselo todo.

—Acudirás, Han Donna. Este año no te vas a echar atrás —susurró observándose en el espejo retrovisor del coche.

Aun así, su voz sonó trémula al pronunciar aquello.

Lo mejor sería dejar de darle vueltas al asunto o acabaría igual que los años anteriores.

Inició la marcha a través de las calles de Seúl e intentó distraerse. Más le valía apartar aquellos pensamientos de su mente hasta el día de año nuevo o acabaría echándose atrás con la decisión que había tomado.

# 32

## Cheong

Año 2853 d.C.

Subió los escalones lentamente, custodiado por un soldado por delante y otro por detrás.

Había pasado sus últimas horas con Colette, abrazados, sin decir nada, solo aprovechando cada segundo de aquellos últimos momentos junto a ella.

Cuando el sol ya iluminaba todo Seúl, habían ido a buscarlos. Se giró y observó que tras el soldado que tenía a su espalda ella caminaba con la cabeza gacha, agarrada del brazo por Son Bin.

Colette ni alzó la cabeza, se limitaba a subir los escalones en silencio.

—Aún tienes una última oportunidad —le susurró Son Bin—, tu padre mostrará clemencia si te arrepientes y prometes obediencia.

Ella se detuvo en un escalón y se giró para observarlo.

—No voy a permitir que me utilicéis para reprimir al pueblo.

—¿No tienes miedo a la muerte? —preguntó asombrado. Lo cierto era que se sentía sorprendido por la fortaleza de Colette. Otra persona en su lugar no hubiese dudado en pedir clemencia para seguir con vida, sin embargo, ella ni siquiera titubeaba al pronunciar sus palabras, siendo fiel a sus convicciones.

—La muerte es una puerta hacia una nueva vida.

Aquella respuesta creó una sonrisa de incredulidad en Son Bin que miró al resto de soldados que iban tras ellos.

—Bien —respondió con arrogancia hacia sus hombres, que sonrieron como si tratasen con una loca—. Me alegro de que, por una vez, alguna de las personas a las que vamos a ejecutar no vaya a suplicar y llorar para que no aprieten el gatillo. —Centró de nuevo la mirada en ella—. Me alegro de que creas eso.

—No lo creo —pronunció ella rápidamente—. Lo sé.

Aquella actitud en la joven le divertía e intrigaba a la vez. Sin duda, la había infravalorado. Era mucho más valiente que cualquiera de sus hombres.

—¿Cómo estás tan segura? —dijo volviendo a empujarla para que subiese los últimos escalones.

—Si te lo dijese no me creerías —respondió apartando la mirada de él.

Son Bin se detuvo de nuevo, la miró intrigado y enarcó una ceja.

—¿Has visto el lugar al que llaman cielo? ¿El lugar al que llaman infierno? —se burló.

Ella, por primera vez, le sonrió con ternura.

—Estás muy equivocado… el cielo no es un lugar. —Ladeó su cabeza, aún con aquella sonrisa tierna en su mirada—. El cielo es estar con la persona a la que amas. —Miró hacia lo alto de las escaleras, donde Cheong llegaba a la plataforma—. Y yo estaré con él —comentó al final

—. Ese es mi cielo.

Son Bin la miró como si se tratase de una loca y resopló. La cogió de nuevo del brazo y tiró de ella para subir hasta la plataforma final.

La luz del sol los cegó cuando llegaron a lo más alto.

Se encontraban sobre una plataforma ubicada en el centro de la plaza real. Allá donde días antes planeaban atentar contra el rey, multitud de personas se reunían delante de ellos para ver su muerte.

Cheong giró su cabeza cuando Colette se situó a su lado. Ambos se miraron durante unos segundos. Cheong le ofreció una sonrisa tranquilizadora, aunque no parecía que le hiciese falta.

Son Bin soltó el brazo de Colette y descendió de la plataforma mientras ellos quedaban custodiados por cuatro soldados más. Subió los escalones de la plataforma situada al lado y se dirigió a donde se encontraba el rey, sentado en uno de sus tronos. Negó hacia él, dándole a entender que su hija no había aceptado su oferta.

Colette miró a su padre durante unos segundos, aunque este apartó la mirada de ella.

Son Bin cogió el manuscrito que el rey le ofrecía y lo abrió para leerlo en voz alta, tal y como hacía en cualquier ejecución.

—Archer Cheong… —gritó. Inmediatamente, uno de los soldados que se encontraba a su espalda lo empujó un paso hacia delante—, se os acusa de conspiración contra su majestad, el rey Yang, y de terrorismo. ¿Cómo os declaráis? —Miró a Cheong con una leve sonrisa.

Cheong suspiró y miró a toda la gente que se amontonaba frente a él. La mayoría estaba en silencio, otros cuchicheaban entre sí.

—¿Qué más da lo que me considere? —espetó y luego miró hacia el rey—. No voy a pedir clemencia.

Son Bin miró de reojo a su rey y este le hizo un gesto para que prosiguiese con la lectura.

—Yang Colette, princesa de Seúl… —Ella avanzó directamente, sin necesidad de que el soldado la empujase, colocándose al lado de Cheong. En ese momento, las voces se alzaron con exclamaciones de asombro—, se os acusa de conspiración contra su majestad, el rey Yang, su padre… —enfatizó él—, y de terrorismo. ¿Cómo os declaráis?

Ella miró en dirección a su padre, aunque este ni siquiera la observaba.

—No me arrepiento de intentar que este país sea un lugar mejor para mi gente —alzó la voz.

En ese momento, su padre se giró y se puso en pie. Su mirada era furiosa, sin un atisbo de cariño hacia su hija.

—¡Las leyes son iguales para todos! —gritó el rey, y luego la señaló a ella—. Incluso para mi hija.

—¡Leyes que siempre te benefician! —gritó su hija provocando que la muchedumbre volviese a exclamar.

—Las leyes son para obedecerlas —contraatacó su padre—, no habrá clemencia para nadie, ni siquiera para mi hija, y quien las incumpla, sufrirá la misma suerte.

—Tampoco habrá clemencia para ti cuando te llegue la hora —comentó ella con asco.

Son Bin se adelantó un paso y miró a los soldados que los rodeaban.

—Archer Cheong y Yang Colette, estáis sentenciados a muerte —comentó, una ligera sonrisa de triunfo atravesó sus labios al mirar hacia ellos—. La pena se ejecutará ahora.

Dos soldados cogieron por los brazos a Cheong y comenzaron a arrastrarlo hacia delante, pero él se opuso y se giró hacia ella. En ese momento, sí pudo observar que las lágrimas comenzaban a bañar el rostro de Colette.

—¿Conoces la playa de Gyeongpo? —preguntó rápidamente. Ella asintió—. Te esperaré allí,

el primer día de cada año nuevo… Durante toda mi vida.

Ella asintió rápidamente mientras los soldados lo adelantaban y hacían que se arrodillase.

Cheong no se negó, pero volvió a mirar hacia atrás para observarla mientras el verdugo preparaba su arma. Colette lo miraba fijamente, sin apartar la mirada de él mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Adiós, mi amor —susurró Cheong cuando notó el acero en su sien.

Ella negó.

—Hasta pronto —susurró ella.

El disparo retumbó en las paredes de toda la plaza mientras el cuerpo sin vida de Cheong caía sobre la tarima.

El sollozo de Colette se hizo más patente. No pudo controlarse y lloró a moco tendido. Dos soldados cogieron a Cheong por los pies y las manos y lo arrastraron sin cuidado, ante la mirada apenada de ella. Su amor, de nuevo, lo apartaban de ella. El destino se lo estaba poniendo francamente difícil. El dolor por la pérdida era tan grande que deseó que aquel sufrimiento acabase pronto y no se resistió cuando el soldado la empujó hacia delante para que el verdugo cumpliese su orden.

Miró a toda la gente que tenía por delante. La mayoría la miraban con tristeza y apartaban rápidamente la mirada de ella para no ver su ejecución.

Colette los miró a todos, intentando mantener la compostura. Las palabras que había pronunciado la noche anterior a Cheong volvieron a su mente.

*—Somos dos gotas de agua en la inmensidad del océano, de este vasto Universo —susurró contra sus labios—. Ambos sabemos lo que hay después de la muerte…*

*—Vida… —contestó él con una sonrisa.*

*—Ahora solo importamos tú y yo. Construyámonos un futuro mejor.*

El soldado la obligó a arrodillarse.

—Un futuro mejor —susurró ella. Aquello era lo único que deseaba, un futuro mejor para todos, pero, sobre todo, para ellos. Tragó saliva y miró a todas las personas que tenía por delante —. ¡Pueblo de Seúl! —gritó—, hoy, nosotros morimos por vosotros, por intentar daros una vida mucho mejor que la que el rey Yang, mi padre, os da. —Sintió el acero en su nuca—. ¡Luchad por vuestra vida, luchad por vuestros hijos! ¡Luchad por un futuro mejor! ¡Nadie tiene derecho a arrebatárnoslo!

Pudo escuchar varios gritos que provenían de la plaza, incluso algún valiente alzaba la mano en señal de estar de acuerdo con lo que decía.

No pudo ver más, todo se volvió oscuro cuando el verdugo apretó el gatillo. No hubo dolor, solo oscuridad, pero la esperanza permaneció en ella durante unos segundos que se estiraron en el tiempo, la esperanza de que su muerte y la de su amado diese a su pueblo las fuerzas necesarias para luchar contra su padre y, en la próxima vida, tener el futuro que se merecían. Un futuro para disfrutar y ser felices.

# EPÍLOGO

## Donna

Año 2905 d.C.

Cuando pisé la arena de la playa una mágica electricidad se apoderó de mi cuerpo, provocando que los latidos de mi corazón aumentasen y mi piel se erizase.

Desde pequeña, los recuerdos se abrían paso en mi mente. No comprendí de qué se trataba hasta los dieciséis años, cuando supe que aquello no eran imaginaciones mías, sino recuerdos de vidas pasadas que afloraban en mi mente. Vidas que sentía como mías, que yo había experimentado.

Eran recuerdos que siempre habían estado conmigo, incluso antes de que yo fuera consciente de ellos, y, de repente, como si mi mente me jugase una mala pasada, abría una puerta y todos aquellos recuerdos hacían acto de presencia, volviendo mi vida patas arriba.

Me había costado encajar aquello más de lo que quería reconocer, pero aquellas fracciones de segundo y aquellos vívidos recuerdos iban encajando hasta formar una vida ajena a la que vivía.

Mi corazón había latido con fuerza cuando lo había visto a él y, ahora, comprendía la razón por la que debía recordar todo aquello.

Una de las primeras frases que se habían repetido en mi mente desde los cinco años era: *"¿Conoces la playa de Gyeongpo? Te esperaré allí, el primer día de cada año nuevo… Durante toda mi vida"*.

No le había dado importancia, ni siquiera había prestado atención a ello, hasta que aquellas palabras habían comenzado a repetirse en mi mente con frecuencia, como si requiriese de una urgencia.

Miré el letrero de la playa *Gyeongpo* y sentí cómo mi corazón se encogía.

Actuaba cientos de veces al año en el teatro, interpretando a diversas protagonistas, pero ni siquiera en uno de los papeles más difíciles había sentido tantos nervios.

El recuerdo de mis vivencias me había hecho investigar cada una de las etapas que recordaba. La hija de Jeong Mong-Ju, la mujer de compañía de un general japonés, trabajar para una gran empresa de Corea del Sur…, y la conocida en la historia como Yang Colette, hija del rey de Seúl a la que se le atribuía el inicio de las revueltas de su país, las mismas revueltas que acabarían erradicando la dictadura en la que vivían. Lo habían logrado, su muerte había ayudado a que el pueblo se alzase, logrando al fin su libertad, una libertad que llegaba hasta mis días. Aquellos recuerdos encogían mi corazón, pero, sobre todo, se me encogía al recordarlo a él: Baek, Kane, Seok, Cheong… Muchos nombres, una sola persona. El hombre al que había amado desde siempre y al que amaría por toda la eternidad. La mitad de mi alma. Mi media naranja.

El amor era la mayor capacidad que tenía el ser humano, un sentimiento tan fuerte que podía superar cualquier barrera, incluso la muerte. La muerte no detenía el amor, solo lo demoraba.

Todo el mundo tenía un destino marcado, y él era el mío. Mi cielo. Mi destino.

Me había costado años enfrentarme a eso, y acudir a aquella playa significaba ya demasiado para mí. Los años anteriores no había querido acudir por miedo a no encontrarlo, a que él aún no estuviese allí, pero había llegado el momento, no podía demorarlo otro año más. Mi corazón clamaba por encontrarlo. La muerte ya nos había separado demasiadas veces. Sin embargo, la muerte no era más que el inicio de otra vida, y allí estaría siempre yo, esperándolo para vivirla junto a él, para poder tener todo lo que nos habían arrebatado durante milenios. El Universo debía comprender que debíamos estar juntos y darnos las vidas que tanto nos merecíamos. Éramos conscientes de lo que significábamos el uno para el otro.

Comencé a recorrer la playa, nerviosa, con las manos temblando, no por el frío, sino por los nervios. Demasiado tiempo sin él, sin su cariño, sin su amor…

Me crucé con unas cuantas personas que paseaban con sus mascotas por la playa hasta que un chico llamó mi atención. Lo supe de inmediato. Era él, sin duda.

Aquel chico estaba de espaldas a mí, descalzo, con los pies en el agua y mirando hacia el horizonte. Mi corazón supo quién era desde que mis ojos se posaron en su espalda.

Baek, Kane, Seok, Cheong… Mi amor. Aquel hombre que había dado la vida por mí, que me había protegido, que me complementaba totalmente, estaba a pocos pasos de mí. No me importaba su físico, lo único que me importaba era su alma, quién era, lo que me hacía sentir.

Me detuve sin poder dar un paso más, conmocionada por la impresión. Él tuvo que sentir también aquella conexión porque se giró lentamente, aún en la orilla del mar mientras las olas seguían bañando sus pies.

Nos quedamos mirándonos fijamente, sin palabras, reconociéndonos el uno al otro.

Noté cómo mi labio inferior temblaba y mis ojos se humedecían.

Aquello era un gran misterio, mi corazón no podía dejarlo ir, por más que pasasen los siglos y los milenios era incapaz de no amarlo.

El muchacho tragó saliva y medio sonrió, como si me reconociese, aunque por su rostro también se notaba que estaba excesivamente emocionado.

Dejé que la brisa marina acariciase mis cabellos largos y oscuros mientras él se acercaba lentamente, sin atreverme a moverme, sin siquiera poder respirar.

Me pareció el hombre más hermoso que jamás había visto: sus rasgos delicados, su cabello corto que resaltaba sus facciones. No era tan alto como recordaba, pero, aun así, me sacaba casi una cabeza.

Se colocó ante mí con los ojos surcados por lágrimas y tragó saliva.

—¿Eres… tú? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz.

Ni siquiera fui capaz de pronunciar palabra, el sentimiento que me embargaba de amor y de emoción al estar frente a él había paralizado mis cuerdas vocales. Solo pude asentir débilmente mientras intentaba controlar el llanto.

El muchacho reaccionó de la misma forma que yo y me contempló fijamente. Dicen que los ojos son el espejo del alma. Ahí fue cuando lo reconocí, cuando supe al cien por cien que era él. Aquella mirada cargada del amor más puro que pudiese existir. La habría reconocido en cualquier parte del mundo. Puede que sus facciones hubiesen cambiado, pero no lo que aquella mirada me transmitía.

Alargó su mano temblorosa hasta la mía y la cogió con delicadeza.

—Mi Colette —susurró con temblor en la voz.

Aquel nombre hizo que rompiese a llorar sin aguantarme más y me abracé a él. Aquel muchacho que debía de tener la misma edad que yo me recibió con los brazos abiertos,

abrazándome con fuerza. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras un largo suspiro salía de lo más profundo de mi ser mientras me rodeaba con sus brazos. No había un lugar en el mundo mejor que aquel. Sí, aquel era mi cielo.

Me separé de él y pasé una mano por su mejilla.

Ambos habíamos luchado a través de los siglos por estar juntos. Habíamos reído, nos habíamos amado con locura, habíamos sufrido y nos habíamos perdido muchas veces. Nuestra existencia unidos había sido breve, pero no por ello menos profunda o sincera.

—Ahora soy Han Donna —dije con una sonrisa.

Él asintió y tendió la mano hacia mí.

—Soy Son Joon. —La estreché con cariño mientras ambos nos mirábamos asombrados—. Y llevo toda mi vida esperándote en esta playa —acabó con un hilillo de voz. Le sonreí con ternura cuando escuché aquellas palabras. Inspiré, intentando controlarme—. Ya no importa el presente ni el pasado…

—Solo el futuro —continué—. Y nos lo hemos construido.

Joon asintió y acarició mi mejilla.

—Disfrutemos de este futuro…

—Y de los que nos quedan por vivir hasta la eternidad —pronuncié.

Son Joon bajó hasta mis labios y los besó fugazmente. Puede que no nos conociésemos aún en esta vida, pero nuestras almas se reconocían a la perfección.

Ahora sabía que ni siquiera la muerte podría separarnos. Conviviríamos con experiencias pasadas y aprovecharíamos cada minuto que tuviésemos juntos.

Una vida plena y feliz aguardaba, la primera de muchas.

## Joon y Donna

Año 2910 d.C.

Sujeté a mi hijo sobre los hombros mientras corría.

—Papá, ¡más rápido! —gritó el pequeño que reía sin parar.

Aceleré el paso en dirección a mi mujer que permanecía sentada en la arena de la playa.

Se había convertido en una tradición. Cada primer día del nuevo año pasábamos la tarde allí, en aquel lugar tan especial que había permitido nuestro reencuentro. Aquel lugar nos hacía ser conscientes de lo que habíamos vivido, pero también de lo afortunados que éramos al poder estar juntos. Aquello era un privilegio, un regalo del Universo por todo el daño que nos había hecho en un pasado.

—Abajo, abajo —gritó el pequeño.

Lo cogí por los hombros y lo bajé, depositándolo sobre la arena. El pequeño corrió hacia su madre y se echó sobre ella.

Fui a su lado y me senté sobre la toalla que había extendido sobre la arena.

Donna vestía un hermoso vestido de color blanco bajo el abrigo color crema. Cuatro rostros aparecían en mi mente cuando pensaba en ella, y a todos los amaba.

—Cariño —gritó Donna mirando a su hijo correr hacia la orilla—. No te mojes, el agua está muy fría.

—Es como su padre —reí—. Nos encantan las emociones fuertes —bromeé.

Donna me miró sonriente y suspiró mientras cogía mi mano.

¿Felicidad? Aquella palabra no definía realmente lo que sentía. Desde el momento en que la había visto por primera vez en aquella playa, mi vida había cobrado sentido.

Donna se giró, abrió una mochila y extrajo unos zumos y galletas. Me entregó uno a mí y miró hacia nuestro hijo.

—Baek —dijo llamando su atención—, hay que merendar.

El nombre no lo habíamos escogido por azar. Aquel nombre representaba el inicio de nuestro amor, de aquella larga aventura vivida durante milenios, siempre buscándonos, siempre echándonos de menos… Aquel nombre nos hacía recordar el amor que nos profesábamos a lo largo del tiempo.

Le tendí el zumo a mi hijo y le indiqué con la mano que se sentase entre los dos. Le eché una manta por encima, cobijándolo del frío y húmedo viento, y los tres miramos hacia el horizonte, donde la luna comenzaba a hacer acto de presencia, elevándose en el cielo poco a poco.

Ahora, el Universo y el destino ya no podrían con nosotros. Ahora siempre estaríamos juntos. Aquella playa sería nuestro punto de unión, nuestro punto de encuentro, y no solo para mí, sino para las dos personas que más amaba en el mundo: mi mujer y mi hijo.

La vida seguiría adelante. No sabíamos qué nos depararía el lejano futuro, en quién nos convertiríamos, a lo que nos deberíamos enfrentar… Sería toda una aventura descubrirlo, pero eso sí, lo haríamos juntos.

FIN

*Desgraciado el que no haya amado más que cuerpos,*
*formas y apariencias.*
*La muerte se lo arrebatará todo. Amad a las almas,*
*y las volveréis a encontrar.*

***Víctor Hugo, Los Miserables.***

# AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado con esta novela.

A mi marido Raúl y a mi hija Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsa a seguir adelante.

A Nerea Álvarez, gracias por ayudarme también en estos momentos. No sé cómo agradecerte toda la ayuda que me has brindado.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

A Patricia Toboso: muchas gracias por toda la ayuda con los conceptos coreanos y por ayudarme a comprender su historia. De todo corazón, miles de gracias por las largas conversaciones de teléfono, por los correos electrónicos, por implicarte tanto y por ponerme en contacto con coreanos para resolver todas las dudas que se me presentaban al crear esta historia. Contigo ha sido mucho más fácil llevar a buen puerto este proyecto.

A Katherine Fernández, Bet Toboso, Ana Sánchez y María Sánchez: muchas gracias por estar siempre ahí y ser mis lectoras cero de la novela. Me habéis ayudado muchísimo.

Y a todos los lectores: muchas gracias por dar una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado.

Un fuerte abrazo.

Mariah.

[1] *Hanyang: actual Seúl. En el siglo XIV con la dinastía Joseon se convirtió en la capital hasta su caída en 1910 a manos de los japoneses, durante el periodo colonial japonés la ciudad se llamó Gyeongseong "Ciudad Capital". Tras la independencia en 1946, los coreanos renombraron a la ciudad como Seúl.*

[2] *Changgyeonggung Palacio en el cual durante la ocupación japonesa fue construido un zoológico, un jardín botánico y un museo. En 1983 el zoológico y el jardín botánico fueron cerrados. Al igual que los otros «Cinco grandes palacios», Changgyeonggung fue gravemente dañado por la ocupación japonesa*

[3] *Kang Baek: en coreano, el apellido de la familia se escribe siempre antes que el nombre personal.*

[4] *Gonryongpo: tipo de hanbok, vestido tradicional coreano para los reyes. Era usado por los monarcas como traje oficial. Se vestía como muestra de cortesía y para rituales importantes.*

[5] *Trenza: Los hombres y las mujeres, hasta que contraían matrimonio, usaban el pelo recogido en una larga trenza. Al casarse, los hombres ataban sus pelos en medio de la cabeza en una especie de rodete llamado sangtu, mientras que el cabello de la mujer casada era dispuesto en un peinado de forma esférica por encima de la nuca.*

[6] *Kom: Sables reales equivalentes a la katana de Japón. Es un arma muy importante. Estas armas deben ser poseídas por gente con la mente calmada y pura, y jamás deben matar a alguien sin razón alguna.*

[7] *Franciscanos: Dieron a conocer a Europa el pueblo chino y predicaron la religión cristiana traduciendo libros cristianos al chino. La primera misión franciscana llegó a China entre los siglos XIII y XVI, durante la última etapa de la dinastía mongola de los Yuan, aunque también hay rastros más antiguos de presencia cristiana por el hallazgo de una estela en el año 625.*

[8] *Neutralizar cualquier foco de resistencia: el 28 de enero, aviones japoneses bombardearon Shanghái durante la medianoche, lo que constituyó la primera gran operación de portaaviones en el Lejano Oriente. El bombardeo fue seguido de un ataque por tierra de más de tres mil efectivos sobre la estación ferroviaria del norte de Shanghái y la ocupación de concesiones japonesas.*

[9] *Edad coreana: en Corea se considera que el bebé llega al mundo con 1 año de edad. Además, después del 1 de enero, todo el mundo cumple un año más, sin importar el día en que haya nacido.*

[10] *Futón: estilo de cama tradicional japonesa consistente en un colchón y una funda unidas y suficientemente plegables que puede ser o no almacenado durante el día; al almacenar el futón permite otros usos de la habitación, además de dormitorio.*

[11] *Estación del Confort: la primera Estación del Confort fue fundada en el año 1932 en Shanghái, y recibió el nombre de "El salón del Novato". Al mismo tiempo, tuvieron lugar los primeros secuestros de mujeres locales para convertirlas en esclavas sexuales en el norte de China. Muchas de estas esclavas eran de origen coreano, llevadas allí engañadas con la oportunidad de un trabajo o simplemente secuestradas. El salón del Novato se trataba de una vivienda unifamiliar que pertenecía a un hombre de negocios de la ciudad y que la abandonó por el estallido del conflicto chino-japonés. Un matrimonio japonés ocupó la casa acompañado de un considerable número de mujeres. Los señores Kondo dividieron dos plantas de las dos alas este de la vivienda, creando habitaciones de unos diez metros cuadrados para cada una de las mujeres, con tabiques o separadores entre habitaciones. La vivienda, convertida en burdel, era visitada por oficiales marines y soldados japoneses. Se encontraba en una calle adyacente al área donde las tropas japonesas se habían asentado. En la actualidad, se*

*trata de una vivienda plurifamiliar en la que conviven más de diez familias.*

[12] *Eomma: forma informal de decir mamá en coreano. La formal sería Eomoni.*

[13] *Appa: forma informal de decir padre en coreano. La forma formal es Aboji.*

[14] *Sugonghu instrumento de cuerda coreano similar a la arpa vertical sin caja de resonancia y 21 cuerdas.*

[15] *Aeropuerto Internacional de Incheon: actualmente, por tráfico de mercancías, es el quinto aeropuerto más importante del mundo.*

[16] *Soju: Según la Organización Mundial de la Salud, Corea del Sur es el país que más alcohol consume en el mundo. Soju, la bebida nacional coreana, es el alcohol más vendido en el mundo, más que el vodka, el whisky o el ron; cada año se venden más de 90 millones de cajas de soju. Soju se puede tomar frío o en chupitos.*

[17] *Sunbenim: se usa para referirse a una persona que trabaja o estudia contigo siendo tu superior.*

[18] *Kakaotalk: programa de mensajería similar a WhatsApp que se usa en Corea del Sur.*

[19] *Hanok: estilo arquitectónico tradicional de Corea, transmitido desde la época de los Tres Reinos hasta la dinastía Joseon.*

[20] *Wonju: El rey Gongyang y su familia fueron exiliados por el general Yi a Wonju, donde él y su familia serían asesinados en secreto.*

[21] *Chocolate: El chocolate llega a China a comienzos del siglo XVII gracias a la transmisión de los misioneros cristianos: jesuitas y franciscanos españoles. La introducción comercial en China a gran escala se realizaba vía las rutas comerciales (como la Ruta de la Seda) y por los grandes puertos de Asia (a través de Filipinas).*

[22] *Kamakura: Durante el período de Heian fue la ciudad principal de la región de Kantō. Entre los años 1185 y 1333, los shōgun del clan Minamoto gobernaron Japón desde Kamakura en el período que se conoce como el shogunato de Kamakura, que además fue el primer gobierno de los shōgun en la historia de Japón. El diseño de la ciudad se debe en gran medida al shōgun Yoritomo Minamoto.*

[23] *Jeong Mong-Ju: se negó a ser influenciado por Yi y continuó siendo un fiel seguidor de la antigua dinastía y una figura destacada en la oposición a la usurpación de Yi al trono. Al representar un obstáculo, Jeong fue asesinado por cinco hombres en el puente Seonju, en Kaesong. Este puente se ha convertido en un monumento nacional de Corea del Norte y una mancha marrón en una de las piedras se dice que es una mancha de sangre suya que se vuelve roja cuando llueve.*

[24] *El exilio de toda la familia de Jeong Mong-Ju: En la actualidad, los descendientes directos de Jeong Mong-Ju están en su 22ª y 23ª generación, todos viven en Corea del Sur o en Estados Unidos.*

[25] *Sogyong: La ciudad se fundó en el 2333 antes de Cristo como Wanggŏmsŏng. La ciudad es la capital durante la dinastía Joson. Actualmente es conocida como Pyongyang.*

[26] *El Peace Hotel fue fundado en la década de 1850. Cuando se construyó, este hotel de seis plantas era el edificio más alto de Nanjing Road. Ocupa 2 125 metros cuadrados, con una superficie de 11 607 metros cuadrados. Tiene una estructura de ladrillos, con seis plantas y 30 metros de altura. El exterior es de estilo renacentista. El hotel tiene unas 120 habitaciones. Fue el primer edificio de Shanghái en tener ascensores.*

[27] *Papel: fuentes históricas atribuyen la invención del papel a Ts'ai Lun, un dignatario de la corte imperial china que en el año 105 d.C. que empezó a producir hojas de papel utilizando retales de tela usada, corteza de árbol y redes de pesca.*

[28] *Puerto marítimo de Shanghái: inaugurado en 1842, en la actualidad es uno de los puertos más importantes del mundo. El puerto dispone de la terminal de aguas profundas más grande del mundo, de 20 kilómetros de longitud y 20 metros de calado.*

[29] *Hiroshima: fue fundada en 1589 por el señor feudal Mōri Terumoto y adquirió estatuto de ciudad el 1° de*

*abril de 1889*.